GEORGE GOODCHILD

EL MONSTRUO DE GRAMMONT

Sobre esta edición

Obra original: *The monster of Grammont* – George Goodchild, 1927.
Edición: Traducción por Fernando Guzmán, 2026.
Nota legal: La obra original en inglés está en dominio público en todo el mundo.
La portada de esta edición ha sido realizada parcialmente mediante IA.
Esta obra derivada se distribuye bajo licencia Creative Commons Attribution 4.0 International (CC BY 4.0).
Para consultar los términos de esta licencia visite
http://creativecommons.org/licenses/by/4.0/
Se autoriza su libre impresión, difusión y/o comercialización, así como la realización de obras derivadas, siempre que se otorgue adecuada referencia a esta traducción al español.

CAPÍTULO I FANTASMAS

El conductor del automóvil Bentley, bronceado y de aspecto saludable, hundió un poco más el pie en el acelerador y giró la cabeza para escuchar el petardeo del escape mientras el elegante coche avanzaba a toda velocidad por la ondulada Route Nationale, bordeada de árboles. Durante las últimas tres horas, aquella carretera blanca y recta como una flecha había ocupado toda su atención, y estaba «devorándola» tan rápido como la prudencia lo permitía, porque incluso las mejores carreteras principales terminaban por resultar monótonas.

Mientras la aguja del velocímetro oscilaba entre los sesenta y los setenta kilómetros por hora, su compañero de viaje trataba de localizar con exactitud su posición en un mapa francés de carreteras a gran escala, tarea bastante difícil debido, en buena medida, al deplorable estado del camino.

—Con calma, viejo —dijo cuando las ruedas cayeron en un profundo badén, haciendo crujir la suspensión y provocando un ligero bamboleo en la dirección—. Esto no es Brooklands.

—Y casi es igual de feo. Nos desviaremos en el siguiente cruce.

La velocidad disminuyó al encontrarse con un pésimo pavimento de adoquines en las afueras de un pueblo alargado y disperso. Era exactamente igual a la docena de poblaciones por las que habían pasado aquella mañana: dos hileras de casas altas y desnudas, con paredes encaladas y persianas verdes; un café, una tienda de comestibles y una bomba de agua rodeada de amplios pilones donde varias mujeres lavaban ropa.

En el extremo opuesto había dos talleres mecánicos, cada uno con una bomba de gasolina roja que llevaba la conocida palabra **«Essence»**. En uno el combustible costaba diez francos y en el otro diez francos con cincuenta céntimos, aunque se trataba exactamente de la misma marca.

—¡Qué gente tan curiosa! —comentó el conductor.

El automóvil prácticamente saltó los últimos diez metros de aquel espantoso empedrado y pareció ronronear satisfecho cuando los neumáticos encontraron un pavimento mejor.

A ambos lados se extendían campos iluminados por el sol hasta perderse en un horizonte brumoso. Aquí y allá, campesinos vestidos con blusas azules comenzaban la primera siega del heno. Sin embargo, de vez en cuando aparecían las cicatrices de la guerra, pues era el verano de 1920 y apenas habían transcurrido dos años desde la última retirada alemana, la que puso fin a cinco años de horror ininterrumpido.

El mayor de los dos hombres dobló el mapa y lo dejó a su lado. Era de menor estatura que su joven compañero y, por la expresión de su rostro, parecía tener un temperamento más afable. Sin embargo, al igual que el conductor, irradiaba salud y vitalidad.

Habían cruzado el Canal de la Mancha con el automóvil unos días antes, con la intención de recorrer durante un mes el norte y el centro de Francia. No seguían un itinerario fijo y, más de una vez, terminaban pasando la noche en ciudades que nunca habían pensado visitar.

—¡Ralph!

El conductor volvió la cabeza.

—Gira a la izquierda después del puente. Según el mapa, hay una carretera que atraviesa el bosque.

El automóvil redujo la velocidad y tomó la cerrada curva. Pronto quedó claro que el cambio de rumbo había valido la pena.

El primer esplendor del verano cubría todo el paisaje. Los árboles polvorientos de la carretera principal dieron paso a los intensos colores, lavados por la lluvia, del comienzo de junio. El camino serpenteante resultaba un verdadero placer: cada curva escondía una sorpresa y parecía pedir menos velocidad y más contemplación.

Ralph Wallace abandonó la expresión tensa que había mantenido durante horas y mostró una sonrisa de dientes blancos y fuertes.

Aunque era un apasionado de la velocidad, no estaba tan obsesionado con ella como para dejar de apreciar los encantos naturales de aquellos tranquilos y luminosos caminos secundarios. Últimamente había tenido un exceso de velocidad, un lujo que las largas rectas francesas ofrecían a los jóvenes propietarios de automóviles capaces de alcanzar los ciento cuarenta y cinco kilómetros por hora.

—Pásame un cigarrillo, Connie —pidió.

Julian Conrad, el pasajero, le entregó uno y se lo encendió en la boca, pues ahora el Bentley avanzaba apenas a la velocidad de una bicicleta.

Al girar la cabeza, podía apreciarse una fina cicatriz recta que iba desde la comisura del ojo izquierdo hasta el borde de su firme boca. El cirujano había hecho un excelente trabajo y el sol había bronceado tanto su piel que aquel recuerdo de la guerra solo era visible a corta distancia.

La agradable carretera comenzó a ascender y, a la derecha, el terreno descendía suavemente formando un verde valle salpicado por unas cuantas granjas. Había ganado, aunque en poca cantidad. Lo que predominaba eran las aves de corral. Todas las granjas parecían prosperar gracias a las gallinas, mientras que el escaso ganado vacuno lucía delgado y poco saludable.

Tras media hora de agradable recorrido, la carretera alcanzó la cima de la larga pendiente. Un claro entre los árboles reveló una de las vistas más hermosas que habían encontrado hasta entonces.

A poco más de un kilómetro de distancia se alzaba un hermoso castillo, un auténtico sueño arquitectónico. Resplandecía blanco entre innumerables tonalidades de verde, construido al borde de un profundo barranco.

—Detente un momento —dijo Conrad, poniendo una mano sobre la de su compañero—. ¡Por Dios! No tenía idea de que estuviéramos en esta región.

—¿Qué región?

—La del Marne. Conozco muy bien ese lugar… y con razón.

—¿Te refieres al castillo?

—Sí, al Castillo Grammont. Creo que alguna vez te hablé de él.

—Puede ser, pero tengo una memoria pésima para los nombres.

Los ojos de Conrad se iluminaron con un brillo nuevo. Hasta hacía un instante había contemplado distraídamente la belleza del paisaje, absorbiéndola casi sin darse cuenta. Ahora un recuerdo intenso y profundamente vivo había irrumpido en su mente.

Sus labios se apretaron durante unos segundos. Luego se relajaron y dejó escapar un leve suspiro, porque los recuerdos despertados por aquella hermosa vista eran muy contradictorios.

Wallace lo observó con curiosidad.

—Está exactamente igual que cuando lo vi… hace cuatro años. Encontrármelo así, de improviso, bajo el sol de junio y con los pájaros cantando… conmueve un poco.

—¿Lo conoces?

—Sí. Pasé allí lo que creo que fue el mes más feliz de toda mi vida.

—Ah… ¿durante la guerra?

—Sí, durante la guerra. Nos habían destrozado unos treinta kilómetros más al norte. Dios mío, aquello fue terrible. Al final quedé completamente agotado. No tenía ninguna herida; era puro cansancio. Estaba al borde de un colapso físico cuando me enviaron allí a descansar. No tenía idea de que me llevarían a un lugar como ese.

Éramos unos veinte en total: algunos con heridas leves y otros simplemente agotados. Cada uno disponía de un mes para recuperarse, y vaya si lo aprovechamos.

Todo era completamente voluntario. El dueño del castillo era un señor Fallières. Creo que tenía un título nobiliario, aunque nunca lo utilizaba. Había quedado incapacitado para seguir sirviendo en la guerra durante

las primeras campañas y decidió poner la mitad de su magnífica residencia al servicio de la causa.

Todo era gratuito y podíamos disfrutar de cuanto quisiéramos. Jugábamos tenis, bolos, bádminton, montábamos magníficos caballos por el bosque de Grammont… Y todo se hacía con una elegancia extraordinaria.

Éramos simplemente invitados de la casa, y la señora y sus hijas nos trataban con el mismo afecto que si nos hubieran conocido desde hacía cincuenta años.

—¿Ellas seguían viviendo allí?

—Sí. Había dos niñas pequeñas de siete y ocho años, y otra llamada Yolande, que tendría unos dieciséis. Estudiaba en algún colegio de la costa, pero estaba de vacaciones en casa por entonces. Todos la consentíamos muchísimo. Espero que no la hayamos malcriado.

—Seguro que sí… si era bonita.

—Lo era, aunque no de una belleza convencional. Muchas veces pensé que me habría gustado pintarla. En fin, gracias a Dios conservaron su hermosa casa.

—¿El frente nunca llegó hasta allí?

—Más tarde sí, según tengo entendido; pero para entonces la presión ya se había desviado hacia otro sector. Creo haber leído que los alemanes ocuparon el castillo durante algunos meses y luego fueron obligados a retroceder. Tuviste suerte de perderte todo aquello, Ralph.

—Empiezas a hacerme dudar de si realmente tuve suerte —respondió Wallace riendo—. Seis meses más y me habría tocado vivirlo. Recuerdo que casi lloré de frustración cuando el armisticio me encontró haciendo instrucción y gimnasia militar en Salisbury Plain.

—Ningún libro que se escriba jamás podrá transmitir ni la mitad de la miseria, el horror y el sufrimiento de aquella guerra. Estos pequeños momentos felices solo adquieren toda su belleza por contraste con el fondo sobre el que se desarrollan. Pero ahora volvemos a encontrarnos

bajo la paz y el sol de Dios. Los hombres deben estar locos para renunciar a ello.

—Siempre te he dicho que te equivocaste de profesión, Conrad —respondió Wallace—. Debiste hacerte sacerdote. Desde luego, estoy de acuerdo contigo; pero lo cierto es que la mayoría de los jóvenes sienten primero la necesidad de comportarse como salvajes antes de llegar a la única conclusión posible sobre el asesinato legalizado. Por cierto… ya me está entrando hambre. ¿Y a ti?

—Ya pasé esa etapa. Recuerdo que hay una ciudad bastante grande unos veinte kilómetros más adelante. Voy a mirar el mapa. Esta carretera tiene que conducir a alguna parte.

Wallace volvió a poner el automóvil en marcha.

Seguían, al parecer, dentro del bosque de Grammont, y el camino se estrechó hasta el punto de que apenas había espacio para que pasara otro vehículo. Sin embargo, como no habían cruzado con ninguno en la última hora, Wallace no le dio mayor importancia.

Su atención se repartía por igual entre la belleza del paisaje boscoso y el comportamiento del automóvil. Era una adquisición reciente y estaba encantado con él, pues tenía verdadera mentalidad de ingeniero.

Le fascinaba sentir la suavidad con que el motor entregaba su potencia y la facilidad con la que respondía a todos los mandos. Un simple chirrido o el más leve ruido mecánico extraño habría bastado para verlo tendido debajo del coche, o casi dando una voltereta para descubrir el origen del problema.

—No logro encontrar la carretera —murmuró Conrad—. Ese es el problema de los mapas franceses: siempre son poco confiables.

En ese momento aparecieron dos jinetes. Uno era un hombre de unos cincuenta años y la otra una hermosa joven que se parecía tanto a él que Wallace concluyó de inmediato que debía de ser su hija. Venían en dirección al automóvil y era evidente que no había espacio suficiente para que pasaran con seguridad. Wallace llevó enseguida las ruedas del

lado derecho al borde de la cuneta y esperó. Ese gesto de cortesía fue correspondido cuando los jinetes llegaron a la altura del coche.

Wallace admiraba los caballos, perfectamente cuidados, y la elegancia con que montaban sus jinetes, cuando advirtió que el hombre se había detenido y observaba fijamente a Conrad.

—¿Y cómo encuentra Francia el mayor Conrad después de una ausencia tan larga? —preguntó con una sonrisa.

Conrad dejó caer el mapa por la sorpresa y, un instante después, sus ojos se iluminaron al reconocerlo.

—¡Señor Fallières! —exclamó—. No lo habría reconocido si no hubiera hablado. Es una sorpresa muy agradable. Hasta hace unos minutos no tenía idea de que estuviéramos a menos de treinta kilómetros del Castillo Grammont. ¿Cómo está usted, señor?

Se puso de pie y estrechó con evidente satisfacción la mano que el otro le tendía.

—¿Recuerda a Yolande? —preguntó Fallières.

—¿Yolande?

Conrad se sonrojó ligeramente mientras se quitaba el sombrero e inclinaba la cabeza ante la hermosa joven.

—¿De verdad puede ser la misma señorita que solía…?

—…¿la que solía molestarlo tanto? —completó ella con una sonrisa—. Sí, ahora sí lo recuerdo muy bien, aunque todo el mérito es de mi padre, que nunca olvida un rostro.

—Bueno, bueno, qué encuentro tan feliz. Muchas veces he recordado lo agradable que fue mi estancia en el castillo cuando las cosas eran tan distintas. Pero permítanme presentarles a mi amigo, el señor Ralph Wallace. Hace apenas unos minutos estaba hablando de ustedes.

Wallace estrechó las manos desde el asiento del conductor.

Ahora comprendía lo que Conrad había querido decir al afirmar que la belleza de Yolande no era convencional. Era morena, como su padre, y

un poco pálida, pero sus facciones estaban perfectamente proporcionadas y armoniosamente modeladas. Montaba a caballo con la naturalidad de una mujer que pasa gran parte de su vida en la silla, y sonreía más con los ojos que con los labios.

—¿Saben que su automóvil se dirige directamente hacia un pantano casi intransitable? —preguntó.

—No lo sabía. La verdad es que estamos explorando. Se supone que el señor Conrad es nuestro guía, pero temo que no esté del todo capacitado para el puesto. No me sorprendería descubrir que estamos invadiendo una propiedad privada.

—Lo están. Se encuentran en una propiedad particular. La carretera pública que atraviesa el bosque quedó unos cinco kilómetros atrás. Pero, si desean arriesgarse con el pantano, más adelante podrán incorporarse nuevamente al otro camino.

—No permita que mi hija lo tiente a cometer semejante imprudencia, monsieur —intervino Fallières—. Ningún automóvil puede atravesar ese pantano. Además, voy a insistir en que usted y mi viejo amigo nos acompañen a almorzar.

—¡De verdad!

—Sí, sí —añadió Yolande—. Estamos apenas a diez minutos del castillo y, de todos modos, tendrán que almorzar en alguna parte, ¿no es así?

—Creo que el asunto ya está decidido —declaró Fallières—. Si avanzan el automóvil unos cien metros encontrarán un sitio donde podrán dar la vuelta. Nosotros iremos delante.

Los caballos continuaron al paso y, pocos minutos después, el automóvil los seguía por un sendero sombreado entre los árboles.

Conrad seguía riéndose de aquella coincidencia.

—Ha cambiado muchísimo —comentó—. Parece más de diez años mayor. No mencionó a madame. Me pregunto…

—Así que esa es Yolande… —dijo Wallace pensativo.

—Sí. Yo no la habría reconocido. ¡Por Dios!, su belleza no la ha abandonado; aunque ahora parece bastante melancólica. Antes era como el mercurio: vivaz, llena de energía. Me gusta pensar que fui yo quien le enseñó a pronunciar correctamente la «r» inglesa.

Al cabo de un largo paseo arbolado apareció el castillo.

Era una construcción de arquitectura normanda, situada sobre la cima de una pronunciada elevación desde donde dominaba magníficamente el paisaje circundante. Sus cuatro torres blancas resplandecían bajo el sol y, a medida que se acercaban, las enormes murallas que lo rodeaban atraían toda la atención.

Visto desde lejos, su tamaño resultaba engañoso, pues el amplio terreno que lo rodeaba hacía parecer menores sus enormes dimensiones.

—Todo un castillo feudal —comentó Wallace.

—Sí; uno de los más hermosos de Francia. Fallières es inmensamente rico.

—¿Qué es ese edificio tan peculiar que está al fondo?

—La capilla. ¡Dios mío, qué familiar me resulta todo esto! Sí, el viejo lugar ha sufrido algunos daños. Veo señales de restauración. Parece que a la capilla le han puesto un techo nuevo.

Al llegar frente a la entrada principal, un mozo de cuadras se hizo cargo de los caballos.

—Bienvenido al Castillo Grammont —dijo Fallières a Wallace—. Hay un garaje cerca de los establos, aunque, si lo prefiere, puede dejar el automóvil aquí. Está completamente a la sombra.

Wallace aceptó y él y Conrad entraron para quitarse el polvo acumulado durante el viaje.

El castillo había sido modernizado en todos los aspectos. Una planta eléctrica suministraba iluminación y había instalaciones modernas por todas partes, además de abundante agua caliente. Sin embargo, nada desentonaba con el conjunto. Todo aquello que necesariamente debía ser moderno permanecía cuidadosamente oculto.

Era evidente que Fallières se sentía orgulloso de aquella magnífica residencia: un auténtico tesoro para cualquier anticuario y un santuario para el alma de un arquitecto.

El joven Wallace, criado en un ambiente muy distinto, se sintió ligeramente intimidado.

—Este lugar debe de tener unas cien habitaciones —exclamó—. Sujétame, Conrad, o terminaré perdiéndome.

—Es enorme, pero Fallières hace una gran obra al emplear su fortuna para conservar este lugar para el país. Mira, allí jugábamos al tenis. Esa es una magnífica cancha; la más rápida en la que he jugado.

Wallace se humedeció los labios.

En los deportes sobresalía notablemente. Algunos años antes había obtenido el Blue de la Universidad de Oxford. Era considerado uno de los mejores boxeadores aficionados de peso mediano del Reino Unido y conservaba los récords de los cien metros planos y del salto de altura de su colegio universitario.

El almuerzo resultó sumamente agradable.

Era inevitable que Fallières evocara los viejos tiempos y, aunque Wallace creía haber escuchado ya suficiente sobre la guerra, terminó siguiendo la conversación con gran interés. Después de todo, en aquel mismo comedor donde ahora estaban sentados habían comido oficiales alemanes hasta quedar satisfechos, y había pocas dudas de que entre aquellos muros se habían cometido numerosos actos terribles.

—Bueno, padre, todo eso ya pasó —dijo Yolande—. Y nosotros sufrimos menos que muchas otras familias.

—Sí… menos que algunas. Solo perdimos una vida en una familia de cinco —respondió él con tristeza—. No lo esperábamos, porque durante mucho tiempo habíamos permanecido a salvo. Había rumores, pero no les di importancia. Luego, una noche, comenzó un terrible bombardeo y los proyectiles cayeron muy cerca. Pasaron tropas en

retirada y nos ordenaron huir de inmediato. El frente se había roto y los alemanes avanzaban sin detenerse…

Yolande estaba en el internado, pero yo, mis otros dos hijos y su querida madre escapamos en automóvil; los sirvientes hicieron lo que pudieron para seguirnos. Las carreteras estaban bajo fuego y el coche se averió. Durante aquella terrible prueba perdimos a la mujer más querida del mundo…

—¿Madame…? —murmuró Conrad.

Fallières asintió e inclinó la cabeza. Pero enseguida volvió a levantarla, y un brillo de orgullo iluminó sus nobles ojos.

—Hay cosas que debemos aceptar, messieurs. ¿Les parece si tomamos el café en la terraza? Desde allí se disfruta de una vista magnífica del valle.

Se trasladaron a la amplia terraza situada en la parte posterior del castillo.

Desde allí el terreno descendía abruptamente y el edificio estaba reforzado por enormes contrafuertes para prevenir posibles deslizamientos de tierra.

Al otro lado del verde valle serpenteaba un pequeño río que, medio kilómetro más adelante, desaparecía en el oscuro bosque.

Era un paisaje extraordinariamente hermoso, y resultaba casi imposible imaginar que en aquel mismo lugar se hubiera librado alguna vez el espantoso juego de la guerra.

—¿Puedo ver su automóvil? —preguntó Yolande a Wallace—. Me interesan mucho los coches y por aquí casi nunca vemos automóviles ingleses.

Wallace se puso de pie al instante.

Aunque era modesto respecto a sus propios méritos, sentía un enorme orgullo por aquel automóvil.

Él y Yolande dejaron a Conrad y a Fallières disfrutando de una segunda copa de licor.

CAPÍTULO II UN RETRASO

Wallace siempre había descubierto que explicar cualquier tipo de mecanismo a una mujer era una tarea muy poco agradecida. No le habría sorprendido en absoluto que la hermosa Yolande le preguntara para qué servían todos los indicadores del tablero, y ni por un momento esperaba que mostrara el menor interés por lo que había bajo el capó del automóvil.

Aunque le complacía enseñarle su juguete, esa no era la única razón por la que había dejado a Conrad y a Fallières conversando sobre el pasado.

La otra razón era la propia Yolande.

Durante todo el excelente almuerzo se había sorprendido dirigiendo una y otra vez la mirada hacia el rostro ovalado y moreno de la joven, preguntándose cuál sería la causa de su evidente inquietud. Sus largas pestañas descendían con frecuencia, ocultando casi por completo sus suaves y románticos ojos, y permanecía inmóvil durante varios

segundos, hasta que algún comentario de su padre parecía devolverla a la realidad.

Aun así, Wallace tenía la impresión de que ella no era, por naturaleza, una persona melancólica ni de semblante pálido. Había habido momentos en que sus ojos se movían con rapidez y brillaban como piedras preciosas bajo la luz del sol que entraba por las ventanas.

Sin duda, aquella muchacha poseía un atractivo y un encanto muy particulares.

Ahora permanecía a unos metros del automóvil, admirando sus líneas deportivas. Luego, para absoluta sorpresa de Wallace, formuló una pregunta bastante técnica sobre el motor y le pidió que levantara el capó.

Su interés y entusiasmo surgieron de inmediato, y comenzó a hacer preguntas con la rapidez de una ametralladora acerca del par motor, el equilibrio del motor, la compresión y otros aspectos similares.

Wallace, que conocía a su «niña» desde el eje trasero hasta el radiador, disfrutó enormemente explicándole cada detalle.

—¡Es hermoso! —dijo ella—. Creo que me gustaría tener uno como este. El automóvil que tenemos ahora es muy bueno, pero demasiado grande para mí. El chofer salió con él para llevar a mis dos hermanas de regreso al colegio. Hubo una epidemia y las enviaron a casa.

—¿Qué marca es?

—Un Hispano-Suiza.

—Difícilmente encontrará algo mucho mejor que eso.

—Pero quiero uno que sea mío; algo con lo que pueda encariñarme… esa es la palabra… algo con lo que pueda encariñarme.

—Habla un inglés extraordinario.

—Hemos tenido muchas oportunidades para practicarlo. Durante la guerra se alojaron aquí cientos de oficiales ingleses. Era imposible no aprender inglés.

—Supongo que sí. Pero dígame, ¿no se siente un poco sola aquí, tan lejos de cualquier ciudad importante?

Por un instante no respondió. Levantó la vista hacia las antiguas murallas del castillo, que se alzaban contra el cielo azul. Luego sonrió al ver que un pequeño pájaro salía revoloteando de la hiedra que cubría la torre occidental.

—A veces… quizá —murmuró—. Mi padre todavía no se ha recuperado por completo de la pérdida de mi… de mi madre, y yo no salgo tanto como podría. Creo que le recuerdo a ella, y eso, de alguna manera, le ayuda. Claro que, de vez en cuando, recibimos invitados. O al menos los recibíamos hasta… Dígame, ¿el señor Conrad es solo un amigo o es pariente suyo?

—Es un amigo; una especie de tutor, aunque ahora apenas hay diferencia de edad entre nosotros.

Es curioso cómo llegamos a conocernos.

Mi padre era coronel de artillería y Conrad obtuvo un nombramiento como oficial en el mismo cuerpo. Durante dos años estuvieron siempre juntos y se hicieron grandes amigos.

Yo estudiaba en Inglaterra por aquel entonces.

Después, un proyectil cayó por azar y mató a mi padre.

Connie —siempre lo llamo así— estaba con él cuando murió.

Naturalmente, conocía todo acerca de mí, y le prometió a mi padre que no se preocupara por mi futuro y que él sería una especie de tutor.

Y cumplió su palabra, e incluso hizo mucho más.

Por fortuna, mi padre tenía una buena posición económica, así que nunca hubo problemas de dinero; pero Connie siempre estaba ahí para sacarme de cualquier lío… y debo admitir que me metí en unos cuantos.

Es la mejor persona que uno puede imaginar; un hombre de verdad, si entiende a qué me refiero.

Connie nunca daba sermones.

Cuando yo hacía alguna tontería, lograba hacerme sentir muy pequeño… y todo con apenas media docena de palabras.

Recuerdo una ocasión en que me comporté como un completo idiota.

Yo sabía perfectamente que estaba equivocado, pero me negaba a admitirlo y estuve a punto de romper por completo nuestra amistad.

¡Dios!, Connie reaccionó en el último momento.

Comprendió exactamente lo que me pasaba.

«Estás furioso, muchacho —me dijo— porque sabes que yo sé el imbécil que estás siendo. Te mueres de ganas de desquitarte conmigo. Muy bien… ¡adelante!»

Antes de que pudiera reaccionar me dio un puñetazo en la cara y adoptó la guardia de un boxeador.

Yo me creía bastante bueno en ese deporte, y el golpe realmente me dolió.

Me lancé sobre él con todas mis fuerzas.

Durante media hora nos golpeamos sin descanso, pero fui incapaz de superarlo. Y, mientras peleábamos, poco a poco me fue quedando claro lo desagradecido que había sido.

Desde entonces nunca volvimos a discutir.

Perdón por contarle todo esto. Debe de ser terriblemente aburrido.

—Al contrario —respondió ella—. Me parece muy interesante. Creo que ahora me agrada todavía más.

—Es imposible no apreciarlo —contestó Wallace con sencillez—. De profesión es ingeniero; trabaja con turbinas, y yo formo parte de la empresa.

En realidad, siempre soñé con convertirme en piloto profesional de carreras de automóviles, pero Connie jamás quiso oír hablar de eso.

Supongo que tenía razón.

—Estoy segura de que sí.

—De todos modos, nos llevamos de maravilla y libramos grandes batallas en la cancha de tenis o en el campo de golf. Es muy bueno en cualquier deporte.

Ella lo recorrió con la mirada, como dando a entender que él también debía destacar en ese aspecto, y no estaba equivocada.

Luego caminaron por el jardín de flores, donde se reunieron con Fallières y Conrad.

El tiempo pasó demasiado rápido y se sorprendieron al descubrir que ya eran las cuatro de la tarde.

—Sin duda tendremos que marcharnos si queremos llegar esta noche a Reims —dijo Conrad.

—La carretera no está en buenas condiciones —advirtió Yolande—. Durante unos ochenta kilómetros está llena de baches.

Finalmente subieron al automóvil.

Entonces ocurrió algo extraño.

El motor se negó a arrancar.

Wallace se acarició la barbilla mientras examinaba los distintos controles.

—¿Hay suficiente gasolina? —preguntó Conrad.

—Medio tanque. Qué raro. Nunca antes se había negado a arrancar.

Bajó del coche y levantó el capó.

A simple vista no encontró nada anormal, pero al revisar las bujías descubrió que no llegaba corriente eléctrica.

Durante media hora estuvo manipulando cables y conexiones, todo completamente en vano.

—Bueno, me doy por vencido —exclamó—. Ha funcionado impecablemente durante ocho mil kilómetros y, de repente, decide declararse en huelga.

Supongo que no habrá un taller mecánico cerca.

—No —respondió Fallières—. Dudo que pueda hacerse algo esta noche. Entre aquí y Reims no hay ningún taller verdaderamente confiable. Podría llamar por teléfono, pero me parece poco probable que un mecánico venga antes de mañana por la mañana.

—Lo arreglaré de alguna manera —dijo Wallace con desesperación—. Da un paseo, Connie, y déjamelo a mí.

—Creo que una taza de té sería más agradable —sugirió Yolande—. Haré que preparen uno. Cuando haya resuelto su problema, señor Wallace, nos encontrará en la terraza.

Media hora más tarde Wallace se reunió con ellos para tomar el té, con expresión de profundo disgusto.

El automóvil lo había derrotado.

Nada conseguía hacerlo arrancar y aquello hería profundamente su orgullo.

—Está acalorado y preocupado —dijo Yolande—. Tome este té y acepte lo inevitable. ¿Qué importancia tiene? Lo mismo da pasar la noche aquí que en Reims.

—Exactamente —convino su padre—. Llamaré por teléfono a Reims para que un buen electricista venga temprano mañana por la mañana. ¿Podemos dar el asunto por resuelto?

—Es usted extremadamente amable —respondió Conrad—. Espero sinceramente que esto no les cause ninguna molestia.

—Será un verdadero placer tenerlos aquí.

Wallace repitió las palabras de agradecimiento de su amigo y, más tarde, ayudó a varios sirvientes a empujar el automóvil hasta el garaje.

En realidad, el cambio de planes no le desagradaba demasiado; lo que realmente lo inquietaba era aquella misteriosa avería.

Era su niña.

Antes de bajar a cenar salió a pasear por el jardín, tratando de encontrar una explicación posible.

Mientras caminaba sin rumbo llegó hasta donde podía verse el garaje.

La puerta corrediza estaba abierta y alcanzó a distinguir una falda clara junto al automóvil.

Intrigado, se acercó en silencio; el césped aterciopelado amortiguaba completamente sus pasos.

Entonces pudo ver con claridad a la dueña de aquella falda.

Era Yolande.

Estaba manipulando la caja de conexiones eléctricas.

Ante sus propios ojos cambió dos cables de terminal y volvió a colocar la tapa.

Al instante siguiente se dio la vuelta y lo vio.

—¿Está arreglando el automóvil? —preguntó Wallace con una sonrisa.

—Sí… yo…

Su rostro enrojeció intensamente de vergüenza al darse cuenta, por la expresión de Wallace, de que él había comprendido perfectamente lo que había estado haciendo.

—№.. no tiene nada averiado —balbuceó.

—¿Nada averiado?

—Quiero decir…

Lo miró entonces con decisión.

—Quiero decir que fui yo quien lo descompuso para impedir que ustedes se marcharan.

—No entiendo por qué. Este lugar es realmente muy agradable, pero aun así…

—Se lo explicaré. Venga conmigo.

Ella lo condujo hasta un banco resguardado en un rincón del lado norte del castillo y, durante unos momentos, permaneció contemplando en silencio las sombras que comenzaban a alargarse. Era evidente para Wallace que, pese al dominio que mostraba exteriormente, estaba profundamente alterada, aunque no podía imaginar por qué.

—Aquí parece reinar la tranquilidad, ¿no le parece? —preguntó ella.

—Es un lugar encantador.

—Todo es una ilusión. Tengo muchísimo miedo… y mi padre también. Sin embargo, ninguno de los dos habla con franqueza del asunto. Él cree que ignoro… ciertos acontecimientos y, por cariño hacia mí, desea que siga ignorándolos. Pero yo lo sé. Lo descubrí hace años. Además, los sirvientes hablan entre ellos. Nadie podría vivir aquí sin enterarse.

—¿Qué es lo que la asusta?

—Una figura… una figura horrible y descarnada que, de cuando en cuando, parece cobrar vida. Produce ruidos extraños…, ruidos que no son humanos.

Wallace sintió deseos de sonreír, pues no había en él el menor rastro de superstición. Era precisamente la clase de historia que uno esperaría escuchar acerca de un antiguo castillo rodeado por un espeso bosque. Sin embargo, Yolande no era el tipo de mujer que él imaginara propensa a la histeria.

—¿Alguien ha visto alguna vez esa… aparición? —preguntó.

—Sí.

—¿Quién?

—Severin, el mayordomo… y yo.

—¿Usted? ¿Cuándo?

—Cuando acababa de salir del internado, hace casi dos años. Nunca cerraba con llave la puerta de mi habitación porque siempre tenía miedo de que hubiera un incendio. Una noche me despertó un ruido. La luz de la luna entraba por la ventana y, bañada por ella, vi aquella

espantosa figura. Estaba erguida, a menos de dos metros de mi cama, y casi tocaba el techo. Parecía un monje, con una especie de capucha cubriéndole la cabeza. Aparte de la capucha y el hábito, solo alcancé a ver dos ojos espantosos y unas manos semejantes a garras. ¡Qué horror!

Se estremeció al recordar aquel episodio y pareció acercarse un poco más a él, pues la oscuridad comenzaba a caer.

—¿Qué ocurrió después? —preguntó Wallace.

—Intenté gritar, pero no pude emitir ningún sonido. Paralizada por el miedo, vi cómo aquella cosa se daba la vuelta y desaparecía atravesando la puerta.

—¿No fue una ilusión?

—¡No, no!

—¿Y no se lo contó a su padre?

—№ Pensé que se burlaría de mí. Pero en otra ocasión escuché unos ruidos extraños en el corredor. Me levanté de la cama y abrí la puerta. Vi a mi padre, pálido, avanzando con cautela por el pasillo con una pistola en la mano. En cuanto me vio, escondió el arma e intentó comportarse como si no ocurriera nada. Muchos sirvientes nos abandonan. Severin nunca explica el motivo, pero es un hombre leal y no quiere que este asunto se convierta en tema de chismes.

—¿El castillo tiene fama de estar embrujado? Quiero decir, ¿es una antigua tradición?

—Sí. Hace siglos asesinaron en su cama al primer marqués de Grammont. En la biblioteca había un volumen de registros y varios manuscritos antiguos sobre la historia del castillo, pero los alemanes se los llevaron antes de retirarse, junto con muchas otras cosas.

—¿Cuándo llegaron ustedes aquí?

—Poco antes de la guerra. La antigua familia Grammont se extinguió y la propiedad salió a la venta. Mi padre heredó una gran fortuna de mi abuelo, que poseía una enorme fundición de hierro en Lorena. Quería

conservar este hermoso lugar histórico. Habíamos oído hablar de que estaba embrujado, pero no le dimos importancia. A menudo escuchábamos ruidos extraños, aunque solo desde hace relativamente poco tiempo nuestra vida se ha vuelto insoportable. El esfuerzo está envejeciendo a mi pobre padre, pero es un hombre valiente y se niega a abandonar la responsabilidad de cuidar este lugar.

—Todo suena tan fantástico que cuesta saber qué decir —comentó Wallace pensativo—. Nunca me había encontrado con algo semejante y tendrá que disculpar mi escepticismo.

—Es natural que piense que soy una persona imaginativa, pero todo lo que le estoy contando es verdad. ¿Ha notado algo extraño en la decoración del castillo?

—No puedo decir que sí.

—Pues no hay espejos en ninguno de los salones de recepción. Cada vez que colocamos uno, aparece destrozado.

—¿Destrozado?

—Sí. Lo notamos por primera vez después de que los alemanes ocuparon el castillo. Todos los espejos habían sido hechos añicos y los fragmentos habían desaparecido. Pensamos que los soldados enemigos los habían roto para llevarse los pedazos como espejos de afeitar, pero cuando los reemplazamos, uno tras otro volvieron a aparecer destruidos.

—¡Qué extraño!

—Y hay algo todavía peor. Las habitaciones aparecen manchadas de barro y suciedad, como si algún monstruo odiara todo lo que es limpio y hermoso. Severin suele borrar esas señales muy temprano por la mañana, pero yo las descubrí. El otoño pasado organizamos una gran reunión con invitados. Terminó de manera repentina. Yo… prefiero no entrar en detalles. Es demasiado repugnante.

—Es la historia más extraña que he escuchado en mi vida. ¿Cree usted que exista algún peligro para la vida o la integridad física?

—No lo sé. Si ese monstruo pertenece al mundo sobrenatural, quizá no tenga poder para hacernos daño, pero…

—Tiene dudas.

—Sí. Hace menos de un año encontraron muerto en el bosque a un sirviente de la finca. No presentaba ninguna señal de violencia y se concluyó que había fallecido por un paro cardíaco. Sin embargo, muy cerca del lugar donde apareció el cadáver encontraron una enorme huella…, algo monstruoso, de casi treinta y cinco centímetros de largo. La policía quedó desconcertada, pero no encontró ninguna otra. El veredicto era inevitable, aunque yo estoy convencida de que ese pobre hombre vio al Monstruo cara a cara y murió de la impresión.

Lo contó con una voz completamente serena, capaz de hacer vacilar incluso al más incrédulo. Pero Wallace, con su mentalidad práctica y equilibrada, seguía encontrando muy difícil aceptar aquellos supuestos hechos.

—¿No ha vuelto a ver esa figura…, ese monstruo…, desde aquella noche de hace años? —preguntó.

—№.. hasta hoy.

—¿Hoy?

—Esta mañana alcancé a verlo por un instante en la galería norte, poco antes de salir a cabalgar: la figura cubierta con hábito y capucha, y aquellos dos ojos siniestros. Me pareció leer en ellos una advertencia. No sirve de nada intentar explicarlo, pero siento…, sé…, que se aproxima una tragedia.

Cuando nos encontramos con ustedes por pura casualidad y vinieron al castillo, no pude resistir la tentación de hacer… lo que hice. Ustedes son dos hombres fuertes… y necesitaba ayuda. Hay otros hombres entre los sirvientes, pero viven demasiado lejos y casi todos son cobardes, excepto Severin. Y él ya está envejeciendo.

—Comprendo. Ojalá estuviéramos en condiciones de ayudarla. Me daría un enorme gusto enfrentarme a ese extraño personaje. Pero esas

cosas nunca suceden cuando uno las desea. ¿No cree que sería prudente confiar en su padre y convencerlo de avisar a la policía?

—Sí. Me temo que tendremos que hacerlo. Pero hoy no hubo oportunidad. Hablaré con él esta noche.

—Mientras tanto, ¿debo considerar esto un secreto? Está mi amigo Conrad. No tiene la menor idea de todas estas extrañas cosas.

—Por favor, no se lo diga —le suplicó—. Solo se lo conté a usted porque lo descubrí cuando estaba manipulando su automóvil. ¿Puede perdonarme?

—No se preocupe por eso. Si nuestra presencia aquí le da aunque sea un poco de tranquilidad, estaremos más que felices de quedarnos.

—Gracias.

Unos minutos después sonó el gong que anunciaba la cena, y Wallace ofreció el brazo a Yolande para acompañarla al comedor.

CAPÍTULO III EL MONSTRUO

Dos jóvenes sirvientas francesas atendían la mesa, mientras el señor Severin servía el vino. Este último llamó particularmente la atención de Wallace. Tendría entre cincuenta y sesenta años; su rostro era cadavérico y sus pequeños ojos recordaban a los de un ave. Aunque desempeñaba su trabajo con absoluta corrección, tenía la costumbre de mirar constantemente por encima del hombro, lo que deslucía considerablemente su porte.

Después de lo que había oído, Wallace no pudo evitar atribuir aquellos frecuentes gestos nerviosos al Monstruo. Era evidente que Severin esperaba encontrarlo en cualquier rincón. Parecía un hombre al borde del colapso, que ocultaba su terror gracias a un admirable esfuerzo de voluntad.

—Debemos darle un descanso a Severin —dijo Fallières—. Me temo que está al borde de una crisis nerviosa.

—¿Hace mucho tiempo que trabaja con usted? —preguntó Wallace.

—Sí. Ya casi veinticinco años. Es un hombre excelente y un verdadero conocedor de vinos.

—No me cuesta creerlo —comentó Conrad, alzando su copa.

—¡Vaya! Acabo de recordar que olvidé llamar a Reims por lo del automóvil —dijo Fallières—. Lo haré en cuanto terminemos de cenar.

—No hace falta que se moleste —intervino Wallace—. El automóvil ya funciona.

—¿Encontró la avería?

—La señorita y yo… entre los dos. No era nada importante.

—¡Magnífico! Esos pequeños contratiempos suelen ser muy molestos.

—Hablando de accidentes —dijo Conrad—, lamento decir que he tenido uno en mi habitación. Bastante inexplicable, además.

—Espero que no haya sido nada grave.

—No me ocurrió nada a mí, sino a una de sus pertenencias, monsieur. No consigo imaginar cómo sucedió. Fui al baño y, cuando regresé, encontré el espejo del tocador hecho añicos. Estaba en el suelo y daba la impresión de haber recibido un fuerte golpe. La ventana estaba abierta, pero no soplaba ningún viento capaz de tirar al suelo un objeto tan pesado.

El rostro de Fallières palideció y Yolande dio un visible respingo. Conrad, evidentemente, no comprendía aquella extraña reacción.

—№.. no tiene ninguna importancia —balbuceó Fallières tras una breve pausa.

Luego, recuperando la serenidad, añadió:

—Este es un lugar desafortunado para los espejos, señor Conrad. Parece que no somos capaces de conservar uno intacto durante más de unas pocas semanas. Da la impresión de que aquí habita un espíritu maligno que los detesta.

—Bueno, eso significa siete años de mala suerte para mí, en cualquier caso —respondió Conrad entre risas—. Supongo que ahora la familia debe de parecerle muy pequeña, con sus dos hijas menores lejos de casa.

—Demasiado pequeña. Me gusta estar rodeado de gente joven. Me gusta escuchar sus risas, su alegría. También estoy un poco preocupado por Yolande. Temo que esta no sea una vida apropiada para una joven, prácticamente encerrada en una especie de ermita.

—¡Padre! —protestó Yolande—. Usted sabe que amo este castillo y este hermoso paisaje.

—Porque es tu hogar. Me gustaría que te fueras una temporada. Un cambio siempre hace bien. Ahí está tu tío Bernard, en Niza, y también tus primos…

—Sabe perfectamente que nunca nos llevamos bien. ¿Tiene tantas ganas de librarse de mí, padre?

Él sonrió y le acarició afectuosamente el brazo. Luego decidió confiar parte de sus preocupaciones a sus invitados.

—Para ser completamente sincero, ocurre algo un tanto extraño en este castillo. Si fuera un hombre supersticioso, pondría la propiedad en venta y buscaría un lugar menos cargado de los espíritus del pasado. Pero soy lo bastante racional como para desafiar señales y advertencias extrañas…

—¿Advertencias? —preguntó Conrad.

—Así podrían interpretarse. Ahora, Yolande, ya estoy logrando ponerte la piel de gallina.

—Eso ya me ha ocurrido antes —respondió ella con una débil sonrisa—. Sé perfectamente a qué se refiere, padre. Es el secreto de todos nosotros, y todos procuramos ocultárselo a los demás por miedo a que se burlen.

Fallières se acarició pensativamente la barbilla. Aquella afirmación no parecía sorprenderlo demasiado, aunque sí le causaba cierta inquietud.

—Esto resulta muy interesante —comentó Conrad—. Aunque, claro, todo castillo tiene su fantasma familiar. Por lo general, al final resulta que eran ratas entre las paredes o el viento silbando por las chimeneas.

Yolande le lanzó una rápida mirada, pero guardó silencio.

En ese momento entró Severin para comunicarle que la llamaban por teléfono y, como se trataba de una llamada de larga distancia, salió inmediatamente.

—No se trata de ratas en las paredes, monsieur —dijo Fallières—, ni del viento en las chimeneas. Es un misterio desconcertante y angustioso. Algo que puede verse y tocarse recorre este viejo castillo de forma intermitente. Durante ciertos períodos parece dormir y reina la tranquilidad; pero, de pronto, vuelve a activarse… y cada vez con mayor frecuencia.

Pero hace bien en mostrarse escéptico. Yo también lo fui, hasta que me vi obligado a aceptar la realidad.

—Si es algo humano, entonces el remedio debería ser muy sencillo.

—¿Cuál sería ese remedio?

—Capturarlo y ocuparse de él.

—Llevo años intentándolo. Mire, nunca camino desprevenido.

Sacó una pistola automática del bolsillo lateral de su chaqueta y la contempló con una sonrisa.

—No es precisamente agradable que un caballero tenga que llevar un arma en su propia casa en pleno siglo veinte —dijo—. Creo que esta noche será mejor que cierre con llave la puerta de su habitación. Lamento tener que aconsejarle eso.

Por primera vez Conrad comenzó a tomarlo realmente en serio.

Miró a Wallace, cuyo rostro permanecía tan imperturbable como el de una esfinge.

—¿Qué opinas de todo esto, Ralph? —preguntó.

—Francamente… no lo sé.

—Yo tampoco. Pero, ¡por Dios!, me gustaría encontrarme cara a cara con esa cosa. ¿Alguien la ha visto realmente?

—Sí. Severin.

—Hay alguien más —soltó Wallace de improviso.

Fallières lo miró sorprendido.

—Me temo… que he traicionado una confidencia —murmuró Wallace —. Aunque quizá ya no importe demasiado. Su hija la vio hace años… en su propia habitación.

—¡Dios santo!

—¿Ella se lo contó? —preguntó Conrad.

Wallace asintió, esperando que Fallières no le hiciera más preguntas, pues no deseaba contarle al severo anciano el episodio del automóvil.

Pero la impresión causada por aquella revelación fue suficiente para dejar a Fallières momentáneamente aturdido.

—Tiene que marcharse —dijo—. La enviaré a Niza. Me temo que estos acontecimientos se encaminan hacia una crisis. En cuanto a mí, pienso quedarme. Nada conseguirá echarme de este lugar.

—Bien dicho —afirmó Conrad—. Tiene que existir una explicación, y seguramente muy sencilla. Vivimos en el siglo veinte y no deberíamos tolerar las supersticiones.

—¿Supersticiones? ¿Quién rompe los espejos y ensucia los muebles? ¿Qué produce esos espantosos ruidos en las habitaciones y galerías? ¿Qué fue lo que vio mi hija?

Admito que pudo tratarse de una alucinación provocada por un sueño y por los rumores entre los sirvientes. Pero, por otro lado, tendría que estar completamente loco para creer que todo cuanto yo mismo he visto y oído ha sido producto de mi imaginación.

Cuando Yolande regresó, cambiaron rápidamente de conversación.

A petición de su padre, aceptó tocar algunas piezas para ellos y, durante dos horas, las dulces melodías llenaron el castillo.

Aquello disipó de inmediato el ambiente sombrío que había reinado hasta entonces.

—¿Usted canta? —preguntó Yolande a Wallace—. Tengo muchas canciones inglesas.

Él aceptó de buena gana, pues poseía una voz de barítono bastante agradable y conocía una gran cantidad de canciones.

Yolande demostró ser una excelente acompañante al piano y, en uno o dos dúos, sus voces armonizaron perfectamente.

—¡Bravo! —exclamó Fallières—. Ha sido encantador. Yolande rara vez tiene ocasión de cantar a dúo. Busquen otra, por favor.

Así transcurrió la velada y, al llegar la medianoche, todos se retiraron a descansar.

Antes de dirigirse a su habitación, Wallace salió un momento a la terraza junto con Yolande para respirar por última vez el aire fresco de la noche.

Una brillante luna iluminaba el valle y el oscuro bosque.

—Gracias por volver a cambiar los cables de mi automóvil —dijo él—. Ha sido una velada realmente agradable. No se atormente demasiado por ese otro asunto. Estoy convencido de que debe existir una explicación muy sencilla y que tarde o temprano la descubrirán.

—Ojalá fuera así —respondió ella.

—Qué historia tan extraña —comentó Conrad mientras, ya en la habitación de Wallace, fumaba un cigarrillo—. Desde luego, no hay nada de cierto en todo eso. Simplemente se han dejado dominar por la sugestión.

—No estoy tan seguro.

—Entonces me sorprendes. ¡Un muchacho fuerte, sano y musculoso dispuesto a creer en cuentos de hadas! ¡Qué vergüenza!

—Fallières no me parece un hombre propenso a la histeria. Yolande tampoco.

—Bueno, ¿y qué harás si te encuentras con ***ESO***? —bromeó Conrad.

—Golpearlo tan fuerte como pueda.

—Si no es humano, dudo mucho que eso consiga impresionarlo.

—Me desconcertará más si no encuentro algo que detenga mi puño. ¡Qué día tan extraño ha resultado este! Estaba completamente convencido de que esta noche dormiríamos en Reims.

—¿Qué dice el poeta? «Los planes mejor trazados de ratones y hombres…» ¡Vaya noche! Luna llena y ni una sola brisa. Estas ventanas sí que están bien hechas.

Empujó un poco más la ventana abatible y se inclinó hacia afuera. Estaban en el lado del castillo que daba al valle, y la caída desde la ventana hasta el suelo era impresionante, pues por debajo del nivel de la planta baja había casi treinta metros de enormes contrafuertes.

—Buen lugar para suicidarse —dijo, arrojando la colilla del cigarrillo al abismo—. Ahí va, cayendo… cayendo… ¿Qué fue eso?

—Yo no oí nada.

—Creí escuchar un grito… como un gruñido. Debe de haber sido mi imaginación.

—Ya te estás dejando influir por el ambiente —dijo Wallace—. Ahora apaga la luz. Yo me voy a dormir.

Pero Conrad siguió de pie junto a la ventana, con la cabeza ligeramente inclinada hacia un lado.

—Habría jurado que…

Al instante siguiente resonó dentro del castillo una detonación que hizo eco por todo el edificio, seguida de un fuerte grito.

—¡Dios mío! —exclamó Conrad—. Esa es la voz de Fallières. Su habitación está apenas tres puertas más allá. Algo ha ocurrido.

—¡Vamos! —dijo Wallace, dirigiéndose hacia la puerta.

En el corredor vieron a Yolande correr hacia ellos, envuelta en un kimono, mientras que, unos metros detrás, avanzaba el anciano Severin empuñando un anticuado fusil.

—Escuché un disparo —dijo ella jadeando—, y una voz que parecía la de mi padre.

—¿Cuál es su habitación?

—Esa de allí.

Wallace llamó con fuerza a la puerta y, al no obtener respuesta, la abrió inmediatamente.

La habitación estaba vacía, pero la cama mostraba señales de haber sido ocupada, y sobre la almohada se extendía una larga mancha de sangre.

En el suelo yacía una pistola automática, que aún conservaba el calor del disparo.

—Qué extraño… —murmuró Conrad—. ¿Cómo pudo salir de la habitación?

Wallace abrió de golpe el armario y miró debajo de la cama. Luego se volvió hacia Severin.

—¿Usted oyó el disparo?

—Sí, monsieur. Subí las escaleras y corrí por el pasillo inmediatamente. El amo no pasó por allí; de haberlo hecho, lo habría visto.

Wallace se acercó a la ventana, que estaba entreabierta. Debajo se abría el mismo abismo que había frente a su propia habitación.

—Disparó contra algo —dijo Conrad—. Mire, la bala quedó incrustada en esa pared. Debió de fallar el tiro.

—Fue el Monstruo —graznó Severin, santiguándose—. Siempre viene con la luna llena.

—¡Luna llena, tonterías! —replicó Conrad—. ¿Cómo pudo entrar alguien en esta habitación? La verdadera pregunta es: ¿dónde está el señor Fallières?

Wallace escuchó un sollozo ahogado y se volvió justo a tiempo para ver cómo Yolande se tambaleaba.

La sostuvo entre sus brazos y, guiado por Severin, la llevó hasta su habitación. Después de mandar llamar a una sirvienta, regresó junto a Conrad.

Este permanecía sentado en la cama, acariciándose la barbilla pensativamente.

—Esto no me gusta nada —dijo.

—A mí tampoco. Por todos los cielos, esto resulta inquietante. Parece imposible que alguien haya salido de la habitación por la puerta sin que lo vieran en el pasillo. Pero no debemos sacar conclusiones precipitadas. Voy a reunir un grupo para organizar la búsqueda.

—Es lo más lógico. Empecemos de inmediato.

Encontraron al aterrorizado Severin y reunieron a media docena de sirvientes.

Registraron rápidamente las principales dependencias del castillo, pero aún quedaban muchísimas habitaciones y anexos desocupados, cuya inspección llevó bastante tiempo.

Finalmente abandonaron la idea de encontrar a Fallières dentro del castillo.

También exploraron las amplias bóvedas subterráneas, pero no hallaron el menor indicio que ayudara a resolver el misterio.

—Lo siguiente será registrar el terreno que hay debajo de la ventana de la habitación de Fallières —dijo Wallace—. Necesitaremos linternas o antorchas.

Para llegar hasta ese lugar fue necesario descender numerosos tramos de escaleras que partían desde la terraza.

Aquella parte de los jardines del castillo estaba ocupada por jardines de rocas, atravesados por senderos de grava serpenteantes que, tras un largo rodeo, conducían a los sectores donde crecían las flores más exóticas.

Severin señaló la ventana de Fallières, que seguía iluminada, y el grupo caminó hasta situarse justo debajo de ella.

Una espesa hiedra trepaba por el muro, pero no había señales de que hubiera sido removida, y el sendero de grava, recién rastrillado, no mostraba más huellas que las de ellos mismos.

Registraron cuidadosamente los arbustos cercanos, pero todo fue inútil.

Regresaron por el largo sendero y, finalmente, volvieron al castillo agotados y completamente desconcertados.

Conrad despidió a los sirvientes y luego él y Wallace fueron a sentarse en el salón principal.

—En estas circunstancias solo queda una cosa por hacer —dijo Conrad.

—¿Avisar a la policía?

—Sí. No sé cuál sea el procedimiento habitual en un caso así, pero supongo que, tratándose de un hombre tan conocido como Fallières, actuarán de inmediato desde París. Voy a llamar ahora mismo a la Prefectura. Me imagino que tardarán bastante en responder.

Realizó la llamada y regresó para conversar con Wallace mientras esperaban la comunicación.

Ninguno de los dos era un hombre nervioso, pero ambos tenían el rostro sombrío y pensativo.

—No hemos visto ni la mitad del castillo —dijo Wallace—. Había muchos pasillos por los que Severin ni siquiera quiso pasar.

—También me di cuenta. Pero este lugar es un auténtico laberinto. Además, Severin estaba muerto de miedo.

Pasó casi una hora antes de que sonara el teléfono.

Conrad acudió al aparato y sostuvo una conversación durante varios minutos.

Por fin regresó.

—Parece que primero debí avisar a la policía local —dijo—. Pero, de todos modos, ya van a intervenir. Un buen investigador saldrá de París en el próximo tren. Me temo que mañana por la mañana no podremos marcharnos.

—Desde luego que no. Tengo muchas ganas de llegar al fondo de este asunto. A mí esto me parece sospechosamente un asesinato.

La primera y tenue claridad del amanecer comenzó a asomar por el horizonte oriental antes de que ambos se levantaran y regresaran a sus habitaciones.

Aun así, Wallace ni siquiera se desvistió. Se recostó sobre la cama, completamente alerta.

A veces, en medio del profundo silencio de la madrugada, le parecía escuchar el sollozo de una mujer.

CAPÍTULO IV FOUCHARD

Tanto Wallace como Conrad pidieron que les llevaran el *petit déjeuner* muy temprano, pues sus mentes estaban demasiado ocupadas por la espantosa tragedia de la noche anterior como para haber podido descansar con tranquilidad. Severin, que tenía el aspecto de no haberse acostado siquiera, les informó que su joven señorita había pasado una mala noche, pero que se había negado a permanecer en su habitación. En ese momento se estaba vistiendo.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó Conrad.

—Eso depende de Yolande.

—¿Crees que agradecerá que la acompañemos durante un tiempo?

—¿No te parece lo más probable? Ese hombre que viene de París pondrá el castillo de cabeza y hará un montón de preguntas dolorosas. Hay una cosa segura: Fallières está gravemente herido o ha muerto.

—¿Pero dónde está?

—Ese es el núcleo de todo el misterio. Connie, ¿crees que se puede confiar en el viejo?

—¿Te refieres a Severin?

—Sí. A veces actúa de una manera muy extraña. Anoche tuve la impresión de que evitaba deliberadamente ciertas partes del castillo; y fue visto en el corredor inmediatamente después de que oímos el disparo.

—¿No estarás insinuando que Severin le disparó a su amo y luego escondió el cuerpo en alguna parte?

—Es una explicación tan buena como cualquier otra que se nos haya ocurrido.

—Increíble. Fallières habló maravillas de Severin. No; Severin solo está dominado por el miedo. Olvidas que él ha visto a ese supuesto monstruo, y nosotros no.

—Es difícil creer en monstruos a plena luz del día. Me pregunto si no nos estaremos volviendo locos.

—Locos o no, Fallières ha desaparecido. Tendríamos que estar realmente locos para creer que está gastando una broma. No; me temo que nos enfrentamos a una realidad terrible.

Se volvió al oír unos pasos detrás de él. Yolande entró en la habitación. Tenía el rostro pálido como la muerte y era evidente que no había dormido.

—*Bonjour* —saludó—. Supongo que no hay noticias.

—Ninguna. Anoche llamé por teléfono a la Prefectura de Policía y enviaron inmediatamente a uno de sus mejores hombres. Debe de estar por llegar.

—Gracias.

Se dejó caer en una silla con desaliento, y Conrad le tomó la mano con afecto paternal.

—No debe angustiarse demasiado —murmuró—. Admito que la situación es desconcertante, pero no debemos perder la esperanza.

—Me siento tan impotente —respondió ella—. ¿Dónde se puede buscar? ¿Qué se puede hacer?

—Mantener la serenidad.

—No pienso derrumbarme —dijo con firmeza—. Tampoco dejaré piedra sin mover hasta resolver este terrible misterio. Lo hemos tolerado durante demasiado tiempo. ¿Ya desayunaron?

—Sí.

—¿Y pronto se marcharán?

—Eso depende de usted, señorita. Estoy muy agradecido con su padre por muchas cosas, y si pudiera serle de la menor ayuda, solo tiene que pedírmelo. Sé que hablo también en nombre de mi joven amigo.

—¡Desde luego! —intervino Wallace.

—Entonces quédense —les suplicó—. Si queremos acorralar a esa extraña criatura, harán falta la fuerza y el ingenio de hombres decididos. Dios sabe cuánto necesito su ayuda.

Wallace respiró aliviado. Poseía un espíritu aventurero y la sangre le hervía ante la atrocidad que se había cometido. Cacería de un hombre o cacería de un fantasma, para él era lo mismo. Rebosaba de energía y no deseaba otra cosa que enfrentarse a ese supuesto monstruo.

—Entonces demos el asunto por resuelto —dijo Conrad con calma.

Pocos minutos después, un criado entró con una tarjeta de presentación. Solo llevaba un nombre:

Arnaud Fouchard.

—Fouchard... —musitó Conrad—. Ese nombre me resulta familiar.

—Viene de la Prefectura de Policía —susurró Yolande—. Es el temido Fouchard. Toda Francia lo conoce.

—Excelente. Sin duda ha perdido muy poco tiempo.

El célebre Fouchard fue conducido al salón. Vestía de civil y tenía un aspecto de lo más poco impresionante. Su rostro recordaba al de un mongol, y llevaba una barba y un bigote ralos y descuidados. Era de baja estatura, pero poseía una vivacidad que hacía pensar en un alambre electrizado. Se inclinó respetuosamente ante Yolande.

—¿Es usted el señor Fouchard? —preguntó ella.

—A su servicio. Y usted debe de ser la señorita Fallières.

Ella asintió y presentó a Wallace y a Conrad como amigos de la familia... y huéspedes del castillo.

—Muy bien, podemos empezar —dijo él—. Según entiendo, el señor Fallières ha desaparecido y ustedes sospechan que ha sido víctima de un crimen.

—Así es —respondió Conrad—. Desapareció de su habitación alrededor de las doce y media de la noche.

—Hum... ¿Por qué sospechan de un crimen?

—La cama había sido usada y había sangre sobre la almohada.

—Quiero ver la habitación.

Yolande permaneció abajo mientras Wallace y Conrad acompañaban al inspector. Nada había sido tocado desde la noche anterior, salvo que Conrad había recogido la pistola. Fouchard examinó la almohada y el suelo, y luego se acercó a la ventana.

—Una caída muy desagradable —murmuró—. Díganme exactamente qué ocurrió, hasta donde les sea posible.

Conrad relató los hechos, mientras Fouchard tomaba minuciosas notas taquigráficas en una enorme libreta de bolsillo. Durante todo el relato hacía extrañas muecas.

—¿Dónde está la pistola? —preguntó bruscamente.

Conrad la sacó del bolsillo.

—Hum... Se disparó una sola vez. Ojalá la hubiera dejado donde la encontró, señor —dijo con irritación—. ¿Cómo espera que reconstruya los hechos si anda manipulando las pruebas? ¿Dónde la encontró?

Conrad señaló el lugar, algo molesto por el tono de Fouchard.

—¿Cuándo llegaron aquí? —preguntó el detective.

—Ayer.

—Hum... ¿Conocía íntimamente al señor Fallières?

—No veo qué tiene eso que ver con el caso. Pero, ya que insiste, no lo conocía íntimamente. Era una antigua amistad que se reanudó de manera inesperada.

—¿Estaba usted en su habitación cuando se oyó el disparo?

—Sí. Ya se lo he dicho.

—¿El señor Fallières estaba preocupado anoche, antes de retirarse?

—Bueno... sí. Será mejor que conozca toda la verdad sobre este lugar, señor. Es un rumor muy extendido que este castillo está embrujado...

—¿Embrujado? ¡Bah!

—Sí, ya imaginaba que respondería eso. Solo le expongo los hechos tal como los hemos oído. La señorita Fallières puede confirmarlo. Se dice que una criatura gigantesca anda suelta por aquí, emitiendo horribles ruidos durante la noche y rompiendo los espejos. Todo esto lleva ocurriendo dos años. Por esa razón, el señor Fallières iba siempre armado. La teoría es que ese monstruo entró por la ventana y lo atacó...

—¿Y luego se lo llevó? Dígame, señor, ¿cree realmente que un ser vivo podría cargar con un hombre y bajar por ese muro?

Wallace, que estaba mirando por la ventana, lanzó de pronto una exclamación. Fouchard se volvió hacia él.

—Aquí hay algo que antes no había visto —dijo—. Mire: entre dos bloques de piedra hay una barra de hierro empotrada. Si alguien pudiera alcanzarla, sería fácil apoyarse luego sobre la hiedra y trepar hasta la torre norte. Los tallos son sorprendentemente gruesos.

Fouchard observó la barra saliente y la hiedra, y negó con la cabeza.

—Completamente imposible.

—No estoy de acuerdo —replicó Wallace—. Yo mismo podría hacerlo.

—Solo estamos perdiendo el tiempo —respondió secamente Fouchard.

—Usted lo está perdiendo —contestó Wallace—. Voy a demostrarle si es imposible o no.

Antes de que Conrad pudiera detenerlo, pasó por la ventana y, sujetándose de la barra de hierro, encontró un apoyo firme sobre la espesa hiedra que se extendía hacia la torre.

—¡Tenga cuidado! —advirtió Conrad.

—¡Es más resistente que el demonio! —respondió Wallace, mientras avanzaba con la agilidad de un acróbata.

Diez minutos después estaba sentado a horcajadas sobre el muro, unos diez metros por encima de ellos, muy cerca del punto donde se elevaba la torre norte. El pronunciado ángulo del techo del castillo le impedía apoyar los pies, de modo que avanzó a lo largo del parapeto impulsándose con manos y piernas, como si jugara al salto de rana, hasta que el muro circular de la torre le cerró el paso.

—¡Regrese! —gritó Conrad.

Él soltó una carcajada y saludó con la mano. Luego emprendió el regreso y volvió a entrar por la ventana sin demasiada dificultad.

—Podría haber subido hasta la torre —dijo—. La hiedra llega hasta la ventana. Además, estaba desgastada a todo lo largo, como si alguien más la hubiera usado antes. En dos sitios incluso estaba rota.

—Una hazaña admirable —comentó Fouchard—. Pero eso no nos hace avanzar ni un paso. Olvida usted que no llevaba ninguna carga, y además parece ser excepcionalmente ágil.

—Hay otras personas en el mundo igual de ágiles.

—¿Existe acaso un hombre capaz de hacer eso llevando a otro hombre sobre la espalda? No, es imposible.

—De todos modos, es la única explicación que encaja.

—No encaja. Personalmente, estoy convencido de que el señor Fallières jamás salió por esa ventana. Si lo hubiera hecho, esperaríamos encontrar su cuerpo destrozado ahí abajo.

Wallace se encogió de hombros, y Fouchard dio a entender que deseaba interrogar a algunos de los sirvientes. Los dos lo dejaron seguir con su trabajo.

—¿Es un idiota o solo está fingiendo? —preguntó Wallace.

—No estoy seguro. Parece una persona competente, pero es posible que haya elaborado otra teoría que todavía no esté dispuesto a revelar.

—Bueno, si al menos me hubiera tratado con un poco de respeto, le habría contado algo más. Conrad, vi manchas de sangre en la hiedra, en tres lugares distintos. Por increíble que parezca, la persona o la cosa que entró en la habitación de Fallières trepó por la hiedra igual que yo... llevando a Fallières sobre la espalda. ¡Por Dios!, hay que reconocer que eso sí sería una proeza extraordinaria.

—Eso es asombroso.

—Lo sé.

Su expresión se volvió seria.

—Conrad, empiezo a preguntarme si de verdad nos enfrentamos a algo humano.

—Pero ¿por qué habría él... o eso... de hacer semejante cosa?

—Si mató a Fallières, quizá quisiera deshacerse del cadáver. Después de todo, no se puede obtener una condena por asesinato sin identificar el cuerpo.

Conrad hizo un gesto de incomodidad. Todo aquel asunto era tan fantástico que resultaba difícil razonar con lógica. Creía que debería haberse reído de la teoría del monstruo, pero entonces... ¿qué había entrado en la habitación de Fallières y realizado aquella increíble hazaña de escalada por la fachada del castillo?

—Todo esto da escalofríos —admitió.

—Sería interesante si no fuera por la desaparición de Fallières. Tenemos que explorar esa torre... y cuanto antes. Vamos, mientras nuestro amigo Fouchard está interrogando a los sirvientes.

Encontraron el lugar con cierta dificultad. Se llegaba a él a través de una galería del segundo piso del enorme edificio. Esa ala del castillo llevaba mucho tiempo deshabitada y apenas contenía muebles. A la torrecilla se accedía por una escalera de caracol tan estrecha que los hombros rozaban las paredes a ambos lados. La estancia situada en lo alto era

circular y constituía una auténtica obra maestra de la arquitectura. Los bloques de piedra estaban labrados con exquisita precisión y no mostraban señal alguna de deterioro. La habitación estaba completamente vacía, salvo por un banco de roble colocado junto a la ventana emplomada.

—¡Qué vista! —exclamó Conrad.

Luego añadió con excitación:

—Aquí también hay sangre. ¡Mira!

Wallace asintió mientras contemplaba las inconfundibles manchas sobre el alféizar de la ventana. Corrió el cerrojo y asomó la cabeza al exterior. Un estrecho corredor de piedra rodeaba la torrecilla, y sobre el bajo parapeto trepaba la infatigable hiedra.

—Antes había una puerta que daba a esa galería —dijo Conrad—. Estaba aquí. Se nota dónde fue tapiada. Probablemente algún miembro de la familia Grammont se suicidó hace uno o dos siglos. Pero todavía me cuesta aceptar que nuestro misterioso amigo cargara con el cuerpo de un hombre hasta lo alto de la torre y lo introdujera por esta ventana.

—Yo, desde luego, no tendría ganas de intentarlo —convino Wallace.

—Pero ¿no te parece concluyente la evidencia?

—Bastante. Pero ¿dónde está Fallières?

—Todo el asunto está envuelto en el más completo misterio. Parece que el corredor por el que hemos venido comunica con las cuatro torres. Una cosa es segura: habrá que registrar todo el castillo si queremos tener alguna esperanza de éxito. Debajo hay sótanos y Dios sabe qué otras dependencias.

—Tenemos que pedirle a Severin que vuelva a guiarnos. No entiendo por qué Fouchard pierde el tiempo interrogando a los sirvientes cuando todavía existe la posibilidad de encontrar a Fallières con vida.

—¿De verdad lo crees?

—¿Y tú no?

—№ El misterioso atacante de Fallières no se habría llevado el cuerpo a menos que su intención fuera ocultarlo. Se habría asegurado muy bien de que ya no quedara vida en él.

—Todo este asunto es de lo más macabro. Vamos a buscar al señor Fouchard y veamos a qué conclusión ha llegado.

—Si es que ha llegado a alguna —añadió Wallace.

CAPÍTULO V DESCONCERTADOS

Cuando llegaron a la planta baja, encontraron al señor Fouchard completamente ocupado. Estaba sentado ante una mesa con su libreta de apuntes abierta, lanzando preguntas a Severin, cuyo nerviosismo resultaba más que evidente.

—¿Usted respalda esa absurda historia de un extraño ser que ronda el castillo, señor Severin?

—¿Cómo no habría de hacerlo? —balbuceó el anciano—. Si monsieur estuviera en mi lugar, sabría que es verdad.

—¿Ha oído ruidos?

—Ruidos espantosos.

—¿Con frecuencia?

—Sí.

—¿Ha descubierto objetos desaparecidos?

—Muchos.

—¿Cuáles?

—Comida, vino y…

—En los grandes establecimientos siempre desaparecen comida y vino. Pero vayamos al grano. ¿Ha visto alguna vez a una persona extraña en alguna parte del castillo?

Severin comenzó a temblar visiblemente y luego asintió con la cabeza.

—¡Ah, ya vamos acercándonos! ¿Dónde vio a esa persona y en qué circunstancias?

—Fue en la larga galería del oeste… hace un año. Él… eso… vino hacia mí y se detuvo a unos cuantos pasos. Monsieur, estaba aterrorizado. Intenté darme la vuelta y huir, pero no pude moverme. Durante un minuto entero permaneció allí, riéndose de mí, y luego… luego creo que perdí el conocimiento. Cuando volví en mí, ya no había nada.

—Lo vio claramente, igual que me ve ahora. ¿No era una sombra ni un efecto de la luz?

—¡Mon Dieu!, era a plena luz del día. Era enorme y estaba cubierto con una túnica… como la de un monje. Llevaba una capucha sobre la cabeza y solo se le veían los ojos y la nariz. Unos ojos crueles y una nariz ganchuda. Cuando se rio de mí, aquel sonido no se parecía a nada que hubiera oído jamás. —Entonces, presa de un ataque de histeria, exclamó—: ¡Fue él quien mató al amo! ¡Lo sé!

—Eso será todo por ahora, señor Severin —dijo Fouchard—. ¿Ningún otro sirviente ha visto a esa criatura?

—Nadie, pero todos la han oído. Nadie del pueblo quiere venir al castillo. Todos lo saben.

—Hum… Eso será todo por el momento.

Severin salió arrastrando los pies y Fouchard guardó la libreta en el bolsillo. Luego se volvió hacia Wallace y Conrad con gesto severo.

—La alucinación de un anciano —gruñó.

—No fue ninguna alucinación —dijo Yolande con serenidad—. Severin está envejeciendo, pero conserva plenamente la razón. Sé que no fue una alucinación porque yo también he visto… esa cosa, y la descripción coincide exactamente.

Fouchard arqueó sus pobladas cejas.

—No tenía idea.

—Fue hace casi dos años. Me temo que tendrá que aceptar los hechos. Hay algo en este castillo —sea hombre, bestia o espíritu— que aparece y desaparece, ocultándose siempre con éxito. Temo que haya asesinado a mi pobre padre.

—Mademoiselle, le ruego que no saque conclusiones precipitadas —respondió Fouchard—. Hoy mismo pienso registrar cada rincón del castillo y de sus alrededores. Confío en que me permitirá disponer de los sirvientes como considere conveniente.

—Haga lo que crea necesario. Mi único deseo es conocer la verdad sobre mi padre.

—Entonces, pongámonos a trabajar.

Se inclinó respetuosamente y salió de la habitación. Yolande se acercó a Wallace y Conrad.

—¿Qué opinan de él? —preguntó.

—No estoy seguro de que no esté fingiendo —respondió Conrad—. Creo que nuestra presencia aquí le molesta, y Wallace ya ha conseguido ponerlo en su contra.

—No veo por qué no podríamos trabajar todos juntos de manera cordial —dijo Wallace—. Al fin y al cabo, perseguimos el mismo objetivo. Encontré algo importante y él lo descartó de inmediato; supongo que por celos profesionales. Ya ha decidido no creer la historia de Severin.

—¿Qué fue lo que descubrió? —preguntó Yolande.

Wallace vaciló un instante, pero ella comprendió enseguida que se trataba de algo desagradable y lo animó a continuar.

—Por favor, no me oculten nada. He recibido un golpe terrible, pero intento enfrentar esta situación. He decidido permanecer aquí pase lo que pase. Si esa criatura es humana, debe ser llevada ante la justicia. Quiero saberlo todo.

—Bien. Descubrí que, al parecer, entraron en la habitación de su padre por la ventana. Y, con toda seguridad, su cuerpo fue sacado por allí. Se puede llegar a la torre norte trepando por la hiedra; yo mismo lo he hecho.

—¿Pero cargando un peso tan grande como el de mi padre?

—Creo que incluso eso es posible. En cualquier caso, encontré rastros de… sangre en varios lugares, también en el alféizar de la ventana de la torre.

—¡Es… increíble!

—Lo sé. Pero recuerde que, inmediatamente después del disparo, varias personas estaban en el corredor. Ni su padre ni su agresor pudieron haber salido por allí sin ser vistos.

—Eso es cierto, pero subir un cuerpo humano hasta la torre… ¿Ha estado usted allí?

—Sí. El rastro termina en ese lugar. Tengo la impresión de que su padre sigue en alguna parte de esta casa.

—Fouchard está organizando ahora mismo una búsqueda. ¡Ah, si al menos pudiéramos conservar un poco de esperanza!

Nadie respondió. No había palabras de consuelo. Todo indicaba que Fallières había dejado este mundo.

Por sugerencia de Wallace, tomaron el Bentley y recorrieron la región, dejando la búsqueda del desaparecido en manos de Fouchard. El paseo benefició a Yolande. Se enamoró del automóvil y, al menos por un rato,

logró apartar el espectro de su mente. El bosque abarcaba varios miles de acres y estaba salpicado de cabañas de leñadores, pues abastecía de combustible a toda la comarca. Aquí y allá aún podían verse cicatrices de la guerra, aunque el bosque no había sufrido demasiado y los ingresos por la explotación maderera eran considerables.

—Los alemanes le sacaron buen provecho —dijo Yolande—. Después de ocupar el castillo, pudieron retirarse con muy pocas bajas.

—¿Los leñadores trabajan para ustedes? —preguntó Wallace.

—Oh, no. Ocupan sus cabañas pagando un pequeño alquiler y poseen ciertos derechos de explotación forestal. Mi padre contrató a un guardabosques que se encarga de proteger los árboles jóvenes. Vive en el bosque.

Para apartarla de los pensamientos sobre su padre, Wallace le sugirió que condujera el automóvil. Ella aceptó con evidente entusiasmo y enseguida se familiarizó con los mandos. Él observó cómo sus ojos se iluminaban cuando aceleró en un largo tramo recto del camino.

—Estoy enamorada de él —dijo—. Siento que podría partir hacia un lugar lejano… Niza o Biarritz. Es una máquina más entrañable, más cercana, que el Hispano. Eso me recuerda que Watkins debe regresar esta tarde.

—¿Quién es Watkins?

—El chófer. Sí, es inglés y muy competente. Lo contratamos porque entiende de electricidad y puede encargarse también de la planta eléctrica de la casa. Habla francés… un francés espantoso.

Durante el viaje de regreso, el viejo espectro volvió a hacerse presente. Una atmósfera sombría los envolvió apenas las torres del castillo aparecieron en el horizonte. Wallace miró a Conrad y vio que tenía la mandíbula firmemente apretada. Yolande estaba pálida y mantenía las pequeñas manos cerradas sobre el regazo.

El resto del día, los dos huéspedes recorrieron el castillo explorando edificios anexos. Al caer la tarde, no habían encontrado absolutamente

nada. De Fouchard no había habido noticias desde la mañana. Severin les informó que había visto al detective dirigirse hacia el bosque.

—¿Ha enviado a los sirvientes a buscar? —preguntó Wallace.

—No que yo sepa, monsieur. Los jardineros han estado trabajando en el invernadero y el personal de la casa permanece en el salón de servicio.

—Parece que su grupo de búsqueda está formado únicamente por él mismo —refunfuñó Conrad—. ¡Qué sujeto tan misterioso!

Poco antes de la cena, ambos hombres estaban sentados frente al castillo contemplando la magnífica puesta de sol. Pero, conforme el sol descendía, también se instaló una inquietante sensación. Wallace soltó una risa repentina.

—¿Qué ocurre? —preguntó Conrad.

—Nos estamos poniendo nerviosos, viejo. Es esta sensación de impotencia. Si al menos estuviéramos enfrentando el problema directamente, sería distinto. ¿Pero por dónde demonios se empieza?

—Debimos haber hecho nosotros mismos un registro más minucioso —dijo Conrad—. Creí que Fouchard iba a organizar una búsqueda a gran escala. Sea cual sea su actitud, no pienso perder más tiempo. Mañana mismo buscaremos a Severin y registraremos el lugar de arriba abajo. Aunque solo encontremos el cuerpo de Fallières, ya habremos conseguido algo. La tensión debe de ser insoportable para Yolande. Está demostrando un valor admirable, pero creo sinceramente que sería mejor que conociera la verdad antes que seguir soportando esta espantosa incertidumbre.

—Estoy contigo. Pero ¿qué demonios estará haciendo Fouchard?

—Ahí viene Yolande. Quizá tenga noticias.

Yolande iba a medio camino por el patio cuando, de pronto, se detuvo y lanzó un grito. Tenía la vista fija en la torre norte, recortada contra el cielo teñido de rojo por el atardecer. Wallace levantó la vista y contuvo el aliento. En la estrecha galería que rodeaba la torre se alzaba una figura gigantesca, vestida como un monje capuchino. Tenía los brazos

cruzados y permanecía completamente inmóvil, mirando hacia el amplio patio.

—¡Miren!

—¡Dios mío! —exclamó Conrad.

—Ese es… él —dijo Yolande con voz apenas audible.

Wallace la sujetó del brazo y señaló el garaje.

—El chófer acaba de regresar. Por favor, vaya a hablar con él; allí estará más segura. Todavía existe la posibilidad de que atrapemos a esa cosa.

—Sí… sí. Pero tengan cuidado. ¡Por favor, tengan mucho cuidado!

—No lo dude —respondió él con expresión sombría.

Ella se alejó y Wallace se volvió hacia Conrad, que seguía observando la inmóvil figura en la torre.

—Ahora es el momento, Connie. ¿Tienes esa pistola?

—No, para desgracia nuestra. Fouchard se la llevó.

—No importa. Ya encontraremos algo por el camino. No hay tiempo que perder. Apuesto a que puedo llegar a la galería superior antes de que esa cosa logre escapar. ¡Sígueme!

Con esto, echó a correr hacia la entrada principal. Conrad no perdió un instante en seguirlo. Aunque era mayor, conservaba una excelente condición física y sabía actuar con rapidez en una emergencia. Cuando llegó al vestíbulo, Wallace ya había desaparecido de su vista. Entonces distinguió el brillo del acero y arrancó una espada corta del soporte donde colgaba. Con un gruñido de excitación, salió tras las huellas de su joven compañero.

Jadeando, alcanzó el primer descanso de la escalera, pero Wallace ya le llevaba una buena ventaja. Subió el siguiente tramo a toda velocidad y finalmente llegó a la galería superior. A pesar de la oscuridad, alcanzó a distinguir a Wallace unos metros más adelante, sosteniendo un garrote de aspecto formidable. Wallace se volvió y le hizo una seña. Conrad se reunió con él unos segundos después.

—¿Algún rastro? —preguntó en voz baja.

—№ Pero no creo que haya podido escapar en los pocos segundos que me tomó llegar hasta aquí. Creo que lo tenemos acorralado.

—Ojalá sea así.

—El problema está en la torre. Está condenadamente oscura. Ojalá hubiéramos traído una linterna eléctrica. Allí arriba no hay iluminación. En fin, mantente cerca de mí. No debería ser capaz de dejarnos fuera de combate a los dos.

—No, pero debimos haber tomado la precaución de llevar armas de fuego. Si resulta que tiene una pistola automática…

—Será mejor no pensar en eso. ¿Listo?

—Sí.

Avanzaron sigilosamente por el resto de la galería hasta llegar a la entrada de la torre. Wallace empujó la puerta lentamente y se deslizó al interior.

Ante ellos se alzaba la oscura y amenazante escalera de caracol de piedra. Wallace se quitó los zapatos y, cuando Conrad hizo lo mismo, comenzaron el ascenso.

CAPÍTULO VI LO INESPERADO

En la oscuridad absoluta, los dos hombres ascendieron los escalones de piedra, esperando en cualquier momento un ataque feroz. Reinaba tal silencio que el sonido de su propia respiración parecía ensordecedor. Wallace encontraba cierto consuelo en pensar que un disparo de revólver tendría que hacerse a menos de un metro de distancia para alcanzarlos; una proximidad suficiente para que él pudiera emplear su garrote con eficacia.

Subieron una y otra vez por la escalera de caracol, contando mentalmente cada peldaño. Eran sesenta y tres en total. Al llegar frente a la puerta, Conrad pudo situarse al lado de su compañero. Apretó con más fuerza la peligrosa espada mientras Wallace abría la puerta.

—¡Está vacío!

La exclamación escapó de los labios de Wallace. El interior estaba bien iluminado por la luz del atardecer y la ventana seguía asegurada por dentro con el cerrojo. Conrad se pasó la mano por la frente, empapada de sudor.

—Se fue —dijo—. Pero ¿cómo demonios…?

—Puede que esté afuera.

—¿Y cómo habría cerrado la ventana detrás de él?

—¿Cómo consigue hacer todos estos trucos asombrosos?

No quedó satisfecho hasta abrir la ventana y salir para comprobar si la misteriosa figura estaba huyendo por la hiedra. Pero no había rastro alguno. Regresó junto a Conrad.

—Tuvo que deslizarse por el corredor a la velocidad del rayo —dijo—. Tuvo que atravesar la ventana, bajar los sesenta y tres escalones y recorrer todo el corredor mientras yo subía las escaleras. Habría jurado que era imposible.

—Está claro que nos enfrentamos a una criatura de una agilidad extraordinaria. ¡Por Dios, qué tamaño tenía! Medía al menos dos metros diez.

—Por regla general, los hombres tan grandes no son muy ágiles. Pero, suponiendo que nos haya ganado la carrera… ¿adónde desapareció?

—Están las otras torres y, probablemente, muchas salidas: escaleras antiguas y cosas por el estilo.

—Es realmente decepcionante.

—En cierto modo, sí. Aunque creo que fuimos unos locos al intentar atraparlo armados solo con un garrote y una vieja espada. Ese individuo es un asesino; no tengas la menor duda. A partir de ahora pienso llevar algo mucho más letal que una espada antigua.

—¿Qué hacemos ahora?

—Nada hasta mañana. Tomaremos el coche e iremos al pueblo más cercano donde vendan armas de fuego. Esto hace mucho que dejó de ser un simple entretenimiento. Creo que ya suena la campana para la cena. Dios mío, me vendría bien una botella de vino.

Cuando regresaron a la planta baja, se sorprendieron al encontrar a Yolande conversando con un desconocido. Era un hombre corpulento que llevaba un tosco vendaje alrededor de la cabeza.

—¿Y bien? —preguntó Yolande con ansiedad.

—Llegamos demasiado tarde. Había desaparecido.

—Ya me lo temía.

—Su buena suerte no durará para siempre —dijo Wallace—. Si hubiera tardado dos segundos menos, creo que lo habríamos atrapado.

Yolande negó con la cabeza y, de pronto, les dio una gran sorpresa.

—Este caballero es Arnaud Fouchard —dijo.

—¿Fouchard? ¿Arnaud Fouchard? —exclamó Conrad, mirando fijamente al recién llegado.

—Sí, monsieur. El verdadero Arnaud Fouchard.

—Pero nosotros… No entiendo nada.

—Debía haber llegado temprano esta mañana, pero parece que alguien organizó una pequeña conspiración. Solo había un vehículo en la estación y lo contraté. Debo reconocer que me engañaron con habilidad. El conductor detuvo el automóvil a unos seis kilómetros del castillo y juró que había pinchado una llanta. Después tuvo la habilidad de golpearme aquí con el mango del gato hidráulico y arrojar mi cuerpo a una repugnante zanja. Es un pequeño incidente que no olvidaré fácilmente.

—¡Santo cielo! Pero entonces… Ya entiendo. ¿Ese individuo insignificante de barba rala era el hombre que lo conducía?

—Exactamente. Me robó la cartera donde llevaba mis tarjetas y también mi dinero. Esperaba encontrarlo aquí.

—No ha regresado desde esta mañana.

—Ni regresará.

—Hay algo que todavía no entiendo —dijo Wallace—. ¿Por qué querría ese hombre hacerse pasar por usted?

—Simplemente para entrar en la casa y mantenerme alejado de la investigación durante un tiempo. Sin duda consiguió dejarme fuera de combate durante diez horas, pero aquí estoy.

—Todo esto se complica cada vez más —comentó Conrad—. Debía de tener un objetivo muy importante.

—Sí. Tenía un gran interés en averiguar cuánto sabían ustedes sobre esta… misteriosa desaparición. Tuvo ocasión de interrogar a todo el mundo y, una vez que obtuvo la información que buscaba, desapareció.

—Pero ¿cómo pudo saber que usted venía hacia el castillo? —preguntó Yolande.

—Ahí es donde empezamos a vislumbrar el alcance de la conspiración, sea cual sea. Alguien en esta casa sabía que se había enviado un

mensaje telefónico a París; alguien que estaba en contacto con nuestro impostor. Solo hay un tren de París a Arveyes después de medianoche. Había pocos pasajeros y creo ser bastante conocido entre la gente con inclinaciones criminales. Eso introduce a tres personas en este asunto: el fantasma que, según creo, ustedes acaban de ver; el hombre de la barba rala que me dejó inconsciente; y la persona dentro del castillo que se comunicó con él.

—Tal vez fue el Monstruo quien escuchó la conversación —sugirió Yolande.

—Es posible… aunque lo dudo.

—Será mejor que cene con nosotros —dijo Yolande—. Se le ve agotado y un buen alimento le hará recuperar fuerzas.

—Muchas gracias —respondió con una sonrisa—. Por fortuna, «Barba Azul» tuvo la delicadeza de dejar mi maleta junto a mi maltrecha persona. Me reuniré con ustedes en unos minutos.

Llamaron a Severin y este, tomando la maleta, condujo a Fouchard hasta su habitación. Yolande suspiró mientras volvía la mirada hacia los otros dos.

—¿Qué sucederá ahora? —preguntó pensativamente.

—Al menos hemos avanzado un poco —dijo Wallace—. Ahora sabemos que en todo este asunto participa más de una persona. Y, desde luego, el verdadero Fouchard me cae mucho mejor que el falso.

—¿Hay algún sirviente de la casa del que tengan motivos para desconfiar? —preguntó Conrad.

—Que yo sepa, de ninguno. Pero cambiamos de personal con tanta frecuencia que resulta difícil decirlo. Desde luego, Severin conoce mucho mejor a los empleados que yo. Hace un mes contratamos a tres nuevos.

Fouchard no tardó mucho en cambiarse de ropa y borrar casi todas las huellas de su aventura. Parecía un hombre jovial y nada reservado. Tenía un apetito formidable y disfrutó al máximo de la excelente cena.

Yolande, en cambio, apenas probó bocado. Era evidente que, pese a su paciencia y fortaleza, estaba consumida por una terrible angustia.

—¿Ya le han contado todo lo ocurrido? —preguntó Wallace a Fouchard cuando sirvieron el último plato.

—Mademoiselle ya me ha puesto al tanto de casi todos los hechos. Sería inútil fingir que, por el momento, tengo una teoría que ofrecer. Lo único evidente es que ciertas personas están actuando de común acuerdo para lograr un objetivo que todavía desconocemos.

—Y, sin embargo, esto lleva ocurriendo dos años.

—Los grandes planes requieren tiempo. El hecho de que todo esto se haya prolongado durante tanto tiempo lleva a pensar que hay mucho en juego. Si tan solo lograra echarle mano a ese pequeño canalla que me atacó, les aseguro que acabaría haciéndolo hablar.

—¿Es eso tan importante como atrapar al Monstruo?

Fouchard se acarició el mentón. Era evidente que la aparición lo desconcertaba profundamente. No encontraba ninguna relación lógica entre la destrucción de espejos y el hecho de ensuciar los muebles con barro, y la comisión de un crimen aparentemente común.

—Ese afán de arrojar inmundicias tiene cierto aire de sadismo —reflexionó.

—¿Qué es el sadismo? —preguntó Wallace.

—Una clase de perversión moral. Hubo un hombre llamado el marqués de Sade que disfrutaba propagando una nueva doctrina. No es un tema agradable y será mejor dejarlo de lado. Pero me gustaría hacer una prueba. ¿Tendría inconveniente, mademoiselle, en que instaláramos un gran espejo en uno de los salones de recepción?

—Haré cualquier cosa que pueda ayudar —respondió Yolande.

—Muy bien. Pero antes tenemos tareas más urgentes. Quiero conocer la distribución completa del castillo. Al mismo tiempo, podremos organizar una búsqueda del señor Fallières. Propongo comenzar dentro de media hora.

Aquello ya sonaba a un verdadero plan de acción, y Wallace recuperó el entusiasmo al instante. En el castillo no había armas de fuego, pero Fouchard iba bien preparado. Llevaba consigo un pequeño arsenal y ofreció prestarles pistolas automáticas a los otros dos hombres, oferta que aceptaron sin vacilar.

—Quiero hablar con toda franqueza —dijo—. Las circunstancias que rodean la desaparición de monsieur Fallières indican la existencia de un peligro considerable. Me permito sugerir que sería aconsejable que mademoiselle fuera a pasar una temporada con unos amigos.

Yolande negó con la cabeza resueltamente.

—Sé que hay peligro —respondió—. Siento que mi pobre padre ha sido asesinado de una manera atroz, pero me niego a abandonar este lugar. Durante años él afrontó el peligro, y yo también lo afrontar é. Les ruego que actúen como si yo no estuviera aquí.

—Muy bien. Sin embargo, hay una cosa que sí me permito aconsejarle. Severin me ha informado de que su habitación está bastante alejada de las demás que se hallan ocupadas. Le recomendaría que se trasladara a otra más próxima a la mía, o a la de alguno de estos dos caballeros.

Ella aceptó hacer el cambio de inmediato y eligió la habitación contigua a la de Wallace, a la cual no existía absolutamente ningún acceso aparte de la puerta.

—Ahora llamaremos a monsieur Severin —dijo Fouchard.

Cuando el mayordomo oyó lo que se esperaba de él, mostró claras señales de nerviosismo. Evidentemente había partes del castillo que prefería no visitar una vez caída la noche.

—Queremos recorrer todo el edificio, monsieur —dijo Fouchard—. Cada habitación, cada armario y cada rincón.

—Pero hay partes del castillo que carecen de iluminación —balbuceó Severin.

—Watkins les proporcionará linternas eléctricas —dijo Yolande, resolviendo así aquel inconveniente.

—Muy bien, mademoiselle —murmuró Severin—. Iré a buscarlas enseguida.

—Supongo que podemos confiar en él —dijo Conrad.

—No tengan la menor duda. Lo único que ocurre es que sus nervios están destrozados. Pobre Severin… Tendré que darle unas vacaciones.

Pocos minutos después Severin regresó. Llevaba dos grandes lámparas eléctricas de mano y preguntó si los caballeros estaban preparados.

—Completamente —respondió Fouchard—. ¿Prefiere quedarse aquí, mademoiselle?

—Sí. Me siento un poco fatigada.

—Yo tomaré una de esas lámparas —dijo Fouchard—. Creo que comenzaremos por la parte más alta e iremos descendiendo. ¡Adelante!

Comenzó entonces una expedición bastante inquietante. La galería superior del castillo carecía por completo de iluminación, de modo que fue necesario utilizar las lámparas eléctricas. Tal como Wallace había supuesto, las cuatro torres eran idénticas y estaban comunicadas por la galería que circundaba todo el edificio principal. Sus botas resonaban sobre las losas, mientras las lámparas proyectaban sombras extrañas. Severin avanzaba despacio, hablando sin cesar, probablemente para darse ánimo.

Desde la galería occidental partía una antigua escalera que conducía al piso inferior.

—Bajaremos por ahí cuando regresemos —dijo Fouchard—. Ahora le agradeceré que me muestre dónde encontró las manchas de sangre, monsieur Wallace.

Al oír aquello, Severin estuvo a punto de dejar caer la lámpara.

En la torre norte, Wallace señaló las manchas y explicó cómo era posible llegar hasta allí desde varias habitaciones del primer piso trepando por la hiedra. Esperaba que Fouchard ridiculizara su teoría acerca del traslado del cuerpo de Fallières, pero el detective se limitó a asentir.

—Esta parte parece bastante clara —comentó—. Solo parece haber dos caminos para bajar: la escalera principal y el pasillo por el que acabamos de pasar. Descendamos.

La escalera alternativa era una construcción curiosa. Discurría entre los muros y recorría una enorme distancia antes de comunicar con el piso inferior. Allí las cosas resultaban mucho más complicadas, pues era evidente que el edificio había sufrido modificaciones en distintas épocas, y abundaban los pasadizos de comunicación y los callejones sin salida.

—Todo un laberinto —dijo Fouchard—. Hace falta un plano para orientarse aquí.

De pronto se oyó un chillido agudo y algo oscuro le golpeó en la cara.

—Solo era un murciélago —murmuró—. Ah, mucho mejor. Ahora ya podemos ver lo que hacemos.

Aquello ocurrió cuando Severin encontró un interruptor y encendió la luz eléctrica. Había una docena de habitaciones, la mayoría sin muebles, y el paciente Fouchard entró en todas ellas. Severin, con su enorme manojo de llaves, abrió toda clase de extrañas estancias, y en todas ellas todo se encontraba en perfecto orden. El piso bajo fue registrado con el mismo cuidado, tras lo cual Severin los condujo a las bodegas.

Aquellas bóvedas se extendían a lo largo de todo el castillo formando una sucesión de arcos. Una parte del espacio estaba destinada a los botelleros, abundantemente abastecidos. Había luz eléctrica en algunos puntos, pero, en conjunto, el lugar era sombrío y muy húmedo. En un sitio el agua había filtrado a través de los muros, dejando una fina capa de barro sobre el suelo. Fouchard avanzaba con cuidado sobre ella cuando reparó en algo y se agachó. Iluminando el suelo con la lámpara, distinguió dos enormes huellas.

—Interesante —dijo—. Nuestro monstruo ha pasado por aquí, y su última visita fue hace menos de veinticuatro horas.

—¡Qué pie! —exclamó Conrad—. ¡Es unos diez centímetros más largo que el mío!

—El pie de un hombre de más de dos metros, salvo que presente alguna anomalía. Las huellas se dirigen por aquí. ¡Adelante, Severin!

Pero monsieur Severin se desplomó sobre un viejo tonel. Sus labios temblaban sin fuerza y movió la cabeza negativamente.

—Nunca he pasado de este punto, monsieur. Yo… temo que me siento indispuesto.

—Lamento oír eso —dijo Fouchard con tono comprensivo—. Quédese aquí descansando mientras nosotros investigamos.

Quedarse allí solo era precisamente lo que menos apetecía a Severin. Hizo un esfuerzo por dominarse y aseguró que el mareo había pasado.

—Iré yo delante —dijo Fouchard—. Quiero comprobar si hay más huellas.

Así pues, monsieur Severin se colocó discretamente entre Fouchard y Wallace, y pareció sentirse mucho más tranquilo. Fouchard mantenía el haz de la linterna fijo sobre el suelo, pero no apareció ninguna otra huella. Acabaron frente a un muro ciego cubierto de telarañas y rastros de caracoles, donde el pasadizo doblaba bruscamente hacia la izquierda.

—Catacumbas —dijo Fouchard—. ¡Hola! ¿Qué es esto?

Agachándose, recogió un pequeño objeto brillante. Resultó ser una horquilla para el cabello.

—El tercer lado del triángulo —comentó—. La mujer del caso. Diría que rubia.

—¿Cómo llega a esa conclusión? —preguntó Conrad.

—Es una hipótesis, pero dudo que una mujer que no sea rubia use horquillas de carey. No armonizan con el cabello oscuro. ¿Cuántas mujeres rubias hay en la servidumbre, monsieur Severin?

—Solo recuerdo a dos.

—Hum… Más tarde las veremos. Supongo que, en circunstancias normales, ninguna mujer del servicio tendría motivo para bajar aquí.

—No, monsieur.

Fouchard parecía encantado con su hallazgo y avanzó con mayor rapidez. Comenzaron a aparecer una serie de nichos. Algunos contenían viejas herramientas de jardinería y toneles vacíos. En uno de ellos Fouchard reparó en un enorme barril de vino colocado de pie.

—Magnífico ejemplar —comentó.

—Se utilizaba para recoger agua de lluvia —explicó Severin—. Pero empezó a tener fugas y lo trajeron aquí hace seis meses. Ahora sirve de recipiente para las botellas vacías.

—¡Dios mío… miren eso!

El grito partió de Conrad, que señalaba una mancha oscura en la base del enorme tonel. Fouchard dejó escapar una exclamación ahogada. En un instante apartó la cubierta e iluminó el interior con la linterna.

—Al fin —dijo.

—¿Quiere decir…?

—Hemos encontrado a monsieur Fallières.

Con el rostro tenso, todos miraron hacia el interior. El antiguo dueño del castillo yacía sobre un montón de botellas vacías, con el rostro vuelto hacia arriba y la garganta cortada de oreja a oreja.

CAPÍTULO VII BERTHA

Conrad se estremeció al contemplar el cuerpo inerte. Aquello era todo lo que quedaba de su encantador anfitrión. El hombre que tanto había hecho por el Château Grammont yacía ahora dentro de un tonel de vino, empapado en su propia sangre.

—Esto es monstruoso —dijo—. Era uno de los caballeros más nobles de Francia.

—¡Mi pobre amo! —sollozó casi Severin.

—¡Pobre Yolande! —dijo Wallace, cuyos pensamientos se dirigieron de inmediato hacia la hija enlutada.

—Un crimen salvaje —reflexionó Fouchard—. Obra de una navaja de afeitar, si no me equivoco. Aquí hay algunas anomalías curiosas. El asesino se toma todo el trabajo de sacar el cadáver del dormitorio, realizando una proeza acrobática por la hiedra. Arriesgándose enormemente, logra transportar el cuerpo a través del castillo y luego no tiene mejor idea que esconderlo aquí. Había cincuenta lugares mejores. Sí… todo esto resulta bastante extraño.

—¿Y dónde entra en juego esa mujer? —preguntó Conrad.

—No lo sé. Tampoco sé dónde encaja nuestro impostor de la barba rala. Lo que más desconcierta de todo es el motivo.

—¿Qué debe hacerse ahora?

—Debo ponerme en contacto con la policía local. Mientras se trataba simplemente de una desaparición podía actuar por mi cuenta, pero ahora que el asesinato es evidente estoy obligado a avisar a las autoridades. Me temo que el castillo será invadido por un montón de incompetentes y periodistas.

—Tenemos que darle la noticia a Yolande. Pobre… pobre muchacha —dijo Conrad.

—Creo que ella ya había aceptado ese hecho —respondió Fouchard—. Debía de resultarle evidente.

Volvió a colocar la tapa sobre el tonel y reanudó sus investigaciones. No apareció nada nuevo y, finalmente, los cuatro regresaron al vestíbulo del castillo.

—¿Quién… quién se lo dirá? —preguntó Conrad en voz baja.

—Creo que lo mejor sería que se lo dijera usted —contestó Fouchard.

—Muy bien.

La dolorosísima tarea se llevó a cabo. El rostro de Yolande se volvió tan blanco como la muerte y por un instante pareció que iba a desplomarse, pero logró dominarse.

—Yo… ya lo sabía —dijo con la voz entrecortada—. Gracias… gracias por todo lo que han hecho. Creo… creo que subiré ahora a mi habitación.

Los dejó. Era una pequeña y conmovedora figura, cargando sobre su joven cabeza un inmenso peso de dolor. Wallace se mordió el labio al verla alejarse y sintió un extraño nudo en la garganta. Fouchard se volvió entonces hacia Severin, cuyos ojos estaban llenos de lágrimas.

—¿Y esas dos mujeres rubias? ¿Quiénes son?

—Una es Thérèse, una doncella. Es de Provenza y muy joven; todavía no ha cumplido los dieciocho años. Lleva seis meses con nosotros.

—¿Cabello rubio?

—Sí.

—¿Largo?

—No, muy corto. Casi parece un muchacho. Puedo responder por su respetabilidad, monsieur, porque es hija de un viejo amigo mío.

—¿Y la otra?

—Es una mujer de más edad. Se llama Bertha y creo que es suiza.

—¿Cabello largo?

—Sí, monsieur. Una cabellera muy abundante, recogida en trenzas. Podría decirse que es pelirroja.

—Ah. ¿Cuánto tiempo lleva aquí?

—Un mes. Fue contratada como sirvienta de comedor.

—Me gustaría ver a esa Bertha. Busque algún pretexto para enviarla aquí. Después de nuestras investigaciones, un poco de coñac no nos vendría mal.

Severin hizo una reverencia y salió. Fouchard se dejó caer en una silla y comenzó a morderse las uñas.

—No llamaré ahora a la policía —dijo—. Quizá mañana temprano tengan la amabilidad de llevarme en automóvil a Arveyes. Podremos regresar con el médico y el oficial de policía local.

—Con mucho gusto —respondió Wallace.

Pocos minutos después llamaron a la puerta y una mujer entró llevando coñac y copas. Era una mujer de complexión robusta y muy atractiva. Su edad podía oscilar entre los veintiocho y los treinta y cinco años. Fouchard fingió no prestarle atención, aunque resultaba bastante evidente que la observaba constantemente. Ella dejó la bandeja sobre la mesa. De pronto Fouchard la miró fijamente.

—Me parece recordar a mademoiselle —dijo amablemente en francés —. Sí, estoy seguro de ello.

—Yo no recuerdo a monsieur —respondió ella.

—Entonces debo de tener mejor memoria que usted. Fue en Lyon, si no me equivoco. En un hotel llamado…

—Se equivoca. Nunca he estado en Lyon.

—Qué extraño. ¿Fue en Suiza?

—Es cierto que soy de Suiza, pero aun así creo que monsieur está equivocado.

—¿Fue en Ginebra?

—Soy de Berna —respondió ella—. Soy bernesa.

De improviso Fouchard pasó del francés a un idioma de pronunciación particularmente gutural. Bertha soltó una carcajada y respondió algo en la misma lengua.

—Bueno, siempre puede uno equivocarse —dijo Fouchard—. Sírvame el coñac, por favor.

Mientras ella llenaba las tres copas, Wallace advirtió un hábil movimiento de la mano de Fouchard. Fue tan rápido que en ese momento no comprendió su significado.

—Gracias —dijo Fouchard—. Deje la botella, por favor.

La mujer salió del salón con paso majestuoso y Fouchard suspiró cuando la puerta se cerró tras ella.

—Tengo la fortuna de hablar el alemán suizo —dijo—. De hecho, lo hablo mejor que ella. Nuestra encantadora Bertha jamás nació fuera de Alemania.

—¿Así que mintió?

—Desde luego; se vio obligada a hacerlo. Además, me gustan mucho sus horquillas.

Abrió la mano y mostró una horquilla que, con aquel diestro movimiento que Wallace había observado, había logrado sacar del abundante cabello de la mujer.

—Ahora creo que tenemos un par perfectamente emparejado.

Sacó del bolsillo de su chaleco la horquilla que había recogido en las bodegas. Eran exactamente iguales.

—Eso significa que ella…

—Significa que por fin hemos empezado a avanzar de verdad. Es curioso que casi siempre haya una mujer mezclada en cualquier crimen o misterio. Algunas son verdaderos huesos duros de roer, y me imagino que Bertha pertenece a esa clase. Fue Bertha quien oyó a monsieur Conrad hablar por teléfono con París, y fue Bertha quien comunicó

inmediatamente la noticia a nuestro amigo barbudo para que retrasara mi llegada. Sin embargo, probablemente observaron que mientras estuvo aquí permaneció perfectamente serena. Es una mujer de un descaro extraordinario.

—Y además muy bonita —comentó Conrad.

—Las bonitas son las peores. Excelente coñac, por cierto.

En aquellos momentos Fouchard se hallaba de un humor excelente, muy distinto del de sus dos compañeros, que no estaban acostumbrados a situaciones tan sombrías y cuyos pensamientos seguían ocupados por la espantosa tragedia que acababa de desarrollarse.

—Se está haciendo tarde —dijo Conrad—. Creo que me retiraré.

—Yo también —dijo Wallace.

—Creo que sería prudente que mantuvieran las puertas cerradas con llave —aconsejó Fouchard—. La gente que anda por ahí blandiendo navajas de afeitar no suele ser una visita muy agradable.

—Es un tipo de piel muy dura —comentó Conrad mientras subían la escalera—. Apenas está empezando a disfrutar de todo esto.

Wallace leyó durante una hora aproximadamente, ya acostado, pues su mente estaba demasiado activa para permitirle conciliar el sueño. Hasta entonces su vida había estado singularmente libre de incidentes desagradables, aparte de la pérdida de sus padres. Dotado de una fortuna más que suficiente, había disfrutado de la vida de un modo sano y moderado, sin preocuparse jamás por explorar su lado más sombrío. Un asesinato leído en los periódicos nunca le había parecido algo especialmente emocionante. Se sentía demasiado alejado de él; el asesino y la víctima asumían el papel de marionetas más o menos inertes. Apenas le resultaban más reales que Otelo o cualquier otro personaje dramático.

Lo sucedido en el castillo despertaba sentimientos muy distintos. Emoción, compasión y repugnancia se mezclaban de una manera

extraña. Ahora se encontraba en el mismo escenario de los hechos; ya no era un espectador, sino un participante. Además, existía peligro, sin duda alguna, o el curtido Fouchard no les habría advertido. A pesar de no ser un hombre nervioso, no podía evitar experimentar cierta aprensión. El temor a resultar herido o incluso a morir de forma violenta jamás había cruzado por su mente. Lo que realmente le horrorizaba era la idea de ser sorprendido desprevenido, como le había ocurrido a Fallières. ¡Si tan solo aquella figura fantasmal saliera a campo abierto y presentara batalla!

Cada pocos minutos sus ojos se apartaban de la página impresa, mientras mantenía el oído atento a cualquier sonido extraño. Luego se echó a reír al pensar que, con toda su juventud y fortaleza, tampoco él era inmune a los espectros nacidos del silencio nocturno y de los trágicos e inexplicables sucesos de los dos últimos días.

Finalmente se quedó dormido y no volvió a abrir los ojos hasta que el sol de la mañana inundó la habitación.

Bajó al garaje bastante temprano y encontró a Watkins lavando el automóvil Hispano. El chófer ya se había enterado del descubrimiento de la noche anterior y no hablaba de otra cosa.

—Estuve a punto de atropellar a un gato negro cuando regresaba —le susurró confidencialmente—. ¿Hay alguna pista, señor?

—Todavía no —respondió Wallace con cautela—. Es un asunto muy triste.

Sacó su propio automóvil del garaje y lo llevó hasta la entrada principal para ahorrar tiempo. Conrad bajó poco después y anunció que permanecería en el castillo mientras Wallace llevaba a Fouchard hasta Arveyes.

—¿Dormiste bien? —preguntó Wallace.

—Ni hablar. Tuve unas pesadillas espantosas. ¿Estarás de vuelta para el almuerzo?

—Supongo que sí. Depende del tiempo que Fouchard tarde en hacer sus diligencias. Ah, aquí viene.

—¿Todo listo? —preguntó Fouchard alegremente—. Es un automóvil muy elegante. Parece un pura sangre.

—Me gusta pensar que lo es.

—Entonces pongámonos en marcha. Quiero regresar lo antes posible.

Se acomodó junto a Wallace y el automóvil descendió por la avenida. El camino hasta Arveyes era completamente recto, y llegaron a la pequeña y sucia población en media hora.

La comisaría ocupaba una sola habitación en un edificio de cinco pisos, y la *gendarmería* constaba únicamente de dos hombres. Recibieron al célebre Fouchard como si se tratara de un soberano extranjero. Wallace observó toda la escena desde la ventanilla y sonrió ante los gestos teatrales y las expresiones de absoluto asombro que siguieron a la comunicación de la noticia.

Tras cierta demora, Fouchard reapareció acompañado por uno de los agentes. Recogieron a un médico al final de la estrecha calle, y Fouchard anunció que ya podían emprender el regreso.

En el asiento trasero, el médico y el gendarme conversaban con visible excitación. Wallace alcanzaba a oír algunos fragmentos de vez en cuando, aunque el torrente de francés que hablaban no resultaba fácil de seguir.

—¡Asesinado! ¡Mon Dieu! Todo el campo hablará de ello.

—Ah, monsieur le docteur, el castillo tiene muy mala fama. Se oyen historias muy extrañas. Ninguna mujer del pueblo quiere trabajar allí. Dicen que…

—Nada atrae tanto a la gente como un asesinato —murmuró Fouchard —. Le aseguro que dentro de media hora todos los habitantes de Arveyes sabrán lo ocurrido, y cada uno tendrá su propia teoría.

Avanzaban a gran velocidad por la recta cuando Wallace advirtió un automóvil que se aproximaba de frente. Como la carretera era estrecha,

redujo la velocidad para cruzarse con él sin correr riesgos innecesarios. Fue cuando el otro vehículo estaba a unos cincuenta metros cuando Fouchard lanzó una exclamación.

Tenía la vista clavada en el conductor y Wallace comprendió inmediatamente el motivo.

Era el hombrecillo que el día anterior se había hecho pasar por Fouchard.

—¡Deténgase! —gritó Fouchard.

Pero Wallace ya había pisado el freno a fondo. Buscó un lugar donde poder girar el automóvil, pero no había ninguno.

—Si sigo adelante lo perderé. Voy a arriesgarme a dar la vuelta aquí mismo —dijo—. Inclínese hacia la derecha.

Giró el volante por completo y subió por el talud inclinado. Las ruedas ascendieron hasta que el automóvil quedó en un ángulo verdaderamente alarmante y los pasajeros palidecieron; pero Wallace conocía el radio de giro al milímetro. Las ruedas descendieron de nuevo hasta quedar horizontales y el capó apuntó directamente hacia el vehículo que ya se alejaba. Dos rápidos cambios de marcha y ya estaba en directa, con el acelerador pisado a fondo.

—Ahora sí que lo tenemos —dijo—. ¡Agárrense bien!

El rugido del escape fue elevándose cada vez más mientras Fouchard veía subir la aguja del velocímetro: cincuenta… cincuenta y cinco… sesenta… sesenta y cinco… setenta.

—¡Mon Dieu! —exclamó.

La aguja siguió avanzando, aunque con mayor lentitud.

—¿A cuánto vamos? —preguntó Wallace sin apartar la vista de la carretera.

—Setenta y cuatro… setenta y seis.

—Creí que sería un juego de niños —gruñó—. Demonios, no sé qué clase de máquina lleva ese individuo, pero no logro recortarle ni un metro.

—Setenta y ocho —dijo Fouchard—. Ha tomado la carretera de Lefroy. Tenga cuidado… esa curva es peligrosa.

La aguja del velocímetro descendió bruscamente y Wallace tomó la curva a ochenta kilómetros por hora. Muy por delante seguía el automóvil fugitivo. Manipuló los mandos con decisión, resuelto a no darse por vencido. Un poco menos de aire y un ligero ajuste del avance del encendido arrancaron el máximo rendimiento al voluntarioso motor.

Alcanzó las ochenta millas por hora y luego las ochenta y dos.

—¡Ya no da más de sí! —gritó—. No puedo sacarle una sola milla más. ¡Y maldita sea si le estamos recortando distancia!

—¡Ojalá hubiera conseguido anotar la matrícula! —se lamentó Fouchard.

—Hay unos prismáticos en el bolsillo de su lado. Son muy buenos. Yo mantendré el coche firme mientras usted lee la matrícula.

Fouchard rebuscó en el bolsillo. Unos segundos después tenía los prismáticos ante los ojos.

—¡La tengo! —exclamó triunfante—. Ya puede dejarlo escapar.

—Se está escapando de todos modos —respondió Wallace con desánimo—. Corre al menos cinco millas por hora más que nosotros. Y pensar que esa cosa parecía un Ford remendado. Este es el día más triste de mi vida.

En el siguiente cruce dio media vuelta y regresó tranquilamente al castillo, manteniendo una respetable velocidad de «cuarenta».

CAPÍTULO VIII SUSPENSO

Pocos días después, el cuerpo de monsieur Fallières fue sepultado en el pequeño cementerio situado detrás de la capilla. El veredicto fue el de asesinato cometido por persona o personas desconocidas, y toda la prensa francesa se llenó de la extraña historia. Tal como Fouchard había pronosticado, el château fue asediado por reporteros ansiosos de obtener más detalles.

—No tengáis nada que ver con esos individuos —dijo Fouchard—. Retorcerán cualquier cosa que digáis para fabricar una nueva historia. Es una lástima que el asunto se haya convertido en dominio público.

—¿Qué está haciendo la policía local?

—Ha dejado el caso en manos de París. Más o menos está bajo mi responsabilidad.

—¿Y qué hay del automóvil al que perseguimos? —preguntó Wallace—. ¿Habéis hecho alguna averiguación?

—Sí. Pero la matrícula era falsa. Correspondía a un gran Renault perteneciente a un respetable abogado de París. Esa gente no deja nada al azar.

—¿Y Bertha?

—Aún no he terminado con Bertha. Hay que vigilarla cuidadosamente. Si la arrestara ahora, echaríamos a perder nuestros propios planes. Confío en que Bertha nos conduzca a la solución. Mademoiselle la enviará esta tarde a hacer un recado; mientras tanto, entraré en su habitación y me interesaré por sus pertenencias.

Entretanto, Yolande hacía un valiente esfuerzo por sobreponerse a su duelo. Extrañamente, no vistió luto riguroso, sino que simplemente sustituyó su ligera ropa de verano por un vestido más oscuro.

—Siempre fue el deseo de mi padre —explicó—. Tenía firmes convicciones sobre ese asunto. Consideraba la muerte como un simple

cambio, un peldaño hacia una existencia más libre. No habría querido que vistiera de luto.

—Sois admirable —dijo Wallace con sincera admiración—. Sé cuán profundo era vuestro afecto por él. Yo no podré sentirme tranquilo hasta saber que vuestro padre ha sido vengado.

—Yo solo deseo justicia, no venganza —respondió ella.

—¿No queréis dar un paseo? Es una mañana hermosa, y el bosque ofrece algún refugio contra este sol abrasador.

—Creo que me gustaría.

Wallace tomó un bastón y ambos abandonaron el château por el sendero que conducía a las tierras altas. El día anterior todos los leñadores se habían unido a la policía para registrar el distrito entero, aunque sin resultado alguno.

—Ha sido muy bondadoso por vuestra parte quedaros —dijo ella—. Ha sido un gran consuelo tener amigos cerca.

—Fuisteis muy generosa al alojarnos. No teníamos ningún plan fijo y habíamos dispuesto ausentarnos un mes. Solo ha transcurrido una semana, aunque parece el triple.

—Temo que ya habréis visto más que suficiente del château.

—En absoluto. Es toda una novedad alojarse aquí y… deseo ayudar, si puedo.

—Ya habéis ayudado con vuestra compañía. Mirad, allí está la hijita de Jacques Renan recogiendo flores. Es una criatura encantadora.

La pequeña, vestida con un sencillo traje estampado, volvió la cabeza al ver acercarse a la pareja. Echó a correr hacia Yolande con las manos llenas de flores perfumadas y se las ofreció.

—Merci, ma petite —dijo Yolande, levantándola en brazos para besar sus hoyuelos.

—Qué bonita es —comentó Wallace.

—¡Chist! No debéis volverla presumida.

—Pero no entiende inglés.

—Creo que toda mujer entiende un cumplido, cualquiera que sea la lengua en que se pronuncie. ¡Cómo envidio a estos campesinos! No tienen un gran château del que preocuparse, ni conspiraciones contra sus vidas.

—Y ellos os envidian a vos.

—Solo porque ignoran que la riqueza no vale nada por sí misma. Jacques corta y vende sus troncos. Tiene un hogar confortable y una buena esposa. Poseen salud, fuerza… y amor.

—El amor no le es negado a nadie.

—¿No? Olvidáis que he perdido a la persona que más amaba en el mundo.

—No lo había olvidado. ¿Cómo podría?

—Perdonadme —dijo ella—. Ha sido un reproche inmerecido.

—Habláis el inglés admirablemente —observó Wallace—. Ojalá pudiera esperar hablar francés la mitad de bien.

—Entonces debéis casaros con una francesa. Es la única manera en que los ingleses llegan a hablar francés. ¿Queréis que os presente a una muchacha encantadora que conozco?

Wallace rió, complacido de verla capaz de bromear en aquellas circunstancias.

—No soy hombre de matrimonio —respondió—. Temo haber contraído esa enfermedad de Conrad.

Ella volvió a besar a la niña y la dejó en el suelo.

—¿Podéis prestarme un franco? —preguntó.

Wallace sacó la moneda y Yolande la deslizó en la mano de la pequeña, diciéndole que comprara bombones.

—¡Quién pudiera comprar la felicidad con tanta facilidad! —suspiró.

Continuaron caminando por la avenida arbolada, mientras los pájaros cantaban a su alrededor. En un claro vieron a Jacques cortando troncos con su curioso serrucho de mano: una estrecha lámina metálica montada en un bastidor semejante a una sierra de marquetería alargada. Al divisar a Yolande se descubrió respetuosamente y le expresó sus condolencias.

—Gracias, Jacques —respondió ella—. Espero que vuestra esposa se encuentre bien.

—*Elle va bien* —contestó él.

—Es un hombre magnífico —dijo Yolande a Wallace—. Durante la guerra alcanzó el grado de capitán. Pero es muy modesto respecto a sus méritos y nunca habla de ellos.

Durante dos horas vagaron por los senderos del bosque, y Wallace obtuvo una visión mucho más profunda del carácter de Yolande. Señora del château y de las inmensas extensiones forestales, era, en el fondo, la mujer más sencilla del mundo. Pensó que muchas jóvenes de su edad se habrían dejado dominar por el sentimiento de su propia importancia, pues no cabía duda de que era fabulosamente rica. Sin embargo, todo su interés se centraba en las cosas sencillas de la vida: los pájaros y las flores que abundaban en el bosque, las ciudades y pueblos que había visitado y las personas que había conocido en el colegio y en otros lugares.

—Así que sois ingeniero —dijo ella.

—Espero llegar a serlo. Por ahora temo no ser más que un estorbo.

—No lo creo. Pero debe de ser maravilloso construir cosas que funcionen. Si yo fuera un muchacho, os rogaría que me aceptaseis como aprendiz. Supongo que, si todas las mujeres pudieran elegir su sexo, casi todas escogerían ser hombres.

—Es una fortuna que no tengan semejante opción.

—¿Os gustan las mujeres?

—En cualquier caso, no sé entenderme con ellas.

—Jamás lo creeré.

—Es cierto. La única muchacha a la que llegué a conocer íntimamente me dijo que era un insoportable pedante. Probablemente tenía mucha razón. Connie estaba presente y creyó que era la cosa más divertida del mundo. Ella me había preguntado qué me parecía su vestido, y yo le respondí que era espantoso.

La risa de Yolande resonó entre los árboles, aunque enseguida la contuvo, como si le avergonzara entregarse a la alegría en un momento semejante.

—Es agradable oíros reír —dijo Wallace en voz baja—. Connie me contó que siempre os recordaba riendo, siempre alegre. Volveréis a serlo.

—Tal vez —respondió ella—. Qué franco sois, y qué bondadoso al querer animarme cuando tanta falta me hace.

Sus ojos estaban fijos en él, y Wallace sintió todo su poder. Desde la adolescencia se había convencido de que las mujeres pertenecían a otro mundo, al menos en lo que a él concernía, y de que apenas despertaban su interés. Ahora, aquella Yolande de ojos oscuros estaba desmoronando esa convicción.

—Merecéis una condecoración por la valentía de decirle a una mujer que su vestido era espantoso —dijo ella; y, desprendiendo una flor del ramo que le había regalado la niña, la prendió en el ojal de su chaqueta.

Wallace sintió el loco impulso de besar aquella mano blanca que descansaba tan cerca de su rostro; pero le faltó el valor.

Entonces las blancas torres del château aparecieron de nuevo a la vista, y las bromas y la alegre conversación llegaron a su fin. Se alzaban sobre el majestuoso edificio como un símbolo de tragedia, y la cubierta de hiedra, en el ángulo norte, parecía más sombría que nunca. Por hermoso que fuera el paisaje, a Wallace le parecía una mancha sobre él, porque estaba destruyendo la felicidad de la joven que caminaba a su lado.

En algún lugar, dentro de aquellos muros que habían resistido tantos asedios y contemplado tantas escenas extrañas, habitaba una fuerza maligna. Había que expulsarla de un modo u otro, pero, por el momento, el éxito parecía muy lejano.

Aquella tarde Fouchard llevó a cabo su propósito de registrar la habitación de Bertha. Permaneció allí cerca de media hora y, cuando descendió, la expresión de su rostro revelaba que el registro no había resultado del todo infructuoso.

—Encontré una carta —confesó—. No arroja mucha luz sobre el asunto, pero resulta interesante y hice una copia de ella. El original estaba en alemán, pero conozco lo bastante el idioma para traducirlo. Aquí la tenéis.

Wallace y Conrad se inclinaron sobre la hoja de papel. Estaba fechada quince días antes y escrita desde un lugar llamado Steyn, cerca de Núremberg. La letra de Fouchard era espantosa, pero entre ambos consiguieron descifrar el sentido.

> **«Querida Bertha:**
>
> »Así que había fundamento para tus sospechas. Me parece increíble. Estoy solicitando un pasaporte y espero reunirme contigo dentro de unos días. Parece que quizá necesitemos la ayuda de Heinrich, pero en este momento se encuentra en Berlín. Le escribo contándole toda la historia y pidiéndole que nos siga tan pronto como le sea posible.
>
> **Niels.»**

—Esto resuelve la cuestión de la nacionalidad de Bertha —dijo Conrad.

—Nunca hubo duda acerca de eso. La cuestión es: ¿quién es Niels? Presumiblemente, el hombrecillo de los bigotes. Al parecer, Heinrich todavía no ha llegado. Me pregunto cuál será su juego. ¿Cuáles eran las sospechas de Bertha y por qué Niels se muestra incrédulo?

—El círculo se amplía —dijo Wallace—. Al principio solo estaba el Monstruo. Luego apareció Niels; después, Bertha; y ahora, Heinrich.

Tenemos a Bertha vigilada, pero los demás siguen moviéndose con total libertad.

—Por desgracia, Bertha es plenamente consciente del peligro, de que está siendo observada. En estas circunstancias jamás descubrirá sus cartas. Creo que será necesario que vosotros dos, caballeros, os despidáis del château y que yo regrese a París.

—¿Qué? —exclamó Wallace.

—Una partida fingida. En cuanto esos conspiradores crean que la costa está despejada, volverán a actuar. Marcharnos inmediatamente sería demasiado evidente. Dentro de uno o dos días recibiré un telegrama de París que, supuestamente, me reclamará allí. Vosotros dos podríais anunciar vuestra intención de reemprender el viaje. Los criados domésticos son notorios agentes de publicidad, y enseguida toda la casa conocerá nuestros propósitos.

—¿Y después qué? —preguntó Conrad—. Personalmente, detesto la idea de dejar sola a mademoiselle en estos momentos.

—No creo que corra un gran peligro.

—Pero Fallières fue asesinado.

—Bien, confiaremos el plan a mademoiselle y le pediremos que participe en la farsa. Después de un suceso tan sangriento, sería perfectamente natural que deseara cambiar de aires.

—Pero ¿qué proponéis hacer exactamente? —preguntó Wallace.

—Tomaré el tren en Arveyes y bajaré en la estación siguiente. Os sugiero que me recojáis allí con vuestro automóvil. Después regresaremos en él hasta el bosque. He descubierto un excelente puesto de observación en la cima del Mont des Pins. Severin tendrá que ayudarnos. Si se produce cualquier movimiento extraño en la casa, encenderá una luz roja que instalaré en una de las ventanas. La carretera pasa inmediatamente al pie del Mont des Pins. Podréis llevarnos en automóvil hasta el château en dos minutos. Si Niels está dentro de la casa, deberíamos poder impedir su fuga.

—Suena prometedor —dijo Wallace—. ¿Creéis que Niels aparecerá tan pronto como se entere de nuestra partida?

—Estoy convencido. De lo contrario, ¿qué hace merodeando por los alrededores?

Yolande fue informada del plan y aceptó participar sin vacilar. Pero, mientras todo aquello se preparaba, Fouchard llevó a cabo un proyecto que venía meditando desde hacía varios días. Se llevó al château un aparador nuevo, coronado por un gran espejo, y se instaló en el comedor. Severin se quedó boquiabierto al verlo.

—Monsieur, es una locura —dijo.

Fouchard soltó una carcajada y salió con Wallace.

—Es simple curiosidad —explicó—. Porque no consigo encajar esa parte del asunto en ninguna teoría. ¿Qué significa esa manía de romper espejos?

—¿Y qué significa todo lo demás?

Fouchard no tuvo que esperar mucho para obtener respuesta a su experimento. Apenas llevaban una hora acostados cuando un estruendo formidable resonó en la planta baja. Fouchard y Wallace salieron inmediatamente al corredor.

—El espejo —dijo Fouchard con gravedad—. Esto es obra del mismísimo diablo.

Bajó las escaleras de tres en tres, seguido muy de cerca por Wallace. Este había olvidado su pistola, pero Fouchard iba preparado. Llevaba en la mano una Browning negra y se dirigió a la puerta del comedor. En cuanto la abrió, una figura inmensa y espantosa irrumpió violentamente por ella. Fouchard fue derribado y se golpeó con fuerza la cabeza contra el zócalo. Wallace, completamente desprevenido ante aquel ataque tan inesperado, recibió un terrible puñetazo en la mandíbula. Cayó de rodillas sobre el cuerpo tendido de Fouchard y lanzó un gemido de dolor. Cuando recuperó plenamente los sentidos, la enorme figura había desaparecido.

—¡Sacré! —exclamó Fouchard.

Wallace se puso en pie de un salto y echó a correr desenfrenadamente por el pasillo. Pero se detuvo al llegar al extremo, pues reinaba un silencio absoluto. Regresó junto a Fouchard, sintiéndose furioso y humillado.

—No me lo esperaba —dijo.

Fouchard se ajustó el abrigo y se frotó la cabeza maltrecha. Su calma habitual había desaparecido y tenía el aspecto de un tigre enfurecido.

—Como un maldito ciclón —murmuró—. ¿Cómo entra aquí? ¿Dónde vive?

Empujó la puerta del comedor, que se había cerrado durante el forcejeo. El nuevo espejo estaba reducido a añicos y, en el suelo, yacía una hermosa silla a la que le habían arrancado una pata. El trozo desprendido descansaba sobre el aparador.

—Esto no es una criatura cualquiera —dijo Fouchard con voz sobrecogida—. No hay media docena de hombres vivos capaces de hacer algo así. ¡Arrancada como si fuera un simple fósforo!

CAPÍTULO IX CONTRAPLAN

A pesar del inesperado incidente del espejo, Fouchard seguía decidido a llevar adelante su plan, pues un nuevo registro del château no había logrado descubrir el escondite del extraño ser vestido con hábito de monje.

—Si Bertha y sus amigos están actuando de común acuerdo con esa criatura, hay muchas probabilidades de que podamos encontrarlos juntos —dijo—. Si no es así, quizá consiga echarle mano a Niels.

—Pero si consideráis prudente dar cuerda a Bertha, ¿por qué no hacer lo mismo con Niels? —preguntó Conrad—. Me temo que sois un tanto inconsecuente, Fouchard.

Fouchard soltó una áspera carcajada. Había lógica en la observación de Conrad, y el detective se sintió visiblemente molesto. No le agradaba reconocer que era su amor propio el que llevaba la voz cantante. A Bertha podía concedérsele cierto margen, pero no al hombre que le había burlado y llevado a cabo con éxito aquella suplantación. Al fin y al cabo, era muy humano.

—Supongamos que no ocurre nada y que Severin no envía ninguna señal —sugirió Wallace—. ¿Pensáis que acampemos indefinidamente en el Mont des Pins?

—Ocurrirá algo —replicó Fouchard con impaciencia—. Esa gente no perderá el tiempo. He puesto a Severin al corriente de mi plan. No había otra alternativa, y estoy convencido de que es absolutamente digno de confianza. Vigilará todos los movimientos de Bertha desde el momento en que abandonemos el château. Se da por entendido que vosotros os marcháis mañana. A mí me llamarán esa misma tarde, y mademoiselle decidirá acompañarme al menos hasta París. El tren sale de Arveyes a las seis y veinticinco y debe llegar a Moselle hacia las siete. Mademoiselle y yo descenderemos allí y esperamos encontraros.

—Allí estaremos —prometió Wallace—. ¿Es realmente necesario llegar hasta Moselle?

—Absolutamente. Si conozco algo la mentalidad de Bertha, el tren será vigilado desde Arveyes.

El plan se ejecutó al pie de la letra. A la mañana siguiente, poco antes de que el Bentley abandonara la avenida del château, tuvieron lugar unas despedidas casi conmovedoras. Al viejo Severin le entregaron cierta cantidad de dinero con el encargo de repartirla entre el personal, sin olvidarse de Bertha. En el automóvil llevaban mantas y provisiones, por si durante la primera noche no llegaba ninguna señal de Severin.

—Me pregunto si todo esto servirá de algo —reflexionó Wallace.

—Fouchard parece convencido de ello. Roguemos que esta noche no llueva. No sería muy agradable acampar bajo un diluvio. Pienso sugerir que dejemos a Yolande en un hotel.

—Ni hablaría de ello. Está tan ansiosa como nosotros por llegar al fondo del misterio y quiere estar presente en el desenlace, por así decirlo.

—¿A qué distancia está Moselle?

—Calculo que unas treinta millas largas.

—Tenemos todo el día por delante para perder el tiempo.

—Propongo ir hasta Rheims. Necesito comprar un buen tabaco, *tabac de luxe*, como lo llaman aquí.

—Sea como sea, no debemos perder ese tren.

—No lo perderemos.

Partieron entonces a buen paso hacia Rheims y llegaron con tiempo de sobra para almorzar temprano. Era la primera vez que Conrad veía la ciudad desde los días de la guerra, cuando no era más que un montón de ruinas. Se quedó asombrado al descubrir una ciudad completamente nueva. Había calles y más calles de magníficos edificios de piedra, y apenas quedaban huellas de los estragos de la

guerra. La catedral, aún marcada por las cicatrices, estaba siendo restaurada, y el aspecto de la ciudad había cambiado por completo.

—No me extraña que los franceses exijan indemnizaciones —comentó —. Todo esto debe de haber costado una fortuna.

—Probablemente sea la razón de que en Francia no haya desempleo.

—Sí; la reconstrucción… y el gran ejército. Aquí resulta difícil creer lo que hemos vivido durante la última semana. Empiezo a pensar que todo ha sido un sueño.

—Ojalá lo fuera —respondió Wallace—. Pero aquella enorme figura que estuvo a punto de dejarme fuera de combate no pertenecía a ningún sueño. Fouchard se muere de ganas de encontrarse cara a cara con Niels; pero yo besaría gustosamente a Niels con tal de poder enfrentarme al Fantasma.

—Espero que no lo hagáis.

—¿Por qué?

—Porque siente demasiado cariño por las navajas de afeitar. No; este no es momento para heroísmos. Nos enfrentamos a algo muy serio, y el asunto no me gusta nada. Claro está, vos sois joven y estáis deseando vivir cualquier clase de aventura; pero yo ya he tenido más que suficiente. Mi intención es llevaros de vuelta a Inglaterra sano y salvo.

Wallace rio mientras terminaba el café. Sentía que, hasta el momento, apenas había obtenido recompensa alguna. El bando contrario llevaba todas las de ganar.

—Es curioso cómo obra el destino —dijo pensativo—. Hace quince días no tenía la menor idea de que existiera un lugar llamado Château Grammont, ni una persona llamada Yolande Fallières. Creía que recorreríamos Francia sin rumbo fijo hasta cansarnos y volver al *roast beef* de la vieja Inglaterra. Y ahora aquí estamos, tan enredados en este desconcertante misterio como si fuéramos primos hermanos de Fallières. Lo que más me impresiona es el valor de Yolande.

Conrad le lanzó una rápida mirada, pues había percibido una extraña dulzura en su voz al pronunciar el nombre de Yolande. Wallace seguía contemplando el exterior por la ventana, con la vista fija en un punto indefinido. Conrad creyó comprender lo que ocurría, pero, como hombre prudente, guardó silencio.

Abandonaron la ciudad una hora más tarde y condujeron tranquilamente en dirección a Arveyes y Moselle. Se vieron obligados a atravesar nuevamente el bosque, aunque pudieron mantenerse a prudente distancia del château. Wallace descubrió que la correa del ventilador necesitaba tensarse, y Conrad descendió del automóvil mientras realizaba el ajuste. Junto al camino había una especie de mina abandonada, donde un hombre rompía piedras. Conrad ensayó su francés con el obrero y supo que veinte años antes se había descubierto estaño en aquel lugar. Se extrajo una cantidad apreciable, pero en menos de dos años el filón se agotó y la explotación fue abandonada. Conversaron unos minutos, hasta que Wallace hizo sonar la bocina.

—¡Todo listo! —gritó—. Será mejor tomar el desvío de la izquierda; ya no estamos lejos del château.

Conrad estuvo de acuerdo, y prosiguieron el viaje. Llegaron demasiado temprano a Moselle y pasaron una hora recorriendo la vieja población, que conservaba admirables muestras de arquitectura. Para su sorpresa, el tren llegó con absoluta puntualidad, y de él descendieron Fouchard y Yolande.

—Aquí estamos —dijo Fouchard—. Bertha no ha querido correr riesgos. En la taquilla había un individuo bastante sospechoso detrás de mí. Tuve el buen juicio de sacar billetes para París. Un gasto escandaloso, pero era necesario.

—Casi desearía ir realmente a París —dijo Yolande—. Pero París puede esperar. ¿Regresamos enseguida?

—Sí —respondió Fouchard—. Sugiero que tomemos la otra carretera para evitar pasar por Arveyes.

—Vos dirigís el camino —dijo Wallace.

Una hora después circulaban por la carretera próxima al Mont des Pins. Wallace internó el automóvil todo lo posible bajo la protección de los árboles y esperó las instrucciones de Fouchard.

—Montaremos guardia por turnos —dijo el detective—. Desde la cima de la colina se distingue perfectamente el château. Severin ha colocado una lámpara eléctrica con pantalla roja sobre una mesa, junto a la tercera ventana del primer piso. Si esa luz se enciende, significará que nos necesitan en el château. Son ahora las ocho. Propongo hacer yo la primera guardia. Si alguno de vosotros me releva hacia la una de la madrugada, solo quedarán tres horas hasta el amanecer.

—No; repartamos el tiempo por igual —dijo Wallace.

CAPÍTULO IX CONTRAPLAN

Pero Fouchard se mantuvo inflexible. Aseguró que no estaba cansado en lo más mínimo y que, si era necesario, estaba perfectamente dispuesto a permanecer de guardia toda la noche.

—Me llevaré unos emparedados y una botella de vino —añadió—. Este sendero conduce directamente a la cumbre.

Dicho esto, los dejó y Wallace comenzó a preparar una comida. Por fortuna, la noche era cálida y no había el menor indicio de viento. A la luz de una lámpara de inspección cenaron bastante bien. Más tarde, acomodaron a Yolande en el asiento trasero, la envolvieron con unas mantas y le insistieron en que durmiera.

—No podría dormir por nada del mundo —dijo ella—. Es maravilloso estar al aire libre. El aroma de los pinos es delicioso.

Durante un buen rato hablaron de cualquier cosa, excepto del asunto que los ocupaba. A pesar de lo que había afirmado, Yolande terminó quedándose dormida, mientras los dos hombres fumaban sin moderación. Eran casi las doce cuando Fouchard descendió corriendo por el sendero.

—Ha llegado la señal —dijo—. No hay un minuto que perder.

Wallace dejó escapar un silbido de excitación y se metió inmediatamente en el automóvil. Fouchard y Conrad lo siguieron, y Yolande despertó sobresaltada por el arranque del motor.

—¿Vamos…? ¿Severin ha dado la señal? —preguntó.

—Sí.

El coche avanzó por el terreno irregular hasta alcanzar el camino. Un instante después corría a toda velocidad en dirección al castillo. El tramo de bajada fue recorrido a una velocidad vertiginosa, y pocos minutos más tarde el automóvil se detenía frente a la portería.

—Apague el motor —dijo Fouchard—. Podrían oírlo.

La verja estaba cerrada, pero un tirón de la campanilla hizo salir de la cama al guardabosque. Parpadeó al ver al grupo.

—Abra la verja, Pierre —dijo Yolande—. Rápido, y sin hacer ruido.

—Oui, mademoiselle.

—Será mejor que se quede con Pierre —dijo Fouchard—. Esta vez insisto.

—Muy bien.

—Tengan cuidado —susurró Yolande mientras la dejaban al cuidado de Pierre—. Me temo que corren peligro.

—Peligro para Niels y compañía —gruñó Fouchard mientras avanzaba en la oscuridad.

Wallace y Conrad lo siguieron, y el trío llegó pronto ante el castillo. Una figura confusa corrió hacia ellos. Era Severin.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Fouchard—. Hable deprisa y en voz baja.

—He vigilado cuidadosamente a esa mujer, monsieur. Creo que hizo una señal desde su dormitorio poco después de que ustedes se marcharan. Más tarde bajó y permaneció en la sala del servicio. A las diez se fue a la cama. Yo me escondí en un armario para la ropa blanca, cerca de su habitación, y a las doce abrió la puerta y bajó las escaleras. La seguí y la vi abrir la puerta principal para dejar entrar a dos hombres.

—¿Dos?

—Sí, monsieur. Estaba demasiado oscuro para distinguir quiénes eran, pero oí que uno decía: «Heinrich acaba de llegar… una suerte extraordinaria.»

—Continúe.

—Los tres recorrieron el pasillo y, poco después, oí chirriar la puerta del sótano. Es la única puerta que hace ese ruido. Me acerqué sigilosamente, pero ya no los vi.

—¿Quiere decir que ahora están en el sótano?

—Sí.

—¿Hace cuánto entraron?

—No más de dos minutos. Corrí enseguida porque vi las luces del automóvil.

—¡Bien! ¿No hay otra salida de las bodegas?

—Ninguna.

—Entonces creo que los tenemos. ¡Vamos!

Se apresuraron por el corredor y pronto llegaron a la entrada del sótano. Severin abrió la puerta con cuidado para evitar el chirrido habitual.

—¿Vamos nosotros también? —preguntó Conrad.

—Como quieran… pero pisen con cuidado.

Lo siguieron escaleras abajo, mientras Severin cerraba la marcha.

—Cierre esa puerta con llave —susurró Fouchard.

—Ya lo he hecho —respondió Severin.

El lugar estaba sumido en una oscuridad absoluta, pero un murmullo dirigido a Severin hizo que, de pronto, todo quedara inundado de luz. Al mismo tiempo una voz gritó:

—**¡***Achtung***!**

Y apareció la corpulenta figura de un hombre bloqueándoles el paso. Fouchard desenfundó de inmediato su pistola.

—¡Muévase un solo centímetro y disparo! —gritó.

En ese mismo instante todas las luces se apagaron y se oyó el ruido de pasos precipitándose en distintas direcciones. Wallace sacó la linterna de bolsillo que había llevado consigo y la encendió. Alcanzó a ver la figura de quien acababa de impedirles el paso desaparecer alrededor de un recodo, con Fouchard apenas unos metros detrás. Entonces hubo un fogonazo y una detonación, seguidos de un gemido de dolor.

La luz de la linterna reveló al fugitivo tendido en el suelo, mientras Fouchard se inclinaba sobre él.

—¡Vigile esa puerta! —gritó Fouchard.

Wallace regresó corriendo, pero al doblar el último arco e iluminar con la linterna descubrió que la puerta estaba abierta. Subió las escaleras a toda prisa y permaneció escuchando. Durante unos segundos reinó el silencio y luego oyó arrancar un motor; maldijo entre dientes. Era evidente que Niels había escapado y que Bertha había logrado regresar tranquilamente a su habitación. ¡Severin no era el único que tenía una llave del sótano!

Volvió a la bodega y encontró a Fouchard junto a su prisionero.

—Han escapado —dijo.

—¡Maldición! Uno de ellos tenía una llave duplicada. Hemos cometido un grave error. Uno de nosotros debió quedarse arriba. Han cortado el cable en algún sitio. Tome la linterna y vea si puede… No, llevaría demasiado tiempo. Ayúdeme con este individuo.

Pusieron al herido en pie y lo condujeron hasta arriba. Fouchard los guio hasta la biblioteca, donde acomodaron al prisionero en una silla. Resultó ser un hombre relativamente joven, de constitución poderosa. Sufría intensamente, pues la bala de Fouchard se había alojado en una pierna. El detective anudó dos pañuelos e improvisó un vendaje.

—Ahora, amigo Heinrich, ya no le dolerá tanto por un rato —dijo con severidad—. Creo que voy a echar un vistazo a sus bolsillos.

El registro dio como resultado una cartera con dinero y varias tarjetas de visita, algunas cartas comerciales y una pipa. Buscó algún arma, pero no encontró ninguna.

—Ha tenido suerte, amigo mío —dijo—. Un revólver le habría valido cinco años de prisión.

Severin se acercó con un pequeño papel en la mano. Explicó que lo había encontrado en el sótano. Fouchard frunció los labios mientras lo examinaba. Contenía unas cifras y un nombre:

27
31
36
Steinbech

—Una clave para algo —murmuró.

Luego, volviéndose hacia Heinrich:

—Ahora, amigo mío, quizá quiera explicarnos qué hacía usted en este lugar.

—¿Qué cree usted? —preguntó Heinrich con toda calma.

—Lo que yo crea puede influir considerablemente en la condena que reciba —replicó Fouchard secamente—. No resulta muy agradable para un hombre joven verse implicado en un asesinato tan brutal.

—Va usted demasiado deprisa. Tal vez le interese saber que hace apenas unas horas yo estaba al otro lado de la frontera. Puedo presentar un pasaporte que lo demuestra.

—Su pasaporte no le servirá de mucho. Está en una situación bastante comprometida y le aconsejo que diga la verdad.

Heinrich sonrió y negó con la cabeza.

—Me ha atrapado… como a un ladrón. ¿Qué explicación espera que le dé?

—¿Qué vino a robar?

—¿Qué puede haber para robar en una bodega?

—No me responda con ese tono —tronó Fouchard—. Está aliado con otras personas. Descubrirá que una prisión francesa no es un lugar muy confortable. Dígame lo que quiero saber y quizá le facilite las cosas. ¿Qué significan estas cifras?

—Es muy sencillo —respondió Heinrich—. Ese papel se me cayó. Es un sistema para ganar dinero en la ruleta. Pensaba visitar Montecarlo durante mi estancia en Francia. Un amigo tuvo la amabilidad de proporcionarme este magnífico sistema.

—¡Es usted un embustero extraordinario! —rugió Fouchard—. ¿Cree que soy tan ignorante en materia de ruleta como para tragarme semejante historia? Allí no existe ningún sistema. ¿Qué significa «Steinbech»?

—Es una palabra clave para que mi banco me envíe dinero por telégrafo en caso de que necesite más del escaso capital que llevo conmigo. Naturalmente, el sistema falla algunas veces… o, mejor dicho, exige más…

—¡Silencio! Basta de tonterías. No estoy de humor para ellas. ¿Está decidido a mantener la boca cerrada?

La expresión de Heinrich se volvió sumamente seria. Hizo una mueca de dolor al mover la pierna herida.

—No tengo nada que decir —añadió.

—Muy bien. Llamaré a la policía para que venga a hacerse cargo de usted.

Salió de la habitación en dirección al teléfono. Wallace no pudo menos que admirar la entereza del hombre, enfrentado como estaba a la perspectiva de perder su libertad durante un largo período.

—¿Por qué no nos da al menos una pista? —le dijo—. No tiene aspecto de delincuente, y aquí se ha cometido un asesinato.

—Si pudiera ayudarlos, lo haría, pero estoy obligado a guardar el secreto. Lo único que puedo decirles es: **tengan cuidado**. Aquí hay un peligro mucho mayor del que imaginan.

No lograron arrancarle una sola palabra más y, media hora después, llegó la policía local para llevárselo.

—Y ahí termina mi estratagema —suspiró Fouchard—. En este pedazo de papel hay mucho más de lo que parece, si tan solo tuviéramos la inteligencia suficiente para comprenderlo.

—Sin duda esas cifras son la clave de algo —dijo Conrad—. De algo que están desesperados por encontrar. El problema es cómo aplicarlas. Y luego está el nombre «Steinbech». ¿Qué podrá significar?

Fouchard se encogió de hombros. Tuvo el buen juicio de reconocer que nada en este mundo obligaría a Heinrich a revelar lo que sabía. Las cifras resultaban desconcertantes porque podían referirse a un millar de cosas distintas. Su misma sencillez hacía aún mayores las dificultades.

—Es como empujar la nada —comentó—. ¿Sería tan amable de ir a buscar a mademoiselle y acompañarla de regreso, monsieur? Esta noche ya no hay nada más que hacer.

Wallace aceptó encantado el encargo. Contó a Yolande exactamente lo sucedido, y ella movió la cabeza con gesto de desconcierto. La imagen de Heinrich y la del Monstruo con su mortífera navaja de afeitar no parecían encajar en absoluto.

CAPÍTULO X QUIZÁS

Fouchard estuvo ocupado desde muy temprano a la mañana siguiente, midiendo a pasos la bodega y contando las losas del suelo en todas direcciones. Finalmente regresó con expresión irritada y de muy mal humor.

—¿Ha tenido suerte? —preguntó Wallace.

—Ninguna. He dado vueltas a esas cifras hasta cansarme. Las he aplicado de cincuenta maneras distintas y todas me llevan a un callejón sin salida.

—Tal vez no tengan nada que ver con este caso.

—Apuesto mi vida a que sí. Esa gente bajó anoche a la bodega con un propósito muy concreto. Esas cifras son la clave de lo que buscaban.

—Debe de tratarse de algo muy valioso para que se tomen tantas molestias. Pero, de todos modos, ¿cómo relaciona eso con el asesinato de Fallières?

—No existe ninguna relación… todavía. No sé qué papel desempeña el Fantasma. Es posible que él también esté buscando lo mismo que el otro grupo.

—Pero hay pruebas de que lleva años actuando.

—¿Y por qué no? Si ese objeto desconocido tiene un valor enorme, un criminal desesperado podría dedicar media vida a intentar encontrarlo. Al parecer, posee una forma de entrar en esta casa que el otro grupo desconoce… incluso nosotros. Ese hombre es un asesino; los otros no pasan de ser simples delincuentes. Pero Bertha y sus compañeros conocen la existencia de ese individuo.

—¿Lo cree?

—Estoy completamente seguro. Ahora parece que Niels y Bertha le han ganado la partida al asesino y han descubierto una pista.

—¿Se refiere a las cifras?

—Sí. Si pudiéramos interpretarlas correctamente, al menos llegaríamos al motivo.

—No estoy de acuerdo —dijo Conrad—. ¿Qué motivo concebible podría haber para asesinar a Fallières en su propia habitación?

—Supongamos que el Monstruo ya estaba allí. Supongamos que había entrado trepando y se escondió. Cuando creyó que Fallières dormía, intentó escapar. Fallières despertó, tomó la pistola que guardaba bajo la almohada y disparó. Entonces el intruso lo silenció con la navaja.

—Es una buena historia, pero no me convence. Queda por explicar la destrucción de los espejos, la suciedad que arrojan por todas partes, los gritos que se oyen…

—Todo forma parte de un plan para aterrorizar a los habitantes del castillo, de modo que ese extraño individuo tenga mayor libertad para buscar lo que persigue.

Pero Conrad volvió a negar con la cabeza. Aquella explicación le parecía demasiado rebuscada.

—Mi querido señor —dijo Fouchard—, entonces puede quedarse con la teoría alternativa: la de un fantasma, un alma desencarnada que vaga por los lugares donde vivió en vida. Los criados creen en eso.

—Yo prefiero mantener la mente abierta —replicó Conrad—. Creo que, si fuéramos sinceros, admitiríamos que no tenemos ninguna pista de verdadero valor. Quiero decir, ninguna que nos explique los motivos.

—Estoy de acuerdo —dijo Wallace.

Fouchard salió de la habitación visiblemente ofendido, pero pocos minutos después lo llamaron al teléfono y recibió una noticia que lo irritó todavía más. Los demás pudieron oírlo hablar en un francés rapidísimo, diciéndole al hombre del otro lado de la línea que no era más que un idiota que merecía ser despedido de inmediato. Regresó a la sala y fulminó con la mirada a Wallace.

—¿Qué ocurre?

—Si quiere encontrar un hatajo de completos imbéciles, le recomiendo la policía provincial —dijo—. Han dejado escapar a ese individuo.

—¡No puede ser!

—Lo encerraron en el calabozo, desde luego, pero, al parecer, hacía unos cinco años que no tenían ningún preso. La ventana tenía barrotes, sí, pero los ladrillos y el mortero estaban completamente podridos. Pues bien, consiguió escapar a pesar de la pierna herida. Ahora andan corriendo por todo el país, como si sus pobres entendederas pudieran competir con las de esos delincuentes. En fin, volveremos a verlo.

—Es usted muy optimista.

—Conozco bien a esa clase de pájaros. Nada los apartará del rastro. Esperarán pacientemente y volverán a deslizarse hasta aquí. Daría cinco años de mi vida por saber qué es lo que buscan.

Se marchó de nuevo a proseguir sus investigaciones, y el bueno de Watkins entró para informar que había encontrado la avería del alumbrado en la bodega. El cable había sido cortado limpiamente.

—No me gusta ese lugar —confesó—. Siempre se me pone la carne de gallina cuando bajo allí. Es un sitio terrible para las averías eléctricas. Los fusibles se funden por docenas, y que me aspen si sé por qué. Es la peor instalación que he visto en mi vida.

Wallace había prometido acompañar a Yolande a Reims en el automóvil de ella y esperaba con ilusión conducir el enorme Hispano, cosa a la que Yolande había accedido.

—Tenga cuidado con el acelerador —dijo Conrad.

—Siempre lo tengo.

Conrad también había sido invitado, pero, por alguna razón, sintió que aquellos dos disfrutarían más del paseo sin él. Cuando se marcharon, fue a la biblioteca en busca de un libro. Mientras estaba allí, entró Bertha para quitar el polvo. Se disculpó y se disponía a retirarse, pero él le dijo que no era necesario, pues en unos minutos se iría. Ella reanudó entonces su trabajo.

—Monsieur Fallières debía de ser un gran lector —comentó.

—Lo era —respondió ella.

—Su muerte ha sido una pérdida terrible para mademoiselle.

Tenía curiosidad por ver cómo reaccionaría. Su serenidad era admirable. Sacudió tristemente la cabeza y sostuvo su mirada sin vacilar.

—Lo siento muchísimo por ella —dijo—. Es una excelente señora y quería profundamente a monsieur.

—Todo este asunto es sumamente misterioso. Ha envuelto el lugar en una atmósfera siniestra.

—Así es. Me temo que dos de las doncellas se marcharán esta misma semana. La mayoría del servicio está aterrorizada.

—¿Y usted? ¿No tiene miedo?

—Un poco… por las noches —contestó—. Algunas de las criadas empeoran las cosas hablando demasiado del asunto. Oí decir que usted y monsieur Wallace también se habían marchado, pero me alegró comprobar que no era cierto.

—¿Y por qué le alegró? —preguntó él sonriendo.

—Por mademoiselle. Ahora necesita compañía. Es muy valiente por quedarse aquí después de… después de algo tan terrible.

—Tiene razón —dijo—. Es una mujer muy valiente.

Siguió un largo silencio mientras él escogía un libro del estante.

—¿Cree que monsieur Fouchard tiene alguna esperanza de descubrir al asesino? —preguntó ella.

—Fouchard nunca pierde la esperanza.

—¡Ah! Parece muy inteligente.

—Es mucho más inteligente de lo que aparenta. Me parece que muy pronto tendremos noticias satisfactorias… algo que lo explicará todo.

—Eso espero —dijo ella—. Este sería un lugar maravilloso si dejaran de ocurrir todas estas cosas extrañas. Rezo para que ese día llegue pronto.

Conrad salió de la biblioteca convencido de que jamás había conocido a una actriz tan consumada ni a una hipócrita tan grande. Cada palabra que pronunciaba sonaba llena de sinceridad, y, sin embargo, apenas unas horas antes había escapado del sótano. ¡Rezaba para que desaparecieran los males del Château Grammont! ¡Qué desvergüenza!

Se sentó en la terraza y comenzó a leer el libro. Estaba escrito en francés y era un relato personal de la guerra en la región de Champaña. Su principal interés residía en que describía el frente de batalla de los alrededores del castillo, lugares que él conocía en parte. Durante dos horas pasó el tiempo agradablemente. Entonces regresó Fouchard, acalorado y fatigado.

—He dado un buen paseo —dijo—. No hay nada como caminar para despejar las telarañas del cerebro. Me pregunto si se podrá conseguir un aperitivo. Vamos a intentarlo.

Tocó la campanilla y apareció Severin. Conrad rara vez tomaba algo antes del almuerzo, pero Fouchard pidió un vermú preparado con un trozo de cidra. Severin sonrió alegremente y dijo que lo traería *tout de suite*.

—Severin parece de muy buen humor esta mañana —comentó Fouchard—. Pensé que iba a sufrir un colapso.

—Es bastante resistente.

—Más le vale. ¿Sabe una cosa? Estoy pensando seriamente en arrestar a Bertha y acusarla del asesinato de Fallières.

Conrad cerró el libro y miró a Fouchard con incredulidad.

—¿Arrestar a Bertha?

—No sería más que una estratagema. Podría ponerla en una situación muy comprometida. En Francia el código penal es muy distinto del de Inglaterra. Bertha sería considerada culpable hasta que lograra demostrar su inocencia. ¿Y qué harían ella y sus cómplices cuando

comprendieran que la horca se perfila en el horizonte? Pues revelar sus cartas.

—Pero usted sabe que son inocentes.

—Lo sospecho. Pero si una medida así nos ofreciera un atajo, estaría plenamente justificada.

Severin entró con dos botellas y un vaso. Fouchard lo observó mientras servía la bebida.

—Se le ve muy animado esta mañana, Monsieur Severin —dijo—. ¿Es por casualidad su cumpleaños?

—No, monsieur, pero uno no debe estar siempre sombrío. Me alegra porque creo que nos acercamos a un período de paz y tranquilidad.

—¿Qué quiere decir?

—La luna ha pasado su plenitud, monsieur.

—¿De qué demonios está hablando?

—Todas las perturbaciones que han ocurrido aquí han tenido lugar alrededor de la luna llena. Lo he observado tantas veces.

—¡Válgame Dios! No hay límite para la superstición. ¿Puede usted creer eso, señor Conrad?

—Sin duda es una afirmación extraordinaria —respondió Conrad—. Algo parecido a la creencia de que los fantasmas dejan de vagar cuando canta el gallo. Pero ¿de verdad cree eso, Severin?

—No puedo evitarlo, monsieur. He observado el hecho muchas veces. ¿No fue asesinado Monsieur Fallières precisamente en la noche de luna llena?

—Es cierto, pero podría haber ocurrido cualquier noche.

—No lo creo —replicó con obstinación—. No oiremos mucho más del fantasma durante tres semanas más o menos. ¿Está seguro de que no tomará algo con Monsieur Fouchard?

—Completamente seguro.

Severin se marchó, y Fouchard rió mientras levantaba su vaso.

—Un viejo pintoresco —dijo.

—Supongo que no hay nada en eso.

—Charlas de viejas. ¿Qué demonios tiene que ver la luna llena con estos sucesos tan extraordinarios?

—He oído opiniones parecidas. De hecho, en mi propio regimiento había un tipo curioso que juraba que la luna tenía un efecto extraño sobre él. Ciertamente se comportaba de forma extraordinaria en esos periodos. Su "hechizo" consistía en la embriaguez. En todos los demás momentos era un bebedor muy moderado.

—¡Nonsense astrológico! La ciencia no admitiría tal posibilidad.

—La ciencia no es infalible.

—Nada lo es. ¡Qué buen licor! Fallières sabía dónde conseguir los mejores vinos y espirituosos. No, monsieur, con todo respeto a su historia del militar, no puedo aceptar semejante hipótesis. Severin quiere hacernos creer que el Monstruo duerme tres semanas enteras y despierta cuando la luna se acerca a su plenitud. Luego vaga libre con una navaja en el bolsillo, degollando y rompiendo espejos. ¡Lunáticos disparates, querido señor!

—Tal vez. Pero en este mundo nunca conviene ser demasiado dogmático. Espero que no lleve a cabo esa estratagema que mencionó.

—¿Lo de Bertha? Estoy muy tentado.

—No funcionaría.

—¿Por qué no?

—Ella adivinaría su objetivo de inmediato, y usted mataría a la gallina de los huevos de oro. Su primer plan era el correcto: darle cuerda y vigilarla.

—Lo sé, pero mi problema es que soy un hombre extremadamente ocupado. En cualquier momento puedo ser llamado de vuelta a París. ¿Qué tengo que informar? He encontrado un papel que no puedo

descifrar. He arrestado a un hombre y lo he perdido otra vez. He visto realmente a la extraña criatura que estoy convencido de que asesinó a Fallières. Pero todo está desordenado. No logro coordinar nada. He alcanzado cierta fama, merecida o no, y confieso que todos mis éxitos han venido de encontrar primero el motivo. ¿Dónde está el motivo aquí?

—Ciertamente es confuso.

—¿Confuso? Está ausente. Ahora, según Severin, debo esperar hasta la próxima luna llena para que el personaje dominante de esta conspiración se revele.

—¿No es la paciencia una de las virtudes del gran sabueso detective?

—Uno necesita la paciencia de Job para este asunto. He revisado el château una y otra vez, y sigue siendo incomprensible cómo este asesino entra en él.

—¿Está seguro de que es de carne y hueso?

—Lo estaré más cuando le haya metido media docena de balas en ese cuerpo gigantesco, como pienso hacer en cuanto tenga ocasión —gruñó.

CHAPTER XI. EL SENDERO CRIMSON

Durante los días siguientes se hizo evidente que Fouchard había abandonado por completo la idea de arrestar a Bertha. Gran parte de su tiempo lo ocupaba la columna de cifras, de la cual acabó confesando que no podía sacar nada.

—Una pista falsa —gruñó—. Arrojada sobre el rastro para hacernos perder el tiempo. Tenemos una montaña entera de cerebros contra nosotros. Niels, Heinrich y Bertha... un trío formidable. Me fastidia haber perdido a Heinrich.

—Es extraño que Bertha siga aquí, cuando sin duda sabe que la sospechamos —dijo Wallace.

—Una mujer notable, no del tipo criminal en absoluto. Ayer la encontré leyendo un volumen de Plotino en el jardín, en griego original.

—Fingimiento, quizá.

—Eso pensé. Incluso intenté ponerla a prueba, porque yo había leído a Plotino en traducción. Pero fracasé. Conocía el texto de la A a la Z.

—¿Y no va a arrestarla?

—№ No serviría. Reconozco que por el momento estoy algo desesperadamente atascado.

Poco después los dejó, y lo vieron paseando una y otra vez alrededor de un parterre resplandeciente, con las manos a la espalda, evidentemente inventando nuevas teorías para encajar en aquel caso extraordinario.

—Tengo la impresión de que cuando dejemos el château estaremos tan lejos de la solución como ahora —murmuró Conrad.

—Odio irme en esas condiciones —respondió Wallace—. Piensa en Yolande en este lugar sombrío, sin apenas vecinos...

—Estás pensando bastante en ella, ¿no?

—¿Cómo no hacerlo? Tú mismo dijiste que la recordabas como un espíritu alegre, casi de pájaro, lleno de risas y vida. Pues eso ha desaparecido. Aún tiene valor para sonreír, pero la carga que lleva es evidente. Ojalá pudiéramos convencerla de marcharse—vender esto y buscar paz en otro lugar.

—Sería perder el tiempo. Hay mucho que decir sobre la aristocracia, pese a tus tendencias socialistas. Los antepasados de Yolande fueron a la guillotina con una sonrisa. ¿Esperas que su descendiente huya del peligro?

—Pero esto es distinto. No gana nada quedándose. Sin duda el Gobierno francés podría hacerse cargo del château como pieza histórica. Ningún gobierno dejaría que un lugar así se arruinara.

—Tal vez no, pero hay otras consideraciones. Están los arrendatarios. ¿Les iría igual de bien con otro dueño? La mitad no paga renta. Además, está el orgullo. Ese, creo, es el factor decisivo.

—Supongo que tienes razón.

—Por supuesto. No pensarías tan bien de Yolande si hiciera lo que tú crees sensato. Es porque enfrenta el peligro con firmeza que tú, mi querido Ralph, estás enamorándote de ella.

—¿Eh?

—Niegalo si puedes.

Wallace se encogió de hombros y miró los brillantes macizos de flores.

—Tienes razón, Connie —dijo en voz baja—. Odio parecer un sentimental cursi, pero el château, el aire que respiramos, el misterio que se cierne aquí, todo me suena a "Yolande". Ella no lo sabe aún. No quiero que lo sepa mientras esta sombra horrenda penda sobre ella. Pero cuando pienso en lo que le ocurrió al pobre Fallières, a pocos metros de nosotros, y en lo fácil que podría haber sido...

—¡Cuidado!

—Bueno, hay que tenerlo en cuenta. Mira, ahí va Bertha, a cortar flores para la casa, según parece.

Conrad alzó la vista y vio a la elegante doncella entrar en el jardín. Iba vestida con el uniforme de servicio doméstico, que le sentaba perfectamente a su colorido. La observaron moverse entre las flores, cortando ramos, pues a Yolande le gustaba tener flores tanto en su dormitorio como en el comedor. Bertha volvió a entrar en la casa por la terraza, con los brazos llenos de rosas, delphiniums y asters. Mostró sus dientes blancos y perfectos mientras Conrad contemplaba admirado aquel tesoro floral.

—¿Le gustan las flores a monsieur? —preguntó en un inglés ligeramente defectuoso.

—Todo el que no sea ciego debe gustarle —respondió Conrad.

—Hasta el ciego puede olerlas.

—¿Ha bajado ya mademoiselle?

—No tardará. Desde que su doncella se fue, tengo el honor de atenderla. Es triste que alguien tan graciable y hermosa tenga que sufrir tanto. Sería mejor que dejara el château.

—¿Usted lo cree?

—¡Zut! ¿No es evidente? Monsieur ha visto y oído suficiente para comprender que aquí hay gran peligro. Los sirvientes murmuran entre ellos, y más se irán pronto.

—¿Y usted? ¿No tiene miedo?

Conrad la observó con intensidad. Pero Bertha no se inmutó. Se encogió de hombros y llevó las flores a su nariz firme y recta.

—A veces —dijo—. Pero la vida está llena de amenazas. Una más no importa mucho. Todos los que viven han de morir.

—Eso lo dijo Shakespeare —intervino Wallace—. Pero hay formas más agradables de morir que con la garganta cortada de oreja a oreja.

—Entonces monsieur debería elegir la opción más sabia —replicó ella.

—¿Huir? Es usted algo contradictoria, Bertha. Hace un momento aconsejaba a mademoiselle que se marchara, y ahora cita a Shakespeare.

—Las mujeres siempre somos contradictorias desde que nacemos. Si no lo fuéramos, los hombres, con toda su lógica, no se interesarían por nosotras.

—Esa es para ti, Ralph —dijo Conrad riendo.

Bertha también rió, una carcajada rica y sonora que resonó en la terraza. Luego hizo una leve reverencia y volvió a sus tareas. Los ojos de Conrad la siguieron hasta que sus tacones rojos desaparecieron por la puerta.

—¡Por Jove, es extraordinaria! —dijo.

—¿Te refieres a su sangre fría?

—Bueno... sí.

—¡Connie!

—¿Ahora qué?

—Te interesa.

—¿Y no nos interesa a todos?

—No te escudes. Te he visto cuando... cuando te miró con esos ojos de sirena. Te habría ofrecido una rosa si yo no estuviera presente.

—¡No digas tonterías!

—Ojalá lo fueran —dijo Wallace, poniéndose serio—. Esa maldita mujer tiene más cerebro que todos nosotros juntos. Está pescándote, Connie; un adversario menos cuando te enganche. Cada vez que pasa, gira la cabeza apenas lo justo para que veas el borde de su ojo. ¡Santo cielo! Julian Conrad, ex mayor de la R.G.A., y una doncella mezclada en compañías muy extrañas...

Conrad se levantó, y por primera vez Wallace vio verdadera ira en su mirada.

—Eres un idiota, Ralph —dijo con dureza—. No solo un idiota, sino un snob insoportable. ¡Vaya socialismo el tuyo!

—¡Connie!

—Me irritas.

—Era la idea —dijo Wallace con una sonrisa—. El hecho es que ese grupo nos va a vencer si no reaccionamos. La mujer en este caso siempre es el peligro, sobre todo cuando es tan atractiva como Bertha. Tal vez me excedí. Lo siento. Vamos... ¿paz?

Conrad estrechó la mano ofrecida con cierta incomodidad, consciente de que su reacción solo confirmaba parcialmente la acusación de Wallace. Era cierto que Bertha le impresionaba profundamente. Durante treinta y cinco años había mantenido una vida célibe, solo para tropezar con aquella mujer extraordinaria justo cuando creía que las pasiones de la juventud habían muerto para siempre. Había algo en su voz, en su porte, que lo afectaba de forma extraña. Estaba convencido de que jugaba un juego hábil, pero aun así sus nervios se estremecían cada vez que Bertha aparecía.

—Un lugar peligroso para todos nosotros —dijo—. ¿Era esto una excursión de vacaciones, Ralph?

—No, una aventura... y la estamos teniendo. Ah, ahí viene Yolande.

Ella se acercó sonriendo y les pidió que siguieran sentados, mientras tomaba una silla junto a Wallace. En su vestido llevaba una de las rosas que Bertha había recogido poco antes. Tenía una gota de rocío brillante. Wallace pensó que parecía una lágrima caída de aquellos hermosos ojos.

—¿Dónde está el gran Fouchard? —preguntó ella.

Wallace inclinó la cabeza hacia el jardín, y en ese momento Fouchard apareció a la vista, todavía dando vueltas una y otra vez alrededor del gran parterre de delphiniums.

—Parece completamente desconcertado —dijo Conrad—. Puedo compadecerme de él, porque nos enfrentamos a un enigma sumamente desconcertante.

—Bertha podría resolverlo si quisiera —dijo Yolande.

—Lo mismo Heinrich o Niels, pero no hay ninguna esperanza de obtener una pista de ellos. Es evidente que están actuando contra nosotros —dijo Wallace.

—El comportamiento de Bertha es lo más extraño. A propósito la hice actuar como doncella temporal mía. Su conducta es irreprochable. A veces la veo mirándome en el espejo. Su rostro es compasivo, casi triste. Esta mañana me rogó que me marchara de aquí. O es la actriz más extraordinaria del mundo, o siente una auténtica compasión. ¿Qué... qué puede uno creer?

—Lo primero —dijo Wallace con énfasis—. Sabemos que dejó entrar a esos dos hombres en la casa. No es más fiel a usted que... que el Monstruo. ¿Cómo es posible creer que no sea una conspiradora en este complot misterioso?

—¿No podría haber algún elemento que hayamos pasado por alto? —suplicó Conrad—. Ni ella ni sus compañeros pueden estar implicados en el crimen en sí.

—Entonces, ¿por qué se comportan de forma tan misteriosa? En todo caso son intrusos... ladrones.

—Me duele la cabeza con todo esto —dijo Yolande—. ¿Vamos a ver las orquídeas?

Conrad declinó cortésmente, pero Wallace aceptó con gusto. Abandonaron la terraza y caminaron hacia la parte más exótica del maravilloso jardín. Con el sombrío château oculto a la vista, parecieron trasladarse de inmediato a un verdadero Jardín del Edén. Yolande parecía respirar con más libertad a medida que se alejaban del escenario del terror.

—Qué afortunado fue que encontrara a usted y al señor Conrad aquella mañana —dijo ella—. Me han ayudado... muchísimo.

—Ojalá pudiera sentir lo mismo. Tanto Conrad como yo nos sentimos bastante inútiles. Pero Fouchard también está vencido, así que no debemos tomar demasiado a pecho nuestro fracaso. ¿Sigue decidida a quedarse aquí?

—Sí. Pase lo que pase.

—La admiro enormemente —soltó él.

—¿Porque no huyo... como a veces me tienta hacerlo?

—No solo por eso. Ha soportado tanto dolor con un corazón tan valiente. Por supuesto no sé nada de mujeres, pero nunca imaginé que ninguna pudiera... comportarse como usted —dijo torpemente.

—Usted... no debe hacerme cumplidos inmerecidos. En el fondo tengo mucho miedo. Es lo desconocido lo que resulta tan terrible. Tengo la sensación de que estos acontecimientos espantosos aún no han terminado. Anoche... anoche lo soñé... era usted.

Se estremeció y, casi sin darse cuenta, su mano buscó y apretó la de él. Wallace sintió la sangre correrle a borbotones por las venas. Le vino el impulso de tomarla entre sus brazos y decirle que, ocurriera lo que ocurriera, nunca la abandonaría... que en menos de dos semanas le había cautivado el corazón y el alma. Lo tenía en la punta de la lengua cuando oyó pasos apresurados en el sendero de grava detrás de ellos y se volvió para ver al chófer, muy sin aliento y con el rostro enrojecido.

—Perdón, mademoiselle —jadeó—. Monsieur Fouchard me pidió que la buscara. Quiere hablar con usted inmediatamente.

CAPÍTULO XII. LA SEGUNDA VÍCTIMA

La llamada urgente de Fouchard no dejó ninguna duda en la mente de Wallace: el misterio había revelado un nuevo aspecto. Él y Yolande regresaron apresuradamente a la casa y encontraron a Fouchard en una conversación seria con algunos de los sirvientes. El rostro de Yolande se descompuso al ver aquello, pues la noticia no auguraba nada bueno.

—¿Qué ocurre, Fouchard? —preguntó ella.

—Severin ha desaparecido.

—¿Desaparecido?

—Se me informó de que la habitación de Severin no había sido ocupada anoche, ni se le encuentra en ningún punto del château.

—Pero lo vimos a las diez de la noche —dijo Wallace.

—Algunos sirvientes lo vieron a las once, justo antes de cerrar. Al no aparecer esta mañana, supusieron que estaría enfermo. La doncella lo descubrió finalmente.

Los sirvientes que Fouchard había estado interrogando fueron despedidos, y el cuarteto se miró entre sí: Yolande con miedo y angustia, Wallace y Conrad con sorpresa muda, y Fouchard con una rabia apenas contenida.

—¿No creen que Severin forma parte de esta conspiración? —preguntó Conrad.

—No... no —dijo Yolande—. Temo... temo...

Era evidente lo que temía, y Fouchard asintió con gravedad.

—¡Pero esto es espantoso! —dijo Conrad—. Severin estaba convencido de que nada ocurriría hasta la luna...

—¡Superstición absurda! —cortó Fouchard—. Nunca le di importancia. Lo único que hay que hacer es registrar toda la casa. Lo lamento, mademoiselle... no esperaba esto.

—¿No hay señales de lucha en su habitación?

—Ninguna. Ni en ninguna otra. Ya he revisado casi todas las estancias ocupadas.

—Empecemos —suplicó Wallace, cuya impaciencia se notaba en sus nervios tensos.

Fouchard asintió, y pronto los tres hombres inspeccionaban cada rincón oscuro. Wallace había convencido a Yolande de esperar en la terraza, pues temía otro hallazgo espantoso. Las bodegas fueron lo último en ser revisado, y allí se confirmaron sus peores sospechas.

El cuerpo de Severin yacía en el suelo, al fondo de la bóveda, con la garganta cortada. Estaba completamente muerto, con los miembros fríos como el mármol.

—¡Horrible! —exclamó Conrad.

—Esta vez no intentaron ocultar el cadáver —murmuró Fouchard—. Debió ocurrir anoche.

—Pero ¿qué hacía Severin aquí abajo? Detestaba este lugar y jamás habría bajado cerca de medianoche.

—No me hagan preguntas —cortó Fouchard—. Ya me las he hecho todas. Ahora traeré a esos idiotas de Arveyes... otra pérdida de tiempo.

Se informó a Yolande del hallazgo. Hizo un valiente esfuerzo por dominarse, pero Severin había sido un servidor querido y leal, y el golpe fue devastador. A Wallace le dolía el alma al ver aquel rostro hermoso y quebrado.

—Esto es el infierno, Connie —dijo—. ¿Dónde va a terminar? Si Fallières y Severin... ¿por qué no tú, yo o Yolande? Dios... es insoportable sentirse tan impotente.

Fouchard se puso en contacto con Arveyes, y nuevamente llegaron la policía local y el médico. Los sirvientes estaban completamente aterrorizados. Tres criadas hicieron sus maletas en cuanto la policía terminó el interrogatorio, y otras hablaban de marcharse. Pero Bertha, aunque pálida, no mostró intención de irse.

—¿Qué sabe usted de esto? —espetó Fouchard, perdiendo toda prudencia.

—¿Yo?

—Sí, usted. No tenía buena relación con Severin... lo sé.

Bertha se sobresaltó, pero no apartó la mirada. Sostuvo la del detective hasta hacerlo vacilar.

—¿Se atreve a acusarme? —preguntó con voz ronca.

—Tengo razones para hacer esa observación.

En ese momento intervino el magistrado de Arveyes. Era un hombrecillo pomposo que no soportaba que Fouchard le robara protagonismo.

—Estoy interrogando a los testigos, monsieur Fouchard —dijo con altivez—. Quisiera saber qué saben estos dos caballeros del asunto. Entiendo que han estado alojados en el château durante un tiempo considerable... exactamente el mismo periodo que cubre los dos crímenes.

—Señor, son mis invitados y amigos —objetó Yolande.

Aun así, Wallace y Conrad se vieron obligados a responder a una multitud de preguntas, más para alimentar la vanidad del magistrado que para esclarecer el caso. Fouchard, indignado, salió de la habitación.

—¡Esto es el colmo! —dijo Wallace después—. Nos están arrastrando a todo esto. ¡El idiota!

—Lo siento mucho —dijo Yolande—. Temo haberles causado una gran humillación.

—No es culpa suya —respondió Wallace con una sonrisa—. Supongo que hace lo que cree su deber. Al fin y al cabo, somos extraños para él. Pobre Severin...

El cuerpo de Severin fue retirado más tarde, y Fouchard apareció en la cena, pues rara vez se perdía una comida en el château.

—Baffled —dijo—. Me pregunto quién será el próximo.

—¡Cállese! —espetó Wallace con rabia.

—Lo siento. Pero son hechos duros, monsieur. No encuentro motivo en ninguno de los crímenes, y todo indica que nadie aquí está a salvo. Mademoiselle, debe marcharse de inmediato. ¡Insisto!

Pero Yolande negó con la cabeza. La segunda tragedia, tan cercana a la primera, solo fortaleció su determinación. Wallace vaciló, pero la miró con profunda admiración.

—Es una locura —dijo Fouchard.

—Me quedo, monsieur. No perdamos palabras.

—¡Zut! —gruñó él—. No me corresponde dar órdenes.

Continuó la cena, y durante un tiempo no hubo conversación. Su mal humor fue desapareciendo a medida que avanzaban los platos, hasta que con el café parecía casi normal.

—Por supuesto, Bertha no tuvo nada que ver con la muerte de Severin —dijo de pronto.

—¡Pero usted la acusó prácticamente!

—Solo para ver su reacción. Está ligada al Monster de algún modo, pero el asesinato frío no es lo suyo. No estoy tan seguro de Niels. Él no evitaría nada que le acercara a su objetivo.

—¿Y cuál es su objetivo?

—Ahí me deja sin respuesta.

—¿Algo dentro del château?

—Eso parece.

—¿Cree que los objetivos de Niels y del Monster son los mismos?

—Deben serlo. Si supiéramos qué buscan, la mitad del trabajo estaría hecho. Me pregunto si serviría de algo intentar pactar con Bertha.

—¿Pactar?

—¿Por qué no? Todos queremos justicia por estos dos asesinatos. Si Bertha nos ayuda a capturar al responsable, merecería lo que sea que haya aquí: riqueza o tesoro.

—Si es que existe —intervino Conrad.

—Podríamos prometerle libertad de acción.

—Yolande jamás aceptaría negociar con esa gente —dijo Wallace—. Sería como izar la bandera blanca. Además, Bertha no dirá nada. Prefieren morir antes que revelar el secreto.

—Sí —murmuró Fouchard—. Pero la mujer podría hablar si meto a sus dos cómplices en prisión. Mientras espere lograr su objetivo, es intrépida. Podría condenar a Heinrich y Niels si pudiera atraparlos, pero son peces escurridizos.

—Pero deben vivir cerca.

—He intentado todo. En Arveyes también han buscado. Se han ocultado muy bien.

Al día siguiente, Fouchard hizo otro pequeño descubrimiento. Mientras paseaba por su rincón favorito del jardín, vio a un hombre merodeando afuera. Se ocultó tras un arbusto y observó cómo el desconocido trepaba el muro bajo y deslizaba una carta entre dos ladrillos sueltos de una columna que sostenía la terraza.

Dos minutos después, la carta estaba en su poder. Entró en la casa con el ceño aún más fruncido de lo habitual y se sirvió una bebida antes de revelar lo que lo inquietaba.

—¡Otra! —dijo él.

—¿Otra qué? —preguntó Conrad.

—¿Puede usted leer alemán?

—Bastante bien.

—Entonces eche un vistazo a esto.

Conrad tomó el sobre mal abierto y sacó una sola hoja de papel. Tradjo el contenido para ilustración de Wallace:

—Querida Bertha: esta noche me uno a Niels. Ven si puedes al lugar de costumbre—mañana a las siete en punto.

—Walther.

—¿Quién diablos...? —jadeó Conrad—. ¿Ha visto Bertha este mensaje?

—№ Pero lo va a ver. Lo volveré a poner donde lo encontré, y confiaré en nuestra pequeña Bertha para que nos conduzca a la madriguera.

—¡Uf! —dijo Wallace, secándose la frente—. Esto es una invasión. ¿Viste al hombre que trajo la nota?

—Sí. No habría podido ayudarnos. Era un campesino, y no hay duda de que la nota le fue entregada con instrucciones precisas y una recompensa. Si lo hubiera detenido, habría puesto a nuestros astutos amigos en estado de alerta. Debo conseguir un sobre nuevo y reponer este mensaje sin demora.

Se fue, y Conrad se quedó moviendo la cabeza, mientras Wallace mordisqueaba el extremo de un cigarrillo. La acumulación de fuerzas del otro bando dejaba perfectamente claro que no tenían la menor intención de abandonar su empresa.

—Niels, Heinrich, Bertha, ahora Walther —murmuró Wallace—. ¡Vaya colección!

—Y el Monstruo.

—Cinco grupos de cerebros astutos contra tres. Me pregunto qué hará Fouchard si logra cazarlos. Personalmente no creo que eso sirva de mucho. Todos mantendrán la boca cerrada, y estaremos exactamente donde estamos, sin siquiera la posibilidad de conocer sus motivos.

—Has oído lo que dijo. Encerrará a los hombres e intentará presionar a Bertha.

—¡Qué esperanza! Si Bertha pudiera hablar, lo habría hecho ya. Me temo que Fouchard está al final de sus recursos y es probable que lo estropee todo.

Fouchard hizo todos sus planes aquella noche. Con la esperanza de una redada, había incorporado a la policía local a su esquema. Bertha debía ser seguida desde el momento en que saliera de la casa, y todo el grupo arrestado en bloque.

—Por el momento, usted y yo estamos de vacaciones —dijo Conrad.

No parecía muy decepcionado, y Wallace no pudo evitar sentir que, en realidad, estaba aliviado de no tener que participar en el arresto de la mujer del caso. Yolande fue informada debidamente de lo que estaba por ocurrir.

—¿Cree que eso dará algún resultado? —preguntó a Wallace.

—Tengo mis dudas. Es evidente que Fouchard sigue herido en su orgullo. Está desesperado por echarle mano a Niels, que lo burló con tanta habilidad.

—Bertha es el mayor misterio —respondió ella pensativa—. No sé qué pensar de ella. Aunque tengo toda la razón para creer que conspira para robarme —algo—, he llegado a apreciarla. Es dulce, comprensiva y, en conjunto, la sirvienta más eficiente. Me pregunto cuál es su relación con esos hombres.

—Puede que esté en su poder, obligada a obedecerlos. Tendremos que esperar a ver qué trae el mañana.

Una amarga decepción aguardaba a Fouchard, pues a la noche siguiente Bertha no salió del château en absoluto. Fouchard regresó tras horas de espera impaciente, habiéndose perdido incluso la cena.

—Frustrado otra vez —dijo con rabia.

—¿No fue?

—No, la muy astuta. La carta era auténtica, pero debió de verme cuando la tomé. ¡Maldita sea la mujer!

—¿Y ahora qué? —preguntó Conrad con suavidad.

—No lo sé, ojalá lo supiera. Son huesos duros de roer. Tienen ojos, oídos y cerebro.

—En efecto —suspiró Yolande—. Uno siente todo el tiempo que está siendo observado. Daría casi todo lo que poseo por ver que se hiciera justicia y poder vivir en paz otra vez.

CAPÍTULO XIII. LOS CONSPIRADORES

En una pequeña granja, situada a unas veinticinco millas del château y bastante apartada de la carretera principal, dos hombres estaban sentados fumando en la penumbra del atardecer. Uno de ellos era Heinrich, y el otro se llamaba Walther. Heinrich aún llevaba un vendaje en la pierna donde la bala de Fouchard le había perforado la carne, y cuando se levantó para encender la lámpara colgante cojeó ligeramente. Walther era una personalidad imponente. Medía más de seis pies de altura y estaba extremadamente bien proporcionado. Su cabello era tan rubio como el de un sueco, y se destacaba por unos ojos azules, vivos y muy separados.

—Es un asunto extraño —murmuró—. Al principio no lo creí, pero, claro, me vi obligado a cambiar de opinión. ¿Cómo conseguiste entrar en este lugar?

—Datel pasa como alsaciano, pero es un viejo amigo de Niels. Está fuera en este momento. Ya es hora de que Niels regrese.

—¿A qué hora dijo Bertha?

—A las ocho. Son ya las ocho y media, y Niels debería tardar menos de media hora en hacer el trayecto.

—¡Treinta millas!

—El coche es maravilloso, y Niels lo conduce como un loco. Ese joven inglés daría fe de ello. Una vez intentó alcanzarlo.

—¿Qué tienen que ver esos dos ingleses con el asunto?

—Nada. Estaban alojados con Fallières cuando... cuando ocurrió.

—¡Horrible!

—Sí. Lo arruinó todo, porque atrajo a Fouchard. Pero los ingleses son un peligro igualmente. El joven está interesado en mademoiselle y es un cliente incómodo. Su amigo también debe tenerse en cuenta. Sin ellos, mademoiselle habría huido y nosotros tendríamos el lugar para nosotros.

—Es un juego peligroso.

—Sí, y cuanto antes logremos nuestro objetivo, mejor.

Miró de nuevo el reloj.

—Espero que no haya habido ningún contratiempo con Niels. Fouchard tiene todo vigilado.

—La última vez fue por muy poco. Si Bertha no hubiera visto a Fouchard tomando la carta... Buena idea de Niels dejarle ese señuelo.

Heinrich asintió, y de pronto se sobresaltó al oír el zumbido creciente de un motor.

—¡Niels!

—¡Bien!

Un minuto después Niels entró con Bertha. Ella saludó con la cabeza a Heinrich y estrechó con cordialidad la mano de Walther.

—¿Así que han llegado sin problemas? —preguntó.

—No sin dificultades en la frontera. ¿Por qué me necesitaban?

—Niels lo consideró lo mejor.

El diminuto Niels, claramente el mayor del grupo, frunció sus labios delgados y, tras ofrecer a Bertha una silla, se sentó él mismo. Su cuerpo pequeño y nervioso parecía rebosar energía, y sus ojos inquietos brillaban como iluminados desde dentro.

—Las cosas están complicadas —dijo—. No contábamos con las fuerzas que se oponen a nosotros. La muerte de Severin ha hecho todo aún más peligroso.

—Deberíamos haberlo evitado —dijo Bertha—. Es horrible.

—¿Cómo íbamos a evitarlo? —replicó con brusquedad—. Cuando por una vez estuvimos tan cerca del éxito, fuimos frustrados. Pero no puede haber más fallos. Tenemos que preparar el terreno con antelación.

—Sí —asintió Heinrich—. Supongo que no hay ninguna duda sobre esto. Deben recordar que hasta ahora ninguno de nosotros ha visto nada.

—Lo veremos —respondió Niels—. No tengan duda. La información de Steinbech no deja lugar a dudas. Y los mensajes... ¿quién podría haberlos enviado sino...? ¿Han oído un ruido?

—Una rata en las vigas —dijo Heinrich—. El lugar está infestado. ¿Cuál es el siguiente paso, Niels?

—Tenemos que deshacernos de los dos ingleses.

Bertha se sobresaltó. Miró fijamente a Niels y luego negó con la cabeza.

—No seré cómplice de derramamiento de sangre, Niels —dijo con firmeza—. Si no puede lograrse sin eso, yo me retiro.

—Ni se me pasó por la cabeza —gruñó Niels—. Pero quiero que desaparezcan del camino. Luego podremos ocuparnos de Fouchard.

—¡Pero mademoiselle Fallières! —exclamó Bertha—. Sin sus invitados ella...

—Exactamente. Mademoiselle empacará y abandonará el château. Eso es lo que busco.

—Te equivocas, Niels —dijo Bertha—. No la conoces bien. Tiene el valor de un león. Aunque esté llena de miedo, no huirá. Por su bien, preferiría que esos hombres se quedaran.

—Es imposible. Haré lo que he decidido, Bertha. Y debemos actuar todos en armonía. ¿Qué dices tú, Heinrich?

—Estoy de acuerdo. Los dos ingleses son un obstáculo. No podemos enfrentarnos a tres hombres decididos a la vez. ¿Cuál es tu plan?

—Implica cierto riesgo... para mí. Intentaré atraer al más joven mostrándome en el coche. Tiene un coche rápido y me perseguirá. Su amigo puede acompañarlo, en cuyo caso los atraparemos a los dos.

—Y una vez conseguido eso... ¿qué entonces?

—Haré imposible que interfieran durante unos días al menos.

—¿Pretendes mantenerlos prisioneros aquí? —preguntó Bertha.

—№ Sería demasiado arriesgado. Necesitaría a uno de nosotros vigilándolos. No podemos permitirlo. Pensaba en Rupert.

—¿Rupert?

—Está fondeado frente a Gervaise en este momento, y permanecerá allí hasta que reciba mi orden.

—Pero podrían regresar —dijo Walther.

—Solo con mucho retraso. Como alternativa, está la clínica de Frankenstein. Allí estarían tan seguros como en cualquier parte del mundo. Tú, Walther, podrías certificar su locura.

—No —jadeó Bertha—. Sería horrible. No tenemos nada contra esos hombres, salvo que estorban. El hospital de Frankenstein los volvería locos. Además, está al otro lado de la frontera, y no es tan sencillo como el plan de Rupert.

—Tienes un extraño interés por esos hombres, Bertha —dijo Niels, entrecerrando un ojo—. Como el más joven está medio enamorado de mademoiselle, supongo que es el mayor quien ha conquistado tu corazón impresionable.

—¡Niels!

—Te advierto que el amor aquí pasa a segundo plano. No dejes que el corazón se imponga a la cabeza.

Bertha enrojeció y lo fulminó con la mirada.

—Eres un demonio, Niels —dijo—. Me temo que te excederás y harás algo en un momento de pasión que lamentaremos. No acepto lo de Frankenstein. Rupert basta.

—De acuerdo —dijo Walther.

—Bien. Me conviene. Mañana llevaré el coche en dirección al château. El valle se ve desde la terraza. Si ese joven amante de la velocidad me ve —como espero— me dirigiré hacia Morgins. ¿Recuerdan las ruinas en la curva de la carretera de Rheims, Heinrich?

—Sí.

—Allí lo dejaré alcanzarme, cerca del gran roble. Tú y Walther esperarán allí. Si vienen los dos, será más difícil, pero seremos tres contra dos... y estaremos preparados.

Los demás asintieron, y Niels continuó con más detalles. Bertha era claramente la más agitada de los cuatro, pues veía romperse una pequeña historia de amor. Sin embargo, lo que estaba en juego era lo bastante importante como para justificar ese sacrificio. Asintió con su cabeza fina e inteligente.

—¿No hay nada que deba hacer? —preguntó.

—Todavía no. Pero vigila a Fouchard y avísame si ocurre algo. Mañana volveré a colocar el señuelo en la jaula de palomas del bosque. Envía un mensaje si es necesario.

—¿Y si quiero comunicarme contigo? El antiguo escondite ya no sirve.

—Dejaré una nota en la jaula de palomas. Quizá un código sea lo más seguro.

Pensó un momento.

—Usaremos el alfabeto al revés. Lo entenderás. Es rudimentario, pero suficiente.

—¿Y no usarán más fuerza de la necesaria, Niels?

—¿Por qué habría de hacerlo? —respondió con impaciencia—. ¿Alguna otra sugerencia?

—Todo parece claro y sencillo. Supongo que esos dos hombres irán armados —dijo Walther.

—Es posible.

—Hm...

—Te advierto que tengas cuidado —dijo Bertha, agitando el dedo—. Los dos son atléticos, y el más joven en particular es un luchador nato. Si cree que está luchando por la felicidad de mademoiselle Fallières, puede disparar a matar.

—Sin embargo, insistes en que debemos tratarlos con el mayor cuidado —replicó Niels—. Ellos pueden disparar a matar, mientras que nosotros debemos manejarlos como si fueran palomas recién nacidas. Su ceño se frunció—. ¿Acaso no estamos luchando nosotros también por algo... algo tan querido para nosotros como cualquier otra cosa...?

—No discutamos —suplicó Heinrich—. Walther aquí vale por dos hombres si llega a una pelea. Pensaba, Niels: supongamos que ese joven te alcanza antes de llegar a la emboscada... ¿qué entonces?

—Entonces merecería todo lo que le ocurra. Confía en mí. Conozco su coche y conozco el mío. El mío es diez millas por hora más rápido, y la carretera que tomaré es bastante recta. Un pinchazo podría complicarlo todo, pero pondré neumáticos nuevos. Como Bertha tiene objeciones a las llaves inglesas como agentes de inconsciencia, tendremos que hacer que Walther use uno de sus anestésicos violentos.

—Parece que aquí soy necesario —suspiró Walther.

—Serás necesario más tarde —dijo Niels, con una mirada sombría en su extraño rostro.

—Eso me imagino. Bueno, Bertha, ánimo. Esta vez no vamos a fallar. En dos semanas, como mucho, deberíamos estar de vuelta en Alemania.

—Sí, pero incluso entonces...

—No pienses en eso —dijo Niels, con voz más suave—. Enfrentemos los problemas cuando lleguen. Pase lo que pase, guarda silencio. Una sola palabra, la más mínima insinuación de lo que queremos, lo arruinaría todo. Una vez conocida la verdad, el final es inevitable. Debes comprenderlo.

—Sí, lo comprendo. Pero me da pena esa pobre chica, que ha perdido tanto. Sospecha de mí, pero a veces actúa como si confiara en mí. Si pudiera decírselo...

—¡Locura! —silbó Niels—. Destierra esa idea de tu mente para siempre.

—Ya lo he hecho. No me interrogues. Pareces olvidar que fui yo quien primero os puso sobre la pista, Niels.

—Es cierto. Pero lo que más temo cada día es que todo pueda arruinarse por una muestra de sentimentalismo. No podemos permitirnos ser sentimentales. Es una lucha cruel, y tenemos que llevarla hasta el final. Bien, creo que hemos discutido todo. Debes regresar al château.

Bertha asintió, pero parecía temblar. El apuesto Heinrich se levantó y cojeó hacia ella. Le tomó las manos y la miró con afecto.

—Tenga valor, baronesa —dijo—. Está desempeñando un papel difícil, y nunca lo olvidaremos.

CAPÍTULO XIV. UNA NOCHE DE HORROR

Wallace, recién salido de su baño matutino y rebosante de salud, encontró a Yolande sentada en la terraza, hojeando un montón de periódicos que acababan de llegar. En la portada del que estaba encima vio un enorme titular: «Increíbles sucesos en el Château Grammont».

—Estás levantada temprano —le dijo a Yolande.

—Sí. No podía dormir. ¡Mira todo esto! El château por fin se ha hecho famoso.

—Te ruego que no los leas —suplicó él.

—No tengo intención de hacerlo. Teorías... teorías... y todas basadas en rumores, porque no he dado una sola entrevista a ningún periodista.

—Creo que haces bien. ¿Has visto a Conrad esta mañana?

—Creo que encuentra cierto atractivo en el jardín. Bertha está cortando flores.

—Así que tú también te has dado cuenta de eso.

—¿Cómo no darse cuenta... cuando un hombre está enamorado?

—Yo creía que era completamente inmune. Claro que no lo admite; lo llama interés psicológico. Pero está mal... todo está mal.

—¿Una especie de traición, crees?

—Bueno... no es agradable.

—No le culpo. Bertha es una contradicción viviente, y Conrad solo es humano. Hay tanto de lúgubre y espantoso en este château que deberíamos dar la bienvenida a la invasión de Cupido, sea cual sea la forma en que decida aparecer. Nunca he visto a Bertha hacer una sola cosa cruel, y eso me lleva a pensar que es una pieza que no puede evitar lo que hace. No es el tipo corriente de doncella. Eso se ve fácilmente.

—Es extraordinaria, lo admito.

—Y hermosa.

—Bueno... sí.

—¿Por qué dudas? Quizá no te interesen las rubias. Dicen que un hombre claro no aprecia mucho a una rubia.

—Puede haber algo de eso —dijo él, mirando sus ojos oscuros—. Pero no es por eso. No puedo olvidar que Bertha está metida en este misterio. ¿Cómo podríamos exonerarla sin saber qué papel desempeña realmente? Sea inocente o no, es responsable de parte del sufrimiento que tú has soportado. No puedes esperar que la ame, en esas circunstancias.

—No quiero que la ames —replicó ella con una sonrisa—. Pero en este enigma desconcertante no debemos sacar conclusiones apresuradas. Desde que Bertha ha sido mi doncella he tenido ocasión de apreciar su simpatía y su bondad de corazón. Además, anoche volvió a pedirme que abandonara el château.

—¿Y tú te negaste?

—Por supuesto.

—Pero hay peligro real, Yolande; lo sabes.

—¿Quién puede saberlo mejor que yo?

—Entonces... ¿es sensato?

—¡Ahora intentas tentarme! No soporto eso. No es simple bravuconería lo que me mantiene aquí. Es el recuerdo de mi padre, que soportó tanto... y aun así se quedó. He asumido ese legado, para bien o para mal. Pensarías menos de mí si huyera ante las sombras amenazantes que acechan en estos muros, y yo me despreciaría el resto de mis días.

Alzó la cabeza con orgullo, pero Wallace vio en sus ojos el espíritu sombrío del miedo, y comprendió cuánta fuerza hacía falta para resistir lo que debía de ser una tentación constante. Lo que le aterraba era el

día que se acercaba rápidamente en que su estancia terminaría y Yolande tendría que quedarse sola frente al peligro invisible.

—¿Por qué no invitar a algunos amigos para el verano? —sugirió—. Llenar el château de gente y...

—No vendrían... otra vez.

—No entiendo.

—El año pasado tuvimos una gran reunión. Una noche ocurrió una escena terrible... nunca la olvidaré. Nuestros invitados salieron de sus habitaciones y se reunieron en los salones. La mayoría había oído ruidos espantosos: pasos corriendo, gruñidos. Dos juraron haber visto una forma gigantesca en el rellano.

—¡El Monstruo!

—Debió de ser él. Al día siguiente casi todos se marcharon, poniendo todo tipo de excusas. Muy pronto no quedó ninguno. Fue humillante.

Conrad regresó paseando, intentando parecer completamente inocente. Les dio los buenos días y luego hojeó el montón de periódicos: «El Monstruo acecha el famoso château»; «El desconcertante misterio del Château Grammont»; «Los asesinatos fantasma».

—No te recrees en ellos —suplicó Wallace.

—He estado pensando —murmuró Conrad—. Supongo que hay un Monstruo aquí. Es posible que nos hayan engañado.

—¿Engañado?

—Ciertas personas quieren la posesión del château por algún motivo desconocido. No sería difícil que una de ellas interpretara el papel de una criatura enorme y enloquecida, con el fin de que el lugar acabara siendo abandonado.

—¿Te refieres a Niels o Heinrich?

—¿Por qué no? Se puede hacer mucho con tacones acolchados, una capa voluminosa y algunos accesorios.

—¡Pero lo hemos visto!

—Con poca luz. Un artista del maquillaje puede hacer cosas extraordinarias.

—¿Y los asesinatos...?

—Ahí está el punto. Eso les da un motivo que en cualquier otra teoría falta. Los asesinatos podrían haberse cometido para evitar la identificación. Recuerda que en cada ocasión el rostro estaba oculto por la capucha.

—No —dijo Wallace—. Suena demasiado improbable. Pero, si fuera cierto, no cambiaría mucho los hechos.

—Eliminaría al Monstruo como entidad y nos dejaría solo a Niels y compañía.

—Y a Bertha —replicó Wallace con firmeza.

—Sí... y a Bertha —admitió Conrad lentamente—. Pero nunca creeré que ella tolerara un asesinato. ¿Tiene ese aspecto de mujer?

—Las apariencias no significan nada. ¿Has olvidado que fue Bertha quien dejó entrar a Niels y Heinrich en el château cuando creyó que no había peligro? ¿Es eso propio de una persona inocente?

—Podría ser el acto de alguien obligado a servir a otros. No lo sé, pero cuanto más veo a Bertha, más convencido estoy de que no tuvo nada que ver con esas tragedias terribles.

Esa noche, en la cena, Conrad mencionó su teoría a Fouchard, que había estado ausente la mayor parte del día. Fouchard apretó los labios y pareció reacio a opinar. El célebre sabueso estaba acercándose a un estado de desesperación, pues había pasado horas en las bóvedas con la lista de cifras crípticas sin descubrir nada relevante. Comía con furia... casi con brutalidad.

—Es una broma en París —admitió al fin.

—¿Una broma?

—En la jefatura, quiero decir. Esos malditos periodistas se han centrado en el Monstruo y han ignorado todo lo demás. Saben lo que vende. ¿Han leído esos artículos?

—№

—¡Zut! Han ido más allá de un Monstruo. Lo han convertido en el demonio encarnado... algo con cuernos y pezuñas hendidas, respirando azufre. ¡Tiens! Tendré que hacer una detención.

—¿Eh?

—No tengo nada sólido aquí... nada. Tengo pruebas suficientes para condenar a la mujer por complicidad, y, por Dios, lo haré.

—No lo hará —dijo Yolande con calma.

—¿Y por qué no?

—Porque, monsieur, tiene inteligencia y sabe que el Monstruo no es una figura imaginaria ni un disfraz de los otros. Es tan real como usted o como yo, y es el eje sobre el que giran estos sucesos extraños y terribles.

—Así es —gruñó él—. Pero no me dejan en paz. Tengo un rival: Cochet, que opina sobre asuntos que no le conciernen. Ha llegado a la misma conclusión que Monsieur Conrad, y por eso me toman por un idiota engañado por una doncella disfrazada.

El orgullo personal de Fouchard era su punto débil, y evidentemente su rival profesional estaba jugando con él. Hicieron falta dos licores para devolverle la calma, tras lo cual volvió a mostrarse bastante afable.

—Creo que mademoiselle debería tomarse unas pequeñas vacaciones —dijo—. No muy largas. Una semana en Aix o en París.

—Buena idea —dijo Wallace de inmediato.

—Verá usted...

De pronto las luces se apagaron y el lugar quedó sumido en la oscuridad. Yolande soltó un pequeño grito, y Wallace, que estaba cerca de ella, le tomó la mano, que ella aceptó sin dudar.

—Parece que se ha ido la corriente —dijo Conrad—. También ha fallado la luz del exterior.

—Voy a llamar a Watkins —dijo Yolande—. Señor Wallace, el timbre está junto a la chimenea. ¿Quiere tocarlo, por favor?

Wallace se movió hacia donde creía que estaba la chimenea. Avanzando a tientas, acabó encontrando la pared y después el pulsador del timbre. En respuesta al llamado apareció una doncella con una vela en la mano.

—Marie, se ha ido la luz. Ve al garaje y dile a Watkins que venga aquí. Mientras tanto, trae algunas velas.

Mientras esperaban la iluminación, ocurrió algo extraño. Se oyó un ruido procedente de la ventana y una ráfaga de aire frío entró en la habitación. La mano de Yolande se cerró sobre la de Wallace... con fuerza. Entonces alguien tosió: una tos profunda, áspera, como la de una oveja. Estaba muy cerca de Wallace, y él supuso que Conrad o Fouchard se estaban moviendo.

—¿Has estado durmiendo en un campo, Connie? —preguntó en tono burlón.

—Ha sido Fouchard —dijo la voz de Conrad desde atrás.

—¡Tiens! Yo no he tosido. ¿Qué...?

—¡Ralph!

El grito salió de los labios de Yolande: una exclamación de terror absoluto que hizo que Wallace se estremeciera en su silla. Rodeó a Yolande con los brazos y la atrajo hacia sí. Su boca quedó cerca de su oído.

—Algo aquí —susurró—. Lo... lo he tocado.

Wallace no tenía cerillas, pero llevaba un encendedor de gasolina muy fiable. Metiendo la mano en el bolsillo, lo encontró y giró la rueda. La chispa encendió la mecha, y al mismo tiempo se oyeron gritos de Fouchard y Yolande, pues, de pie muy cerca de la chimenea, estaba la figura encapuchada del Monstruo. Un movimiento involuntario de la

mano de Yolande hizo que la pequeña antorcha cayera al suelo y se apagara.

—¡La ventana! —gritó Fouchard—. ¡Vigila esa puerta, Wallace!

Pero Wallace, con Yolande entre sus brazos, reaccionó con lentitud. Oyó un arrastrar de pasos y el ruido de una silla al caer. Luego la voz de Fouchard pidió ayuda.

—¿Dónde estás?

—Aquí. Lo tengo. ¡Ayuda, rápido!

—Voy.

Avanzó a ciegas en dirección al grito. Pero en ese momento la puerta se abrió y apareció una doncella con dos candeleros. De pronto lanzó un chillido agudo, y algo grande e indistinto golpeó los candeleros de sus manos y la hizo caer. Wallace la ayudó a levantarse y recuperó uno de los candeleros, con la vela aún encendida. Lo sostuvo en alto y vio a Fouchard en el suelo, aferrado desesperadamente a una figura que se debatía.

—¡Conrad! —jadeó—. ¡Fouchard, qué estáis haciendo!

Fouchard había visto el rostro familiar y enrojeció de humillación.

—¿Por qué no me dijo que era usted, monsieur? —preguntó.

—¿Decírselo... con sus manos en mi garganta? ¿Lo viste, Ralph?

—Sí, pero se fue por la puerta mientras vosotros os estabais estrangulando. ¡Hala, eso está mejor!

La luz volvió a encenderse y cuatro pares de ojos se miraron con desconcierto. Fouchard recuperó primero el control de sí mismo. Sacó una pistola del bolsillo y se dirigió hacia la puerta.

—No está lejos —gruñó—. Debió entrar por la ventana... pero ¿por qué?

Yolande se estremeció cuando una risa demoníaca llegó desde la zona del comedor de los sirvientes. Fouchard salió corriendo.

—Ten cuidado —advirtió Conrad.

—Voy a intervenir —dijo Wallace.

—Connie, quédate con mademoiselle.

Pero Wallace ya había salido corriendo tras Fouchard por el pasillo. Al final encontró a dos sirvientes asustados, aferrados el uno al otro. Luego maldijo en voz alta cuando las luces se apagaron otra vez. Sin conocer esa parte de la casa, apenas sabía hacia dónde ir.

—¡Fouchard! —gritó.

No hubo respuesta, y avanzó a tientas hasta encontrar una puerta cerrada. Giró el picaporte, pero estaba atrancada desde dentro. Al otro lado se oía un susurro bajo.

—¡Abra!

—¿Qui va là?

—Monsieur Wallace.

La puerta se abrió, y se encontró en el umbral de la enorme cocina, iluminada por varias velas. El cocinero sujetaba un rodillo de amasar, y su ayudante estaba armado con una plancha.

—¡Hélas, monsieur! Hemos visto al diablo.

—¿Dónde?

—Aquí. ¡Oh, mon Dieu! Era terrible.

Tomando una de las velas, volvió por el pasillo. De nuevo llamó a Fouchard, pero aquel parecía haber desaparecido por completo. Tras deambular un rato más, regresó a la habitación donde había dejado a Yolande y Conrad.

—No encuentro a Fouchard —dijo—. ¿Ha vuelto?

—№

—¡Inquietante! Los sirvientes están aterrorizados. ¡Ya ha vuelto la luz!

Dos minutos después entró Watkins, sucio y muy alterado.

—Perdón, mademoiselle —dijo—. Venía cruzando cuando el fusible volvió a fallar. No lo entiendo en absoluto. Quien haya cableado este château tenía ideas muy extrañas. Tendré que revisar toda la instalación mañana.

—Debería traer linternas eléctricas a la casa por si vuelve a ocurrir. Compre un nuevo suministro mañana.

Watkins se fue sacudiendo la cabeza. No tanto por miedo como por preocupación: estaba orgulloso de su trabajo.

—Debo ir a buscar a Fouchard —dijo Wallace—. Debe de haber ido a la bodega.

Se disponía a salir cuando Fouchard regresó. Tenía cal en la chaqueta y suciedad en el rostro, pero lo que llamó su atención fue una gran navaja oxidada que llevaba en la mano izquierda.

—¿Lo vio? —preguntó Yolande.

—No... pero lo sentí. Me atacó con esto, pero falló. Yo habría podido atraparlo si no fuera porque mi pistola se encasquilló en el peor momento. En fin, algo he conseguido.

—¿La navaja?

—No solo eso. He marcado al asesino para toda la vida. Cuando lo encontremos tendrá entre ocho y doce marcas de dientes en una de sus muñecas... no sé cuál. Eso le hizo soltar su arma.

—¿No vio hacia dónde fue?

—№ Me golpeó con la fuerza de un ariete y me dejó fuera de combate medio minuto. No me extrañaría que tenga una costilla rota. Pero esto demuestra sin duda que hay un Monstruo y que es humano. Tenía un sabor muy humano para mí.

Fouchard abrió la navaja y mostró una hoja mellada. Yolande se estremeció, y Wallace le pidió que guardara aquel objeto horrible, pues le recordaba cosas que era mejor olvidar. Para Fouchard, sin embargo, era un trofeo invaluable. Por fin tenía algo que informar a la jefatura.

CAPÍTULO XV. EL GOLPE

El maravilloso hechizo del buen tiempo daba señales de romperse. Visto desde la terraza del château, el paisaje presentaba un aspecto sombrío, hundido bajo la sombra de un cielo encapotado. Parecía el desenlace natural de la noche de terror que había pasado.

—Se está formando tormenta —dijo Conrad.

—Parece que sí. Apenas hay una brizna de viento.

—¿Te das cuenta de que nuestras vacaciones casi han terminado?

—Sí... y peor suerte.

—¿No quieres volver?

—Estoy pensando en Yolande... en lo que ocurrió anoche. Dejarla aquí en estas circunstancias sería... espantoso.

—Fouchard se quedará.

—¿Y si se va? Ha insinuado la posibilidad de que lo llamen de vuelta a París. En cualquier caso, no se quedará indefinidamente... y el Monstruo podría quedarse.

—Fouchard quizá resuelva el asunto antes de marcharse.

—Ojalá pudiera creerlo.

Cuando Yolande se unió a ellos mostraba signos del trance por el que había pasado, y les informó de que más sirvientes se estaban marchando, mientras que aún no había logrado contratar a otros para sustituir a la última remesa que había huido.

—Las agencias escriben diciendo que ningún sirviente acepta venir aquí. Los periódicos están demasiado llenos de las tragedias ocurridas. Me quedo con un cocinero, dos doncellas y Bertha, sin contar a Watkins y a un jardinero que no vive aquí. Pronto tendré que cocinar yo misma —añadió, con una sonrisa débil.

Wallace miraba hacia el camino que serpenteaba por el valle. Un coche venía bajando por él, y recordó que era el primer automóvil que había visto jamás en esa carretera.

—¿A dónde conduce? —preguntó a Yolande.

—Se une a la carretera principal más allá del château. Casi no se usa, salvo por los carros de los campesinos y los leñadores.

—Ese coche se está moviendo —dijo Conrad cuando el vehículo se acercó.

Wallace no respondió, pero tenía la vista fija en el automóvil. Le parecía familiar... extrañamente familiar. Cuando estuvo casi justo bajo el château, lanzó un grito de asombro.

—¿Qué...?

—¡Es Niels! —jadeó—. Lo juro. Es el coche que seguí aquella noche... Aquí hay una oportunidad. Esta vez lo atrapo. ¿Dónde está Fouchard?

—Ha salido a pasear. ¡Espera, voy contigo!

Se disculpó con Yolande y, agarrando su sombrero, salió corriendo tras Wallace. Antes de llegar al garaje, Wallace ya había sacado el coche. Conrad se lanzó por la puerta abierta y se sentó.

—¡Aguanta!

Dos cambios rápidos de marcha y el Bentley bajaba la entrada a toda velocidad, con Watkins mirando tras él y rascándose la cabeza. Una vez fuera de la verja, Wallace metió la velocidad superior. El coche, obediente, tomó la curva y salió a la carretera principal.

—¡Ahí va! —gritó Conrad, señalando una nube de polvo delante.

—Aguanta firme y no respiremos demasiado. Ayer le hice una puesta a punto.

El acelerador bajó más y más, y el crujido del escape subió de tono. Setos y campos pasaban como un borrón. Para Conrad todo era confuso: la carretera blanca parecía venir hacia ellos mientras el coche

apenas se movía, salvo por un leve balanceo lateral. La nube de polvo se hizo más clara. Pronto se distinguió la parte trasera del otro automóvil.

—Estamos ganando —dijo Wallace—, y aún no he calentado del todo. Creo que hoy será un mal día para Niels. Mira al pequeño... nos está sonriendo.

—Mientras se limite a sonreír, me da igual.

—No podrá hacerlo si aumenta mucho el ritmo. Carretera mala aquí. Más adelante hay unos diez kilómetros completamente rectos. Apenas vamos a setenta.

—¿Eso es todo? ¡Cuidado! Por Dios, ha estado cerca.

Wallace había tomado la curva cerrada a gran velocidad. El coche derrapó de forma escalofriante, pero el dominio del conductor evitó el desastre.

—Hemos ganado doscientos metros con eso.

—No lo conviertas en costumbre.

Entraron en el tramo recto. Wallace suspiró al ver desaparecer los álamos a lo lejos y dejó que el coche se estirara. La aguja del velocímetro giraba con rapidez, y el crujido del escape se convirtió en un rugido continuo. Para Wallace era puro placer, pero Conrad lo vivía de otra forma. No estaba acostumbrado a ir aplastado contra el asiento ni a sentir los pulmones forzados por el aire. Le costaba respirar, y solo veía la cola del coche fugitivo cada vez más cerca.

—¿Qué vas a hacer... pasarlo? —preguntó Conrad.

—Sacarlo de la carretera si no reduce.

Pero cuando ambos coches estaban a unos cien metros, Wallace vio que la distancia volvía a aumentar. Era increíble, pues el velocímetro marcaba cerca de noventa.

—Yo... —jadeó.

—¡Hay un paso a nivel delante! —gritó Conrad de pronto—. ¡Y un hombre está haciendo señales! La barrera está bajando.

Niels no dudó ni un segundo. Wallace vio cómo el coche delantero pasaba bajo la barra descendente. Rebotó violentamente sobre el terreno irregular, pero recuperó el control y siguió a toda velocidad.

—¡Maldición! —gruñó Wallace, frenando con fuerza. Conrad estuvo a punto de salir despedido cuando el Bentley redujo de golpe y se detuvo a dos metros de la barrera.

—¡Sacré! —gritó el guardabarreras—. ¿Por qué...?

Wallace hizo lo más sensato. Se disculpó en su mejor francés y, viendo que aún no venía ningún tren, agitó un billete de cien francos ante el rostro del hombre furioso. Fue el "Ábrete Sésamo", y medio minuto después el Bentley cruzaba las vías y volvía a lanzarse tras el coche ya casi invisible.

—Ahora es todo o nada —dijo Wallace—. Demonios, el Bentley debería superar a ese cacharro, sea lo que sea.

—No estoy tan seguro. Pero, por Dios, no frenes así otra vez sin avisar. Casi me pierdes.

—Perdón. Ya está entrando en temperatura. Estamos ganando otra vez.

—Muy poco.

La carretera recta se extendía como una hoja de cuchillo, entre colinas y valles hacia la distancia brumosa. El aire estaba cargado de un olor nauseabundo.

—Aceite de ricino —dijo Wallace.

Un relámpago cegador cayó de pronto, seguido de un trueno que estalló con violencia. La tormenta anunciada había estallado. Apenas se extinguían las últimas vibraciones cuando una lluvia densa comenzó a azotar el paisaje. Conrad intentó subir la capota, pero la velocidad lo hacía imposible.

—No podemos parar —gritó Wallace—. Agacha la cabeza o te despellejará.

No era exageración. Conrad se encogió, mientras Wallace acercaba el rostro al parabrisas para protegerse. El otro coche se perdió un momento en el diluvio, pero reapareció... mucho más cerca.

—Está acabado. Lo empujo al foso. ¡Cuidado!

Las maniobras fueron desgarradoras. El Bentley fue alcanzando lentamente al coche misterioso. Pronto solo unos metros los separaban. Entre lluvia y agua levantada por las ruedas, los neumáticos giraban furiosamente. Wallace se abrió para colocarse a su altura cuando Conrad lanzó un grito salvaje, pues desde su posición veía mejor la carretera. Wallace corrigió bruscamente y un coche grande que venía en sentido contrario pasó a centímetros de su rueda trasera. El fugitivo aprovechó y volvió a abrir distancia.

—¡Mala suerte! ¡Ojos abiertos, Connie!

—¡Esto es el infierno! —protestó Conrad.

—Es la oportunidad de nuestra vida, y no podemos perderla. Lo alcanzaré otra vez. En el barro no es tan bueno.

El Bentley volvió a subir, metro a metro. Wallace vislumbró el rostro de Niels: duro, tenso, empapado como ellos. Estaba a punto de alcanzarlo de nuevo cuando otro coche apareció de frente. El conductor los miró con furia.

—El diablo está con él —gruñó Wallace—. Me preocupa quedarme sin gasolina. No llevaba mucha al salir. ¡Maldita lluvia!

Serio y tiritando de frío, Conrad miraba por la parte baja del parabrisas. Empezaba a comprender que los fuegos de la juventud se estaban apagando. Wallace era quien vivía las emociones; él habría preferido el combate cuerpo a cuerpo. Había distintas clases de valentía.

—Ahora —dijo Wallace—. Aquí deberíamos alcanzarlo.

Volvió a encarar el centro de la carretera. El capó del Bentley rebasó las ruedas traseras del otro coche. Iban literalmente lado a lado en una carretera sin margen. La cabeza de Niels se inclinó ligeramente hacia Wallace.

—¡Detente, o te saco de la carretera!

Niels pareció reducir un poco la velocidad, pero no se detuvo de inmediato. Debido a la posición opuesta de los volantes en ambos coches, la cabeza de Wallace quedó a menos de un metro de Niels. Le gritó con todas sus fuerzas:

—¡Si no te detienes, te hago pedazos!

Niels lanzó una rápida mirada al talud de tres metros a su derecha y comenzó a frenar. En la curva, cerca de una granja en ruinas, Wallace cruzó el Bentley delante del otro coche y obligó a Niels a completar la frenada de golpe.

—¡Rápido, Connie!

Ambos saltaron del coche y se lanzaron hacia Niels. Wallace estaba preparado para una resistencia violenta, quizá incluso con armas de fuego, pero Niels simplemente adelantó su pequeña cabeza despeinada y los miró con furia.

—¿Están locos? —espetó.

—No del todo. Te vienes con nosotros, y cuanto menos tengas que decir, mejor.

—¿Qué quieren de mí?

—Lo sabrás después. ¡Sal de ese coche!

—Está jugando un juego peligroso, monsieur.

—¡Sal!

Niels sacudió el agua de su gorra y bajó a la carretera. En ese momento, dos figuras salieron del abrigo de un gran árbol al otro lado del camino. Uno era Walther y el otro Heinrich, y ambos llevaban pistolas.

—¡Manos arriba!

Wallace se giró y vio a Walther apuntándole con la pistola a la cabeza, mientras Heinrich cubría a Conrad.

—¡Traicionados! —dijo Wallace con amargura.

Los acontecimientos se precipitaron después de eso. Niels sacó una pistola y apoyó el cañón en la espalda de Wallace, mientras Walther sacaba de su bolsillo una almohadilla. En un instante se la colocó sobre la nariz de Wallace. El efecto fue inmediato, y pocos segundos después Conrad fue tratado de la misma forma.

—¡Métanlos en el coche, rápido! —ordenó Niels.

Así se hizo, y se colocó la capota sobre los inconscientes, tras lo cual fueron registrados y desarmados.

—¿Qué hacemos con el otro coche? —preguntó Heinrich.

—Mejor llévalo al taller de Roche. Diles que lo guarden por ahora.

—No puedo conducirlo.

—Entonces que lo lleve Walther. Sí, es mejor así; Walther es un completo desconocido. Nos quedaremos aquí esperándote, Walther. ¿Cuánto tardará en pasar el efecto de eso?

—Media hora. Nos dará tiempo de atarlos.

—Bien.

Walther subió al Bentley, examinó los mandos y luego arrancó por el camino lleno de barro.

—Todo según el plan —dijo Niels, frotándose las manos—. Pronto los tendremos en manos de Rupert.

CAPÍTULO XVI. EL CAUTIVERIO

Wallace abrió los ojos y contempló con asombro dos pares de piernas atadas a su alrededor. Tardó un minuto completo en comprender que el par más cercano era el suyo propio, y que sus manos estaban igualmente atadas a la espalda. Frente a él estaban las de Conrad, cuyo rostro distinguía como una mancha blanquecina en la penumbra. Había otro par de piernas mezcladas con aquel amasijo de extremidades humanas y, siguiendo estas hacia arriba con la mirada, vio que sostenían un cuerpo grande y musculoso, sobre el cual se alzaba un rostro que ya había visto antes.

Su cabeza latía con tal dolor que le costaba ordenar los acontecimientos inmediatos del pasado. Conrad recobró la conciencia mientras él hacía este esfuerzo y se quedó parpadeando como un búho desconcertado... Las cosas se aclararon poco a poco. Reconoció al otro ocupante del coche como el hombre que lo había drogado: Walther, sin duda alguna.

Desde la parte delantera del vehículo llegaban voces bajas. Reconoció de inmediato la de Niels, y la otra, supuso, pertenecía a Heinrich. Sí, todo estaba claro ahora. Había metido el cuello en el lazo que el astuto Niels le había tendido. Y allí estaban, avanzando a toda velocidad por una carretera bajo una lluvia torrencial... ¿hacia dónde?

—¡Connie!

—¡Hola! ¿Dónde demonios estamos?

—Ni idea.

Walther les sonrió desde arriba y movió sus enormes piernas para darles algo más de espacio, que era muy necesario, pues la parte trasera del coche no estaba diseñada para llevar a tres personas.

—¿Adónde nos llevan? —preguntó Wallace.

—De excursión. El aire del château Grammont tiende a resultar algo enervante.

Wallace se mordió el labio, humillado. Se culpaba por completo a sí mismo y sentía una honda pena por Conrad, a quien había arrastrado a aquella situación. Las ataduras de sus piernas estaban firmemente ajustadas y le producían un dolor creciente.

—¿Es necesario dejarnos atados como pollos? —preguntó.

—Depende de ustedes.

—¿Qué quiere decir?

—Les soltaré las piernas si me dan su palabra de honor de no causar problemas.

—¿Cómo podríamos hacerlo, con las manos atadas a la espalda?

—Bueno, me arriesgaré. Pero si intentan algo, me veré obligado a volver a dormirlos.

Sacó un cuchillo y les liberó las piernas, tras asegurarse de que las demás ligaduras seguían firmes. Los dos prisioneros estiraron como pudieron sus miembros entumecidos. Mientras tanto, el potente motor impulsaba el vehículo a gran velocidad. Wallace, con su interés mecánico despertado, inclinó la cabeza y escuchó un sonido agudo y continuo.

—Sobrealimentador —dijo—. Apostaría a que está a treinta mil revoluciones.

—No me importa si está a un millón —gruñó Conrad—. Qué final más bonito.

Niels, al oír la conversación, se asomó por la separación y frunció el ceño con furia.

—¿Está loco, Walther?

—No hacen daño —respondió Walther—. Yo respondo por ellos.

—Escuchen —dijo Wallace—. ¿Qué juego es este? Es una maniobra bastante arriesgada.

—No tanto como quedarse en el château Grammont. Deberían estar agradecidos.

—¿Quieren apartarnos del camino, eh?

—¡Magnífica capacidad de deducción! —rió Walther—. En ese sentido, creo que vamos bastante bien encaminados hacia el éxito.

Parecía cierto: el coche avanzaba a una velocidad vertiginosa. Wallace intentó orientarse por el sol, pero este estaba oculto por nubes de lluvia.

—Podrían al menos decirnos el destino —dijo—. No cambia nada. Admito que han ganado algunas ventajas.

—Nos dirigimos hacia el mar —dijo Walther.

—¿La costa?

—Siguiendo su propio razonamiento deductivo, concluirá que les espera un pequeño viaje marítimo. Está en lo cierto.

—¡Qué gracioso! —dijo Wallace—. Muy gracioso.

Conrad esbozó una sonrisa débil.

—Supongo que usted es Walther —preguntó.

—Bien informado está usted.

—Encantado.

—El placer es mío. ¿Qué le parece el coche?

—No está mal, pero hace un poco de ruido al cambiar de marcha —dijo Wallace.

—Lo revisaremos —respondió Walther con calma—. Admitirán que era difícil de alcanzar, ¿no?

—Es un trabajo falso.

—Así es. Un poco "tuneado" para la ocasión. Mi primo lo construyó él mismo, con ayuda externa.

—¿Su primo? ¿Entonces "cara de mono" es su primo?

Niels lo oyó. Se asomó con expresión homicida.

—Está bien, Niels —dijo Walther alegremente—. Es asombroso lo que dicen los niños. Mira adelante o nos vas a sacar de la carretera.

—Vigila a esos dos —gruñó Niels—. No son de fiar.

—Ya ve —dijo Walther—. Mi pariente más experimentado duda de su integridad.

Los prisioneros, entre bromas forzadas, guardaron silencio. Durante mucho tiempo solo se oyeron el ruido del sobrealimentador y el de los neumáticos sobre la carretera mojada. Hora tras hora mantuvieron la velocidad, evitando las grandes ciudades. Wallace alcanzó a ver a lo lejos una estructura imponente: una masa de hierro que reconoció de inmediato.

—¡La Torre Eiffel! —exclamó.

—Estamos bordeando París —informó Walther—. Piense en los cafés, los bulevares, el Folies-Bergère. Mucho mejor habría sido pasar sus vacaciones allí en vez de en el château Grammont.

—Aún no hemos terminado con el château Grammont —dijo Wallace—. La situación puede invertirse, amigo mío.

—Es posible. Creo en la ley del equilibrio. Pero el tiempo es decisivo. Me temo que se perderán su té. Niels no se detiene por nada cuando está en marcha.

La gran torre se desvaneció a lo lejos y, poco después, la lluvia cesó. Pero los caminos estaban anegados y el coche levantaba fuentes de barro en su carrera hacia la costa. Wallace quedó sumido en sus pensamientos. Pensó en Yolande en el château. Se preguntaría qué había sido de ellos, y la duda se convertiría en miedo al caer la noche. Pensó en la criatura que rondaba entre aquellos muros antiguos... la navaja...

—¿Qué hay de mi coche? —preguntó de pronto—. ¿Piensan robarlo?

—Lo dudo. A Niels le conviene más el suyo.

—¿Qué han hecho con él?

—Lo sabrá más adelante. ¿Por qué no intenta dormir?

—¿Dormir?

Poco después Wallace escuchó la palabra alemana para gasolina. Nació una esperanza. Si Niels tenía que detenerse a repostar, quizá habría oportunidad de pedir ayuda en una gasolinera. Las ataduras serían prueba de secuestro, y los franceses no sentían gran simpatía por sus antiguos enemigos. Pero se equivocaba: el coche se detuvo en un camino desierto y Heinrich llenó el depósito desde un gran recipiente fijado al estribo.

El coche volvió a ponerse en marcha en la creciente oscuridad. La noche no afectaba a la velocidad, pues potentes faros iluminaban la carretera a gran distancia. Finalmente, el aire cargado de sal anunció la cercanía del mar. Avanzaron varios kilómetros por terreno llano, con dunas a ambos lados, hasta detenerse junto a la playa, donde las olas rompían cerca.

—¡Hemos llegado! —dijo Walther—. Una hora antes de lo previsto.

Niels y Heinrich bajaron del coche y dirigieron una linterna hacia el mar. De inmediato se respondió desde la distancia, y los hombres aguardaron en silencio. Wallace escuchó el crujir de remos y el varar de una embarcación.

—¡Sácalos, Walther!

Los dos prisioneros suspiraron al poder estirar sus músculos. Era una noche magnífica, con el cielo lavado por la lluvia y libre de nubes. Las estrellas brillaban como lámparas de hadas y, al oeste, una luna en cuarto creciente colgaba baja. A lo lejos, Wallace distinguió un elegante yate blanco con vapor en sus máquinas. Y acercándose a ellos venía un hombre con atuendo naval, aparentemente un oficial. El bote que lo había traído flotaba junto a la orilla.

Se produjo una conversación, rápida en alemán, demasiado veloz para que Wallace o Conrad pudieran traducirla. El resultado fue que fueron escoltados hasta la embarcación y embarcados. Pocos minutos después navegaban sobre el mar iluminado por la luna hacia el yate, con el oficial entre ellos.

—Son mis invitados —dijo—. Espero que les guste el yate.

—Lo dudo —gruñó Wallace—. Supongo que se dan cuenta de que esto es un secuestro.

—Una palabra desagradable. ¡Ya hemos llegado!

Les cortó las ataduras para permitirles subir por la escalera. Pero este gesto quedó compensado por la exhibición de un revólver. Alcanzaron la cubierta y fueron conducidos al salón, que resultó ser un lugar muy cómodo... y espacioso.

—Volveré más tarde —dijo el oficial, y salió, cerrando la puerta tras de sí.

—¡Uf! —dijo Wallace—. Y eso es todo.

—El coche se mueve.

—Regresa al château. ¡Qué situación tan infernal! Es culpa mía, Connie. Fui demasiado impulsivo. Debería haber sospechado una trampa.

—¡Por Jove, nos movemos! ¡Qué rapidez!

—¿A dónde demonios nos llevan?

—Ojalá lo supiera. El capitán —supongo que es el capitán— trató a Niels como si estuviera a su servicio. Este barco es el juguete de un millonario. ¿Qué significa todo esto?

—Me supera.

—Solo puede significar que lo que está escondido en el château tiene un valor enorme para ciertas personas.

—Sí... sí. Pero me muero de hambre.

—Yo también. Toma un cigarrillo.

Se sentaron y fumaron durante un rato, y entonces el oficial volvió a aparecer.

—Así está mejor. Pónganse cómodos. La cena se servirá en unos minutos. Por esa puerta encontrarán un lavabo y todo lo necesario. El comedor está abajo, bajo esta cubierta.

—¡Gracias! ¿Es usted el capitán?

—Sí.

—¿Y podemos saber adónde nos llevan?

—Se lo diré más tarde. La cena está lista y aquí somos puntuales.

Agradecieron poder utilizar el lavabo bien equipado. Pero su ropa estaba empapada y arrugada, y les daba un aspecto lamentable. Comentaban esto cuando un marinero llamó a la puerta y entró. No hablaba una palabra de inglés, pero traía dos trajes de dril y un paquete de cuellos.

—¡Bueno, esto ya es el colmo! —exclamó Wallace.

CAPÍTULO XVII WALLACE ESCAPA

La cena con el capitán —quien se presentó formalmente como el capitán Michels— fue un verdadero alivio, pues tanto Wallace como Conrad estaban muertos de hambre. Había una gran variedad de platillos y vino en abundancia. Todo era tan inesperado y tan poco lógico dadas las circunstancias que Wallace seguía preguntándose si no estaría soñando.

—Lamento que sus camarotes no estuvieran listos —dijo el capitán—. Hemos estado poniendo el yate en condiciones. Pero para cuando se retiren a descansar, todo estará perfectamente preparado.

—Gracias —respondió Wallace—. Todo esto es un asunto bastante extraño, ¿no le parece?

—Yo no sé nada. Tengo instrucciones de asegurarme de que estén cómodos y de desembarcarlos en un lugar determinado.

—¿Instrucciones de quién?

—Del propietario.

—¿Y quién es el propietario? ¿Niels?

—Eso, señor, es un asunto estrictamente privado.

—Entonces, ¿no sabe por qué estamos aquí? ¿Por qué hemos sido secuestrados?

—¿Secuestrados?

—Hable con franqueza —dijo Wallace—. Nos están reteniendo por la fuerza.

—Yo, hasta ahora, no he empleado ninguna fuerza.

—Da lo mismo. Nos trajeron aquí prácticamente arrastrándonos del cuello, por decirlo de alguna manera, y nuestra situación no difiere mucho de estar en una cárcel con grilletes en los tobillos.

—Salvo por la cena —replicó Michels con una sonrisa—. Estoy seguro de que en la cárcel no sirven comidas como esta.

—¿Piensa cumplir esas instrucciones? —preguntó Conrad.

—Al pie de la letra. Para eso me contrataron.

—¿Aun siendo algo ilegal?

—No me corresponde cuestionar las órdenes. ¿Les apetece un cigarro?

Conrad frunció el ceño, pero aceptó uno. Wallace negó con la cabeza y prefirió un cigarrillo.

—Naturalmente, sé que ustedes dos caballeros se han interesado por ciertos asuntos. No conozco los detalles, pero me han asegurado que el ambiente de este yate es mucho más saludable que el del lugar de donde vienen.

—Eso depende del punto de vista —respondió Wallace—. Bien, vayamos al grano. ¿Qué piensa hacer con nosotros?

—Desembarcarlos sanos y salvos en su país. No hay prisa; bordearemos la costa a media máquina. Pero creo que el domingo podrán regresar a sus hogares.

—¡¿El domingo?! —exclamó Wallace—. ¡Pero si hoy apenas es miércoles!

—Así es.

—¡Pero he dejado un automóvil al borde de la carretera! Allí están nuestros pasaportes, los trípticos…

—Me indicaron que les informara que el automóvil puede enviarse a través del Canal si lo solicitan al señor Roche, del garaje cercano a Moulins. Sin duda, su excelente organización, el A.A., podrá encargarse de todo.

Wallace permaneció sentado, consumido por la frustración. Todo indicaba que Niels había previsto cada detalle. Si Michels pensaba desembarcarlos en algún punto de la costa el domingo por la noche, no llegarían a Londres antes del lunes, y todavía perderían un tiempo

precioso tramitando nuevos pasaportes. Tendría que pasar al menos una semana antes de que pudiera regresar al castillo. Durante ese tiempo podía ocurrir cualquier cosa. Además, sus vacaciones terminarían.

—Sus empleadores son personas muy singulares, capitán —dijo con firmeza.

—Son personas decididas, señor Wallace.

—No discutas, Ralph —intervino Conrad—. Tenemos que aceptar la situación. Las cosas podrían ser mucho peores.

—¿Y cómo podrían serlo?

Más tarde, Wallace bajó a inspeccionar los motores, y durante media hora su interés profesional lo mantuvo absorto. Sus camarotes estaban uno junto al otro y estaban magníficamente equipados; no se había escatimado esfuerzo alguno para hacerles la estancia agradable. Un marinero llevó su ropa, ya seca y perfectamente planchada.

—Esto parece *Alicia en el País de las Maravillas* —comentó Wallace—. Aquí tenemos a una banda de delincuentes con un yate que debe haber costado una fortuna. ¿Qué opinas de todo esto?

—No logro entender absolutamente nada. Me pregunto si Bertha es una empleada a sueldo o si realmente forma parte de la estafa.

—¡Al diablo con Bertha! Lo que quiero saber es qué es lo que buscan.

—El domingo… —reflexionó Conrad—. Ese Congreso de Ingeniería empieza el miércoles. Llegaré justo a tiempo, gracias a Dios. Tengo que asistir; soy el presidente.

—¿Quieres decir que… que te quedarás en Inglaterra?

—Bueno… naturalmente. El congreso durará cuatro días y, además, tengo asuntos de negocios. ¿Habías olvidado que tenemos una fábrica?

—Casi. Lo siento, Connie. Pero no puedo dejar de pensar en… en…

—Yolande.

—Sí. ¿De qué sirve fingir? Amo a esa muchacha. Pero, aunque no fuera así, sentiría que no debo dejarla sola en ese espantoso castillo. Te digo que me atormenta imaginar lo que podría suceder allí en cualquier momento… incluso esta misma noche.

—Está Fouchard.

—¿No es evidente que, si se han tomado tantas molestias para apartarnos a ti y a mí del camino, harán exactamente lo mismo con Fouchard? Quieren dejar el castillo vacío.

—Sí, creo que tienes razón.

—Es condenadamente horrible.

—¿Estás pensando en… el Monstruo?

—Por supuesto. Los asesinatos son obra suya. Él es diferente de los demás. No creo que exista ninguna relación entre el Monstruo y el grupo de Niels. Pero ambos parecen tener algo en común: saben que en el castillo hay escondido algo de un valor inmenso.

—Pero si Fouchard desaparece, Yolande se irá.

—Tal vez… con el tiempo. Pero ¿y si espera demasiado? Esa Cosa, Hombre, Monstruo… lo que sea… asesinó brutalmente al pobre Fallières, e incluso a Severin, que era un anciano incapaz de oponer resistencia. ¿Crees que se detendrá ahí?

Conrad guardó silencio, porque, igual que Wallace, comprendía el mortal peligro que corría una mujer en la situación de Yolande. Pero los negocios eran los negocios, y era de la mayor importancia que él estuviera de regreso en Londres en el plazo de una semana.

—Parece que ya hemos agotado todos nuestros recursos —dijo.

—¿Recursos? ¡Pero si yo no he hecho absolutamente nada! Lo único que conseguí fue que ese demonio de más de dos metros me derribara y que Walther casi me asfixiara. Ni siquiera he tenido la oportunidad de hacer algo útil. Eso es lo que más me irrita: no tengo ni una sola cicatriz de batalla que mostrar.

—Será mejor que lo consultes con la almohada. Al menos, por ahora no podemos hacer nada. Somos tan inofensivos como canarios encerrados en una jaula.

Pero Wallace no tenía ganas de acostarse. Su mente estaba extraordinariamente despierta y sus nervios tensos al máximo. Dejando a Conrad, subió a cubierta y comenzó a caminar de un lado a otro bajo las estrellas. La luna seguía suspendida sobre el horizonte occidental y podía distinguir con claridad la costa francesa, salpicada de luces dispersas sobre las colinas. El yate avanzaba tranquilamente por el Canal.

A unos trescientos kilómetros, más allá de aquella franja de mar y de aquellas lomas azotadas por el viento, se encontraba el castillo de Grammont… y la joven que había dejado una huella tan profunda en él. Incluso ahora sentía el hechizo que ella ejercía sobre él, algo que tiraba de su corazón y le susurraba oscuras inquietudes. Un marinero cantaba suavemente una canción marinera, pero era en alemán y no entendía la letra. Sin embargo, como ocurre con tantas canciones de ese tipo, imaginó que hablaba de una mujer: una mujer que había quedado atrás en el último puerto, igual que él había dejado a una en el castillo.

Entonces se le ocurrió una idea descabellada. Las luces titilantes de la costa y aquella melancólica canción terminaron de convencerlo. Miró el mar; estaba tan tranquilo como un estanque. Pensativo, regresó al camarote de Conrad y lo encontró ya medio desvestido.

—¡Hola! ¿No vas a acostarte?

—Todavía no. Connie, quiero que vengas un momento afuera. Ponte el abrigo.

—¿Qué sucede?

—Quiero mostrarte algo.

Conrad se puso el abrigo y siguió a Wallace hasta cubierta. Fueron al costado de babor, y Wallace señaló las luces de la costa.

—¿A qué distancia dirías que están? —preguntó.

—Es difícil calcularlo; al menos dos millas.

—¿No más?

—Tal vez tres. La noche está extraordinariamente despejada.

—¿Y recuerdas que, cuando subimos al yate, la marea apenas empezaba a subir? Recuerdo haber visto cómo las olas avanzaban lentamente…

De pronto Conrad comprendió lo que Wallace estaba pensando. Lo sujetó con fuerza del brazo.

—¡No seas insensato!

—Sería un insensato si dejara escapar esta oportunidad. Mañana quizá estemos en medio del Canal. Es un riesgo, pero voy a correrlo.

—¡¿Qué?! ¿Tres millas?

—Ya he nadado distancias semejantes, y con un mar mucho menos tranquilo. Mira, más adelante hay una ciudad grande… probablemente Dieppe. Con un poco de suerte podría llegar al castillo mañana por la mañana.

—No pienso permitirlo.

—Lo siento, Connie, pero tendré que hacerlo sin tu permiso. ¿Podrías prestarme todo el dinero que te quede? Tal vez necesite alquilar, o incluso comprar, un automóvil en cuanto llegue.

—¡No! —respondió Conrad con firmeza—. Antes de verte arrojar tu vida por la borda, avisaré al capitán.

—No, no lo harás.

—¿Por qué no?

—Porque tú harías exactamente lo mismo si estuvieras en mi lugar. En serio, viejo amigo, si estoy en lo cierto acerca de la marea, puedo cruzar ese tramo de mar.

—¿Y si te equivocas?

—Eso no lo vamos a discutir. Vamos, tengo que ponerme mi propia ropa. Busca ese dinero.

Empujó a Conrad hacia su camarote y atravesó la puerta comunicante hacia el suyo para cambiarse de ropa. Conrad luchó unos instantes con su conciencia, pero al final cedió, pues conocía muy bien las extraordinarias capacidades físicas de Wallace.

—¿Por qué no llevas un salvavidas? —preguntó en voz baja.

—No podría nadar con ese trasto. Guardaré los billetes en esta vieja lata de tabaco. Y te enviaré un telegrama en cuanto pueda. Ahora demos un paseo por la cubierta… como si nada hubiera pasado.

Conrad respiraba agitadamente, pues el proyecto no le agradaba en lo absoluto, pero Wallace, de pie en el umbral de la libertad, estaba tan ansioso como un sabueso en plena cacería. Doblaron junto al timón y luego se dirigieron a la sección central del barco, que se encontraba absolutamente desierta.

—Esta es mi oportunidad —susurró Wallace—. Adiós, viejo amigo.

—¡Buena suerte!

Corrió ágilmente hacia la borda y, montándose en la barandilla, se zambulló limpiamente, penetrando en el océano sin levantar salpicaduras. Conrad, con el corazón latiéndole furiosamente, vio reaparecer su cabeza, y observó cómo sus poderosos brazos daban fuertes brazadas en dirección a la costa francesa.

CAPÍTULO XVIII WALLACE TIENE UN POCO DE SUERTE

Wallace volvió la cabeza mientras nadaba y vio cómo el yate se alejaba deslizándose sobre el agua. No tenía ninguna duda de que su fuga había pasado completamente inadvertida para la tripulación, y ahora el éxito dependía exclusivamente de su capacidad como nadador. Pronto comprendió que había acertado respecto a la marea, pero existía una fuerte corriente hacia el este que amenazaba con retrasarlo. Era un nadador excepcional, y puso toda su energía en cada brazada, pues calculaba que, una vez superada aquella corriente, el resto del trayecto sería mucho más fácil.

Durante media hora luchó contra ella y, al fin, sintió un enorme alivio al notar que la marea comenzaba a empujarlo favorablemente hacia la costa. Las luces brillantes de tierra firme se acercaban visiblemente con el paso de los minutos, y su corazón empezó a latir con renovada esperanza…

Menos de una hora después, sus pies tocaron el fondo. Cruzó caminando el oleaje hasta llegar a la playa.

Era Dieppe. Conocía bastante bien la ciudad, que aún rebosaba de tráfico y actividad, pues la temporada acababa de comenzar y en Dieppe la vida nocturna se prolongaba hasta muy tarde.

Su primera preocupación fue conseguir ropa seca, aunque obtenerla a aquella hora representaba un verdadero problema. Su último recurso fue un gendarme que hacía guardia frente al Casino.

—Perdone, señor —dijo Wallace—. He sufrido un accidente… en una embarcación. ¿Podría ayudarme a conseguir algo de ropa?

Tuvo que repetir la explicación dos veces antes de que el gendarme lograra comprenderla. Entonces este se acarició su enorme bigote y meditó unos instantes. La discreta exhibición de un billete de cien francos contribuyó notablemente a acelerar su decisión.

—Si el señor tiene la bondad de acompañarme, quizá podamos arreglar el asunto —dijo.

Wallace lo siguió por varias calles secundarias hasta detenerse frente a una pequeña tienda sobre la que vivían sus propietarios. El gendarme llamó a la puerta y, tras unos minutos de espera, una mujer abrió.

Una breve conversación, acompañada de abundantes gestos, bastó para resolver el problema. El gendarme guardó discretamente el billete en el bolsillo y regresó a su puesto.

La señora hizo pasar a Wallace y encendió las luces de la tienda. El local estaba repleto de prendas de toda clase imaginable, desde ropa interior femenina hasta gruesos suéteres azules para hombre. Escogió el mejor conjunto que pudo encontrar y se cambió detrás de un biombo, mientras la mujer bostezaba y calculaba mentalmente cuánto podía cobrarle por el servicio.

Le cobraron un precio escandalosamente elevado, pero el alivio de quitarse la ropa empapada compensaba cualquier gasto. Envolvió las prendas mojadas en una hoja de papel de estraza, le deseó las buenas noches con un «Bonsoir» y salió.

Un reloj de la calle principal marcaba la una de la madrugada. Dio por sentado que ya no saldría ningún tren hacia Arveyes ni hacia Reims durante esa noche. Solo quedaba una alternativa: conseguir un automóvil.

Comenzó a recorrer los garajes, pero ninguno disponía de un conductor capaz de emprender un largo viaje nocturno con tan poca antelación, y ninguno quiso prestarle un vehículo.

Amargamente decepcionado, regresó en dirección al Casino. La urgencia lo dominaba por completo. Le resultaba imposible pensar en dormir mientras Yolande corría peligro.

Se le ocurrió llamarla por teléfono, pero al hacer las averiguaciones correspondientes le informaron que tendría que esperar al menos tres horas, quizá más, para conseguir la comunicación.

Maldiciendo todos los sistemas franceses de comunicación, contempló desde el pórtico la fila de automóviles que aguardaban a los jugadores empedernidos del bacará. Había Hispano-Suiza, Rolls-Royce, largos y relucientes Renault con sus características carrocerías continentales, un Bugatti preparado para altas prestaciones, Fiat, Lancia y un magnífico Packard estadounidense.

Algunos tenían choferes que esperaban con paciencia casi imperturbable a sus señores; otros estaban completamente desatendidos.

El Packard le llamó especialmente la atención, pero temió que contara con algún dispositivo antirrobo. Los franceses, en cambio, solían ser más descuidados. Finalmente se decidió por el Renault más grande, por varias razones. Estaba apartado de las luces más intensas, ocupaba el último lugar de la fila y tenía el frente orientado en sentido contrario. Además, disponía de un excelente reflector que le facilitaría encontrar el camino.

La idea de cometer un robo era completamente nueva para él, y no le agradaba en absoluto.

Pero estaba Yolande…

Bajó los escalones y se dirigió directamente hacia el automóvil. La puerta no tenía seguro y la palanca de cambios estaba libre.

Conteniendo la respiración, conectó el encendido y apoyó la mano sobre el botón de arranque. El motor cobró vida al instante y comenzó a avanzar.

Entonces dio un sobresalto al ver que alguien levantaba una mano para detenerlo.

Era el mismo gendarme con quien había tratado poco antes.

Pero únicamente estaba regulando el tráfico para permitir que otro automóvil doblara la esquina. Por fortuna, no reconoció el rostro tenso que se ocultaba tras el parabrisas.

En las afueras de la ciudad encontró un letrero que indicaba la dirección hacia Reims. Recordó que Niels había tomado precisamente aquella carretera al salir del castillo.

Pisó el acelerador y el enorme automóvil salió disparado.

Comparado con el ágil Bentley, parecía un auténtico autobús, pero disponía de una potencia inagotable y ofrecía un confort extraordinario. Sus potentes faros hacían que conducir resultara sorprendentemente sencillo, y muy pronto dejó atrás la ciudad para internarse en el campo.

La larga carretera recta lo invitaba a aumentar la velocidad. Al otro extremo parecía esperarlo Yolande, llamándolo desesperadamente.

Saltó una y otra vez sobre los interminables badenes y pasos a nivel; tomó las curvas con tanta rapidez que el largo chasis protestaba y la parte trasera derrapaba peligrosamente en más de una ocasión.

Pero los kilómetros desaparecían con rapidez.

Una o dos veces redujo la velocidad para iluminar con el reflector algún poste indicador…

Durante dos horas mantuvo una velocidad excesivamente alta, demasiado elevada para un automóvil de aquel tipo.

Entonces advirtió que el motor comenzaba a fallar.

Escuchó un golpeteo que poco a poco fue transformándose en un ruido alarmante.

—¡La biela! —murmuró.

Su diagnóstico pronto dejó de admitir dudas. Un espantoso *toc-toc-toc* golpeaba sus oídos. Probó añadir más aceite, pero sirvió de muy poco.

Al cabo de unos minutos comprendió que seguir conduciendo terminaría por destrozar completamente el motor.

Reduciendo la marcha a unos veinticinco kilómetros por hora, avanzó ruidosamente hacia el siguiente pueblo.

Pero se detuvo antes de entrar.

No le cabía duda de que habría un puesto de gendarmería.

Dormir dentro del automóvil no le parecía una buena idea, pues estaba convencido de que muy pronto comenzarían a sonar teléfonos por toda la región denunciando el robo de un Renault.

La larga calle principal estaba iluminada por un gran edificio situado a la izquierda y, para su sorpresa y alegría, descubrió un hotel de aspecto muy acogedor llamado *Hôtel de la Poste*.

Entró y tocó la campanilla.

Apareció un camarero con evidente expresión de agotamiento.

—¿Tiene alguna habitación? Mi automóvil se averió en la carretera.

El camarero murmuró algo ininteligible y desapareció.

Unos segundos después apareció el propietario.

—Lamento llegar tan tarde —dijo Wallace—, pero he sufrido una avería. ¿Tiene una habitación para pasar la noche?

—Sí, señor. Ha tenido suerte de encontrarnos todavía abiertos. Además, hace poco llegaron otros huéspedes a estas horas. ¿Le gustaría comer algo?

—No quisiera causarles molestias…

—No es ninguna molestia. Podemos servirle sopa, un poco de pescado, una tortilla o…

—Tomaré una tortilla y media botella de vino de la casa.

—Con mucho gusto, señor. *Tout de suite*. El comedor está a la derecha.

Wallace asintió y colgó el sombrero en el perchero del vestíbulo.

Entonces se puso en guardia.

La prenda que colgaba junto a su sombrero era un abrigo marrón que le resultó extrañamente familiar.

Y el sombrero que había encima también le parecía conocido…

Recordó entonces que el propietario había mencionado «otros huéspedes».

Introdujo discretamente la mano en el bolsillo del abrigo marrón y encontró una pistola automática.

Estuvo a punto de devolverla a su sitio.

Pero cambió de idea y decidió quedársela.

Su comida llegó enseguida, y la tomó con aire pensativo. Si Niels y sus compañeros habían seguido aquella carretera, no era nada improbable que hubieran decidido pasar allí la noche después del agotador viaje que ya llevaban encima. El camarero regresó con queso y galletas.

—¿Tienen un garaje aquí? —preguntó Wallace.

—*Oui, m'sieur.*

—Mi automóvil quedó averiado en la carretera, muy cerca de aquí. Si pudiera conseguir un poco de gasolina, creo que podría llevarlo hasta el garaje. ¿Sería mucha molestia?

La petición, acompañada de un billete de veinte francos, transformó de inmediato el abatimiento del cansado camarero en entusiasmo.

—No es ninguna molestia. Iré por la llave.

Wallace lo vio tomar la llave de un gancho situado dentro de la oficina. Lo siguió hasta el garaje. Apenas se abrió la puerta, lo primero que vio fue el veloz automóvil de Niels, salpicado de barro.

El camarero le entregó un bidón de gasolina, y Wallace fingió dirigirse hacia su propio automóvil. Después de deambular durante unos diez minutos, regresó con gesto desanimado.

—El automóvil no quiere arrancar.

—¿Quiere que le ayude a empujarlo hasta aquí, señor?

—Es demasiado grande. No importa; puede quedarse donde está hasta la mañana. Lamento haberlo molestado.

Volvieron a cerrar el garaje y la llave regresó a su lugar en el clavo.

Pocos minutos después, Wallace subió a su habitación.

El siguiente paso era evidente y, además, eliminaba el temor de verse acusado por el robo del automóvil. Pensó que eso no ocurriría en el caso de Niels, porque Niels jamás se atrevería a acudir a la policía.

Esperó durante una hora, ocupando parte del tiempo en consultar la ruta hacia el castillo en un atlas de carreteras que había encontrado en el vestíbulo.

Finalmente decidió actuar.

Bajó sigilosamente las escaleras, entró en la oficina y tomó la llave.

La puerta principal del hotel estaba asegurada con dos cerrojos y una cerradura tipo Yale que podía abrirse desde el interior sin necesidad de llave.

Pocos minutos después se encontraba dentro del garaje.

Examinó el automóvil a la luz del tablero de instrumentos y pronto se familiarizó con los controles. El depósito estaba casi vacío, pero había decenas de bidones de combustible al alcance de la mano. Tomó una docena de ellos y los acomodó dentro del vehículo.

Calculó aproximadamente el importe de su cuenta y dejó suficiente dinero para cubrirla debajo de una llave inglesa que había sobre un banco de trabajo.

Había una pendiente que conducía hasta la carretera principal, y eso le permitió dejar que el automóvil descendiera sin poner en marcha el motor.

Una vez en la carretera, lo arrancó, encendió los faros y salió disparado.

Aquello sí era un automóvil de verdad, digno de entusiasmar a cualquier ingeniero.

El sobrealimentador estaba conectado al pedal del acelerador y comenzaba a funcionar aproximadamente a medio recorrido. Su zumbido —que casi se convertía en un chillido— anunciaba una aceleración extraordinaria.

Ahora comprendía por qué nunca había logrado alcanzarlo.

Era un automóvil de competición, capaz de superar con facilidad las cien millas por hora.

Atravesó la apacible noche alternando la preocupación por Yolande con sonrisas al pensar cómo las circunstancias habían terminado por volver las tornas contra Niels.

Recorrió cerca de cien millas antes de detenerse bruscamente al darse cuenta de que había agotado la gasolina.

Descendió del automóvil y volvió a llenar el depósito utilizando los bidones.

De paso hizo otro pequeño descubrimiento.

En los compartimentos del vehículo encontró dos pistolas más y un paquete de documentos que resultaron ser su pasaporte y sus trípticos, además de los de Conrad.

Un hermoso amanecer comenzó a extenderse sobre los campos, y con él desaparecieron algunas de las sombras que pesaban sobre su ánimo.

Le sorprendió sentirse tan despierto y sin señales de fatiga, aunque atribuyó aquella sensación al placer de conducir por la carretera en las primeras horas de la mañana y a la respuesta impecable del automóvil bajo sus manos.

En los tramos rectos no podía resistir la tentación de exprimir al máximo la máquina, y las colinas parecían haber dejado de existir.

Media hora después sufrió un sobresalto.

A pesar de lo temprano que era, vio a un gendarme al borde de un pueblo levantando la mano para detenerlo.

El corazón le dio un vuelco y detuvo el automóvil.

El gendarme consultó una hoja de papel que llevaba en la mano y examinó cuidadosamente las placas y otros detalles del vehículo.

—¿Ocurre algo? —preguntó Wallace con fingida inocencia.

—No hay problema. Estoy buscando un Renault, señor, que fue robado anoche en Dieppe.

—¿Un Renault? Qué curioso. Vi un Renault azul estacionado al borde de la carretera, justo a las afueras de Vesaires.

—¿Un automóvil cerrado?

—Sí.

—¡Voilà! Llamaré por teléfono a Vesaires. ¡Gracias, señor!

—No hay de qué. ¡Hasta luego!

Ahora solo le faltaban unas cincuenta millas para llegar a Grammont, y la idea le resultaba reconfortante.

Quizá todo estuviera bien allí, pues, al menos por el momento, Niels y sus compañeros habían quedado fuera de combate.

Deseó encontrar alguna forma de ponerse en contacto con Conrad, pero todo indicaba que pasarían varios días antes de que pudiera hacerle llegar alguna noticia.

El sol ya comenzaba a secar el barro, y los campos y árboles, recién lavados por la lluvia, lucían vivos y llenos de color.

Jugaba con el automóvil como un niño con un juguete nuevo y maravilloso y, antes de descubrir todas sus posibilidades, divisó a lo lejos las torres blancas del castillo de Grammont, elevándose sobre los árboles del bosque que lo rodeaba.

Tras veinte minutos de recorrido por una avenida sombreada por frondosos árboles, llegó a la puerta principal.

Estaba cerrada con llave, pero el viejo Pierre salió a abrirle.

Después de pensarlo un momento, Wallace dejó el automóvil fuera del recinto y subió caminando por la avenida de entrada.

La primera persona que vio fue Fouchard, que paseaba de un lado a otro entre los rosales, con las manos cruzadas detrás de la espalda y la cabeza inclinada hacia adelante.

—¡Hola, Fouchard!

Fouchard se volvió de golpe y lo contempló con absoluto asombro.

CAPÍTULO XIX CALLEJONES SIN SALIDA

—¡*Tiens*! —exclamó Fouchard—. ¡Qué sorpresa! ¿Qué ha ocurrido? ¿Y dónde está el señor Conrad?

—Es una historia bastante larga —respondió Wallace—. Pero Yolande… ¿está bien? ¿Ha estado todo tranquilo aquí?

—La señorita está muy lejos de encontrarse bien, pero la sola vista de usted debería devolverle el ánimo. Cuando no regresaron, dimos por hecho que ambos se habían metido en una trampa de la que no podrían salir.

—Y así fue. Como un par de idiotas.

De pronto Fouchard lo tomó del brazo y lo condujo a un lado, de modo que ambos quedaron ocultos tras un gran arbusto en flor.

—Bertha —susurró—. No quiero que lo vea todavía. Puede que logremos sacar provecho de su regreso. Hay un rincón discreto por allí, con un banco. Venga y cuénteme exactamente qué ocurrió.

Wallace lo acompañó hasta el lugar indicado y le relató todo lo sucedido desde la mañana anterior. Fouchard escuchó atentamente y no pudo ocultar su sorpresa cuando Wallace mencionó el yate.

—Nos enfrentamos a un grupo bastante singular —reflexionó—. Fue una excelente jugada de su parte apoderarse del automóvil de Niels. ¿Qué ha hecho con él?

—Lo dejé fuera de la entrada.

—Debemos esconderlo.

—¿Y por qué habría de hacerlo? Esos desgraciados se quedaron con el mío…

—Porque no quiero que Bertha lo vea.

—¿Por qué?

—Porque Bertha conoce el plan de Niels. En este momento está convencida de que usted y Conrad navegan tranquilamente rumbo a la costa inglesa.

—¿No quiere que me vea?

—Sí… más tarde. A usted sí, pero no al automóvil. Si lo ve, deducirá que Niels aún no ha regresado, y entonces perderé una magnífica oportunidad de averiguar dónde se oculta toda esa gente.

—¿Cree que irá hasta allí?

—№ Pero su presencia aquí será una sorpresa enorme, y enseguida intentará comunicarse con Niels para advertirle de que algo ha salido mal.

—¿Cómo?

—Eso es precisamente lo que espero descubrir.

Wallace asintió, aunque le parecía que Fouchard estaba concentrando demasiado su atención en Niels y sus cómplices, cuando el verdadero peligro era el Monstruo. Personalmente, no creía que la posible captura de Niels resolviera gran cosa, porque, cualquiera que fuese el secreto, Niels no era un hombre al que pudieran obligar fácilmente a revelarlo.

—Llevaré el automóvil más adentro del bosque —dijo—. Hay muchos escondites excelentes. Mientras estoy fuera, ¿podría darle la noticia a Yolande?

Fouchard asintió, y Wallace abandonó el castillo para llevar a cabo su plan.

Cuando regresó, Yolande ya había bajado y lo esperaba en la terraza.

Ella le tomó la mano con evidente emoción y la sostuvo entre las suyas, que temblaban como una hoja.

—Es un alivio inmenso —murmuró—. Toda la noche he estado pensando… imaginando cosas horribles. Pero ¿por qué? ¿Por qué asumió un riesgo tan grande?

—Quería recuperar mi automóvil.

—Ya veo.

—Pero esa no fue la razón principal, Yolande.

—¿Cuál fue entonces?

—Quería estar cerca de usted. Solo cuando estuve lejos comprendí realmente el espantoso peligro que la amenaza. No me refiero al grupo de Niels. Son hombres desesperados, pero no asesinos. Además, Conrad tenía que regresar a Inglaterra; él era indispensable allí. Yo, en cambio, no soy una persona tan importante. Si usted me lo permite, quiero intentar ayudar a resolver este desconcertante misterio.

—No hay nadie cuya presencia sea más bienvenida aquí.

—Eso me recuerda algo. ¿Cree que Watkins podría alojarme en la habitación que hay sobre el garaje? Naturalmente, ahora que Conrad se

ha marchado, la situación ha cambiado. Quiero decir que no parecería apropiado…

Una ligera expresión de decepción cruzó el rostro de Yolande. Luego soltó una risa divertida.

—¡Ay, ustedes los ingleses! ¡Son tan puritanos! Puedo tener a Fouchard viviendo en la casa, pero a usted no.

—Sí, ya sé que todo eso son tonterías… simples convencionalismos…

—Esa es una palabra nueva. Tendré que recordarla —dijo.

Luego negó suavemente con su hermosa cabeza.

—Me temo que no hay ninguna habitación disponible sobre el garaje. Parece que tendré que contratar de inmediato a una ama de llaves para que haga de acompañante.

—Eso basta —respondió Wallace—. Desafiaré las convenciones. ¿Dónde está la encantadora Bertha?

—En el jardín.

—¿Sabe ya… que he vuelto?

—Todavía no. Fouchard me pidió que no dijera nada. Pobre Bertha… Cuanto más la observo, más convencida estoy de que es una simple herramienta pagada por esos hombres. He intentado ganármela de mi lado, pero no lo he conseguido. Desde luego, sabe perfectamente que sospechamos que es cómplice.

—Y, sin embargo, sigue aquí.

—La obligan a quedarse. Si Bertha hablara, estoy convencida de que descubriríamos muchas cosas.

—Ahí viene.

Bertha subió a la terraza por los escalones del jardín.

Como de costumbre, llevaba los brazos llenos de flores recién cortadas y estaba tan absorta contemplando su belleza que durante unos segundos no reparó en las dos personas que tenía delante.

Cuando por fin levantó la vista y vio a Wallace, una fugaz expresión de asombro cruzó su rostro, pero enseguida la ocultó tras una admirable muestra de inocencia.

—Están un poco estropeadas —dijo—. Ayer hizo mucho viento.

—Ponlas en el vestíbulo, Bertha.

—Sí, señorita.

—Ahora sí que la hemos dejado completamente desconcertada —comentó Wallace—. Apostaría a que se está preguntando qué demonios ha ocurrido.

Fouchard apareció silenciosamente, como un espectro, y observó a Bertha mientras se alejaba.

—Quiero que la vigilen… sin perderla de vista ni un solo instante a partir de ahora —dijo—. ¿Vendría conmigo, señor Wallace?

—¿Qué quiere que haga?

—Vaya al jardín mientras yo permanezco aquí. Ella va a enviar alguna señal o algún tipo de aviso. Si pasa junto a usted, sígala. Yo me encargaré de vigilar el teléfono.

Y desapareció dentro de la casa.

—No es una tarea muy agradable —comentó Wallace—. Si al menos se tratara de Niels…

—Yo iré con usted —dijo Yolande.

—Me parece bien.

Aquella mañana le parecía más animada que en muchos días.

A pesar del ambiente siniestro que envolvía el castillo, Wallace se sentía feliz de haber regresado junto a la mujer que le provocaba más inquietud y más sobresaltos del corazón que cualquier otra cosa que hubiera conocido.

Ella se detuvo junto a un macizo de flores de vivos colores, cortó una ramita y la colocó en el ojal de la chaqueta de Wallace con sus blancos y delicados dedos.

—Romero… para el recuerdo —dijo.

—¿Es necesario?

—¿Necesario?

—Llevar un recordatorio.

—¿Tan buena es su memoria? —preguntó ella con tono burlón.

—Aunque viva cien años, jamás olvidaré este castillo, estas flores… ni a usted.

—¿Es una promesa?

—Es más que una promesa: un juramento solemne. Yolande, hasta ahora he sido bastante inútil. Todo está tan enredado… Si al menos pudiéramos enfrentarnos al enemigo en una lucha directa, cara a cara…

—Ha sido usted de mucha más ayuda de lo que imagina —murmuró ella —. Las mujeres somos tímidas por naturaleza, aunque sepamos ocultarlo. A veces siento un miedo terrible; no por lo que pueda sucederme a mí, sino por lo desconocido. Soy supersticiosa; todas las mujeres lo somos, por mucho que finjamos lo contrario. Me descubro preguntándome si realmente existe algo sobrenatural…

—¡Tonterías!

—Pero ¿no le parece extraño que, a pesar de todas nuestras precauciones, ese… ese asesino consiga entrar siempre al castillo? Niels y los demás encuentran obstáculos, pero el Monstruo no. Entra y sale como si no fuera un ser humano.

—Con el tiempo descubriremos su secreto.

—Empiezo a dudarlo. Fouchard, con toda su experiencia, parece avanzar muy poco.

—Fouchard está obsesionado con Niels. No puede olvidar que una vez Niels consiguió dejarlo en ridículo.

—No es solo por eso —respondió ella, en defensa de su compatriota—. Fouchard está convencido de que Niels es la clave de todo este asunto. Aquello que Niels busca es también el objetivo del Monstruo. Cree que, si ejerce suficiente presión sobre él, conseguirá obligarlo a hacer una confesión completa.

—Nunca lo logrará.

Los vivaces ojos de Yolande vieron a Bertha salir de la terraza. Se lo susurró a Wallace y ambos se ocultaron al abrigo de un magnífico tejo.

Bertha descendió por el sendero y, tras echar un rápido vistazo a su alrededor, atravesó el jardín y trepó el muro con la agilidad de un muchacho.

—Va hacia el bosque —dijo Wallace—. ¡Mire, ahí viene Fouchard!

—¿La vieron? —preguntó Fouchard.

—Sí. Saltó el muro… por allí.

—Eso imaginaba. ¡Vamos!

Wallace se disculpó brevemente con Yolande y salió junto al detective.

No tardaron en encontrar el rastro de Bertha, pues podían distinguir su cofia y su delantal blancos moviéndose entre los pinos.

—¡Vaya mujer tan fuerte! —comentó Wallace.

—Y tan astuta como las hacen… en Alemania.

—Se ha desviado hacia la izquierda.

—No debemos perderla. ¿Qué demonios estará tramando?

Volvieron a verla.

Bertha estaba inclinada sobre algo oculto entre los helechos.

Al instante siguiente se produjo un batir de alas y un ave azul se elevó por encima de los pinos. Revoloteó unos instantes y luego emprendió el vuelo hacia el sur.

—¡Una paloma! —exclamó Wallace.

—Sí, la mensajera.

—¡Ingenioso sistema!

—No lo bastante. ¡Rápido! ¡Que no nos vea!

Bertha pasó cerca de ellos y emprendió el camino de regreso al castillo.

Cuando desapareció de su vista, Fouchard hizo una seña a Wallace para que se acercara.

Encontraron la jaula de la paloma escondida entre los helechos… pero nada más.

Fouchard no parecía ni la mitad de decepcionado de lo que Wallace había esperado.

—En realidad, esto casi nos conviene más —reflexionó.

—¿Cómo así?

—La paloma se ha ido, pero otra ocupará su lugar para que Bertha tenga siempre un mensajero disponible. Cuando metan el siguiente ave en la jaula, quizá encontremos la forma de hacer que Niels venga hasta nosotros rápidamente.

—Ya entiendo. ¿Y después?

—Entonces lo arrestaré y lo acusaré de los asesinatos del señor Fallières y de Severin.

—¿De qué servirá eso?

—Puedo conseguir que lo condenen.

—¿Aunque sea inocente?

—¡Bah! Haré que Bertha diga la verdad. Ya no tengo tiempo que perder. Niels es la clave, y voy a utilizarlo.

Aquella tarde la dedicaron a visitar el garaje del señor Roche, donde encontraron el Bentley.

El emprendedor propietario del taller había tomado la iniciativa de limpiar y pulir el automóvil por completo, servicio que Wallace recompensó con una generosa propina.

—¿Conoce al hombre que trajo el automóvil? —preguntó Fouchard.

—No, señor. Era un completo desconocido para mí. Entendí que el propietario había sufrido un pequeño accidente y que más adelante daría instrucciones para recoger el automóvil.

No parecía haber motivo alguno para poner en duda su declaración, y Wallace condujo el Bentley de regreso al castillo.

CAPÍTULO XX BERTHA ESTÁ ASUSTADA

Aunque Fouchard mantuvo la jaula vacía de la paloma bajo estrecha vigilancia, esta permaneció desocupada durante varios días. Pasaba horas enteras sentado entre los árboles, esperando la llegada de la paloma que habría de llevar su mensaje falso hasta Niels. Pero cada tarde regresaba al castillo con la decepción claramente reflejada en el rostro.

—Parece que nos han abandonado —comentó pensativo—. ¿Qué ha hecho con su automóvil?

—Sigue en el garaje —respondió Wallace—. Quizá se equivocó al pensar que reemplazarían la paloma.

—Era la conclusión más lógica. Necesitan mantenerse en contacto con Bertha, y el teléfono resulta demasiado peligroso.

—¿No podríamos ahorrar tiempo intentando otra vez descifrar el criptograma? —preguntó Wallace.

—Una pérdida de esfuerzo mental —gruñó Fouchard—. He examinado cada centímetro del sótano y no encuentro nada a lo que puedan referirse esos números. Solo el hombre que los escribió sabe lo que significan.

—Sin embargo, deben tener relación con el sótano —dijo Yolande—, porque Niels y Bertha estaban allí cuando usted los sorprendió.

—Es cierto. Pero ya hice todo lo que un mortal puede hacer. ¿Qué puede deducir cualquiera de esto?

Sacó el pequeño papel y lo dejó sobre la mesa. Wallace lo tomó y leyó la inscripción:

27
31
36
Steinbech.

—Si los números se refieren a medidas, ¿qué papel desempeña *Steinbech* en todo esto? —reflexionó.

—Pero ¿estamos realmente seguros de que tiene alguna relación con el misterio? —preguntó Yolande—. Heinrich dijo que era un sistema para jugar a la ruleta. En la ruleta hay treinta y seis números; quizá se refiera simplemente a eso.

—¡Pamplinas! —bufó Fouchard—. Se dirigían directamente al lugar al que hacen referencia esos números… el lugar donde, tarde o temprano, encontraremos la solución de todo este misterio. Cometí un error aquel día; debí haber esperado un poco más y habríamos descubierto exactamente qué es esa valiosísima cosa oculta que ha llevado a un grupo de personas refinadas a convertirse en ladrones. Pero de nada sirve llorar sobre la leche derramada. Todavía confío en hacer que Niels o Bertha acaben hablando.

Guardó nuevamente el papel, pues Wallace no tenía ninguna sugerencia que aportar.

Durante los últimos días no se había producido ningún incidente en el castillo, y Wallace y Yolande habían pasado largas y agradables horas paseando por el jardín y por el hermoso bosque de Grammont.

—¿Ya le escribió al señor Conrad? —preguntó ella.

—Sí. Pero no podrá recibir mi carta hasta mañana, como muy pronto. Se alegrará de saber que sigo entre los vivos.

—¿No puso objeciones a que… regresara aquí?

—No demasiadas. Connie lo comprende.

—¿Comprende su interés por este misterio?

Wallace asintió, aunque en realidad estuvo a punto de decirle que su interés se repartía entre el misterio… y ella.

—Siempre fue muy amable y generoso —dijo Yolande—. Recuerdo cuando vino aquí por primera vez, tan pálido y delgado después del terrible sufrimiento de la guerra. Llegué a quererlo mucho. Solía jugar conmigo y reírse de mi curioso inglés. Pero nunca me habló de usted.

—¿Cómo iba a hacerlo? Ni siquiera sabía que yo existía. Fue después de aquella época cuando conoció a mi padre.

—Es verdad; lo había olvidado. Qué distinta era la vida entonces. Estaban mi madre, mi padre y…

Se interrumpió bruscamente y volvió el rostro hacia otro lado.

Pero su espíritu era demasiado noble para dejarse abatir por los recuerdos dolorosos y, al poco tiempo, ya volvía a sonreír.

—Al menos la vida siempre ofrece algo nuevo, y tengo la suerte de contar con un jardín propio. ¿Cree usted que las flores tienen sensibilidad? A veces pienso que sí. Cuando estoy triste, me parece que ellas también lo están un poco; pero cuando estoy alegre, siento que cada flor se balancea sobre su tallo y vuelve la cabeza hacia mí. Cuando río, imagino que los pétalos tiemblan bajo el sol. ¿No es una idea infantil?

—Sí… deliciosamente infantil.

Era precisamente ese aspecto de su carácter el que Wallace más amaba, incluso más que el orgulloso valor con el que afrontaba el peligro que los rodeaba.

Había conseguido conservar lo más encantador de la infancia: la sencillez.

Cuando volvieron a encontrarse con Fouchard, su impaciencia estaba a punto de desbordarse.

Pese a todas sus vigilias en el bosque, no había ocurrido nada que favoreciera sus planes. El mensaje falso, redactado en su mejor alemán,

seguía guardado en su cartera, porque no había aparecido ningún mensajero emplumado que pudiera llevarlo a destino.

—De una manera u otra han debido de adivinar mi jugada —refunfuñó —. Tienen tantos ojos como una mosca.

—¿Cree que ya han regresado? —preguntó Yolande.

—Sí. El incentivo sigue estando aquí. Pero deben de haber cambiado de estrategia. Desde luego, la gente de Arveyes mantiene los ojos bien abiertos, aunque me sorprendería mucho que descubrieran algo.

—Aquí todo está muy tranquilo —observó Wallace.

Fouchard señaló la luna, que acababa de elevarse sobre el horizonte.

Estaba casi llena.

—Según el pobre Severin, pronto deberíamos esperar que las cosas vuelvan a animarse —dijo—. Estaba absolutamente convencido de que la luna tenía algo que ver con todo esto.

—Empiezo a estar dispuesta a creer cualquier cosa —dijo Yolande—. Aunque, por supuesto, esa idea carece de fundamento.

—Ninguno. Son supersticiones de viejas.

—¿Y cómo marchan las cosas en París? —preguntó Wallace.

—No demasiado bien para mí. Allí se inclinan a pensar que estas tragedias son delitos comunes motivados por el robo. Consideran que el Monstruo no es más que una fantasía. Eso me recuerda que la próxima semana tendré que regresar a París. Debo comparecer en un juicio importante.

—¿La próxima semana? Pero ¿volverá aquí?

—Eso espero. No sé cuánto durará el juicio, pero no tendré tranquilidad hasta llegar al fondo de este asunto. Me quedan tres o cuatro días para echarle mano a Niels, y pienso aprovecharlos. Nada me agradaría más que tenerlo como compañero de viaje.

Wallace le pidió a Yolande que tocara el piano, cosa que no hacía desde hacía algún tiempo.

Pronto las románticas melodías de un nocturno de Chopin comenzaron a flotar en el cálido aire de la noche, mientras Fouchard, que se había quedado solo con la botella de benedictino, disfrutaba plácidamente del momento.

Luego convencieron a Wallace de que cantara, y ofreció una magnífica interpretación de «¿Quién es Silvia?», de Schubert.

—Magnífico —dijo Yolande, levantando hacia él un rostro encendido por la admiración—. Cante otra.

—¿Conoce *El Rey de los Elfos*? —preguntó Fouchard.

—¿Y por qué no mejor la *Marcha Fúnebre*? —replicó Wallace.

Yolande fue quien eligió la siguiente pieza.

Escogió la obra maestra de Schubert, «*Impatiencia*», una canción que exigía mucha más pasión de la que Wallace creía poseer.

Pero aquella noche, con el cabello de Yolande rozando casi su mano y sintiendo tan intensamente el magnetismo de su presencia, se encontraba precisamente en el estado de ánimo adecuado para dar salida a todas las emociones que había mantenido contenidas.

Ella, sin embargo, estaba completamente absorta en la música y no parecía darse cuenta de que Wallace le estaba cantando aquella canción a ella.

Antes de que la última nota se extinguiera, una brusca interrupción quebró el momento.

Desde el exterior resonó una risa estridente y diabólica, y un gran terrón de césped fue lanzado a través de la ventana, que estaba entreabierta. Cayó sobre la tapa del piano de cola y se deslizó por ella, esparciendo tierra sobre el vestido de Yolande.

—¡Al diablo! —exclamó Fouchard, poniéndose de pie de un salto.

—¡No vaya! —gritó Yolande.

Pero Fouchard ya había saltado por la ventana, con una pistola firmemente empuñada.

Wallace sintió un impulso irresistible de seguirlo, pero temía dejar sola a Yolande.

—Eso ya ha ocurrido antes —dijo ella, temblando.

—¡Esa risa da escalofríos!

—Es la misma voz espantosa. Arruinó esa maravillosa canción… y yo empezaba a creer que las cosas estaban mejorando. ¿Vio algo?

—№

Ella se acomodó muy cerca de él en el sofá, y Wallace pudo sentir el rápido latido de su corazón.

Era evidente que sus nervios comenzaban a ceder y que su resistencia tenía un límite.

Cuando Fouchard regresó, movió la cabeza con desaliento.

—No había ni rastro de nadie —dijo—. Encontré un claro en el césped, justo afuera, donde habían arrancado ese terrón.

—Toque la campanilla, señor —pidió Yolande—. El salón ha quedado hecho un desastre.

Una criada acudió al llamado de Fouchard.

Yolande señaló la tierra y el césped esparcidos por la habitación, pero la muchacha parecía no comprender. Se veía extraordinariamente alterada y permanecía moviendo la cabeza como una figurilla de porcelana.

—Perdón, señorita —balbuceó por fin—. Se oye un ruido extraño en el cuarto de Bertha. Todas lo hemos oído, pero tenemos miedo de entrar.

—¿Qué clase de ruido? —preguntó Fouchard.

—¡Mon Dieu!… ¡Es espantoso! Gemidos… y sollozos.

Wallace miró a Fouchard, y este apretó los labios.

Yolande se aferró al brazo del sofá.

—Iré a ver —dijo Fouchard—. Será mejor que usted permanezca con su señora.

—Yo también me quedaré —dijo Wallace.

—№ Vaya con Fouchard —insistió Yolande—. Puede que… pueda hacer falta.

Los dos hombres se apresuraron hacia la zona destinada al servicio, y una criada, visiblemente asustada, los condujo hasta el cuarto de Bertha.

Apenas se acercaron, el ruido se hizo claramente audible.

Era como si alguien intentara pedir auxilio, pero estuviera impedido de articular palabra.

Fouchard abrió la puerta de golpe.

La habitación estaba iluminada.

Bertha permanecía sentada en una silla frente al tocador, con ambos brazos atados al respaldo mediante una sábana arrancada de la cama.

Tenía una esponja metida a la fuerza en la boca; la habían introducido con tal brutalidad que los labios le sangraban.

No era la Bertha de siempre.

Era una mujer aterrorizada, con los ojos desorbitados y el rostro completamente pálido.

Fouchard le sacó la esponja de la boca, mientras Wallace desataba la sábana, cuyos nudos estaban firmemente apretados.

—¡Agua! —jadeó Bertha.

Wallace llenó un vaso con agua de la jarra y se lo acercó a los labios.

Ella bebió con avidez y luego tomó el pañuelo que él le ofrecía para limpiarse la sangre de la boca lastimada.

—Ahora cuéntenos qué ocurrió —dijo Fouchard.

—Me… me da vueltas la cabeza.

—Déle un momento —intervino Wallace—. Sugiero que bajemos. La señorita estará ansiosa por saber qué ha sucedido aquí.

Fouchard estuvo de acuerdo, y la todavía muy conmocionada Bertha los acompañó hasta el salón.

La criada, después de limpiar el desorden, fue despedida.

—Bien —dijo Fouchard—. Ahora nos gustaría que nos contara exactamente lo que ocurrió en su habitación.

Bertha había recuperado ya parte de su serenidad habitual.

Se removía nerviosamente en su asiento y era evidente que no tenía ninguna intención de entrar en detalles.

Fouchard ya esperaba esa reacción.

—Será mejor que diga la verdad —dijo con tono cortante—. No queremos una historia inventada.

CAPÍTULO XXI UNA PROPUESTA

Bertha se irguió con dignidad ante el comentario de Fouchard y, para frustración del detective, se limitó a encogerse de hombros y guardar silencio.

—¡Hum! —gruñó Fouchard—. Justo como pensaba. Usted…

—¡Espere! —exclamó Yolande—. Me gustaría hablar yo misma con Bertha.

—Como desee… como desee.

—Bertha —dijo Yolande con voz serena y perfectamente controlada—. No tiene sentido seguir dando rodeos. Sé que usted no es una criada común y corriente. Entró a mi servicio con un propósito oculto, ¿no es así?

Bertha vaciló un instante y luego asintió con la cabeza.

—Muy bien. El señor Fouchard —y, en realidad, todos nosotros— sabemos que usted está aliada con ciertas personas y que tanto ellas como usted persiguen un objetivo muy concreto. ¿Lo admite?

—Sí. Señorita Fallières, quiero que sepa que he hecho todo lo posible por serle leal…

—¡¿Leal?! —soltó Fouchard con una risa burlona.

—¡Le ruego que guarde silencio! —dijo Yolande.

—El señor Fouchard puede reírse cuanto quiera, pero es la verdad —continuó Bertha—. Usted siempre me ha tratado con amabilidad, aun sabiendo desde hace tiempo que fingía ser otra persona. Precisamente por eso le he suplicado tantas veces que abandonara este castillo…

—Eso está completamente descartado. Pero continúe.

—Es cierto que perseguimos un objetivo muy definido. No puedo decirle más, porque he jurado guardar silencio. Pero alcanzar ese objetivo implica un peligro considerable.

Su voz se volvió más tensa.

—¿Por qué no toman en serio lo que ya ha sucedido? El peligro no proviene de nosotros, sino de alguien más.

—¿La criatura que entró esta noche en su habitación? —intervino Fouchard.

—Sí.

—¿Ese individuo también busca lo mismo que ustedes? —preguntó Wallace.

—No puedo decirle nada más. Si no sintiera un gran afecto por la señorita Fallières, ni siquiera habría dicho tanto. Antes de abandonar el castillo quiero advertirles una vez más que tengan muchísimo cuidado.

—¿Así que piensa dejar mi servicio? —preguntó Yolande.

—Me es imposible permanecer aquí por más tiempo, ahora que sabe que he estado fingiendo.

—Pero eso lo sé desde hace bastante tiempo. Bertha, dígame una cosa: ¿esos hombres la están amenazando de algún modo? ¿Es realmente libre para actuar?

—Sí. Completamente… completamente libre.

—¿Y cree que voy a dejarla marcharse tan fácilmente? —preguntó Fouchard con brusquedad—. No he actuado contra usted porque, hasta ahora, me convenía hacerlo, pero…

—¿Está pensando en arrestarme?

—Sí. Y puedo hacer que las cosas resulten muy desagradables para usted. Con su silencio está obstaculizando la acción de la justicia.

—Estoy en sus manos —respondió Bertha con tranquilidad—. Pero se equivoca si cree que podrá condenarme por algo. Conozco bastante bien la ley, señor. Puedo demostrar un coartada absoluta respecto de los dos asesinatos.

—Pero sabe quién los cometió —replicó Fouchard con dureza.

—Usted también lo sabe, señor.

Fouchard apretó los dientes al oír aquella respuesta.

Fue entonces cuando Yolande expresó una idea que había ido tomando forma en su mente durante los últimos minutos.

—Propongo una tregua —dijo.

—¿Qué?

—Espere, señor. Bertha no actúa sola; forma parte de un grupo de cuatro personas. ¿Qué les parecería reunirnos con los otros tres en una mesa de diálogo y hablar las cosas con franqueza?

Fouchard quedó horrorizado ante la sola sugerencia, y Wallace también se mostró algo sorprendido.

—En cuanto ponga las manos sobre Niels, lo arrestaré —declaró Fouchard.

—No, no lo hará —respondió Yolande.

—¿Y por qué no?

—Porque quiero pedirle un favor muy especial. Quiero poder asegurarle a Bertha, bajo nuestra palabra de honor, que dejaremos de enfrentarnos durante doce horas, a partir de mañana al mediodía. Y quiero pedirle a Bertha que traiga aquí a sus compañeros para que pueda presentarles una propuesta importante.

—¿Cuál? —preguntó Fouchard.

—Eso podrá discutirse más adelante.

—¡Pero esto es absurdo! Tenemos delante a una banda de ladrones, secuestradores y…

—La idea me parece buena —lo interrumpió Wallace—. ¿Qué tiene que perder cualquiera de las dos partes aceptándola? ¿Qué opina usted, Bertha?

—¿La señorita habla en serio?

—Completamente en serio. Daría mucho por conseguir la paz. Fouchard… ¿aceptará?

—¿Durante doce horas?

—Ni un minuto más. Si no logramos llegar a un acuerdo, continuaremos exactamente donde lo dejamos. ¿No le parece razonable?

—A mí me parece una locura —refunfuñó Fouchard—. Pero si ese es el deseo sincero de la señorita, solo puedo responder: *noblesse oblige*.

—¡Así se habla! —dijo Wallace—. ¿Y usted qué piensa, Bertha? ¿Aceptarán sus amigos?

—No puedo asegurarlo. Pero si el señor Fouchard me permite salir del castillo sin intentar seguirme, haré todo lo posible para conseguir que mañana, a las ocho de la noche, se reúnan aquí.

—Lo prometo.

—Gracias, Fouchard —dijo Yolande—. Y gracias a usted también, Bertha. Creo que deberíamos ser amigas y no enemigas.

— Quiera Dios que eso fuera posible.

* * * * * * *

A la tarde siguiente, Niels y sus dos cómplices conversaban en su escondite mientras tomaban una taza de té.

Walther y Heinrich conservaban su habitual serenidad, pero Niels mostraba una expresión de impaciencia.

—La torpeza de Rupert lo ha echado todo a perder —dijo—. Dejar escapar a ese joven diablo…

—No puedes culpar únicamente a Rupert —respondió Heinrich—. Ni uno de cada mil hombres habría arriesgado una travesía de casi cinco kilómetros a nado por el Canal de la Mancha en plena noche. Ese joven merece mi admiración.

—Y también tiene mi automóvil —gruñó Niels—. Tenemos que empezar de nuevo desde el principio.

—El tiempo juega a nuestro favor —dijo Walther—. Sabemos que dentro de unos días Fouchard tendrá que regresar a París. Entonces solo nos quedará ocuparnos de Wallace.

—Para entonces puede que el otro ya haya vuelto. Todo el plan se ha venido abajo por culpa de esos dos malditos ingleses.

—Pero…

Los tres se sobresaltaron al oír moverse el pestillo de la puerta y, un instante después, exclamaron con sorpresa y alivio al ver entrar a Bertha.

Niels la observó con cierta desconfianza, pues tenía motivos para creer que Bertha estaba encariñándose demasiado con Yolande.

—¿Qué sucede ahora? —preguntó.

—Lo vi anoche.

—¡¿Qué?!

—Entró en mi habitación. Fue… horrible, horrible. Me asusté e intenté huir, pero me ató a una silla y me amordazó. Después sacó una navaja de afeitar. Creí que había llegado mi última hora, pero se echó a reír como un loco y se marchó.

—¿Crees que te reconoció?

—No lo sé. Sentía que me ahogaba e intenté pedir ayuda. Debieron oírme algunos de los sirvientes, pero estaban demasiado asustados para entrar. Fueron a buscar a Fouchard.

—¿Y bien?

—Fouchard me interrogó. Al final bajamos a ver a la señorita. Naturalmente, no pude decir gran cosa.

—¿Qué entiendes por «gran cosa»? —preguntó Niels.

—No dije absolutamente nada sobre… lo que buscamos. Ellos… ya saben quién soy y que estoy relacionada con ustedes.

—Eso era evidente.

—Le dije a la señorita que me marcharía inmediatamente.

—¿Por qué?

—Porque la situación es insostenible. Sus intereses y los nuestros chocan demasiado. Me niego a seguir fingiendo por más tiempo.

—Ya no podrías hacerlo de todas formas —dijo Walther—, puesto que ella ya sabe quién eres.

—Lo que quiero decir es que prefiero ser una enemiga declarada, si es que esa es la palabra adecuada. Pero esperen. Al final me hizo una propuesta muy extraña. Quiere que los tres acudan a una especie de conferencia de tregua. Dice que tiene una propuesta importante que presentarles y que podría resultar aceptable para…

—¡Magnífico! —se burló Niels—. ¿Y se supone que iremos tranquilamente hasta allá para extender las manos mientras el señor Fouchard nos coloca sus bonitas esposas? ¡Vaya ocurrencia!

—¡Déjame terminar! —dijo Bertha—. Hay más sensatez en esto de la que imaginas. Fouchard ha dado su palabra de honor de respetar la tregua al pie de la letra: doce horas a partir del mediodía de hoy. Puedes confiar en él, Niels. No se trata de ninguna trampa. Al principio se negó, pero la señorita consiguió convencerlo… con ayuda de Wallace.

—Qué situación tan curiosa… —reflexionó Heinrich—. ¿No tienes la menor idea de en qué consiste esa propuesta?

—Ninguna. Ni siquiera quiso decírsela a Fouchard.

—Sería una locura ir —afirmó Niels—. ¿Qué tendríamos que discutir con ellos?

—Pero si podemos confiar en su palabra de honor, esa reunión no puede perjudicarnos. No tenemos nada personal contra ese grupo, salvo que se interponen en nuestro camino —dijo Heinrich.

—Estoy de acuerdo —añadió Walther—. Las treguas tienen la extraña costumbre de poner fin a las guerras. Bertha juzga muy bien el carácter de las personas. Está en condiciones de asegurarnos que detrás de esta invitación no hay ningún engaño.

—Puedo responder por ellos sin la menor duda —afirmó Bertha—. Vamos, Niels, sé razonable.

—Hay demasiado en juego —dijo Niels con severidad—. Un solo paso en falso y todo estará perdido. No alcanzo a ver qué beneficio puede salir de esto, pero estoy dispuesto a hacerles caso a ustedes. Será bastante divertido conversar con Fouchard.

—Entonces, esta noche, a las ocho, en el castillo.

—Allí estaremos. ¿Cómo llegaste hasta aquí?

—Alquilé un automóvil en Arveyes, pero lo dejé bastante lejos. No se preocupen; el conductor es un completo idiota.

—Yo te llevaré de regreso —dijo Niels—. Tenemos una maravillosa máquina que va sembrando piezas de repuesto por todo el camino. La llevamos «a toda velocidad»… a cuarenta kilómetros por hora. Quizá consiga convencer a la señorita de que me venda mi propio automóvil.

Así, Niels dejó a Bertha en el bosque, a las afueras del castillo, pues no era hombre de correr riesgos innecesarios.

Bertha comunicó de inmediato a Yolande que había tenido éxito en su misión, y esta transmitió la noticia a Wallace y a Fouchard.

—¡Esto es de lo más irregular! —refunfuñó Fouchard—. ¿Qué se trae entre manos?

—Muy pronto lo sabremos —respondió Wallace.

CAPÍTULO XXII LA REUNIÓN

Niels y sus tres compañeros llegaron puntualmente, al dar las ocho en punto, y fueron conducidos al salón.

Yolande y Bertha aún no estaban presentes, pero Fouchard y Wallace sí.

Los ojos de Fouchard brillaron al contemplar la desgreñada cabeza de Niels, y este le devolvió la mirada con evidente interés.

Walther y Heinrich, en cambio, se mostraban tan tranquilos como siempre, incluso sonrientes.

—Tomen asiento, por favor —dijo Wallace—. La señorita estará aquí dentro de unos minutos.

—Así que volvemos a encontrarnos, señor Wallace —dijo Niels mientras ocupaba el gran sillón, que habría sido más apropiado para la corpulencia de Walther.

—Por supuesto. ¿Acaso imaginaba que no sería así? —respondió Wallace.

—Tenía ciertas dudas.

—Probablemente olvidó que los ingleses somos un poco anfibios.

—Una idea curiosa, esta tregua —comentó Walther—. ¿Fue iniciativa del señor Fouchard?

—Usted sabe perfectamente que no —replicó Fouchard—. Pero las mujeres suelen salirse con la suya. No se engañen, amigos míos: esta charla de mesa no cuenta con mi entusiasmo.

—Tampoco con el mío —añadió Niels.

Walther hizo un gesto conciliador con su gran mano blanca, como correspondía a un pacificador nato.

—Si empezamos de esta manera, hay pocas esperanzas de que esto llegue a buen puerto —dijo—. Al menos, procuremos conservar el espíritu de la reunión.

—¡Muy bien dicho! —convino Heinrich—. Si el señor desea nuestras cabezas, podrá tomarlas mañana o pasado mañana. Lamento que su viaje por mar terminara antes de tiempo, señor Wallace. La verdad es que casi le tenía envidia.

—Ah… aquí llega la señorita —anunció Fouchard.

Yolande entró en la habitación acompañada de Bertha.

Vestía un elegante traje de noche de terciopelo negro que le sentaba a la perfección. Sonrió e inclinó ligeramente la cabeza en señal de saludo.

—Por favor, siéntense —dijo—. Lamento haberlos hecho esperar. Bertha, ¿quiere sentarse junto a sus… amigos?

Niels tamborileaba los pulgares con impaciencia, y Fouchard tenía el aspecto de quien desea que aquella farsa termine cuanto antes.

Walther y Heinrich, en cambio, parecían resignados.

Había algo profundamente cautivador en la esbelta y majestuosa figura de Yolande, y ambos mantenían la vista fija en ella.

—No hace falta perder tiempo con formalidades —comenzó ella—. Bertha ya les ha contado todo lo que ha ocurrido últimamente. No tengo mucho que decir, pero les ruego que escuchen con atención. En primer lugar, ¿puedo dar por hecho que ninguno de ustedes siente animadversión hacia mí ni hacia mis amigos?

—En absoluto —respondió Walther—. Nos vimos obligados a tomar… ciertas medidas.

—¿Como secuestrarnos? —intervino Wallace.

—Bueno… sí.

—¿Y es correcto suponer que hay algo, dentro o en los alrededores de este castillo, que ustedes pretenden llevarse?

—Así es —respondió Niels.

—¿Tiene valor para ustedes?

—Sí.

—¿Y para mí?

—No —contestó Walther.

—Sí —añadió Niels con firmeza.

—¿A cuál de los dos debo creer?

Nadie respondió.

Bertha lanzó una mirada penetrante a Niels, mientras Walther se removía incómodo en su asiento.

—Una vez que obtengan lo que buscan, dejarán de molestarme. ¿Es así?

—Absolutamente.

Los ojos de Yolande adquirieron un brillo más severo, y sus blancas manos, apoyadas sobre la pulida mesa de nogal, se cerraron en puños.

—¿Y la otra parte implicada en este misterio? Ese escurridizo asesino que mató a mi padre y a Severin… ¿dejará también de perseguirnos cuando ustedes se lleven lo que buscan?

Niels murmuró:

—Sí.

Los demás asintieron.

—Entonces él también busca lo mismo que ustedes.

—Sí —respondió Niels.

—¿Y por qué no lo ha encontrado? Lleva dos años rondando este lugar, comportándose como un demente. ¿Significa eso que ustedes poseen una pista que él no tiene?

—Sí —respondió Walther—. Pero…

Niels lo interrumpió con una mirada.

Yolande esperó a que continuara, pero se encontró únicamente con un obstinado silencio.

—Muy bien —dijo lentamente—. Esta es mi propuesta… mi oferta.

Hizo una breve pausa antes de continuar.

—Les cedo todo lo que esté oculto en este lugar. Ya están aquí, en el sitio. Tomen aquello que buscan y déjenme vivir en paz.

—¡¿Qué?! —exclamó Fouchard.

—Lo digo completamente en serio. Recuerde su promesa, Fouchard. Ellos no pueden llevarse el castillo ni las tierras. No tengo ningún interés en un tesoro enterrado, y si con ello consigo librar este lugar de ese otro buscador asesino, me daré por suficientemente recompensada.

Los visitantes se miraron entre sí con curiosidad.

Wallace estaba convencido de que aceptarían de inmediato, pero se equivocó.

El rostro de Niels permanecía impasible como una máscara, mientras Heinrich parecía vacilar.

Fue Bertha quien intentó inclinar la balanza hacia la paz.

—¿Por qué no, Niels? —suplicó—. La señorita está siendo muy generosa. ¿No crees que…?

—Esperen —dijo Niels—. Señorita Fallières, ¿nos permitiría hablar a solas durante cinco minutos? No más.

—Por supuesto. Vamos a la terraza, Fouchard. Señor Wallace, ¿sería tan amable de traerme un chal que está en el vestíbulo?

Cuando los tres salieron, Niels cerró cuidadosamente la puerta y regresó junto a la mesa.

—No saben nada —dijo—. Absolutamente nada.

—Pero ella ha dado su palabra, Niels.

—¿La cumpliría… dadas las circunstancias?

—Sí.

—¿Y Fouchard? ¿Él también la cumpliría? Les digo que es imposible. Walther, Heinrich, ¿se han vuelto locos al considerar siquiera esa posibilidad? Ya conocen a Fouchard. Nunca ha simpatizado con

nosotros ni con nuestros propósitos. Quizá esta noche mantenga su palabra, pero mañana no. No habría tiempo. № No pienso aceptarlo.

—Creo que Niels tiene razón —dijo Heinrich—. Necesitamos más tiempo. Hay que apartarlos del camino. Fouchard es el mayor peligro: nos odia y jamás dará marcha atrás.

—¿Tú también lo crees, Walther? —preguntó Bertha.

—No lo sé. Casi me inclino por aceptar el riesgo.

—¡¿Riesgo?! No existe tal riesgo —replicó Niels con aspereza—. El desenlace sería inevitable. Debemos actuar solos, se los digo. Además, nuestras posibilidades son ahora mejores que nunca. Fouchard se marchará pronto y ya hemos descubierto el otro lugar. Hará falta trabajar, trabajar muy duro, pero somos cuatro. En cuatro días podríamos lograrlo sin necesidad de volver a este castillo.

—Eso es cierto.

—Entonces demos por terminadas estas conversaciones. Nuestros intereses son demasiado opuestos para reconciliarlos con un simple gesto de buena voluntad. Yo ya he dicho todo lo que tenía que decir.

—Sí. No queda nada más por discutir. ¿Llamo para que entren?

—¡Esperen! —exclamó Bertha—. Creo que todos ustedes se equivocan. Retrasarlo podría resultar fatal…

—Hazlos pasar —la interrumpió Niels—. Bertha, debes dejar este asunto en mis manos. Te agradezco todo lo que has hecho, pero los riesgos son mucho mayores de lo que imaginas.

Bertha desistió de insistir, y Walther abrió la puerta para hacer pasar de nuevo a Yolande y a los demás desde la terraza.

—¿Y bien? —preguntó Yolande—. ¿Han tomado una decisión?

—Sí —respondió Niels—. Apreciamos su deseo de encontrar una solución pacífica, pero eso no es posible. Lamentamos tener que rechazar su oferta.

—¡Excelente! —dijo Fouchard, con los ojos brillando de satisfacción.

—Lo lamento —dijo Yolande con pesar.

—Hasta aquí llegaron las conversaciones —se burló Fouchard—. Ahora, amigos míos, ya sabemos a qué atenernos. He perdido un tiempo valioso, pero no tardaré en atraparlos.

—Calma, Fouchard —intervino Wallace.

—Me temo que debo despedirme de usted, señorita —dijo Bertha—. Ya no puedo permanecer aquí.

—Lo comprendo.

—Voy a recoger mis pertenencias.

En el momento en que salía de la habitación, sonó el teléfono.

Fouchard se acercó al aparato y descolgó el auricular.

—Llaman desde Londres —anunció.

—Supongo que es Conrad —dijo Wallace—. Había olvidado que podía comunicarse con nosotros aquí.

—¿Bueno?… ¿Bueno?… Sí, el señor Wallace está aquí. Habla Fouchard. ¿Cómo está, señor Conrad?

—¿Quiere hablar conmigo? —preguntó Wallace.

—Sí.

Wallace tomó el auricular.

La voz de Conrad se oía con bastante claridad.

Conversaron durante aproximadamente un minuto, hasta que la comunicación se interrumpió bruscamente.

Wallace regresó junto a Fouchard.

—Ha descubierto algo —dijo—. Va a venir de inmediato. ¡Por Dios, debe de ser importante! Incluso ha nombrado un sustituto para que lo reemplace en el Congreso. Tiene que ver con Steinbech.

—¿Steinbech? ¿El nombre que aparecía en el papel?

—Exactamente. Lo había olvidado.

Fouchard se volvió de inmediato hacia Niels y advirtió que su rostro reflejaba una evidente agitación.

Walther parecía igualmente alterado.

—Parece que hemos dado con una pista por pura casualidad —comentó Fouchard—. Dígame, amigo mío, ¿el nombre Steinbech le sugiere algo?

—¡Nada! —gruñó Niels.

—Pues a mí sí. Y también al señor Conrad; de lo contrario no vendría hasta aquí. Parece que su decisión de hace un momento fue un poco precipitada. Pero ya es demasiado tarde para retractarse. Por fin tenemos la clave del misterio.

Niels soltó una risa desdeñosa, pero era evidente que la noticia había sobresaltado profundamente a los tres.

Cuando Bertha regresó con su maleta, los cuatro se marcharon.

Fouchard se frotó las manos con satisfacción.

—Ya estamos sobre la pista. Siempre supe que la clave estaba en ese papel. ¿Vieron la expresión de sus caras?

—Es una lástima que les hayamos dado la voz de alarma —dijo Wallace —. Por un momento olvidé que ya había oído ese nombre antes.

—Pero ¿por qué no aceptaron mi propuesta? —preguntó Yolande.

—Porque no confían en nosotros. Evidentemente, aquello que buscan tiene un valor tan grande que temen que más adelante cambiemos de opinión. Es una pena que se cortara la llamada de Conrad. Necesito más información. ¿Podría telefonearle?

—Está en provincias. Dudo que pudiera comunicarse con él. Además, dijo que venía inmediatamente. Si sale mañana de Londres, podría estar aquí mañana por la noche.

—Entonces tendremos que esperarlo. Steinbech… Steinbech… y esos números. ¿Qué demonios significan?

—Conrad, al parecer, lo sabe. Da la impresión de que nos ha tomado la delantera. Nosotros no hemos sido capaces de ver el bosque por culpa de los árboles.

—Me pregunto si su optimismo está justificado —dijo Yolande—. ¿Qué fue exactamente lo que dijo el señor Conrad?

—Dijo que, por un golpe de extraordinaria suerte, había tropezado con lo que podría ser la clave para resolver este misterio. Aseguró que todo dependía de un hombre llamado Steinbech; pero, en vez de ir directamente al grano, empezó a contarme que iba caminando por una calle de Manchester cuando, de repente, vio… En ese preciso momento la maldita operadora cortó la comunicación.

—Me pregunto si quiso decir que vio a ese tal Steinbech. Aunque, si así fuera, no tendría forma de reconocerlo —reflexionó Fouchard—. Es una lástima que no hubiera empezado su relato dos minutos antes.

—Supongo que creyó que había tiempo de sobra. Siempre le gusta convertir cualquier cosa en una buena historia. En cualquier caso, lo veremos dentro de cuarenta y ocho horas. Me pregunto cuál será ahora el próximo movimiento de Niels.

CAPÍTULO XXIII UN LLAMADO DE AUXILIO

A la mañana siguiente llegó un telegrama de Conrad.

Informaba a Wallace que llegaría a Arveyes en el tren de las diez de la mañana del día siguiente.

—¡Excelente! —dijo Fouchard—. Aún me quedarán dos días. Nunca en mi vida he tenido tantas ganas de desentrañar un misterio. Si no le importa, iré con usted a recibirlo.

Wallace aceptó de buen grado y entró al garaje para entretenerse revisando el Bentley.

Lo primero que vio fue a Watkins tendido en un rincón, con las manos atadas y una mordaza en la boca.

Solo entonces advirtió que el automóvil capturado había desaparecido.

—¡Maldita sea! —murmuró mientras liberaba al chófer.

—¿Qué ocurrió, Watkins? —preguntó.

El chófer jadeó para recuperar el aliento y se frotó los miembros entumecidos, mascullando entre dientes algo sobre «esos malditos hunos».

Finalmente dijo en voz alta:

—Anoche estaba a punto de acostarme cuando alguien llamó a la puerta. Pensé que era usted o el señor Fouchard. ¡Caramba! Apenas había asomado la cabeza cuando me pusieron algo sobre la nariz. Me dejó fuera de combate en un instante. Eso es todo lo que sé.

—Se llevaron su automóvil.

—¿Así que eso era lo que buscaban?

—Sí. Debimos haberlo dejado inutilizado.

Fouchard recibió la noticia con el ceño fruncido.

—Así cumplen su palabra de honor —dijo—. Aprovecharon la primera oportunidad para dar el golpe.

—No estoy tan seguro. Esto pudo haber ocurrido después de la medianoche. Doy gracias de que no hayan estropeado el Bentley.

A la mañana siguiente, los dos hombres partieron hacia Arveyes y llegaron con algo de anticipación.

Descubrieron que el tren llevaba ya cuarenta minutos de retraso, así que Fouchard aprovechó el tiempo para visitar a la policía local, mientras Wallace se sentaba a fumar en el pequeño café junto a la estación.

—¡Bonita pandilla! —refunfuñó Fouchard cuando regresó—. No tienen la menor idea de dónde se esconden Niels y sus amigos. Ahí viene el tren.

Cuando los pocos pasajeros descendieron, quedó claro que Conrad no estaba entre ellos.

No había otro tren de larga distancia hasta la tarde, por lo que regresaron a Grammont con la esperanza de encontrar un telegrama.

Pero no había llegado nada.

—Difícilmente habría tenido tiempo —dijo Yolande—. Los telegramas tardan horas y horas en llegar hasta aquí. Sin duda él lo sabe y vendrá en el próximo tren.

—¿Quién sabe? —dijo Fouchard en tono enigmático.

—¿No creerá que Niels…?

—¿Y por qué no? Ese hombre movería cielo y tierra con tal de impedir que descubramos su secreto. Anoche vino a recuperar su automóvil. Debieron empujarlo un buen trecho, porque tengo el sueño ligero y no oí ningún ruido. ¿Por qué necesitaban el coche con tanta urgencia?

—¡Por Dios, es cierto! —exclamó Wallace—. Tuvieron tiempo de llegar a Calais y tenderle una emboscada a Conrad. Creo que ha dado en el blanco, Fouchard.

—Estoy convencido. Fuimos unos necios al darles la pista. Sin la ayuda de Conrad seguimos exactamente igual que antes.

—Esperemos a ver qué trae el próximo tren —rogó Yolande—. Secuestrar a alguien en Calais no es precisamente una tarea fácil.

Así pues, esa misma tarde los dos hombres volvieron a la estación para recibir el siguiente tren.

Solo descendieron una docena de pasajeros con destino a Arveyes.

Conrad no estaba entre ellos.

—¡Al diablo! —masculló Fouchard con furia.

Wallace regresó solo al castillo, pues Fouchard tenía algunos asuntos que atender en Arveyes y dijo que volvería caminando más tarde.

Apenas había guardado el automóvil en el garaje cuando vio a un muchachito rondando por los alrededores del castillo.

—¿Qué buscas? —le preguntó Wallace en francés.

—Je cherche M'sieur Wallace.

—Soy yo.

El muchacho sacó un papel doblado del interior de su blusa.

Había unas palabras garabateadas en francés con una letra tan mala que Wallace apenas consiguió descifrarlas.

Finalmente logró leer el mensaje:

> «Soy prisionero en una granja situada a tres kilómetros de Basset. Se llama Mont Rouge. El mensajero escribe lo que le dicto porque no puedo usar las manos.
>
> Conrad.»

Pidió al muchacho que esperara y entró al castillo para buscar a Yolande.

Ella comprendió enseguida, al verlo, que traía noticias importantes.

—¿Un mensaje?

—Sí, de Conrad. Esa gente lo ha capturado. ¿Conoce un pueblo llamado Basset?

—Sí. Está a unos veinticinco kilómetros de aquí.

—Lea esto.

Yolande leyó el mensaje y frunció los labios pensativamente.

—¿Será una trampa?

—No lo creo. Pero haré pasar al muchacho para ver qué podemos averiguar.

El chico fue sometido a un minucioso interrogatorio.

Todo lo que contó parecía perfectamente verídico.

Vivía cerca de Mont Rouge y había salido a buscar un gatito que se había perdido.

Al acercarse a la granja oyó unos ruidos extraños.

Procedían del sótano y salían por una reja.

Al principio huyó asustado, pero luego reunió valor y regresó.

Entonces vio un rostro.

Se acercó un poco más, y un hombre detrás de los barrotes le pidió que escribiera exactamente el mensaje que llevaba y que lo entregara a un tal señor Wallace, quien lo recompensaría.

No vio a nadie más en la granja.

Creía que el propietario estaba de vacaciones.

—Parece auténtico —dijo Wallace—. Déjeme consultar el mapa.

Encontró Basset sin dificultad, y su ubicación le hizo pensar que, por fin, habían descubierto el escondite de Niels.

—Voy para allá ahora mismo.

—Será mejor que espere a Fouchard.

—Lo dejé en Arveyes.

—Puede llamarlo a la comisaría.

—Lo intentaré.

Consiguió comunicarse con la gendarmería, pero le informaron que Fouchard acababa de marcharse y ya iba de regreso a Grammont.

—No puedo esperar, Yolande. Cuando Fouchard vuelva, dígale adónde he ido. Él podrá alcanzarme. Me disgusta dejarla sola, pero no puedo desaprovechar esta oportunidad.

—No, claro que debe ir. Pero me gustaría que no fuera solo. ¿Por qué no lleva a Watkins?

—Creo que hace más falta aquí —respondió significativamente.

Entonces recordó un detalle importante y preguntó al muchacho cómo había conseguido llegar desde un lugar tan apartado como Basset hasta Grammont.

El chico respondió sin vacilar.

Se había subido al depósito de gasolina de un automóvil cuando este se detuvo a cargar combustible y había viajado gratis hasta un punto situado a poco más de un kilómetro del castillo.

—Es un muchacho sincero —dijo Wallace—. Lo llevaré de regreso conmigo.

—¿Promete… tener cuidado? —le suplicó ella—. Temo que, si se ven acorralados, sean capaces de recurrir a la violencia.

—Lo sé. Pero Fouchard sabrá dónde encontrarme. Debería llegar una hora aproximadamente después que yo.

Yolande salió del castillo para despedirlo.

Antes de que partiera, le estrechó la mano con fuerza.

—Regrese pronto —murmuró—. Usted… parece haberse convertido ya en parte de mi propia existencia.

Fue tan inesperado que se le resbaló el pie del pedal y el coche casi dio un salto hacia la verja. El corazón le latía con fuerza, pues era la primera señal inequívoca de que había algo más que amistad por parte de ella.

Era evidente que el muchacho jamás había viajado en un coche veloz. Permanecía acurrucado en un rincón del asiento como un ratón asustado mientras el Bentley rugía por la carretera.

—¿Por dónde?

—**Tout droit!** (¡Todo recto!)

Diez millas más adelante el muchacho señaló hacia la izquierda, aunque lo hizo demasiado tarde, y el automóvil dio un derrape que puso los nervios de punta.

—¡**Mon Dieu!** (¡Dios mío!)

—Tranquilo, hijo. Veo unas luces a lo lejos. ¿Es Basset?

El muchacho tragó saliva y asintió. Unos minutos después entraban en la dispersa aldea.

Era una comarca sumida en la pobreza, pues la guerra la había devastado y, sobre las antiguas ruinas, se habían levantado toda clase de viviendas extrañas e improvisadas: construcciones de chapa ondulada, viejos barracones militares y otros refugios semejantes. Más allá se extendía una red de estrechos caminos, y fue preciso recurrir al conocimiento del terreno que tenía el muchacho cada pocos minutos.

Por fin apareció Mont Rouge. Era una baja casa de labranza situada a cierta distancia del camino, y el único acceso para vehículos era un sendero tan cubierto de barro que Wallace decidió dejar el coche bajo unos árboles, en una especie de «isla» próxima al punto donde el camino de la granja desembocaba en la carretera principal.

El muchacho no mostró el menor deseo de acercarse a la oscura granja, de modo que Wallace le pidió algunos detalles más y le pagó por sus servicios. Luego saltó la cerca y atravesó los prados en dirección a Mont Rouge, cuya silueta se recortaba contra el cielo iluminado por la luna.

Hasta donde alcanzaba su vista, no había ni un solo destello de luz en el lugar, y comenzó a temer que Conrad hubiese sido trasladado después de enviar el mensaje.

Recordó que llevaba consigo una pequeña linterna eléctrica y, con su ayuda, exploró la parte trasera del edificio, pues el muchacho le había dicho que la reja por la que había visto el rostro de Conrad se encontraba frente a un cobertizo.

Llegó a una puerta y probó el picaporte con cuidado. Estaba cerrada con llave.

La luz de la linterna reveló unas huellas de neumáticos a poca distancia, y vio que conducían hasta un cobertizo. Sin embargo, este estaba vacío, aunque había señales evidentes de que un automóvil había permanecido allí hasta hacía poco.

Al fin encontró la reja.

Era muy pequeña: no tendría más de un pie de diámetro ni mucha más profundidad. Se arrodilló y dirigió el haz de la linterna a través de ella.

En cuanto la luz iluminó un rostro conocido, dejó escapar un grito ahogado de alegría.

—¡Connie!

—¡Buen muchacho! Me preguntaba si vendrías.

—¿Hay alguien de la banda aquí?

—No estoy seguro. Oí marcharse el coche hace unas tres horas, pero no pude ver quién iba en él.

—¿Cómo puedo entrar?

—¿Has probado las puertas?

—He intentado abrir la de aquí cerca. ¿Hay otra delante?

—Sí.

—Iré por allí. Quédate quieto. No tardaré mucho.

Rodeó la casa y encontró la entrada principal, pero, igual que la trasera, estaba a oscuras y la puerta cerrada con llave.

Sobre ella había una especie de pórtico sostenido por pequeños pilares cubiertos de glicinas. El retorcido tronco de la planta le sirvió de apoyo y trepó hasta arriba para probar la ventana del dormitorio.

Estaba asegurada con un pestillo, pero entre las hojas había espacio suficiente para introducir la hoja de su navaja.

Dos minutos después se encontraba dentro.

La habitación estaba pobremente amueblada. Contenía una vieja cama con dosel y unos cuantos grabados espantosos.

La puerta daba a un corredor del que descendía una escalera. Bajó con suma cautela, pues los escalones eran viejos y crujían alarmantemente.

Al llegar al vestíbulo vaciló, ya que había tres puertas. Tras reflexionar un instante escogió la más alejada, convencido de que conduciría a la cocina y desde allí al sótano.

Estaba girando el pomo cuando oyó un ruido a su espalda y se volvió bruscamente para encontrarse frente a Walther.

La mano de Wallace se lanzó hacia su pistola, pero Walther adivinó su intención y se abalanzó sobre él como una pantera.

Pese a su enorme corpulencia era extraordinariamente ágil, y sus manos alcanzaron a Wallace antes de que este pudiera empuñar el arma.

La linterna cayó al suelo, aunque el vestíbulo estaba bien iluminado por la luz procedente de la habitación de donde había salido Walther.

—¡Te tengo! —gruñó este.

Pero había subestimado gravemente la fuerza de su adversario.

Wallace, aunque pesaba dos arrobas menos, estaba construido como una máquina de combate y, literalmente, ansiaba una pelea.

Con un hábil movimiento hizo tropezar a Walther, y ambos cayeron estrepitosamente al suelo, abrazados en lucha.

La fortuna quiso que Wallace quedara encima, aunque su ventaja duró poco.

Con un esfuerzo hercúleo Walther lo lanzó hacia atrás y, un segundo después, ya estaba nuevamente de pie.

Ahora aquello era un combate puramente pugilístico, y todas las probabilidades favorecían al hombre más joven.

Wallace se olvidó por completo de la pistola y adoptó la guardia frente a su robusto adversario.

Walther conocía algo del boxeo, pero no lo suficiente para enfrentarse a un púgil entrenado.

En el reducido espacio el combate se prolongó durante cinco minutos.

Fue una lucha feroz, en la que se intercambiaron golpes durísimos.

Finalmente Walther empezó a mostrar señales de fatiga.

Reducido a la defensiva, trataba de protegerse la mandíbula de los veloces impactos.

Pero Wallace era un veterano del cuadrilátero.

Le clavó un derechazo en las costillas y, cuando Walther bajó las manos instintivamente, lanzó un poderoso gancho de izquierda directo a la mandíbula.

Se oyó un golpe semejante al de un caballo desplomándose, y las quince arrobas de Walther quedaron hechas un ovillo sobre el sucio linóleo.

Wallace arrastró inmediatamente el pesado cuerpo hasta la puerta del fondo.

Esta daba a una cocina con suelo de losas y, a un lado, había una espaciosa despensa cuya puerta tenía dos robustos cerrojos.

Empujó a Walther al interior y echó los cerrojos.

Recogió la linterna y descubrió la puerta que conducía al sótano.

Doce escalones de piedra descendían hacia la oscuridad, y al pie de ellos había otra puerta asegurada con cerrojos.

Dentro, tendido sobre un montón de leña y carbón, estaba Conrad, atado como un ave lista para el asador.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Wallace.

—Walther. Tuve que ocuparme de él. ¡Por Júpiter, no pensaban dejarte escapar!

—Me metieron un trapo inmundo en la boca, pero logré quitármelo… ¿Has oído eso?

—¿Qué?

—El coche. Han vuelto.

Ahora Wallace también lo oyó… y voces.

De un tajo cortó la cuerda con la navaja y las ligaduras cayeron al suelo.

—¡Rápido! —dijo—. No tenemos un instante que perder.

Pero Conrad se movía con dificultad, pues una de sus piernas se negaba a obedecerle.

Wallace comenzó a frotársela con toda la energía de que era capaz.

—¿Mejor?

—Sí.

—Saldremos por donde he entrado: arriba y por la ventana del dormitorio. ¡Date prisa!

Llegaron a la cocina y oyeron a Walther descargar violentos golpes contra la puerta de la despensa.

Cuando Wallace alcanzó el rellano del dormitorio, la puerta principal se abrió.

Miró hacia atrás y vio a Bertha a punto de entrar.

Ella lo vio a él y también a Conrad en el mismo instante.

—¡Niels!

—¡Todo o nada, Connie! ¡Vamos!

Los dos saltaron limpiamente desde el pórtico sobre un mullido macizo de hierba de las pampas e inmediatamente atravesaron el jardín y echaron a correr por los prados.

Cuando estaban ya cerca de la carretera, Conrad volvió la cabeza y vio dos deslumbrantes faros avanzando lentamente… pero directamente hacia ellos.

—Nos están persiguiendo —dijo.

CAPÍTULO XXIV ¡JAQUE!

Wallace encontró su coche y lo puso en marcha en cuestión de segundos. Más por suerte que por habilidad, logró abrirse paso por el laberinto de caminos hasta Basset. Desde allí el trayecto era recto, salvo por dos desvíos.

—¿Qué fue lo que descubriste, Connie?

—Descubrí quién es Steinbech, y creo que ya sé lo que significan esas cifras… ¡Por Júpiter, nos siguen… y nos están alcanzando!

Wallace podía ver el reflejo de los faros del otro automóvil en el espejo retrovisor. Iban tres personas a bordo, de modo que era evidente que Walther había sido liberado.

—Esta vez están desesperados —dijo—. Saben que has dado con el secreto y piensan impedir que utilicemos ese conocimiento.

¡Zip! Una bala impactó en la carretera junto al coche, y el estampido llegó un instante después. Wallace apretó los labios y aceleró a fondo. A una velocidad vertiginosa, el Bentley rugió por la carretera, pero las luces del espejo retrovisor no parecían quedar más atrás.

¡Zip! ¡Zip! Otras dos balas golpearon el camino y salieron silbando por el aire.

—¡Esto es el diablo! —exclamó Conrad.

—No nos están apuntando a nosotros.

—¿Al depósito?

—№ Eso no nos detendría con suficiente rapidez. El blanco es un neumático trasero. Dios sabe lo que ocurrirá si aciertan; la carretera está tan resbaladiza como si estuviera untada de manteca.

—¿Llevas la pistola?

—En el bolsillo.

—Voy a dispararles —dijo Conrad—. Que me cuelguen si voy a quedarme aquí sentado sirviendo tranquilamente de blanco.

Sacó la pistola e hizo dos disparos. Pero aquello no pareció afectar en lo más mínimo a la velocidad del coche perseguidor.

—Que se acerquen —murmuró Conrad—. Les meteré una o dos balas en los neumáticos delanteros. Eso sí que les dará un buen sobresalto.

Wallace aflojó un poco la marcha, aunque seguía manteniendo una velocidad prodigiosa. El otro coche se fue acercando cada vez más, y Conrad apoyó el cañón de la pistola sobre el respaldo del asiento. Estaba a punto de disparar cuando desde atrás estalló una verdadera andanada de tiros y, casi al mismo tiempo, se oyó un estampido distinto, mucho más cercano.

Por desgracia, el Bentley estaba justo tomando la curva cuando el neumático del lado izquierdo quedó desinflado por el impacto de una bala. El coche dio un violento bandazo y entró en un derrape espantoso. Conrad tuvo una especie de visión futurista de setos, señales de tráfico y postes telegráficos mezclándose caóticamente, y un segundo después salió despedido del asiento, por encima del seto.

Wallace, más preparado para lo inevitable, sufrió menos. Hizo un esfuerzo desesperado por impedir que el coche volcara, y lo consiguió empotrando el morro contra un montón de arena al borde de la carretera. Pero la brusca detención le arrancó la piel de las rodillas y los codos, y estuvo a punto de dejarlo aturdido.

Vio que el otro coche rebasaba la curva y se detenía en seco. Tres figuras saltaron de él y corrieron hacia donde estaba. Buscó inútilmente la pistola y quedó estupefacto al descubrir de pronto que Conrad ya no estaba con él.

Niels se acercó corriendo con una pistola en la mano.

—¡Levante las manos! —ordenó.

En respuesta, Wallace recogió la manivela del gato —una barra de hierro bastante pesada— y se agazapó detrás del coche.

—Venga a buscarme.

—Será mejor que venga pacíficamente.

—¡Cuidado, Niels! ¡Mira!

Walther señaló carretera arriba, y Niels soltó una maldición al ver unos faros aproximándose a toda velocidad. Wallace volvió la cabeza bruscamente y reconoció el automóvil que se acercaba. Era el Hispano de Yolande, y no le cupo duda de que Fouchard iba a bordo. Agitó los brazos.

—¡La policía! —exclamó Heinrich—. ¡Rápido!

Los tres emprendieron la retirada al instante. Fouchard saltó del Hispano antes de que el vehículo se detuviera y corrió hacia adelante. Dos gendarmes lo siguieron.

—¿Qué ha pasado? ¿Era Niels?

—Sí, toda la banda.

—¡Mon Dieu…! ¡Tras ellos, Laroche!

—Es inútil; no tienen ninguna posibilidad —dijo Wallace—. Conrad está tirado por aquí… temo que herido.

—No puedo dejar pasar esta oportunidad.

—No es ninguna oportunidad. El Hispano no puede competir con ese coche. Ya se han marchado, ¿lo ve? Sé dónde se esconden y se lo indicaré dentro de unos minutos. Ayúdeme a encontrar a Conrad.

Fouchard echaba humo mientras veía alejarse el otro automóvil a toda velocidad. Además, el Bentley había quedado atravesado en la carretera, impidiendo el paso del Hispano…

Encontraron a Conrad al otro lado del seto. Se había golpeado la cabeza contra algo y estaba completamente inconsciente. Wallace descubrió una fea herida justo encima de la sien derecha.

—Será mejor llevarlo al château y llamar a un médico —dijo, después de cargar a Conrad en el Hispano—. El Bentley parece estar bien, salvo por

el neumático reventado, aunque su belleza ha quedado bastante maltrecha.

Después de comprobar que no hubiera ningún otro desperfecto, Wallace los dejó partir y cambió la rueda trasera. Los alcanzó antes de llegar al château y pudo ayudar a Fouchard a llevar a Conrad hasta un dormitorio. Yolande entró con el rostro lleno de inquietud.

—Ya he mandado llamar al médico —dijo—. ¿Cree que está gravemente herido?

—Es imposible saberlo. ¡Qué mala suerte ha tenido el pobre Connie! ¿Le dijo al médico que era urgente?

—Sí. Debería estar aquí dentro de un cuarto de hora.

—Aquí ya no puedo hacer nada —dijo Fouchard—. ¿Dónde está exactamente el escondite de Niels?

Wallace le explicó cómo llegar hasta allí, y Fouchard partió de inmediato acompañado de los excitados gendarmes. El médico no tardó en llegar al château, y Wallace y Yolande aguardaron con ansiedad su veredicto.

—Conmoción cerebral —dijo—. Ha recibido un golpe fuerte, pero creo que no corre peligro. Lo más probable es que recobre el conocimiento mañana por la mañana.

Hizo todo cuanto estuvo en su mano por el hombre inconsciente y luego se marchó, prometiendo regresar al día siguiente.

—Debería tener una enfermera —dijo Yolande—. Pero esta noche es imposible conseguir una.

—Trasladaré mi cama a su habitación —dijo Wallace—. ¡Pobre Connie! Parece que siempre le toca llevarse la peor parte.

—¿Le contó cómo consiguieron capturarlo?

—№ No hubo tiempo. Apenas había logrado liberarlo cuando regresó Niels. Nos persiguieron en coche y reventaron mi neumático trasero de un disparo. De no haber llegado Fouchard en el momento oportuno, los dos habríamos vuelto a terminar en aquel sótano.

—¿Y ni siquiera sabes qué era lo que quería contarnos?

—Eso es lo peor. Estaba a punto de decírmelo cuando la banda empezó a disparar. Estamos justo al borde de resolver el misterio, pero seguimos indefensos hasta que Conrad pueda hablar.

Pasaron dos horas antes de que Fouchard regresara con el Hispano. Venía cubierto de barro y no quiso decir una sola palabra hasta haberse aseado. Por ello Wallace dedujo que, una vez más, la banda había sido más lista que él.

—Bien —dijo por fin Wallace—. ¿Encontró el lugar?

—Sí, pero los pájaros habían volado. Registramos todo, pero no encontramos nada. Se habían llevado sus maletas y pertenencias, así que no servirá de nada volver a buscar allí.

—No se han ido muy lejos.

—No estoy tan seguro. Ahora que tenemos a Conrad podremos llegar al fondo de todo este asunto. Creo que han gastado su último cartucho.

—Hay otro contratiempo, Fouchard.

—¿Eh?

—Conrad tiene una conmoción cerebral. Esta noche no podremos averiguar nada por él.

—Eso sí que es mala suerte. Mañana por la noche debo estar en París. Pero no iré.

—Pero usted dijo…

—Tendrán que arreglárselas sin mi testimonio durante uno o dos días. No pienso ir a París antes de que este asunto quede resuelto. Mañana les enviaré un telegrama. Si hubiese sido yo quien salió despedido del coche en lugar de su amigo, no podría ir a París. Muy bien, pues tendré una conmoción cerebral… o fiebre amarilla.

—¡Magnífico! —dijo Yolande—. Si no fuera por el pobre señor Conrad, esta noche me sentiría más esperanzada que en muchos días. Tengo el presentimiento de que estamos saliendo por fin a la luz.

Fouchard tenía un enorme montón de documentos oficiales que revisar, por lo que se ofreció a hacerlo en la habitación de Conrad. Wallace se lo agradeció, aunque sospechaba que, si bien la oferta de Fouchard era más o menos desinteresada, aún albergaba la esperanza de que Conrad se recuperase lo suficiente como para resolver el enigma del papel.

—Me alegra que Fouchard se quede —dijo Yolande—. Porque, a pesar de lo que él cree, estoy convencida de que Niels aún no ha tirado la toalla. Sabe que Conrad ha hecho un descubrimiento importante, y eso puede impulsarlo a realizar un último y desesperado intento por burlarnos.

—Es posible. Pero deberíamos ser capaces de enfrentarnos a ellos.

Paseaban de un lado a otro por la terraza, bañados por la luz de la luna llena. Desde un árbol situado en el abismo que se abría bajo ellos, un búho lanzó un lúgubre ulular, y Wallace sintió que Yolande le aferraba el brazo.

—Solo es un búho.

—Los detesto. Oí uno aquella horrible noche en que mi padre…

—No piense en eso.

—Ahora el horror casi ha desaparecido. El primer golpe fue el que resultó casi insoportable. ¿Cree usted en una vida después de la muerte? —añadió de pronto.

—No lo sé. No veo por qué tendría que existir. Si el alma es inmortal, ¿por qué no puede recordar lo que era antes de entrar en nuestros cuerpos aquí, en la Tierra?

—Puede que todo esté ahí, en nuestro subconsciente. Me parece que todo ese amor que atesoramos, esa inmensa pirámide de afecto y devoción que levantamos desde el día en que nacemos, no puede desmoronarse en un instante como si jamás hubiera existido. ¿Sabe? A veces siento que mi padre está conmigo, diciéndome que resista, que tenga valor y que al final todo saldrá bien. Eso me ha ayudado a vencer

la tristeza y, algunas veces, cuando me he despertado en mitad de la noche presa de esos espantosos terrores nacidos de los sueños, he imaginado verlo sonriéndome. ¿Le parece una tontería?

—¿Por qué habría de serlo? Admito que nunca me ha ocurrido nada parecido. Pero eso no demuestra nada.

—¿Nunca tiene miedo?

—¿Qué es tener miedo? No lo sé muy bien. Desde luego, siento un escalofrío recorrerme la espalda cuando suceden cosas extrañas que no puedo explicar. Supongo que todo miedo nace, en cierta forma, de la ignorancia. Incluso este… este extraño ser demente que tan obstinadamente se nos escapa dejaría de inspirar temor si supiéramos exactamente quién es y cuáles son sus intenciones.

—¿No son las mismas que las de Niels?

—Esa es la conclusión lógica. Ahora está temblando.

—No puedo evitarlo —dijo ella—. No tengo miedo… ya no. Pero me aterra pensar en el día en que usted se marche… para siempre.

—¿Y si no me marchara para siempre?

—Pero tiene que hacerlo. Su trabajo está en Inglaterra y… bueno, naturalmente nuestra compañía tendrá que terminar. Nunca podré expresarles a usted y al señor Conrad toda mi gratitud por la ayuda que me han prestado y por haber estado conmigo cuando más lo necesitaba.

—¡Yolande!

Había un extraño temblor en su voz, que hizo que ella contuviera el aliento.

—Cuando me fui hace un rato dijo que yo… que me había convertido casi en parte de su propia existencia. ¿Eso… es realmente cierto?

—Yo… yo…

—¿Lo decía en serio?

—Sí.

—Entonces dígame ahora lo peor… o lo mejor. La amo, Yolande. Parece una impertinencia decírselo después de conocerla desde hace apenas un mes. Pero no puedo evitarlo; la amo con toda mi alma. No es solo amistad, ni compasión por una mujer que ha sufrido tanto. Todo eso también existe… pero el amor está por encima de todo. Dígame que no le estoy pidiendo… demasiado.

Ella bajó la cabeza por un instante y luego la alzó, mirándolo fijamente a los ojos con unos iris que parecían encerrar un fuego sagrado.

—Yo también lo amo, Ralph —respondió en voz baja.

Allí, bajo la luz de la luna, en la terraza encantada del Château Grammont, él la besó en los labios y creyó oír, en lugar del ulular del búho, el canto jubiloso de voces celestiales.

CAPÍTULO XXV EL GOLPE FINAL

Por la mañana, el estado de Conrad apenas había cambiado, aunque Wallace creyó notar que el pulso era un poco más fuerte. Su propio descanso había sido muy interrumpido, pues el médico había dejado instrucciones de aplicar bolsas de agua caliente en los costados y los pies del hombre inconsciente, y estas debían rellenarse a intervalos. La visión de su mejor amigo allí tendido, tan pálido e inmóvil, lo afectaba profundamente y le robaba parte del júbilo que la confesión de Yolande había despertado en él.

Fouchard entró temprano para ver cómo avanzaban las cosas, pero negó con la cabeza tristemente al ver la figura inmóvil. Se quedó mientras Wallace se bañaba, pero nada de lo que hizo logró arrancar el menor sonido de aquellos labios cerrados.

—Estoy preocupado por él —dijo Wallace—. Si llegara a ocurrir algo...

—No creo que haya peligro. He visto casos de conmoción cerebral antes. En cuanto despiertan, se recuperan muy rápido. Es una lástima que tenga en su poder información valiosa. Ese papel...

—¡Maldito papel! Me preocupa más Conrad.

—Naturalmente.

—¿Has visto a Yolande esta mañana?

—Todavía no. Dijo que mandaría llamar a una enfermera.

—Dudo que consiga que alguna se quede. El château tiene muy mala reputación. Ojalá llegara el médico. Dijo que vendría temprano.

—¿Has visto eso? —preguntó Fouchard de pronto—. ¡Movió los labios, lo juro! Mira... ¡ahí otra vez!

Esta vez no había duda. El corazón de Wallace dio un vuelco, pues era el primer movimiento que observaba desde la noche anterior.

—¡Conrad! —gritó Fouchard.

—¡Sh! ¿Qué demonios haces?

—Está bien... lo habitual. A veces un grito los devuelve a la conciencia plena. ¡Conrad!

—No confío en tus conocimientos médicos —gruñó Wallace.

—¡Zut! He visto hombres con media cabeza destrozada volver así. Tómele el pulso... va bien.

Era cierto, y había más leves movimientos faciales. Por fortuna, el médico llegó pocos minutos después. Examinó al paciente detenidamente y asintió.

—¿Y bien?

—Creo que está despertando. En todo caso, no hay motivo de preocupación. Dejaré unas pastillas de calomelanos que deberán administrarse cuando recobre la conciencia. ¿Consiguió mademoiselle una enfermera?

—Todavía no.

—No creo que sea necesaria. De hecho, se oyen cosas extrañas sobre el château. En la ciudad uno podría conseguir una enfermera, pero en el campo, donde la superstición es fuerte, estos sucesos tienen efecto sobre la gente. En fin, el pulso es mucho mejor. Está fuera de peligro.

Una hora más tarde Conrad abrió los ojos e intentó enfocar lo que lo rodeaba. Finalmente su mirada se detuvo en el rostro de Wallace.

—¡Connie!

El rostro pálido se mostró confuso. Conrad intentaba recordar el pasado sin mucho éxito. A Wallace le dolió comprobar que no lo reconocía.

—¿No me conoces, Connie?

—¡Ralph!

—¡Magnífico! Con eso basta por ahora. No te preocupes, viejo. Todo volverá poco a poco.

Fouchard entró deslizándose por la puerta y sonrió al ver los ojos del paciente abiertos.

—¿Así que ya ha despertado?

—Sí. Pero no vas a empezar a bombardearlo con preguntas todavía.

—No tardaría ni un minuto.

—No entendería nada. ¿Qué más da una o dos horas?

—Tal vez no. ¿Qué es eso?

Wallace dijo "Entre" al oír el suave golpe en la puerta, y una doncella entró. Pensó que venía a arreglar la habitación, pero en lugar de eso estalló en un torrente de francés, con abundantes gestos. Su acento era tan fuerte que Wallace no comprendió de inmediato, pero la expresión de Fouchard y la mención de "mademoiselle" bastaron para hacerle latir el corazón.

—¿Qué dice?

—Mademoiselle... ha desaparecido.

—¡Cielos!

Fouchard se volvió hacia la muchacha temblorosa, agitándole el dedo como a una niña.

—¿Está segura de que mademoiselle no durmió en su habitación anoche?

—¡Mais non, monsieur! Vengan a ver.

—¡Dios mío! —exclamó Wallace—. ¡Esto es terrible!

Siguieron a la doncella hasta la habitación de Yolande. No había señales de lucha; la cama estaba cuidadosamente hecha. Sobre la almohada, el camisón blanco de Yolande estaba doblado.

—¿Quién la vio por última vez? —preguntó Fouchard.

—Yo —respondió Wallace—. Le di las buenas noches fuera de su puerta, alrededor de las diez y media.

—Esto es grave.

—¡Grave! —Wallace apenas podía hablar de la angustia—. Su mente parecía romperse al pensar en aquella criatura que ya había cometido dos crímenes. La visión del ser elusivo con una navaja...

—¿Qué hacemos, Fouchard? ¿Qué podemos hacer?

Pero Fouchard parecía desconcertado. Se mordía las uñas con furia, mirando de la ventana a la cama y de vuelta. Ayer había hablado de estar cerca de la solución, y ahora ocurría lo que parecía el golpe más terrible de todos.

—Tenemos... tenemos que buscar —dijo en voz baja—. Hay una posibilidad... una mínima posibilidad.

—¡Vamos entonces, por el amor de Dios!

—El sótano... donde encontramos a los otros. Y si ves a ese demonio, dispara... para matar. Pero temo... temo mucho...

Wallace se dominó. Detestaba aquel sótano como si fuera el mismo infierno, pero no había tiempo para cobardías. Con Yolande se había ido la luz de su existencia. La rabia lo invadió por completo.

Recorrieron los pasadizos hacia las bóvedas sin encontrar ninguna pista. Bajaron las escaleras. Todo estaba tan silencioso que su respiración parecía ensordecedora.

—Buscaremos por cada metro —dijo Fouchard en voz sepulcral—. ¡Busca huellas!

Avanzaron bajo los arcos, atentos. No había marcas. Wallace se estremeció al ver el gran barril donde había aparecido el cuerpo de Fallières. Estaba vacío.

—¡Algo blanco! —dijo Fouchard.

—No puedo...

—¡Ahí, delante!

Wallace corrió y lo recogió: era un pañuelo color crema, con las iniciales "Y.F." bordadas. Olía a rosas.

—¡De Yolande!

—Eso lo confirma.

—La trajo aquí. Debe estar aquí... en algún sitio.

Pero no había rastro. Tras una hora de búsqueda, Fouchard se rindió.

—Es inútil.

—¡Inútil! Tiene que estar aquí.

—Seguiremos sin avanzar en este lugar.

—Entonces, ¿qué significa este pañuelo? ¿Por qué encontraron aquí el cuerpo de Fallières... y el de Severin?

—Lo sé, pero... no podemos hacer más. Este es un caso distinto. Creo que Yolande sigue viva.

—No tienes pruebas...

—Lo sé. Es solo un presentimiento. Dondequiera que se esconda el Monstruo, allí encontraremos a mademoiselle. Voy a intentar la capilla otra vez.

—Pero usted me dijo que no había posibilidad de que nadie se escondiera allí. Apenas son cuatro paredes desnudas.

—Sin embargo, voy a mirar.

—Entonces yo subiré a la galería. Pensar en ella... con ese Ser...

Dejó a Fouchard y durante dos horas recorrió todo el château. Al fin se vio obligado a aceptar la derrota y volvió junto a Conrad sintiendo que enloquecía. El enfermo empezaba a mejorar, pues reconoció a Wallace de inmediato.

—¿Cómo te encuentras, viejo? —preguntó Wallace con voz quebrada.

—Yo... mi cabeza. No consigo entender qué me pasó. ¿Por qué estoy aquí?

—¿No recuerdas el coche... y el accidente?

—¿Coche? Sí, había un coche. Tú conducías como un loco y alguien disparaba...

—Sí, sí. ¡Sigue!

—Había una bodega y una reja... y tú estabas mirando a través de ella hacia mí.

—Eso fue antes del accidente. Conrad, intenta entenderme. Yolande ha desaparecido—ese demonio la ha llevado. Tenemos una hoja con números y un nombre. Viniste de Inglaterra porque habías descubierto algo. ¿No puedes recordar qué era? Eso podría llevarme hasta Yolande.

—¡Yolande! ¿Desaparecida?

—Sí. ¡Dios la ayude! Intenta concentrarte.

Mientras Conrad luchaba con los fragmentos deshechos de su mente, Fouchard llamó y entró.

—¡Nada! —dijo amargamente—. Vaya, está consciente.

—¡Ssh! Está empezando a aclararse.

Entonces interrogó a Conrad:

—¿Recuerdas el nombre Steinbech?

—¡Steinbech! Eso era... Steinbech. Era un libro—lo traje conmigo.

—¿Un libro? —jadeó Fouchard—. ¿Dónde está? ¿Qué contenía sobre este lugar?

—En mi equipaje... solo un libro pequeño. —Luego, con un gran esfuerzo—: ¿Por qué no puedo pensar?

—¡Maldita sea! —exclamó Fouchard—. Su equipaje ha desaparecido. No sabremos qué contenía ese libro. Ese era el objetivo de Niels—evitar que el libro llegara a nosotros.

—Pero Conrad sabrá su contenido. Connie, ¿no puedes... no puedes recordarlo?

De nuevo el enfermo sufrió una terrible lucha mental. Aparecieron gotas de sudor en su frente y su respiración se volvió dificultosa. Wallace se estremeció al verlo tan angustiado.

—Descansa, viejo —dijo—. Todo volverá con el tiempo. No lo fuerces ahora.

—Voy otra vez a Mont Rouge —dijo Fouchard.

—¿Para qué?

—Por ese libro que menciona. Si encuentro su maleta, quizá aún haya una posibilidad de que el volumen esté dentro. Puede que falten horas para que esté en condiciones de aclararnos todo, y el tiempo es precioso.

—Toma el Bentley entonces—es más rápido. Watkins lo conducirá. Pero es casi seguro que hayan destruido el libro.

—No puedo permitirme perder ninguna oportunidad.

Fouchard se marchó rápidamente.

CAPÍTULO XXVI LA PRUEBA DE YOLANDE

Cuando Yolande dejó a Wallace en la puerta de su habitación, su corazón estaba a punto de desbordarse. De todo el horror seco y el dolor que había llenado su vida durante el último mes, aquella gran alegría había surgido como una hermosa mariposa desde una crisálida muerta. Mucho tiempo atrás se había convencido de que un amor de ese tipo no era para ella. El gran duelo de su padre la había obligado a hacer balance de su vida. Sabía que en Fallières él veía la imagen de su esposa muerta y, aunque habría sido el último hombre del mundo en exigir sacrificios, ella había llegado a una decisión que creía que ayudaría a compensarlo por su pérdida.

Ahora el Destino había tomado las riendas. El hombre de su destino había aparecido, casi mágicamente, en los recintos casi monásticos del Château Grammont. Primero lo había admirado; después había comprendido que había puesto en marcha una cadena de emociones que ya nunca podría detenerse.

No se fue a la cama de inmediato, pues aquella revelación tan dulce hacía imposible dormir. Aún sentía en los labios el último beso de Wallace y quería conservar aquella sensación deliciosa. Había mucho de niña en ella —de esa niña que contempla con asombro los pájaros, las flores y la luz del sol. Ahora contempló su propio reflejo en el espejo y se preguntó qué era exactamente lo que había hecho que Wallace la amara. Luego sintió una leve vergüenza al pensar que podía ser feliz cuando el cuerpo asesinado de su padre llevaba menos de un mes en la tumba.

—Sin embargo, lo amo —pensó—. No puedo evitarlo. Papá... tú lo entenderás.

Quitó una docena de horquillas y dejó que su abundante cabello cayera en ondas sobre los hombros. Mientras lo cepillaba se detuvo, sonrió y luego rió suavemente. La vida era maravillosa, a pesar de las nubes

negras y el dolor. Sus ojos se detuvieron en el jarrón de rosas, cuyos pétalos rojo sangre habían caído sobre el tocador.

—Pobres flores —murmuró—, marchitarse tan pronto...

Al levantar la vista hacia el espejo, el cepillo se le cayó de las manos. Allí, en el cristal pulido, oscuro y horrible contra la suavidad de la habitación, se alzaba una forma que heló la sangre de sus venas. Era la Cosa que había visto de niña: el Monstruo encapuchado del château. Al girarse, lo vio frente a frente, a menos de dos metros de su cuerpo paralizado. Abrió la boca para gritar de terror, pero su lengua parecía pegada al paladar y no salió sonido alguno.

Un brazo largo emergió de la sucia túnica marrón. Vio los dedos, las uñas... ¡horribles! Bajo la capucha había dos ojos inyectados en sangre y una nariz ganchuda. Un instante de terror indescriptible... y luego la levantaron como si fuera una niña. Toda resistencia desapareció, y aquel mundo dulce y rosado que había conocido por un breve instante se desvaneció como un crepúsculo.

La llevaban rápidamente por corredores que no reconocía, pues su mente se había vuelto casi un vacío. Luego una puerta se cerró con un golpe sordo que devolvió algo de su voluntad. Intentó liberar los brazos, pero estaban sujetos como por hierros. Por primera vez recuperó la voz y lanzó un grito salvaje.

—No llores... no te haré daño.

Era alemán, y le costó entenderlo, pues la voz era como ninguna otra que hubiera oído jamás. Pensó que si un simio hablara, sonaría así.

—¡Déjame ir! —jadeó.

Para su sorpresa, la soltó, aunque una mano monstruosa seguía sujetándole el brazo izquierdo. Estaban en un largo pasillo de cemento, iluminado por luz eléctrica. Se extendía en línea recta hasta una puerta al fondo. Semidragada, semiguiada, llegó hasta ella. Su captor la abrió de una patada y descendieron unas escaleras hacia una zona más oscura. Había objetos extraños por todas partes: cantimploras oxidadas, cascos, cajas de madera, instrumentos desconocidos. Otra

puerta, con un gran candado y la llave puesta. El encapuchado lo giró y entraron en una cámara amplia con muebles dispersos.

—Aquí —gruñó—. Y la soltó.

Ajustó la capa alrededor de su cuerpo y la observó desde arriba, sujetándola bajo su nariz ganchuda.

—¿Por qué... por qué ha hecho esto? ¿Quién es usted? —suplicó.

—¡Shh! Llegué a tiempo. Aquí es seguro. Son astutos arriba. Pero los venceremos. ¿Oíste los disparos?

Sus ojos ardían. Metió la mano bajo la túnica y ella lanzó un grito al ver cómo sacaba una vieja navaja de afeitar y la abría lentamente.

—Mejor que un arma —murmuró—. No temen a las armas. Esto no hace ruido. Silencioso... silencioso.

Afilaba la hoja contra su palma con movimientos rápidos y rítmicos. Ella cerró los ojos esperando la muerte, pero al abrirlos de nuevo el arma había desaparecido y él buscaba algo en un rincón.

Había decenas de cajas de madera, muchas abiertas. Dentro, latas vacías que despedían un olor nauseabundo. Algunas llevaban la marca del Departamento de Guerra alemán. Era evidente que aquello había sido un depósito de raciones militares abandonado tras la retirada. Pero el almacén estaba casi vacío. Tardó en encontrar una lata sin abrir, la abrió y volcó su contenido en un plato viejo. Luego buscó otro plato y lo dividió en dos partes. Le ofreció una.

—Comemos ahora. Es más seguro aquí abajo. El vino es bueno. Debes beber, Minna.

—No soy Minna. Se equivoca... ¡por favor, déjeme ir!

El grito histérico provocó una reacción inesperada. Emitió un sonido extraño, dejó caer el plato y agitó la navaja.

—¡Nada de gritos! No los tolero. Morir no es nada. He visto morir a cientos. Debemos quedarnos aquí... órdenes de resistir.

Luego, en voz más baja:

—Hay otros ahí arriba... buscando, buscando. Pero no son lo bastante listos. Atraparé a otro esta noche... quizá al joven de ojos azules que conduce tan rápido, o al otro con pelo. Están trabajando en la mina... tres hombres y una mujer. Los he visto. Bebe, Minna. Estás temblando.

Ella comprendió que estaba demente. No quería hacerle daño; incluso parecía afectuoso, lo cual la aterraba más. Para calmarlo fingió comer. Mientras tanto él se apartó y comió de espaldas a ella.

Recuperó algo de valor. Solo pensar con frialdad podía salvarla. Comprendió que aquello era una galería subterránea excavada durante la ocupación alemana del château. Los restos militares lo confirmaban. Pero su extensión era desconocida.

La mayor incógnita era aquel hombre gigantesco y demente. Recordó sus palabras sobre "tres hombres y una mujer" en la mina. Debían ser Niels y los demás. El pasaje debía conectar con la mina abandonada del bosque.

Más tarde volvió con mantas y una almohada sucia.

—Hora de dormir.

—No estoy cansada.

—Debes dormir. Yo voy arriba.

Era lo que ella deseaba. Su salida podía abrir una oportunidad de escape. Pensó en Wallace y Fouchard a pocos cientos de metros buscándola desesperadamente.

—El joven esta noche —murmuró él—. Uno menos... siempre uno menos de la maldita raza.

Sacó de nuevo la navaja y la afiló. Un escalofrío le recorrió la espalda al pensar en el hombre que amaba.

—¡No! —gritó.

Él la miró con severidad.

—Lo hago por ti. No hay tiempo para sentimentalismos. Debemos luchar.

—¿Por qué?

—Pregunta tonta. Minna, estás cansada. No sabes lo que dices. Mira esto... una nueva.

Le mostró la navaja abierta.

—Ahí está el hombre Fouchard. Es listo... pero también lo tendré. Quizá esta noche. Duerme bien, Minna.

Se cubrió completamente con la capucha y salió con agilidad hacia la puerta. Esta se cerró con un golpe sordo, como tierra cayendo sobre un ataúd.

Yolande se levantó de inmediato y buscó una salida. Pero la puerta estaba cerrada con cerrojo desde fuera. Era demasiado sólida para derribarla. Solo quedaba la otra puerta... la que, según él, conducía a la mina.

Aquí tuvo más suerte, pues el único cierre estaba en el interior. Era un pesado cerrojo de hierro que exigía toda su fuerza para retirarlo. Cuando abrió la puerta se encontró mirando una abertura oscura, un túnel excavado en la tierra y sostenido para evitar su derrumbe por una serie de puntales. Era húmedo y frío, y por un instante dudó. Pero bastaba pensar en aquella criatura aterradora que acababa de marcharse en su misión asesina para encontrar el valor de seguir adelante.

Avanzó lentamente por el estrecho pasaje, y durante unos cien metros éste se mantuvo completamente recto. Al volver la vista atrás podía ver el pequeño rectángulo de luz formado por la puerta abierta. Pero entonces el túnel tomó una curva brusca, más allá de la cual reinaba una oscuridad absoluta. Con el corazón tembloroso avanzó, hundiendo los pies a veces en el barro. Además había ratas. Podía oírlas correteando y chillando a su alrededor.

El horror parecía menor por contraste con lo que acababa de vivir. Medio asfixiada por la falta de oxígeno, siguió adelante, guiándose con las manos. Ahora había tablas bajo sus pies, y el sonido de sus pasos resonaba de forma extraña. Luego encontró agua. Fue aumentando de

profundidad hasta cubrirle los tobillos. Aun así avanzó, con la mente fija e inquebrantable en su objetivo.

El pasaje parecía ensancharse, pues ya no podía tocar ambas paredes al extender los brazos, y el aire parecía menos viciado. No tenía idea de cuánto había avanzado, pero recordaba que la mina estaba a más de una milla del château—¡una milla de aquello!

Un poco más tarde, una terrible duda entró en su mente. Tuvo la sensación de que estaba moviéndose en círculos. Tan fuerte era esa impresión que se apartó de la pared que se desmoronaba, con la intención de encontrar la opuesta. Dio una docena de pasos, pero no encontró nada. Tropezando con piedras y hundiéndose en el barro, avanzó más rápido, pero sus manos no hallaban ninguna superficie. Parecía perdida—enterrada en las entrañas de la tierra.

CAPÍTULO XXVII EL LIBRO

La tensión y la ansiedad estaban desgastando los nervios de Wallace. A pesar de la creencia de Fouchard de que Yolande seguía viva, él se inclinaba hacia un pesimismo creciente. Fallières había sido asesinado, luego Severin. Un intento similar había sido hecho contra Fouchard. ¿Por qué habría de ser Yolande más inmune que ellos?

En cualquier caso, la alternativa era igual de espantosa. La imaginaba en toda la dulzura y el encanto de su juventud, en las garras de aquel Monstruo abismal. Y él allí, tan indefenso como un gatito para intervenir. Caminaba de un lado a otro de la habitación del enfermo, completamente incapaz de concentrarse en nada. Niels y los demás habían quedado reducidos a proporciones insignificantes; al menos ellos eran humanos en sus actos.

Se preguntaba dónde estarían, qué estarían haciendo. Si el conocimiento del aún no revelado descubrimiento de Conrad los habría hecho abandonar la búsqueda. Pero su mente volvía una y otra vez al factor dominante: el Monstruo. Al ver a Conrad tendido en calma, con los ojos cerrados, decidió reanudar las investigaciones.

Más allá del propio *château* había construcciones anexas: casetas de jardinería, invernaderos y demás. Ningún lugar era demasiado insignificante para quedar sin explorar. Encontró al jardinero, que ya había oído la noticia, y recorrió con él varios cobertizos y rincones. Pero no obtuvieron más información que en los demás sitios.

—Es terrible, *m'sieur* —dijo el hombre—. Ninguno de nosotros está a salvo aquí. Eso no es figura humana lo que camina y mata. Recordé al pobre *m'sieur* Severin diciendo lo mismo hace un mes, cuando asesinaron al señor. Y siempre lo peor ocurre cuando hay luna llena.

—No hay nada de eso, André.

—Sí lo hay, *m'sieur*. Yo no dejaría sola a mi esposa en las noches de luna llena... aquí.

Wallace no se sintió con ánimo de reprender su superstición, pues al menos se basaba en hechos aparentes.

—Era tan dulce —murmuró el viejo jardinero, con los ojos llenos de lágrimas—. Siempre una palabra amable para los pobres, y ropa para el invierno. ¿Qué haremos ahora?

—No saque conclusiones, André. Su señora puede volver.

Pero André no tenía esa esperanza. Para él todo estaba claro. El Monstruo había hecho otro sacrificio al diablo en luna llena. Incluso si Wallace hubiera querido discutirlo, no habría servido de nada.

—Y había recogido estos higos para ella —dijo, levantando una cesta llena de fruta morada—. Los primeros de la temporada, *m'sieur*. Le encantaban los higos.

—¿Nunca ha visto a esa criatura, André?

—Dios sea alabado, no. Pero si la viera, *m'sieur*... si la viera... entonces... —Tomó una azada y la sostuvo con firmeza, mientras sus ojos bondadosos ardían de odio—. Estoy viejo, pero aún tengo fuerza en los brazos.

—Lo creo.

—¿Y el *m'sieur* del accidente... se recupera?

—Sí.

—Me alegra. *M'sieur*, debo decirle que vi a esa mujer Bertha esta mañana.

—¿Bertha?

—Estaba sola en el bosque, cuando venía hacia el *château*. Siempre me agradó porque se interesaba por el jardín. Pero sentía que no era lo que aparentaba.

—Tiene razón.

—Intentó ocultarse cuando me vio, pero era demasiado tarde. Luego vino hacia mí, muy pálida, y me pidió que no dijera nada de haberla visto. No lo prometí, porque si la señora me preguntaba tendría que

decir la verdad. *Mon Dieu*... no sabía entonces que ella también había desaparecido.

—¿Dónde la vio?

—Entre mi cabaña y el *château*. No hacía nada... solo estaba sentada sobre un tronco caído, pensativa.

—¿No vio hombres... extraños?

—№

Wallace reflexionó mientras regresaba al *château*. Todo indicaba que la banda aún no había abandonado la búsqueda. Tal vez habían sabido lo de Conrad y aún esperaban lograr su objetivo antes de que él revelara lo descubierto. Pero su interés por el tesoro había empezado a desvanecerse: ¿qué importaba un tesoro oculto cuando la vida de Yolande estaba en peligro... o peor?

Encontró a Conrad bastante mejor, que lo recibió casi con su tono habitual. El vendaje se le había aflojado un poco.

—Gracias, viejo. Me siento mucho mejor. ¿Alguna noticia?

—Ninguna.

—Estás muy preocupado, ¿verdad?

—Sí. Connie, tengo algo que decirte. Anoche le dije a Yolande lo que he querido decir desde que la conocí.

—Tú quieres decir que...

—La amo. Esa es la verdad. —Apretó los puños—. Y eso lo hace aún más terrible. Ella era feliz... te lo juro. Más feliz de lo que la había visto nunca. Y ahora esto... la he buscado por todas partes.

—Entiendo. ¿Dónde está Fouchard?

—Fue a Mont Rouge, donde te encontré. Quiere buscar el libro del que hablaste. Tu equipaje podría estar allí.

—¡El libro! Aún tengo la mente confusa. Era un libro escrito por un hombre... ¿cómo se llamaba?

—Steinbech.

—Eso es. Lo vi en una librería extranjera en Manchester.

—Bien, estás recordando.

Conrad se pasó la mano por la frente. De pronto sus ojos se iluminaron y se incorporó.

—Lo leía en el tren, camino a Arveyes. Esos diablos subieron en una estación intermedia. Me drogaron y debieron sacarme en la siguiente estación. Pero el libro... lo estaba leyendo cuando... ¡Dios mío! Lo recuerdo. Lo guardé en el bolsillo.

—¿Eh?

—Sí... estoy seguro. Vi la cara de Niels en el pasillo... y a Walther. Estaba esperando problemas. ¿Es mi abrigo aquel?

Wallace ya estaba buscándolo. No había libro.

—Claro, se lo llevaron —dijo con amargura—. Probablemente lo destruyeron. Pero podría conseguir otra copia en París...

Conrad rió de pronto y lo llamó. Del equipaje sacó una cartera de viajes de Cook.

—Apostaría a que esto lo pasaron por alto —dijo—. Antes de que me drogaran hice traducciones de algunos pasajes. Aquí están.

Sacó tres hojas.

—¿Recuerdas el primer número?

—Sí. Veintisiete.

—Este es.

Y comenzó a leer:

«La presión al norte y al sur del *château* aumentaba... el *château* era la clave... se proyectó un túnel desde las bóvedas hasta el bosque...»

—¡Por Dios! —exclamó Wallace—. Empiezo a ver la luz.

—Sigo. El autor divaga después... El segundo número era treinta y uno, ¿no?

—Sí.

Conrad leyó el segundo fragmento:

«Era necesario que el túnel se extendiera al menos una milla... se encontró una antigua mina cuyos trabajos avanzaban hacia el este... esto ahorraría a los zapadores parte del trabajo... la obra continuaba mientras el enemigo avanzaba...»

—Ya no hay nada más que sea informativo —dijo Conrad, interrumpiéndose—. Vimos esa vieja mina. ¿La recuerdas?

—Sí. Pero él no dice cómo se accede a ese túnel desde el château.

—Ya llegaremos a eso. Nuestro autor tiende a divagar bastante. Mi siguiente y último extracto es de la página treinta y seis. Ese, lo sé, coincide con la figura.

El rostro de Wallace se volvió aún más expectante, pues era evidente que el último extracto era el más importante de los tres. Conrad se aclaró la garganta:

—En espera de la llegada de refuerzos, era evidente que el château debía caer, y la principal preocupación del general era mantener en secreto la existencia del túnel, para que pudiera ser utilizado nuevamente en una emergencia similar, pues teníamos todas las razones para creer que la retirada sería temporal. Era necesario idear la forma de construir una entrada que hiciera improbable su descubrimiento. La bóveda estaba compuesta, de manera aproximada, por cinco series de arcos que corrían de este a oeste. La tercera serie estaba equipada con barricas de vino a lo largo de casi toda su extensión, y el muro en el extremo occidental también contaba con este tipo de estructura. Fue allí donde se hizo la entrada. La última sección de barricas fue retirada temporalmente, y se excavó una abertura a través del muro macizo. Al volver a colocar las barricas y montarlas de forma vertical con bisagras, era sencillo utilizarlas como una puerta. Mediante una carpintería hábil, esta puerta se cerraba por sí sola, y el

revestimiento de madera en la parte posterior de las barricas hacía el descubrimiento extremadamente improbable. Las bisagras metálicas estaban en el interior y resultaban invisibles... Era un consuelo sentir que contábamos con esta vía de retirada segura, pues cada día...

—El resto no tiene valor para nosotros. Como sabes, el château fue reconquistado y mantenido desde entonces. Siempre ha sido un misterio cómo la guarnición logró retirarse con vida, pero ahora está bastante claro.

—¡Caramba, y todo este tiempo...! —las manos de Wallace se abrían y cerraban de forma espasmódica—. Ella está ahí, Connie. Lo pondría en juego con mi vida. Ahí es donde el Monstruo se esconde. Eso explica muchas cosas que hasta ahora eran difíciles de explicar. De alguna manera se enteró de ese pasadizo secreto. El Libro... debe haberlo visto ——

—No, eso no era posible. El libro no ha sido publicado hace más de seis meses, mientras que el Monstruo ha estado aquí desde hace casi dos años, según Yolande. ¿Cuál es su objetivo? ¿Qué busca?

—Niels también. Apostaría a que busca lo mismo.

—Todo apunta a eso. Puede ser algo que los alemanes dejaron atrás en su retirada apresurada.

—Que se lo queden. Lo único que me importa es Yolande —se levantó, y su rostro se volvió muy sombrío—. Voy para allá ahora, Connie.

—Espera hasta que Fouchard——

—No podría esperar aunque mi vida dependiera de ello. Si Yolande está ahí abajo, para estas alturas debe estar aterrorizada. Pero temo——

Conrad sabía lo que temía, y por su propia expresión sombría era evidente que también él creía lo peor.

—Es grande y asesino, Ralph.

—Con más razón no debo perder ni un segundo. Cuando llegue Fouchard, dile——

—Si tú vas, yo voy —dijo Conrad con calma—. ¡Tráeme mis pantalones y botas!

—№ ¡Es imposible!

—Sal de aquí. Eres un buen luchador, muchacho, pero te estás enfrentando a algo sobrenatural. Yo estoy bien... al menos para practicar tiro.

Ya estaba sentado en la cama, y Wallace comprendió que discutir era inútil, pues Conrad podía ser tan terco como una mula cuando se lo proponía, y en ese momento lo estaba.

—¿Tienes una segunda pistola en el auto? —preguntó.

—Sí.

—¡Bien!

—¡Oh, maldición! Lo había olvidado... Fouchard tiene el auto. Mejor toma esta, y yo me conformaré con un garrote. Por suerte llevo una linterna eléctrica en el bolsillo. ¿Estás seguro de que estás en condiciones de participar en esto?

—Solo necesitaba esta emoción para completar mi recuperación. ¿No deberíamos dejar una nota para Fouchard?

—Buena idea. Hazla breve.

Se dejó una nota corta bajo el frasco de medicina, indicando a Fouchard dónde se encontraba la entrada al túnel, y luego ambos partieron en su misión. Wallace se armó con un hacha en el camino.

CAPÍTULO XXVIII PRISIONEROS

Mientras tanto, Yolande había sufrido todos los terrores que la mente humana podía concebir. Había deambulado una y otra vez en la oscuridad, tropezando con escombros, cayendo en charcos de agua estancada, hasta que el agotamiento la venció y, durante un periodo, perdió completamente el sentido.

Despertó a causa de un ruido extraño: una voz grave y curiosa que reverberaba por la caverna. Llamaba algo: "Minna", pensó, y, a medida que su mente se aclaraba, comprendió con un sobresalto de horror que su reciente captor había regresado de su misión asesina y la estaba buscando. La voz se acercaba cada vez más, y entonces un leve resplandor rasgó la oscuridad. Parpadeó ante aquella claridad relativa y vio que se encontraba cerca del borde de una gran excavación, de la cual partían varios pasajes en distintas direcciones. La luz provenía de una abertura justo enfrente de ella.

Con un murmullo de terror, se ocultó detrás de una masa de roca y, temblando de miedo, esperó la aparición del perseguidor. A través de una grieta en la piedra lo vio por fin. Sostenía un fósforo encendido, cuya llama temblorosa proyectaba una enorme y espantosa sombra sobre la pared sostenida con puntales detrás de él.

—¡Minna! ¡Minna!

Era un grito lastimero de desesperación, pero no despertó en ella ningún sentimiento de compasión. Por terrible que fuera aquel lugar, era preferible a la compañía del demonio enloquecido que ahora la buscaba. Contuvo la respiración en una angustiosa espera mientras él se acercaba. Pero antes de que llegara a la roca, el fósforo se consumió hasta sus dedos y la oscuridad volvió a interponerse. Escuchó el raspar de otro fósforo y se movió suavemente hacia un lado de la roca mientras él avanzaba por el otro. Su respiración producía un sonido áspero en la garganta, y en un momento estuvo a menos de tres yardas de ella.

Luego, para su gran alivio, se desvió en otra dirección, aún llamando aquel nombre.

Las llamadas se fueron haciendo cada vez más débiles, hasta que finalmente solo quedó un murmullo que le llegaba a lo lejos. Creyendo que regresaría por el mismo pasaje, se arrastró más alrededor de la roca protectora, sin atreverse a alejarse por miedo a quedar atrapada en un lugar menos favorable.

—¡Minna! ¿Dónde estás, Minna?

Se estremeció y esperó durante largo tiempo antes de que la luz que se acercaba comenzara a proyectar sombras vagas en las paredes. De nuevo lo vio: sostenía su túnica apretada contra el rostro, como siempre hacía. No hizo más que echar un vistazo a su alrededor antes de internarse en otra galería.

¡Oh, noche de horrores! Cuánto duró, no podía saberlo. Con el paso del tiempo, sus espantosos gritos se volvían cada vez más desesperados, como los lamentos de un alma perdida en el Hades. Entonces, cuando sintió que su última gota de fuerza se agotaba, lo vio regresar por el túnel por el que había venido, y la oscuridad absoluta volvió a reinar.

Siguió otro periodo de inconsciencia, en el que la naturaleza hizo algo por equilibrar su mente vacilante. Pero los viejos terrores renacieron al abrir los ojos y no ver absolutamente nada. Tenía dos alternativas: seguir adelante con la esperanza de encontrar una salida, o arriesgarse a volver a la bóveda, confiando en que él no estuviera allí. Eligió la primera.

Hambrienta y débil, avanzó a tientas por una galería, pero esta descendía rápidamente y pronto encontró agua profunda en la que no se atrevió a entrar. Regresó de nuevo a la gran cámara, con una sensación de desesperanza en el corazón. El siguiente intento fue aún más alarmante, pues hubo un derrumbe de tierra detrás de ella, debido a vigas y soportes podridos. Se encontró frente a un muro sin salida y tuvo que abrirse paso entre tierra suelta para evitar ser enterrada viva.

Al volver a la gran cámara, se sentó para recuperar el aliento y considerar el siguiente paso. Su mente rechazaba la idea de regresar, incluso si pudiera encontrar la galería correcta; pero ahora la segunda alternativa era la muerte: la locura y la muerte en la oscuridad absoluta. Y apenas la noche anterior... ¿había sido la noche anterior?... había estado en los brazos de Wallace, creyendo en la bondad de Dios.

* * * * * * *

En ese momento, Wallace y Conrad avanzaban por la bóveda hacia la puerta secreta. Llegaron al muro del fondo, al término de la tercera arcada, y Wallace lanzó una rápida mirada a las barricas mencionadas por el cronista; sus ojos brillaron al ver las bisagras perfectamente disimuladas.

—¡Caramba... tenía razón, Connie!

Pero Conrad se había desplomado sobre una caja y se sostenía la cabeza entre las manos.

—Me siento un poco... mal —dijo—. Se me pasará.

—No debiste venir. ¡Por Dios, estás pálido como la muerte! No sirve de nada, Connie... te has excedido. Tienes que volver conmigo.

—№ Aguantaré.

Era evidente que no estaba en condiciones de continuar, y Wallace lo tomó firmemente del brazo.

—Vamos. El aire aquí abajo es mortal. Te llevaré a tu habitación y bajaré otra vez.

Conrad ofreció poca resistencia y se dejó conducir de regreso al château. Se sintió mejor en cuanto salieron a la luz del día.

—No me gusta que vayas, Ralph —dijo—. No es trabajo para una sola persona. Lleva a Watkins.

—Se fue con Fouchard.

—Entonces el jardinero o Pierre.

—Tendría que cuidarlos como una niñera. No te preocupes, viejo, saldré bien de esto. Dame esa pistola.

En un par de minutos ya estaba de vuelta, corriendo a toda velocidad por las escaleras y atravesando la bóveda. Pronto llegó al muro del fondo y dudó uno o dos segundos antes de apoyarse en la estructura de madera. Se abrió de inmediato, sin hacer ruido. Ante él se extendía un pasaje largo y recto, al que se accedía por una docena de escalones empinados. La iluminación eléctrica lo sorprendió, hasta que recordó que Watkins siempre se quejaba de "fugas". ¡Ahí estaba la causa!

Avanzó con cautela por el pasaje, esperando que una criatura acostumbrada a habitar aquel lugar tuviera un oído extremadamente agudo. Al llegar a la puerta, revisó la pistola para asegurarse de que estuviera cargada y en condiciones. Luego, sujetando el picaporte, lo giró lentamente y de pronto empujó.

La habitación interior estaba vacía, salvo por una enorme colección de equipo militar antiguo. Había cajas apiladas en un rincón con la marca del Gobierno alemán estampada, latas viejas de carne, cuerdas, bayonetas y ¡una caja de navajas de afeitar! Pero lo que llamó su atención fueron dos platos de esmalte con restos de comida, colocados junto a unas mantas extendidas. Su mirada se dirigió a la puerta del fondo de la cámara y, aferrando la pistola con fuerza, se deslizó hacia ella.

Todos sus nervios se tensaron al oír de pronto pasos que se acercaban: una especie de arrastre. Se apartó hacia la pared, en la dirección en que se abriría la puerta. Una ráfaga de aire húmedo entró en la habitación cuando la puerta se abrió, y a través de ella entró la extraña criatura con la que había deseado enfrentarse cara a cara durante tanto tiempo. Los hombros eran enormes y encorvados, y la raída túnica marrón estaba sujetada bajo el mentón por una mano enorme, en forma de garra.

—¡Alto!

La figura permaneció inmóvil, y desde la abertura formada por la capucha unos ojos feroces lo fulminaron.

—¡Levante las manos! ¡Levántelas o disparo!

Lentamente, los brazos enormes se alzaron, pero Wallace no estaba preparado para lo que siguió. En un instante, una mano poderosa arrancó el cable de la luz eléctrica expuesto, y la iluminación se apagó de inmediato.

—¡Ja, ja! ¡Ja, ja, ja!

La risa demoníaca llenó el lugar. El cabello de Wallace pareció erizarse. Disparó una vez, con la esperanza de que el destello revelara la posición exacta del demente, pero la túnica marrón era del mismo color que las paredes, y el tiro falló.

—¡El corderito viene al matadero! Aún mantendremos el château, monsieur. ¡Aún lo mantendremos! ¡Ja, ja, ja!

Wallace no entendía una palabra del alemán gutural, pero comprendía perfectamente la intención. Disparó de nuevo, y el breve destello reveló algo: la cercanía de la enorme figura y el brillo del acero. Su brazo izquierdo se lanzó para proteger la garganta, y por una suerte extraordinaria sus dedos agarraron una muñeca peluda y gruesa. Al mismo tiempo, la pistola fue golpeada y arrancada de su mano por un golpe brutal de su adversario. Ahora era una lucha a vida o muerte.

Usó el brazo derecho contra la mano que sostenía la navaja y, con un gran esfuerzo, logró doblar la muñeca peluda hasta que la navaja cayó al suelo. Al instante siguiente, su garganta fue fuertemente apretada.

Esto fue más fácil de contrarrestar. Lanzó el brazo izquierdo y lo hundió directamente en el estómago de la criatura. Se oyó un alarido de dolor y las manos abandonaron su garganta. La demora era fatal, pues él no poseía la vista felina de aquel maniático. Continuó con golpes violentos, la mayoría de los cuales dieron en el blanco. Luego tropezó y cayó, pero logró derribar también a su adversario.

Joven, fuerte y en perfectas condiciones, comenzó a dudar del resultado de aquel combate terrible. Sus golpes se hicieron más débiles y parecían tener poco efecto sobre el hombre que gruñía como un animal. Golpeó de nuevo donde creía que estaba la cabeza, y el golpe

cayó sobre un hombro. Pero eso bastó: la cabeza del gigante se echó hacia atrás y chocó violentamente contra la esquina afilada de una caja metálica. Se oyó un sonido parecido a un suspiro... y no hubo más resistencia.

Jadeando, Wallace se puso de pie y alumbró con la linterna el cuerpo tendido. Lo que vio lo horrorizó. La capucha había caído y la túnica estaba abierta. Todo el rostro quedó al descubierto. Pero solo era rostro por encima de la boca; la parte inferior estaba tan destrozada que había dejado de ser humana.

—Pobre diablo —murmuró involuntariamente.

Le colocó la capucha sobre la cabeza y cerró la túnica, estremeciéndose mientras lo hacía. Con una cuerda resistente le ató firmemente brazos y piernas, y luego esperó a que la criatura recuperara la conciencia, con la intención de obligarlo a dar información sobre Yolande.

Pero, aunque esperó un cuarto de hora, los ojos permanecieron cerrados y no hubo movimiento alguno. Decidió dejarlo allí y continuar su búsqueda. Pronto estaba en la estrecha galería de tierra, con la linterna iluminando débilmente el camino, y no pasó mucho tiempo antes de que viera algo que le hizo latir el corazón con más fuerza: huellas. Pequeñas huellas mezcladas con otras enormes. Ahora corría, salpicando barro por toda su ropa.

—¡Yolande!

Le pareció escuchar una respuesta débil, pero comprendió que podía ser el eco de su propia voz.

—¡Yolande!

Esta vez no hubo duda. La respuesta era tenue y en una voz aguda, y venía directamente del frente. La linterna iluminaba con poca fuerza, y temió que se apagara antes de llegar a ella.

—¡Yolande! ¡Yolande!

Entonces vio una escena como si el cielo se abriera desde lo profundo del infierno. Una figura apareció al final del pasaje. Estaba cubierta de lodo y harapos, y el cabello caía húmedo. Pero era Yolande, sin duda, y sus brazos se extendieron al verlo.

—¡Ralph! —dijo con voz quebrada.

Él la tomó en sus brazos y besó sus labios pálidos, sus ojos y su cabello empapado.

—¡Gracias a Dios! ¡Oh, gracias a Dios!

—Sabía que vendrías. ¡Lo sabía!

—¿Estás bien?

—Sí... sí. Pero tengo hambre... mucha hambre. ¿Dónde está él? ¿No lo has matado?

—№ Casi me mata. Lo dejé bien atado atrás.

—¿Y viniste... solo?

Aquí tienes la traducción fiel al texto original, adaptada a un español latinoamericano claro y formal, respetando la estructura y utilizando los guiones largos correspondientes para los diálogos:

—Tuve que hacerlo. Fouchard no estaba cuando descubrimos el pasadizo secreto. He vivido en un infierno durante casi doce horas. Pero todo va a estar bien ahora. Querida, no te imaginas...

Ella sonrió débilmente ante su falta de palabras. Débil y exhausta como estaba, claro que lo sabía, y se aferró a él como si temiera que en cualquier instante pudiera esfumarse en el aire y dejarla de nuevo a merced de aquellas espantosas pesadillas.

—¿Tú... tú lo sometiste? —preguntó ella, incrédula.

—Por pura suerte. Desde luego, es un demente.

—Sí, loco... completamente loco. Me llama Minna... confundiéndome con otra persona. Le debo la vida a eso... y a ti.

—Regresemos.

—Detesto tener que verlo de nuevo. No puedo evitar recordar que asesinó a mi querido padre. ¿Qué... qué vas a hacer con él?

—Entregárselo a Fouchard. Es Conrad quien merece todo el mérito. De no haber sido por él...

Ella le apretó la mano y avanzaron lentamente hacia la guarida del Monstruo.

CAPÍTULO XXIX. EL DETONADOR

Wallace no estaba en absoluto preparado para la recepción que le esperaba. Había dejado al Monstruo inconsciente y atado tan firmemente como era posible atar a alguien. La puerta había quedado medio abierta, y así seguía. La linterna estaba en sus últimas, y tenía que sacudirla para obtener una iluminación apenas superior a la de una luciérnaga. En el umbral de la puerta terminó por apagarse por completo.

—Tengo cerillas —susurró—. Tal vez pueda reconectar el cable eléctrico roto.

Sacó una caja y encendió un fósforo. En cuanto apareció la llama, se oyó un ligero sonido, seguido de un golpe sordo, un gemido y una risa espantosa.

—¡Ralph! —gritó Yolande—. ¿Qué——?

El lugar se iluminó de forma intensa, y sus ojos asustados vieron a Wallace tendido en el suelo, mientras la enorme figura, con aspecto de monje, se erguía sobre él con una tabla de madera en la mano. La expresión de triunfo se transformó en una de sorpresa satisfecha al ver a Yolande.

—¡Minna! —dijo con voz ronca—. ¡Has vuelto!

—¡No me toques, monstruo! —gritó ella.

Sus ojos desconcertados volvieron a encenderse de furia al posarse en el cuerpo inerte de Wallace. Su intención en ese sentido era evidente. Con un grito inarticulado sacó su navaja. Ella se lanzó sobre él y le sujetó el brazo.

—¡No... no!

—Eres tonta, Minna. No hacemos prisioneros. No tenemos sitio para ellos... y las órdenes son órdenes.

Ella comprendió que la única forma de evitar otro asesinato era engañarlo. El amor le dio lucidez y la transformó de mujer aterrorizada en una actriz hábil.

—No todavía —dijo—. Es un jefe importante; debemos conservarlo por ahora. Más tarde, quizá... pero no ahora.

—El cerdo es peligroso.

—Oh, no... está inconsciente.

—Entonces lo ataré como él me ató a mí. Cree que es listo, pero yo soy más listo. Creyó que me había noqueado. ¡Ja! ¡Ja!

Manejaba la cuerda como un experto, y muy pronto Wallace estaba sentado en un rincón, indefenso. Al recuperar parcialmente el conocimiento por el golpe en la cabeza, abrió los ojos y se mordió el labio al comprender su situación. Estuvo a punto de hablar con Yolande, pero ella le hizo una señal con el dedo en los labios.

—Minna, debes tener hambre. Fue una locura vagar por las galerías. Comeremos —dijo el maniático.

Se arrastró hacia la cámara, lanzando miradas horribles a Wallace al pasar junto a él. Quitó un paño que cubría un ave fría, sin duda tomada de la despensa durante la noche. Estaba a punto de cortarla cuando se oyó un ruido sordo a lo lejos y la tierra tembló. Sus ojos salvajes se abrieron de par en par, y dejó el alimento a un lado.

—¡Cañones! ¡Por fin llegan... por fin!

Se movió con la agilidad de un gato, cerrando puertas con un candado mientras reía de forma desquiciada. Luego arrastró cajas una tras otra y levantó dos barricadas. De un rincón sacó un fusil Mauser y comenzó a limpiarlo.

—Hasta el último hombre —dijo—. Las órdenes son órdenes.

Yolande lo observó mientras insertaba un peine de cartuchos en el fusil, con el rostro deformado por una excitación inhumana. Luego dejó el arma y sacó más equipo de debajo de una lona. Ella miró a Wallace y vio cómo sus labios formaban la palabra “Descárgalo”. Esperando a que el

maniático se alejara con un barril, abrió rápidamente la recámara del fusil y retiró los cartuchos. Su siguiente intención era liberar a Wallace, pero la criatura no le dio oportunidad.

—Sé valiente, Minna —dijo—. Todo está preparado. Nunca tomarán el château.

Golpeó el fusil. —Aquí hay ocho vidas... pero tengo una pequeña sorpresa después. ¡Je, je! Los hará saltar. ¡Mira!

De pronto sacó un largo cordón tubular de casi dos metros, como una cuerda gruesa. Yolande no sabía qué era, pero Wallace sí, y sus ojos se desorbitaron.

—¡Una mecha!

—¡Silencio! —gruñó el loco—. Te habría cortado la garganta de no ser por Minna. Ella odia la sangre.

—¿Qué es eso? —preguntó Yolande.

—El pequeño aliado que vencerá al enemigo. Pero no te preocupes, Minna. No habrá dolor. ¡Puf!... y luego nada... absolutamente nada.

Rió de forma demoníaca y corrió hacia el gran barril, introduciendo el extremo de la mecha.

—Melinita —dijo—. La guardé para ellos. ¡Ja, ja!

El rostro de Yolande palideció al comprender su intención. Pero pensó que aún no había peligro inmediato. Debía ganarle de algún modo, liberar a Wallace y escapar de aquella guarida.

—Tengo sed —dijo—. Tráeme agua, por favor.

—Sí, sí. Tenemos vino.

Consiguió una botella, pero estaba vacía.

—Iré por otra. Minna no debe tener sed.

Pareció que iba a salir, pero cambió de opinión y negó con la cabeza.

—Están afuera. No conviene.

—No hay nadie.

—Yo sé más. Mis oídos son agudos. Pero confía en mí, Minna. Nunca nos tomarán vivos.

Tomó el fusil y miró no hacia la puerta que conducía por las bóvedas, sino hacia la otra salida. Yolande se sobresaltó al oír ruidos en esa dirección. El maniático sonrió y se llevó el dedo a los labios.

—Te lo dije —susurró con voz ronca—. Pero no saben... pobres idiotas.

Se oyó un fuerte golpe en la puerta, seguido de otros más violentos, como si usaran un ariete. El cerrojo resistía, aunque la madera crujía. Hubo un silencio breve y luego un golpe tremendo. El cerrojo cedió y la puerta se abrió hacia adentro, derribando varias cajas de la barricada. Otro impacto abrió paso, y entraron Niels, seguido de Walther y Heinrich, con Bertha al final.

El maniático se agachó y apuntó el fusil hacia Niels.

—¡Ven! —dijo—. ¡Ven a la muerte, cerdo!

—¡Cuidado, Niels! —gritó Heinrich.

Niels, sorprendido por Wallace y Yolande, se apartó rápidamente. Se oyó un clic del fusil.

—¡No está cargado! —gritó Yolande—. ¡Pero cuidado!

El loco había abierto la recámara y comprendido el problema. Encendió una cerilla y prendió el extremo de la mecha. Luego levantó el fusil por el cañón. Yolande corrió a pisar la mecha, pero él la empujó.

—Estamos condenados —gritó ella—. ¡Si——!

Entonces Niels actuó. Se lanzó como un rayo contra la figura, evitando el golpe del fusil.

—¡Ven, Heinrich!

Antes de que Heinrich y Walther pudieran llegar, la mecha ya ardía cerca del gran contenedor de explosivos. Yolande salió de su parálisis mental, saltó entre los cuerpos en lucha y apartó la mecha del explosivo. Al volver, los tres hombres luchaban ferozmente con el loco. Dos veces

Walther logró sujetarlo con la cuerda, y dos veces la criatura se liberó golpeando con brutalidad. Al fondo, Bertha observaba pálida como la muerte.

—¡Lo tenemos! —gritó Heinrich—. ¡Sujétenlo!

La cuerda fue enrollada alrededor de sus brazos y cuerpo, y Walther lo sostuvo por detrás mientras los otros dos le inmovilizaban los brazos.

—¡Marchen! —dijo Niels.

—Es... terrible —sollozó Bertha.

—¡Rápido, por el pasaje!

Salieron llevándose al prisionero, que gritaba y se resistía sin éxito. La puerta se cerró de golpe, y Yolande se sentó llevándose las manos a la cabeza.

—¡Yolande!

Recordó de pronto a Wallace y, con un jadeo, le cortó las ataduras con un cuchillo.

—Extraño... —murmuró él.

—No entiendo. ¿Qué fue eso?

En ese momento, la puerta opuesta era atacada con violencia, y en segundos un hacha abrió un agujero en el panel.

—¡Fouchard! —dijo Wallace—. Debe ser él.

Corrió hacia las cajas y las apartó tras abrir la puerta. Fouchard entró con Conrad.

—Tenía que venir —dijo Conrad—. ¿Qué——?

Sus ojos se encontraron con Yolande y le estrechó la mano con fuerza.

—¿Qué ha pasado aquí? —gruñó Fouchard.

—Se lo llevaron... hace un momento.

—¿Quién?

—Niels y los otros. Llegaron justo a tiempo. Pero ahora——

Fouchard corrió a la otra puerta y alumbró el pasaje con una linterna.

—¿Eso conduce a la mina? —preguntó bruscamente.

—Debe ser.

—Entonces podemos atraparlos por el otro lado. ¡Por Dios, todos de una sola vez! ¡Vamos!

El grupo avanzó por el pasaje y atravesó la bóveda. Fouchard aseguró la puerta de ese extremo y dejó a un gendarme vigilándola.

—Debo ir con Fouchard —susurró Wallace a Yolande—. Debes descansar. Volveré pronto.

—Yo también voy —dijo Conrad—. No me lo voy a perder... aunque me cueste la vida.

El Bentley estaba fuera de la entrada principal. Los tres hombres subieron, Wallace al volante. En menos de dos minutos se detuvieron cerca de la vieja mina. Como sabuesos, avanzaron entre los árboles hasta llegar al lugar de la excavación.

—Es imposible que hayan llegado —dijo Fouchard—. Puedo necesitar su ayuda, señores.

—¿Y si luchan? —preguntó Conrad.

—Que Dios los ayude si lo hacen —gruñó Fouchard—. Le dispararé al primer hombre que saque un arma.

—Hay muchas cosas en este asunto que me desconciertan —dijo Wallace—. Ese loco de la navaja insistía en llamar a Yolande "Minna". Solo esa ilusión suya fue lo que la salvó del destino de su padre.

—¿Fue él quien lo ató?

—Sí. Estaba a punto de cortarme la garganta cuando la extraña influencia de Yolande lo detuvo. Nos salvamos por muy poco. Tenía un gran recipiente de explosivos de alta potencia y pensaba volar el château. La intervención inesperada de Niels lo impidió.

—¡Sss! —advirtió Fouchard—. No quiero que los oigan.

—Pero deben saber que estamos aquí —objetó Conrad—. Es evidente que deberíamos intentar detenerlos. Yo apuesto que——

—Olvida que dejaron a Wallace atado, y probablemente sabían que yo no estaba, y que tú estabas en cama... donde deberías seguir ahora mismo. Era su última oportunidad, y la aprovecharon. Puede que esperaran oposición de Wallace... pero son tres, sin contar a Bertha.

—¿Y el Monstruo? ¿Es cómplice?

—No lo dirías si hubieras visto cómo lo trataron —intervino Wallace—. Y además intentó destrozarle la cabeza a Niels con la culata del rifle. Sea lo que sea lo que buscan todos, están enfrentados entre sí. Ese pobre diablo está completamente loco. No creo que quiera nada... excepto a Minna. No dejó de decir disparates mientras estuve allí y actuaba como si——

—¡Sss! —siseó Fouchard—. He oído un ruido.

Se agacharon detrás de un montón de escombros cerca de la salida, y poco después apareció una figura. Era Niels, que miró a su alrededor con cautela. Fouchard, que estaba más cerca, dio un paso al frente y le apuntó con la pistola.

—Una palabra y disparo —dijo.

La respuesta de Niels fue patear el arma de la mano de Fouchard y desaparecer con una rapidez digna de un prestidigitador.

—¡Sacrebleu!

—Ha ido a avisar a los demás —dijo Wallace—. ¿Qué hacemos ahora?

Fouchard recogió su pistola con gesto de enfado.

—¡El maldito ratón! —gruñó—. Si no los sacamos de ahí, se quedarán hasta que anochezca y complicarán aún más mi trabajo. No voy a esperar. No puedo permitírmelo.

—¿Baja usted?

—Sí.

—Voy con usted —dijo Wallace—. Connie, ¿no sería mejor que esperaras aquí en...?

—Ni lo sueñes —replicó Conrad—. Voy a estar hasta el final. Vamos a necesitar luz ahí abajo.

—Mi linterna de bolsillo se ha agotado, pero tengo una lámpara Helleson buena en el coche. Voy a traerla.

Regresó en unos minutos con la lámpara en la mano. Con cautela, entraron en la mina.

CAPÍTULO XXX. EL CONDE

La potente lámpara proporcionaba una iluminación excelente y revelaba al trío una auténtica red de galerías, muchas de las cuales eran ahora intransitables. Afortunadamente, el suelo estaba húmedo y numerosas huellas marcaban la trayectoria de la banda de Niels. Las marcas conducían a una antigua excavación que, al parecer, había sido despejada recientemente.

—Han estado trabajando aquí durante días —susurró Fouchard—. Miren: aquí hay rastros de explosiones. Presumiblemente, perdieron toda esperanza de llegar al túnel por la entrada del château y dedicaron todas sus energías a forzar el paso por este lado.

—¿Y si intentan entrar en la bóveda? —preguntó Conrad.

—Podrían, pero lo dudo. Naturalmente supondrán que tengo un guardia allí. El gendarme podría defender esa puerta contra cien atacantes.

—En cualquier caso, parece que se han retirado.

—Buscando un escondite.

—El pasaje se divide aquí.

—Deben de haber huellas.

—Debajo hay roca sólida.

—Entonces esperen... mientras pruebo el pasaje de la derecha. Quédense con la lámpara; yo usaré cerillas.

Fouchard se alejó y estuvo fuera unos dos minutos. Cuando regresó, asintió y señaló el pasaje que acababa de explorar.

—¡Por aquí!

—¡Bien!

El pasaje era estrecho y avanzaron en fila india. Cincuenta yardas más adelante, el suelo de roca dio paso a tierra blanda, y había huellas de botas por todas partes. Wallace iluminó el frente.

—Parece una gran caverna.

—Probablemente.

—¡Zut! —dijo Fouchard de pronto—. Juro que vi una figura adelante. ¡Cuidado!

Pegados a la pared húmeda, avanzaron con extrema cautela y, pocos minutos después, salieron a una amplia excavación: el lugar donde Yolande había pasado aquella noche terrible. Wallace usó la lámpara como si fuera un reflector y, al fin, el haz de luz cayó sobre las personas que buscaban. Estaban justo enfrente, cerca del pasaje que conducía de regreso al château.

—¡Niels! —espetó Fouchard—. El juego ha terminado. Les advierto que se entreguen sin resistencia.

Niels volvió su rostro sombrío hacia sus compañeros. Bertha pareció asentir levemente, pero Walther y Heinrich dudaban claramente. Entre ellos estaba el loco, que miraba fijamente la luz como una criatura subhumana del inframundo.

—¡Han oído! —dijo Fouchard—. El pasaje está fuertemente vigilado en ambos extremos. No les servirá resistirse. Arrojen sus armas aquí.

Mientras hablaba, avanzaba lentamente. Wallace pasó la lámpara a Conrad y sacó su pistola para intimidarlos. Niels se contorsionó visiblemente.

—Tiene razón —dijo Walther—. No sirve de nada; hemos fracasado.

Niels asintió con gesto abatido y arrojó una pistola hacia Fouchard. Walther y Heinrich lo imitaron un momento después. Fouchard suspiró al recogerlas.

—Ahora —dijo— vamos a investi——

Fue entonces cuando ocurrió lo inesperado. La enorme figura envuelta en harapos se liberó de los dos hombres. Wallace observó, atónito, cómo las ataduras se rompían como si fueran hilo. Un grito de sorpresa escapó de Bertha cuando el loco se lanzó contra el grupo.

—¡Cuidado! —gritó Walther—. Está loco.

No hacía falta advertirlo. Una gran mano se metió bajo la túnica y una navaja brilló en la luz. Heinrich era la víctima más cercana, y hacia él se abalanzó la figura horrible.

—¡Walther!

Walther saltó una roca, pero estaba a dos yardas cuando la navaja se alzaba sobre la garganta de Heinrich, y un sonido espantoso salió del agresor. Fue entonces cuando Fouchard demostró su habilidad. Con Walther casi cubriendo al loco, disparó dos veces. Se oyó un gorgoteo que resonó de forma extraña. La navaja falló por pocos centímetros, y la gran figura marrón se desplomó como un acordeón.

—¡Lo alcanzó!

—¡Dios mío! —gritó Niels con voz quebrada, corriendo hacia el cuerpo inmóvil.

—Está muerto... muerto —dijo Bertha.

—¡Aléjense! —rugió Fouchard.

Pero no le hicieron caso. Conrad, enfocando la luz sobre la escena, observó sorprendido cómo el salvaje Niels acariciaba la enorme mano sucia del muerto.

—Max... —murmuró—. Max...

Fouchard aún no comprendía del todo. Tomó el control y los obligó a apartarse. Al quitar la túnica, Niels intentó impedirlo.

—¡No intervenga!

—Pero...

Fouchard retiró la capucha y abrió la prenda por delante. Apareció un uniforme desgastado: el de un mayor del regimiento bávaro. Pero no

fue eso lo que provocó su exclamación de horror. Había visto lo mismo que Wallace. Volvió a cubrirlo de inmediato.

—Pobre diablo...

—Sí... una tragedia, monsieur —dijo Bertha.

—Ahora lo demás —dijo Fouchard—. ¿Cuál es su pequeño juego aquí abajo?

—¿No es evidente, Fouchard? —preguntó Conrad con calma.

—Nada es evidente.

Miró fijamente a Niels.

—¿Qué buscan aquí?

—Nada en absoluto.

—No intente...

—Es verdad —dijo Bertha—. ¿Aún no se da cuenta de que aquello por lo que vinimos... ya no existe?

—¿Se refiere a eso?

Fouchard señaló al pobre cuerpo sin vida, y Bertha asintió.

—Entonces, ¿quién es? ¿Qué es para ustedes?

—Era mi hermano —dijo Niels.

—Ah. ¿Y usted qué relación tiene con esta mujer?

—Soy su cuñada —dijo Bertha—. Soy la baronesa von Kauffman. El hermano de él, Max, se casó con mi hermana.

—¿El nombre de ella era Minna? —preguntó Wallace.

—Sí. ¿Cómo lo adivinó?

—La confundió con la señorita Fallières. Esa ilusión fue la que le salvó la vida.

—Después aclararemos los detalles —dijo Fouchard—. Por ahora, todos quedan arrestados por complicidad. Marchen. El cadáver será retirado después.

Yolande recibió la noticia con mezcla de asombro y alivio. Aún estaba cansada por su aventura, pero deseaba conocer todos los detalles. Fouchard, ahora muy satisfecho consigo mismo, condujo a los prisioneros a la sala de recepción más grande. Todos mostraban un aire abatido e indiferente a lo que pudiera hacer Fouchard. Bertha sonrió débilmente a Yolande al verla.

—Hemos luchado y perdido —dijo—. Lo siento, señorita. No había otra opción.

—Aún hay muchos puntos que no comprendo —dijo Yolande—. Fouchard me ha dicho que su único objetivo al venir aquí era sacar a este hombre, Max.

—Sí, así es. No teníamos otro propósito.

—Pero, ¿cómo llegó aquí? ¿Por qué vino?

—Ha estado aquí desde que el château fue ocupado por tropas alemanas. Quedó gravemente herido por un proyectil y debió arrastrarse hasta el túnel. Se recuperó, pero quedó completamente loco. Mi pobre hermana creyó que había muerto, hecho pedazos. Fue a Estados Unidos y murió poco después.

—¿Y cómo supieron que no estaba muerto, sino aquí con vida?

—Es la historia más extraña. Hace seis meses me visitó un antiguo oficial del regimiento de mi cuñado. Era un electricista muy hábil y aficionado a la telegrafía inalámbrica. Había instalado un pequeño equipo experimental y realizaba pruebas en longitudes de onda bajas.

—Mi padre también tenía uno —dijo Yolande.

—Eso forma parte de la historia. Este oficial llegó muy perturbado. Me preguntó si creía en comunicaciones espiritistas. Le dije que nunca lo había considerado seriamente. Entonces me mostró su cuaderno de registro, donde había mensajes extraños, fragmentados, que

supuestamente venían de Max y estaban dirigidos a Minna, su esposa fallecida. Algunos eran ininteligibles, pero otros hacían referencia a incidentes del pasado que parecían confirmar que realmente era Max quien se comunicaba.

—¿Pero cómo llegaban esos mensajes? —preguntó Fouchard.

—En código Morse y en alemán. No pude aceptar su teoría de que un espíritu se manifestara así. Pero tampoco podía explicar el fenómeno, porque yo creía que Max estaba muerto. Se lo conté a Niels, pero él también era escéptico. Pasó el tiempo, y ocurrió algo aún más extraño. Llegó un mensaje que decía: "Estoy conteniendo a los demonios, Minna. Nunca tomarán el château Grammont." Eso fue extraordinario, porque sabía que Max había estado en el château durante el ataque francés. Consulté con Niels y decidimos venir a Grammont. Me quedé en Arveyes, donde escuché que el château estaba embrujado y que una figura enorme había sido vista. Al mismo tiempo, la señorita buscaba una doncella de salón. Conseguí el puesto con referencias falsas.

—¿Con qué propósito? —preguntó Fouchard.

—Quería observar y escuchar más. Una noche tuve la prueba definitiva de que mi cuñado estaba vivo. Lo vi en este lugar y comprendí que estaba loco. Escribí a Niels y vino de inmediato. Decidimos contarle todo al señor Fallières para resolver el misterio. Pero antes de que eso ocurriera, hubo un asesinato. Y eso lo cambió todo.

—¿Cómo? —espetó Fouchard.

—Puso a mi pobre hermano en una posición peligrosa —respondió Niels —. ¿Qué justicia habría recibido en un tribunal civil francés?

—La misma que cualquier otro —replicó Fouchard—. ¿Sugiere que colguemos a los lunáticos?

—№ Pero ¿cuál habría sido el procedimiento en el caso de Max? Habría sido certificado como demente y, por esa razón, no se le habría permitido defenderse. Habría sido enviado a un manicomio criminal por el resto de sus días.

—¿Y bien?

—Esa idea fue la que resolvió una indecisión momentánea. Queríamos llevarlo de vuelta a casa, a su propio país. En Alemania podría haber tenido toda clase de comodidades, toda la atención posible. ¿Acaso debía negársele eso a un hombre solo porque una grave lesión lo ha llevado a cometer actos que, en su sano juicio, habría aborrecido?

—¿Y eso fue lo que los llevó a rechazar mi propuesta? —preguntó Yolande.

—Sí. Era tentadora, pero comprendí que usted hablaba desde el desconocimiento. Incluso si hubiera estado dispuesta a actuar con tanta generosidad al conocer la verdad, estaba el señor Fouchard a considerar. Fouchard tenía un deber que cumplir. Estaba obligado a actuar y a efectuar una detención.

Fouchard asintió levemente ante esto.

—Pero bajo tratamiento médico —una operación, quizá— su hermano podría haber recuperado la razón.

—Walther admite que eso era posible. Pero entonces, ¿qué ocurriría?

—Tendría un juicio justo y, dadas las circunstancias, no puedo imaginar otra cosa que un veredicto favorable.

—¿Y repatriación?

Fouchard apretó los labios, y Niels negó con la cabeza.

—Es inconcebible —añadió—. Mi hermano estaba condenado desde el momento en que su mente enloquecida lo llevó a cometer aquel terrible acto. Nunca lo habrían repatriado, y usted lo sabe, señor. La alternativa era una reclusión de por vida. Lo habíamos sopesado todo y, aunque a regañadientes, tuvimos que continuar. Conscientes de los grandes obstáculos que enfrentábamos, escribí a mi primo Walther y a su hermano Heinrich. Heinrich llegó primero y trajo consigo información valiosa. Estaba contenida en un volumen escrito por un hombre llamado Steinbech——

—Ya conocemos todo eso —dijo Wallace.

—Con esas pistas en nuestras manos, decidimos intentarlo de inmediato, aquella noche en que nos descubrieron en las bóvedas.

—Lo recuerdo —gruñó Fouchard.

—Bueno, fracasamos, como saben, y después no tuvimos otra oportunidad, hasta que, en la desesperación, decidimos abordar el túnel desde el otro extremo: la mina. Habíamos abandonado esa opción antes porque hubo un gran derrumbe de rocas desde que se construyó el túnel, y atravesarlo era muy difícil. Otra vez llegamos demasiado tarde, y aquí está el resultado.

—Hm... una historia extraña —murmuró Fouchard—. ¿Y cuando finalmente lo encontraron, él no los reconoció?

—№ Parecía obsesionado con la idea de que la guerra seguía y de que él había sido destinado a defender el château del enemigo. No reconocía a ninguno de nosotros. Todos éramos enemigos para él. Apenas recordaba su propio nombre. El único que recordaba con claridad era Minna. Amaba profundamente a su pobre esposa.

—Lo sé —dijo suavemente Yolande—. Es evidente que debió de usar el sistema inalámbrico de mi padre para enviar esos mensajes confusos. Fue desmontado hace apenas unos meses.

—Pero ¿cómo tuvo acceso a la casa? —preguntó Wallace—. Hasta donde veo, no hay salida desde las bóvedas excepto por la puerta principal, que siempre estaba cerrada.

—Eso sigue siendo un misterio —dijo Fouchard, frotándose la barbilla.

—Ya no es un misterio —intervino Yolande—. Descubrí el medio hace muy poco.

Fouchard la miró fijamente, al igual que los demás.

—Cuando regresé a esa cámara horrible con... el señor Wallace, el Monstruo había conseguido un ave. Supe de inmediato que la había robado de la despensa, pues desde la muerte de Severin me he visto obligada a ocuparme de algunos asuntos domésticos de la casa. Antes

de acostarme anoche, tuve que entrar en la despensa, y el ave estaba allí. Cerré la puerta detrás de mí. Se cierra automáticamente.

—Pero ¿cómo——?

—Es muy simple, y sin embargo todos lo pasamos por alto. La despensa tiene un montacargas de vino que desciende hasta la bodega. Es lo bastante grande como para que entre un hombre, y puede operarse desde dentro simplemente tirando de una cuerda.

Fouchard se mordió el labio.

—Severin debió decírmelo —dijo.

—El pobre Severin no tenía imaginación.

—Pero deberíamos haberlo visto en la bodega —dijo Wallace.

—No es fácil de notar, y yo apenas sabía de su existencia —respondió Yolande—. Se puede entrar a la despensa una docena de veces sin advertirlo.

Pero Fouchard no se consolaba fácilmente, pues se enorgullecía de su capacidad de observación.

—El montacargas arroja mucha luz sobre el asunto —dijo Wallace—. Debió ser el medio por el que escapó aquella noche en que lo vimos en la torre. Obviamente huyó por la antigua escalera en desuso que conduce a las habitaciones de los sirvientes.

—También el cuerpo de—— —empezó Conrad, y se detuvo al ver que Yolande se estremecía.

—Pero la puerta de la despensa estaría cerrada —objetó Fouchard.

—Tiene cerradura Yale y puede abrirse desde dentro —explicó Yolande —. Al deslizar el pestillo podía moverse libremente y siempre tener una vía de escape. Esa vieja escalera desemboca justo enfrente de la puerta de la despensa.

—Sí, han cerrado la última pieza del rompecabezas —admitió Fouchard.

—Y eso explica su capacidad de sobrevivir —dijo Conrad—. Sin duda tomaba comida de la despensa. Severin admitió que desaparecían provisiones de vez en cuando.

—Pero no dependía solo de la despensa —dijo Yolande—. La cámara donde vivía estaba llena de cajas de raciones de campaña que debieron dejar los alemanes en su retirada apresurada. Es significativo que sus visitas a la parte superior de la casa se hicieran más frecuentes cuando su principal suministro de comida empezó a agotarse. Pero ¿por qué... por qué escondió el cuerpo de mi pobre padre y, en cambio, dejó a Severin donde lo encontramos?

—En los casos más graves de locura se observan fases recurrentes de lucidez —dijo Walther—. Imagino que algo así ocurrió inmediatamente después del primer crimen. Al darse cuenta de lo que había hecho, realizó aquella hazaña extraordinaria por la hiedra con su víctima. No ocurrió lo mismo con Severin.

Miró a Fouchard.

—El siguiente movimiento es suyo, monsieur.

—Corresponde a la señorita decidir. Todos han intentado obstaculizar la acción de la justicia y, además, se han producido ciertas lesiones personales.

Yolande miró a Conrad, pero Conrad ya se recuperaba rápidamente y no mostraba resentimiento alguno.

—Sáquenme de esto, por favor —rogó—. Tengo que volver a Inglaterra en un par de días. Estoy dispuesto a considerar mi pequeña lesión como resultado de un accidente.

—¿Y usted, Ralph?

Conrad miró sorprendido esa forma de dirigirse a él, y Wallace se ruborizó levemente.

—No tengo nada que decir —respondió—, excepto que en circunstancias similares creo que habría actuado igual que la baronesa y sus amigos.

—Hm —dijo Fouchard.

—En ese caso, no me siento inclinado a seguir con el asunto —dijo Yolande—. Todo lo que nos queda es intentar olvidarlo.

—Quizá tenga razón —aceptó Fouchard—. Aun así, me costará un poco olvidar cierto golpe en la cabeza.

Niels dio un paso al frente con una sonrisa —la primera que habían visto en mucho tiempo—.

—Le ofrezco mis sinceras disculpas, monsieur —dijo—. Fue un ataque brutal y repentino que ningún hombre habría podido prever. Lo tomé por sorpresa. Consideraría un honor estrechar la mano del famoso Fouchard.

Eso terminó de ablandar a Fouchard, que nunca pudo resistirse a los halagos.

CAPÍTULO XXXI. CONCLUSIÓN

Era nuevamente verano en el hermoso Forêt de Grammont cuando un reluciente Bentley recién pintado se detuvo frente a la caseta del château, sacando al viejo Pierre de su siesta después del déjeuner. Se frotó los ojos al ver quién había tocado la campana.

—Hola, Pierre. ¡Qué buen tiempo hace!

—¡Monsieur Wallace! ¡Y mademoiselle!

Yolande apareció detrás y estrechó la mano grande y blanda de Pierre con una sonrisa en el rostro.

—Ya no soy mademoiselle... ¡soy Madame Wallace!

—¡Hélas! ¿Y han venido a ver la antigua casa?

—Por supuesto. Espero que el Gobierno te esté tratando bien, Pierre, desde que me quitó el château.

—Excelente. En diez años tendré pensión. Tenemos muchos visitantes: ingleses, americanos, de todo tipo. Les muestro las habitaciones donde caminó el Monstruo, y algunos son generosos... otros no tanto. Pero el túnel ha sido tapiado.

—Quizá es lo mejor.

—Mademoiselle... perdón... ¿madame desea la llave?

—Sí.

—¿Y desea que yo——?

—№ Termina tu siesta, Pierre. Encontraremos el camino.

Ella y su esposo de tres meses caminaron del brazo hacia la entrada tan bien recordada. Nada había cambiado, y Wallace sintió que revivía cada pequeño incidente ocurrido allí un año antes.

—Mira, allí fue donde vi por primera vez al Monstruo, Yolande —dijo, señalando la torre cubierta de hiedra.

—¡Qué cosas tan maravillosas han ocurrido desde entonces!

—Sí. ¿Te arrepientes?

—№ Me dolió dejar el château en manos del Gobierno, pero al final es algo que debe ser disfrutado por muchos y no reservado a unos pocos.

Entraron al château y recorrieron las habitaciones, que estaban excelentemente conservadas. En el vestíbulo había un libro de visitantes con nombres de todas partes del mundo.

—¡Mira eso! —exclamó Wallace de pronto.

Era la firma de la baronesa von Kauffman, escrita con la letra firme de Bertha, y fechada apenas unos días antes.

—Así que ella también ha vuelto... como nosotros.

—Una gran mujer.

—Sí. Siempre me cayó bien. A veces me pregunto si no estaba un poco enamorada de Conrad.

Wallace rió con aire misterioso.

—¿Qué pasa?

—¿Te cuento un secreto?

—Si puedo confiar en ti.

—Connie pasará sus vacaciones en Baden-Baden el mes próximo.

—No veo——

—La baronesa vive allí.

—Ralph... no querrás decir——

—No sé mucho. Pero he visto varios sobres con sello de Baden-Baden, y Connie parece considerar el resto de la correspondencia como irrelevante cuando llegan esas cartas.

—Oh, ojalá pase algo——

—¡Yolande! ¿Quieres ver al eterno soltero derrotado?

—¿Por qué no? Necesita a alguien que lo cuide. Alguien con carácter, como Bertha, que lo obligue a comprarse chalecos más abrigados cuando llegue el invierno.

Rió con plena felicidad, y finalmente salieron del château para entrar en el jardín. Allí Yolande volvió a encontrar su infancia. Todos los amigos dulces y luminosos de su juventud seguían allí, incluso la pareja de petirrojos, ya envejecida.

—Si no me hubieras dado ya un jardín tan hermoso, Ralph, me sentaría a llorar —dijo—. Muchas veces, de niña, me senté aquí preguntándome si habría alguien que saliera del gran mundo y... y me llevara... Luego vino el terror y la angustia, y cuando todo parecía destruido, ocurrió el milagro. Pero en seis meses he tenido suficiente felicidad para compensar todo el horror del pasado.

Él tomó su mano y la besó, mientras ella le prendía una rosa fresca en la solapa.

—Y hay otra cosa que debes recordar —dijo ella—. Cuando te retires de los negocios... que, por supuesto, no es más que otra forma de jugar con turbinas... vendremos a Francia a disfrutar de nuestra segunda infancia.

—Es una promesa.

—¡La bella Francia!

—Eres incurablemente francesa. Te he dado un nombre inglés, una casa inglesa, todo inglés... y sigues siendo tan francesa como si nunca hubieras salido de Grammont.

—¡La, la! Y yo te he dado café francés, vermut francés, caricias francesas... y sigues siendo tan inglés como cuando te conocí en el Forêt de Grammont. Pero aún te convertiré.

—No lo harás. Y yo tampoco te convertiré a ti. Además, no quiero. Estoy satisfecho.

—Yo también.

—Entonces, ¿por qué discutimos?

—Por absolutamente nada.

Rieron juntos, con una risa clara que resonó por todo el jardín. Era un contraste extraño con la oscuridad que antes había reinado allí, y prueba suficiente de que Yolande había salido del abismo de horror donde él la había encontrado. Pero cuando visitó la tumba de su padre, sus ojos vivaces se humedecieron.

—No puedo evitarlo —dijo—. Fue un final terrible.

—Para la muerte no cambia nada. Es descanso y paz.

—Y el château queda preservado para siempre. Él se alegraría de saberlo. Mira, las rosas que planté están floreciendo... las que más le gustaban.

Regresaron por la terraza y se detuvieron unos instantes para contemplar el paisaje. Los muebles habían sido retirados, pero en una de las losas de piedra había algo grabado. Wallace se acercó, pero ella lo detuvo.

—№ Me da vergüenza.

—¿Qué quieres decir?

Él se inclinó y vio su nombre, grabado en letras pequeñas y tenues.

—Así que ese es el secreto.

—Lo hice una semana después de que llegaste. ¿No es vergonzoso?

—Eso no es nada —respondió él—. Yo grabé el tuyo en un viejo árbol del jardín al segundo día. ¿Puedes superarlo?

—Sí —replicó ella—. Yo puedo. Lo supe esa misma noche, porque tenías la habitación junto a la mía... y hablas en sueños. No solo hablas... gritas.

—¡Yolande! ¡Vaya!

—Ahora vámonos —rogó ella—. Quiero moverme hacia el sur. Quiero oler el mar... el verdadero mar azul del sur lleno de sol. Llévame allí lo más rápido posible.

Se despidieron del viejo Pierre, dejándolo parpadeando ante un billete de mil francos, el primero que había visto en su vida. Por los caminos arbolados de Francia, el Bentley avanzó, acercándose cada vez más a la mágica Costa Azul, con toda su belleza. El camino era bueno, el sol alto y el conductor estaba loco de felicidad.

Yolande tuvo de pronto una inspiración y acercó la cabeza a él.

—¡Ralph!

—¿Eh?

—Si existe algo como la influencia prenatal, diría que Clementina Esmeralda Ralph Augusto Wallace será sin duda una piloto de carreras. ¿Puedes superar eso?

Él respiró hondo un momento y luego negó con la cabeza.

—Puedo.

—¡Ralph!

—Lo sabía.

—Pero no he dicho nada——

—No, pero hablas en sueños.

Ella fingió molestia, pero su mano izquierda se deslizó y tomó la de él con fuerza. Con un suspiro de felicidad indescriptible, la llevó a sus labios.

FIN